

CUADERNOS - 5

La misión apostólica

ROMA, 1982

INTRODUCCION

Que tu vida no sea una vida estéril. —Sé útil. —Deja poso. —Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor...¹.

La preocupación apostólica es inseparable de la lucha por alcanzar la santidad. Con la vocación al Opus Dei, al celo apostólico se une el afán proselitista, es decir, el deseo de que otros reciban la misma vocación. *Cuando se tiene un bien, cuando un alma es feliz, cuando siente esta alegría interior y desea esta dicha, procura dar ese bien y esa dicha a los demás².*

En la Obra, apostolado y proselitismo van entrelazados. Nuestro Padre repetía que *nosotros tenemos el deber imperativo de hacer proselitismo; el deber de transmitir este don divino, y de procurar que haya otras almas que sirvan al Señor en el Opus Dei³*. Si no hiciéramos apostolado, si no hiciéramos proselitismo, ni agradeceríamos a Dios, ni podríamos santificarnos. El Señor nos ha llamado *para ser santos y para santificar⁴*.

Nuestro Fundador nos ha enseñado que el proselitismo ha de basarse en una vida de oración y de sacrificio. Se realiza en medio del mundo, con ocasión del trabajo profesional y en el propio ambiente. Está abier-

(1) *Camino*, n. 1.

(2) De nuestro Padre, Crónica II-64, p. 7.

(3) De nuestro Padre, Crónica II-64, p. 7.

(4) De nuestro Padre, Crónica V-63, p. 6.

to a todas las almas. Su cauce es el trato de amistad y confianza. Y exige el ejercicio de todas las virtudes cristianas.

Nuestra vocación nos lleva a renovar constantemente el celo proselitista. Este número de *Cuadernos* recoge una serie de editoriales de las publicaciones internas. Su lectura nos ayudará a alimentar ese afán de almas.

Tengamos siempre presentes aquellas palabras de nuestro Padre: *no puede quedar tranquilo ningún hijo de Dios en su Opus Dei si no siente de continuo, como el latir del corazón, el hambre de proselitismo*⁵.

Así lo pedimos a la Santísima Virgen, Madre de Dios y Madre nuestra.

Regina Apostolorum, ora pro nobis!

(5) De nuestro Padre, Crónica III-56, p. 36.

LA MISION APOSTOLICA

Así como Tú me has enviado al mundo, así Yo los he enviado también a ellos al mundo ¹. Apóstol quiere decir enviado y, aplicado a los cristianos, significa enviado de Cristo. El apóstol del Señor obra, pues, en su nombre, de modo que todo cuanto haga pueda ser reputado como hecho por Aquél que nos envía: *quien a vosotros recibe, a mí me recibe, y quien a mí me recibe, recibe a Aquél que me ha enviado* ².

Hemos de ser con respecto a Jesús lo que Jesús fue con respecto al Padre, porque nuestra misión apostólica —misión de cristianos— es continuación de la suya. *Mi alimento* —decía el Señor— *es hacer la voluntad del que me ha enviado* ³. Nuestro alimento ha de ser cumplir la voluntad de Jesús, que nos ha llamado —*ut eatis* ⁴, para que vayáis— para enviarnos a todas las gentes.

Un mandato imperativo de Cristo

Ten presente, hijo mío, que no eres solamente un alma que se une a otras almas para hacer una cosa buena.

(1) *Ioann.* XVII, 18.

(2) *Matth.* X, 40.

(3) *Ioann.* IV, 34.

(4) *Ioann.* XV, 16.

Esto es mucho..., pero es poco. —Eres el Apóstol que cumple un mandato imperativo de Cristo ⁵.

Ese mandato consiste en dar a conocer al Señor allí donde hayamos sido enviados; darle a conocer con el ejemplo, con la palabra, con la oración, con la cruz: como Cristo manifestó a su Padre. *No conoce ninguno al Padre, sino el Hijo y aquél a quien el Hijo habrá querido revelarlo* ⁶. Como apóstoles de Jesús, somos heraldos de esa revelación, necesaria para que las almas se salven, pues *¿cómo creerán en El, si de El nada han oído hablar? Y ¿cómo oirán hablar de El si no se les predica? Y ¿cómo habrá predicadores si nadie los envía?* ⁷.

Cualquiera que sea el modo que Dios haya elegido para llamarnos, la vocación de cada uno puede resumirse en aquellas palabras de la Escritura: *oí la voz del Señor que decía: ¿a quién enviaré? ¿Y quién irá por nosotros? Y yo dije: heme aquí, envíame a mí. Y El dijo: ve, y di a este pueblo...* ⁸.

Para ser apóstoles de Jesús, es preciso que la doctrina del Señor se haga substancia de nuestra vida, luz de nuestro entendimiento, elocuencia de nuestra palabra. De modo que podamos decir con respecto a Jesús lo que El afirmaba por relación al Padre: *la doctrina que habéis oído, no es mía, sino del Padre, que me ha enviado* ⁹. Es necesario que nuestro ejemplo y nuestra palabra manifiesten a Cristo. *Tu apostolado debe ser una superabundancia de tu vida "para adentro"* ¹⁰.

Hace falta vida interior y formación para poder decir como Cristo: *Yo les he dado las palabras que Tú me has dado, y ellos las han recibido, y han reconocido verdaderamente que Yo salí de ti, y han creído que Tú eres el que me has enviado* ¹¹.

Nuestra misión es participación y continuación de la de Jesús, particularizada a un ambiente, entre unas personas determinadas, en un tiempo preciso: Cristo quiere hacerse presente a través de nosotros a

(5) Camino, n. 942.

(6) Matth. XI, 27.

(7) Rom. X, 13-15.

(8) Isai. VI, 8-9.

(9) Joann. XIV, 24.

(10) Camino, n. 961.

(11) Joann. XVII, 8.

unas almas concretas, en una determinada situación, allí donde El mismo nos ha enviado para anunciar su nombre.

En nuestro propio ambiente

Pero, ¿a dónde hemos sido enviados? Al mismo sitio donde ya estábamos. La vocación no nos ha sacado de nuestro lugar, de nuestro ambiente, de nuestro trabajo, de nuestras relaciones. La vocación nos ha dejado donde nos encontró.

Lo que a ti te maravilla a mí me parece razonable. — ¿Que te ha ido a buscar Dios en el ejercicio de tu profesión?

Así buscó a los primeros: a Pedro, a Andrés, a Juan y a Santiago, junto a las redes; a Mateo, sentado en el banco de los recaudadores...

Y, ¡asómbrate!, a Pablo, en su afán de acabar con la semilla de los cristianos ¹².

Fue con sus relaciones y con su trabajo como los Doce comenzaron su labor. Mateo reúne junto al Señor a aquellos amigos suyos, publicanos y pecadores, invitándoles a la fiesta con que celebra su vocación de Apóstol. Juan y Andrés hablan a sus hermanos, a sus compañeros de profesión, a sus amigos, y así vienen a Jesucristo Pedro, Santiago, Felipe, Natanael... Pablo se sirve de su trabajo manual para ejercitar la misión que ha recibido: al llegar a Corinto, encuentra a Aquila y Priscila, y *como era del mismo oficio, se hospedó en su casa, y trabajaba en su compañía; el oficio de ellos era hacer tiendas de campaña ¹³.* En aquella casa florece una de las primeras comunidades cristianas: *os saludan con grande afecto en el Señor Aquila y Priscila, con la iglesia de su casa en la que me hallo hospedado ¹⁴.*

Así, en el ejercicio de sus profesiones humanas, encontraron tam-

(12) Camino, n. 799.

(13) Act. XVIII, 3.

(14) I Cor. XVI, 19.

bién su vocación de cristianos — ¡de santos y de apóstoles! — los primeros fieles. Y en el ejercicio de ese trabajo van a realizar la nueva misión que han recibido: *no dejamos de frecuentar el foro, el mercado, los baños, las tiendas, las oficinas, las hosterías y las ferias vuestras; no dejamos de relacionarnos, de convivir con vosotros en este mundo. Con vosotros navegamos, vamos a la milicia, trabajamos la tierra y de su fruto hacemos comercio. Y vendemos al pueblo para vuestro uso los productos de nuestros quehaceres y fatigas* ¹⁵. Y con ocasión de esos menesteres llevan el fuego de Cristo a sus compañeros, a sus ambientes.

Nuestra vocación a la santidad y al apostolado ha ido a encontrarnos también — como a los primeros cristianos — en nuestro trabajo: cuando comenzábamos nuestra preparación profesional, o después de años de ejercicio de la profesión. Y allí mismo es adonde hemos sido enviados, porque nuestro apostolado *ha de ejercerse no ya "en el siglo", sino por así decir "desde el siglo", y por tanto en las profesiones, actividades, formas, lugares y circunstancias correspondientes a esta condición secular* ¹⁶.

Un nuevo modo de estar

La llamada ha cambiado sólo el modo de estar presente en nuestro ambiente. *Que alguien sea enviado quiere decir que de alguna manera es mandatario de quien le envía (...). Asimismo, implica una referencia al lugar adonde se envía, bien porque nunca había estado antes allí, o bien porque empiece a estar de modo distinto* ¹⁷. Así, si un Estado nombra embajador suyo cerca de otro gobierno a una persona que ya residía en ese otro país, desde aquel momento esa persona tiene una nueva relación con respecto al Estado que le envía, y con respecto al país donde ya estaba: a partir del nombramiento, es el representante de su gobierno, su

(15) Tertuliano, *Apologeticum* 42, 1-3.

(16) Pío XII, *Motu Proprio Primo feliciter*, 12-III-1948.

(17) Santo Tomás, *S. Th.* I, q. 43, a. 1.

enviado, y debe vivir y hablar como tal; sigue donde antes, pero de otro modo, identificándose con el carácter y los intereses del Estado que representa. Por eso, el que hayamos sido enviados a nuestro ambiente de trabajo profesional, lleva implícita una nueva actitud, un modo distinto de estar allí, que ahora es el de enviados de Jesucristo, como apóstoles suyos.

Por tanto, no podemos comportarnos en nuestro trabajo como antes. Ahora tenemos que actuar como apóstoles, mostrando a Cristo, revelándolo a los hombres con quienes trabajamos. Nuestra vocación respeta el trabajo profesional, lo deja intacto, pero no se limita a añadir un encargo apostólico como para los ratos libres, sino que absorbe a la profesión, dándole otra significación, una instrumentalidad más elevada. Se trata de un *modo nuevo*, una manera apostólica de trabajar y de relacionarnos con nuestros compañeros de profesión; de lo contrario, incumpliríamos radicalmente la misión recibida. *Ahora, que te entregaste, pídele una vida nueva, un "resello": para dar firmeza a la autenticidad de tu misión de hombre de Dios*¹⁸. Serán como las cartas creenciales.

Todo eso se hace con naturalidad, que es una característica fundamental de nuestra labor: *ser misionero —con misión— y no llamarte misionero*¹⁹. Pero naturalidad no es cobardía, respeto humano, desinterés por las almas... De ordinario no tenemos por qué manifestar nuestra vocación, pero una persona del Opus Dei *debe ser como una brasa encendida, que pega fuego dondequiera que esté, o por lo menos eleva la temperatura espiritual de los que le rodean, arrastrándoles a vivir una intensa vida cristiana*²⁰.

Santificar la profesión

Ese modo nuevo de estar en nuestro ambiente de trabajo, ese rese-

(18) Camino, n. 909.

(19) Camino, n. 848.

(20) De nuestro Padre, Carta, 24-III-1930.

llo que ha de dar autenticidad a la misión que tenemos, requiere, en primer lugar, visión sobrenatural, pues la luz de la fe es la que enseña que el ejercicio de la profesión *adquiere un pleno sentido y una más plena significación cuando se le dirige totalmente a la salvación de las almas* ²¹.

Para nosotros, como consecuencia de la misión recibida, la labor profesional es, pues, *totalmente y siempre medio de santificación y apostolado* ²². No podía ser de otro modo, ocupando el trabajo profesional la mayoría de las horas de nuestra jornada diaria. Pero es que, además, en la esencia de nuestra vocación específica está la elevación de nuestra profesión a instrumento de la acción sobrenatural de Dios en las almas y en la sociedad. El trabajo mismo ha de tener entraña apostólica, haciendo las *tareas profesionales bien, acabadas, con sentido sobrenatural, para que cada uno convierta la propia profesión en un fecundo instrumento de apostolado* ²³.

A ese fin se ordena la formación que la Obra da a sus miembros, que *les facilita la visión sobrenatural, en el cumplimiento de su misión apostólica, pues saben que al desempeñar sus deberes profesionales, sociales, económicos, etc., deben procurar ante todo la propia santidad y la de los que con ellos trabajan y conviven* ²⁴. Es el programa que nos da nuestro Fundador cuando afirma que *una característica peculiar de la espiritualidad del Opus Dei es que cada uno ha de santificar su profesión —su trabajo ordinario—, ha de santificarse en su profesión y ha de santificar con su profesión* ²⁵, con la ilusión sobrenatural de *poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas* ²⁶.

Santificar el trabajo es hacer que el trabajo mismo sea santo, se ordene a Dios, en la intención y en la realidad de lo que se hace. Hay labores —las internas, por ejemplo— que se ordenan por sí mismas a extender el reino de Dios, sin que nosotros tengamos más que ejecutarlas.

(21) De nuestro Padre.

(22) De nuestro Padre.

(23) De nuestro Padre.

(24) De nuestro Padre.

(25) De nuestro Padre, n. 43.

(26) De nuestro Padre, Carta, 19-III-1954.

Pero con el trabajo profesional ordinario no ocurre lo mismo, y entonces es preciso buscar su santificación, ordenar aquello a la edificación del reino de Dios. En unos casos será fácil ver cómo es esto posible —la filosofía, la literatura, la sociología, la política...—; en otros, será más difícil, pero siempre es posible, y hacerlo es tarea personal de cada uno, bajo la propia responsabilidad: la que tiene ante Dios, que allí le ha enviado.

Cada uno ha de santificarse en su trabajo, ha de encontrar en esa tarea ordinaria una fuente de santidad personal: ha de estar llena de amor de Dios, ha de ser oración, ha de vivirse con espíritu de mortificación y de penitencia, con responsabilidad económica... Cada uno debe encontrar el modo de poner en ejercicio todas las virtudes, al ejercitar su profesión: la fe, la esperanza y la caridad, la justicia, la templanza, la fortaleza, la prudencia... Y de un modo muy particular, el celo por las almas, porque santidad y apostolado son, para nosotros, dos aspectos del mismo fin y, por tanto, inseparables.

De tal manera ha de estar ordenado el trabajo profesional al fin sobrenatural de nuestra misión en el mundo, que *la vocación profesional que no se subordina a la vocación divina es como un árbol que da hojas, pero no da frutos. Si la profesión, si la actuación de las cosas humanas que tenemos entre nosotros —decía nuestro Padre—, no nos sirven para atraer vocaciones, para acercar las almas a Dios, es que vamos muy mal, muy mal. ¿Qué diríais de una familia que no quisiera tener hijos?*²⁷.

Precisamente hemos sido enviados por Jesucristo al mundo —sin habernos sacado de él, pero estando de un modo nuevo— para hacer divinas las cosas humanas. *No se prohíbe el ejercicio de ninguna profesión honesta a los socios del Opus Dei, que deben —por el contrario— elevar y santificar todas las profesiones, convirtiéndolas en instrumentos de santidad propia y ajena, en ocasión de apostolado*²⁸.

Queremos trabajar en todas partes para llevar todas las cosas a

(27) De nuestro Padre, *Tertulia*, 1-VI-1961.

(28) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948.

Dios. Y por eso también —con rectitud de intención— los miembros de la Obra buscan limpiamente, con esfuerzo personal, *el mayor prestigio posible entre sus compañeros de carrera o de trabajo, sea o no intelectual: puesto que este prestigio les permitirá realizar con eficacia el apostolado, por medio de la propia profesión* ²⁹. Ese prestigio es un ascendiente entre los que nos rodean, y por consiguiente una autoridad para influir en los demás, con lo que se hace y con lo que se dice. Por eso es precisamente nuestro *anzuelo de pescador de hombres* ³⁰. Una persona bien preparada profesionalmente se impone en su ambiente de trabajo, da el tono, se atrae la estimación de los demás, sus acciones y sus palabras hallan particular resonancia: está sobre un pedestal. Si es un alma apostólica, usa de ese pedestal para poner a Cristo bien alto, para extender la luz y el calor de Dios sobre los que le rodean. Si no lo es, si no actúa allí como un enviado, como quien representa al Señor y tiene la misión de llevar a El las almas, se apropia del pedestal y lo usa para hinchar su vanidad: se convierte en el enviado de sí mismo, en el portavoz de sus personales excelencias; es el heraldo de sus talentos, el embajador de su propio yo. Sin vibración apostólica, el prestigio es la ruina de la humildad.

De ahí la subordinación de nuestro trabajo —en todos sus aspectos, desde todos los puntos de vista— a nuestra vocación. Y tan esencial es esa subordinación, que cuando el trabajo no sirve para nuestra misión apostólica, no sirve para nada. Por eso insistía nuestro Padre: *si es verdad que la vocación profesional es parte de nuestra vocación divina, lo es en tanto en cuanto que es medio para nuestro apostolado y para nuestra santificación: para servir a Dios, para hacernos santos y para santificar a los demás. Si en algún momento la vocación profesional pone obstáculos, entonces se echa a rodar, porque ha dejado de ser medio; porque si no es anzuelo con la carnaza para pescar peces, no me interesa y no es parte de la vocación divina, porque ya no es vocación profesional, sino vocación diabólica. En tanto en cuanto es medio para santificarnos y para santi-*

(29) De nuestro Padre.

(30) *Camino*, n. 372.

ficar a los demás, la vocación profesional es parte de nuestra vocación divina. A mí me da una inmensa tristeza cuando veo un hijo mío, que me cuenta sólo sus éxitos profesionales... y ha conseguido esto y aquello otro. Si toda su actividad no le sirve para pescar almas, muy mal ³¹.

*Los colegas de trabajo,
primer objetivo apostólico*

Dios nos ha dado y nos da todos los medios para hacerle presente en el ambiente de nuestra profesión, para realizar con eficacia la misión recibida; y *no se enciende la luz para ponerla debajo de un celemín, sino sobre un candelero, a fin de que alumbre a todos los de la casa* ³². La luz es la vida de Cristo en nuestra vida, su doctrina en nuestro entendimiento, su virtud en nuestra palabra; el candelero es precisamente nuestro trabajo, nuestro prestigio profesional, el lugar que ocupamos. No podemos enterrar la luz recibida, de modo que no *alumbre a todos los de la casa*.

Sed hombres y mujeres del mundo, pero no seáis hombres y mujeres mundanos ³³. Y seríamos mundanos si las cosas del mundo no tuviesen para nosotros una finalidad sobrenatural, si no las pusiéramos al servicio de nuestra misión, si no nos sintiésemos en el mundo como enviados por Dios, si todas nuestras actividades no obedeciesen primordial y esencialmente a una razón apostólica. *El apostolado específico de los socios del Opus Dei es santificar su trabajo profesional y dirigirlo a la salud de las almas, principalmente de sus compañeros de profesión* ³⁴. Es nuestro fin específico, lo que quiere decir que el que no usara su profesión para eso, desvirtuaría completamente la misión re-

(31) De nuestro Padre, Tertulia, 1-VI-1961.

(32) *Matth.* V, 15.

(33) *Camino*, n. 939.

(34) De nuestro Padre.

cibida, aunque tratase de compensarlo con otras actividades apostólicas al terminar su jornada de trabajo.

Hemos de tener, pues, un celo concreto por las almas que nos rodean, un afán por llevarlas a Dios. *Haced* —nos aconseja nuestro Padre— *como Pedro y como Juan: cuando vayáis a la oración, tened muy presentes a esos amigos y conocidos, y luego, con vuestro ejemplo, decidles: respice in nos!, ¡miradnos!* ³⁵. Han de poder ver en nuestra vida la vida de Cristo, han de conocer a Dios a través nuestro.

A la oración, a la mortificación y al ejemplo, es preciso añadir la palabra —*apostolado de amistad y confianza*—: una palabra apostólica, llena de vibración, que dé doctrina y persuada y encienda.

“Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via?” —¿Acaso nuestro corazón no ardía en nosotros cuando nos hablaba en el camino?

Estas palabras de los discípulos de Emaús debían salir espontáneas, si eres apóstol, de labios de tus compañeros de profesión, después de encontrarte a ti en el camino de su vida ³⁶.

Esos colegas tienen derecho a esperarlo de nosotros, porque para eso hemos sido enviados junto a ellos. Y aunque no lo sepan ahora, sabrán un día que Dios nos había dado esa misión concreta, pues *nada está encubierto que no haya de descubrirse* ³⁷. Si llega un momento en que circunstancias de trabajo, o exigencias de nuestra vocación, nos llevan a otro lugar, quizá esas almas con quienes hemos convivido durante una temporada no tengan ya a nadie que pueda llevarles a Dios, que haya recibido esa misión y los medios para cumplirla.

Tan fundamental es esto, que obliga durante toda nuestra vida y en cualquier lugar en que nos encontremos. *Me podrías preguntar: Padre, ¿y cuando tenga ochenta años? Igual: en el trato con tus hermanos, con tus compañeros de profesión, con tus amigos...* ³⁸. En

(35) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934.

(36) *Camino*, n. 917.

(37) *Matth.* X, 26.

(38) De nuestro Padre, *Tertulia*, 1-VI-1961.

todos hemos de despertar la luz y el calor de una auténtica vida cristiana: *no dejar que se pierda para el apostolado y, en lo posible, para la vocación, ningún alma que se nos acerque* ³⁹.

Aquellas palabras de la oración sacerdotal de Jesús, poco antes de acabar su misión en la tierra, deberán ser también palabras nuestras al término de la jornada. *Yo he manifestado tu nombre a los hombres que me has dado del mundo* ⁴⁰: esos hombres concretos a los que el Señor nos ha mandado. *Ahora han conocido que todo lo que me diste viene de ti, porque yo les di las palabras que Tú me diste, y ellos las han recibido, y han reconocido verdaderamente que Yo salí de ti, y han creído que Tú eres, el que me has enviado* ⁴¹: el fiel cumplimiento de la misión es la mejor carta credencial.

Santifícalos en la verdad. La palabra tuya es la verdad. Así como Tú me has enviado al mundo, así Yo los he enviado también a ellos al mundo. Y Yo, por amor de ellos, me santifico a mí mismo, con el fin de que ellos sean santificados en la verdad ⁴². De nuestro apostolado salen nuevos apóstoles, de nuestra entrega nuevas entregas, que a su vez han de producir otras nuevas en progresión geométrica. *¡Cuántas calorías espirituales necesitas! —Y ¡qué responsabilidad tan grande si te enfrías!, y —no lo quiero pensar— ¡qué crimen tan horroroso si dieras mal ejemplo!* ⁴³.

El Señor terminó así su oración sacerdotal: *¡oh Padre!, Yo deseo que aquellos que Tú me has dado, estén conmigo allí mismo donde Yo estoy, para que contemplen mi gloria, cual Tú me has dado: porque Tú me amaste desde antes de la creación del mundo. ¡Oh Padre justo!, el mundo no te ha conocido; Yo sí que te he conocido, y éstos han conocido que Tú me enviaste. Yo, por mi parte, les he dado, y daré a conocer tu nombre, para que el amor con que me amaste, en ellos esté, y Yo en ellos* ⁴⁴.

(39) De nuestro Padre.

(40) *Joann.* XVII, 6.

(41) *Joann.* XVII, 7-8.

(42) *Joann.* XVII, 17-19.

(43) *Camino*, n. 944.

(44) *Joann.* XVII, 24-26.

Replantarse el trabajo profesional

Hemos sido enviados por Jesucristo, como Jesucristo —el Verbo, el Hijo de Dios— fue enviado por el Padre; nuestra misión —continuación de la suya— es una misión divina, en cuanto que es Dios quien nos ha enviado para santificar con la profesión, especialmente a nuestros compañeros de trabajo, de ambiente, de lugar. Es un aspecto esencial de nuestro camino. De ahí que debemos preguntarnos con frecuencia: desde que estoy aquí, en este sitio y en este trabajo, entre estas personas, ¿qué cambio ha habido en quienes me rodean?, ¿cómo estoy influyendo en sus vidas? Si después de un tiempo razonable, no hubiera cambio alguno, sería un síntoma claro de sal desvirtuada. ***Cuando no metemos el fuego del amor de Dios en los que nos rodean, es que estamos apagados nosotros, estamos muertos, somos por dentro un cadáver***⁴⁵.

Es verdad que en ocasiones Dios quiere que no veamos los frutos de nuestro apostolado, y sean otros quienes los recojan; pero lo ordinario es que si hay buena siembra haya también buena cosecha. ***Así es que todo árbol bueno produce buenos frutos y todo árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol malo darlos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego; por sus frutos, pues, los podréis conocer***⁴⁶.

Periódicamente, a la luz de estas palabras, necesitamos un replanteamiento enérgico del modo de realizar nuestro trabajo, de nuestra intención, de la responsabilidad con que vivimos la misión recibida, para poder empezar con nuevos bríos, para dominar siempre el ambiente, para llevar efectivamente a Dios las almas que nos rodean y el trabajo y el ambiente —no vaya a ser que esas almas, ese trabajo y ese ambiente nos

(45) De nuestro Padre.

(46) *Matth.* VII, 17-20.

aparten a nosotros de Dios—, para cumplir con eficacia nuestra misión, para dar razón de nuestra presencia en la parte concreta del mundo donde estamos, donde Jesucristo nos ha mandado.

Non vos me elegistis; sed ego elegi vos et posui vos, ut eatis et fructum afferatis, et fructus vester maneat ⁴⁷; no me elegisteis vosotros a mí, sino que Yo soy el que os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis, y deis fruto, y vuestro fruto sea duradero. Que Nuestra Madre Santa María, *Regina Apostolorum*, nos ayude a oír siempre, en medio de nuestro trabajo profesional, la voz imperiosa de Aquél que nos envía: *“Id, predicad el Evangelio... Yo estaré con vosotros...”* —*Esto ha dicho Jesús... Y te lo ha dicho a ti* ⁴⁸.

(47) *Ioann. XV, 16.*

(48) *Camino, n. 904.*

A TODOS LOS CAMINOS

*Andaban errantes por el desierto solitario, sin camino hacia ciudad habitada. Hambrientos y sedientos, desfallecía ya la fuerza de su alma. Clamaron a Yavé en su peligro, y El los libró de sus angustias. Los llevó por camino derecho, para que pudieran llegar a la ciudad habitada*¹.

De muchas maneras muestra la Sagrada Escritura la continua Providencia del Señor. Nada queda oculto a su mirada; dispone todo con cariño de Padre, para que los hombres encuentren el camino que a El conduce. *El corazón del Señor es corazón de misericordia, que se compadece de los hombres y se acerca a ellos. Nuestra entrega, al servicio de las almas, es una manifestación de esa misericordia del Señor, no sólo hacia nosotros, sino hacia la humanidad toda*².

Un día pasó Jesús a nuestro lado, como antes ocurriera a Juan, a Andrés, a Mateo..., y le seguimos por el camino de la Obra. Desde entonces, nuestra vida adquirió una dimensión nueva. La gracia nos había dado alma de apóstol, y nos empujaba a anunciar a los demás hombres, nuestros iguales, las maravillas de aquel Dios que con tanta predilección nos busca. El trabajo, las ocupaciones de cada jornada, se hicieron para nosotros *oración vivida, naturalidad, vibración apostólica, presen-*

(1) Ps. CVI, 4-7.

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1930.

cia de Dios, con la esperanza de llevar la luz a otro corazón, a otra inteligencia ³.

El afán apostólico nace de la vida interior

La preocupación por ayudar a las almas es una necesidad, una consecuencia directa de nuestra vida cristiana, un impulso interior. *El apostolado para nosotros no es algo postizo, sino algo que se nos mete dentro, y que está en nuestro respirar, en nuestra tarea profesional, en nuestro deporte, en nuestra mirada, en el fondo de nuestro corazón. ¡El impulso apostólico, según nuestra vocación, informa todo lo que hacemos, como el alma está en todo el cuerpo!* ⁴.

Actúa así porque procede de la unión íntima con el Señor, a la que tiende necesariamente nuestra vocación contemplativa. El empeño por identificarnos con Jesucristo, nos hace salir de nosotros mismos, advertir las necesidades espirituales de quienes nos rodean y sentirnos urgidos a darnos en un continuo afán apostólico.

El impulso apostólico nace de estar cerca de Cristo, tratando de seguirle y de comportarnos como El. Hace falta que seamos de verdad otros Cristos, que nos sintamos corrededores con el Pastor bueno; tan divino, que pasó por la tierra haciendo el bien (Act. X, 38). De este modo, el alma tendrá una sobreabundancia de vida interior, que se traducirá en paz y alegría, para dar también a los demás; arrastrará espiritualmente a las gentes y hará verdaderos milagros ⁵.

Sólo así se hará realidad en cada uno lo que afirmaba nuestro Padre: *todos los hijos míos son Cristo que pasa por el mundo. No se os conoce, pero en todos los rincones de la tierra hay compañeros*

(3) De nuestro Padre, Tertulia, 3-I-1969, en Crónica, 1969, p. 160.

(4) De nuestro Padre, Tertulia, 11-X-1970, en Crónica, 1970, pp. 1174-75.

(5) De nuestro Padre.

de trabajo y amigos que están descubriendo en vuestros hermanos, en vosotros, a Cristo; y ellos luego llevan también a Cristo a otros corazones, a otras inteligencias. Sois Cristo que pasa en medio de la calle; pero debéis pisar donde El pisó ⁶.

La eficacia está en seguir fielmente el sendero abierto por las pisadas de Jesús. Ese camino es de renuncia a todo lo personal, de sacrificio gustoso, de entrega diaria, empeñando todas las fuerzas en el cumplimiento de la voluntad de Dios. *Para esto fuisteis llamados* —recuerda San Pedro—, *puesto que también Cristo padeció por vosotros, dándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas* ⁷. Nuestro Fundador, recordando la necesidad de esa abnegación en la labor apostólica, nos repetía: *la mejor preparación para el proselitismo es que tú y yo seamos santos. Así, el proselitismo se hace como sin querer: casi sin necesidad de palabras, atraerá el calor que llevas en el alma, esa llamarada, esa luz de Dios que alumbra tu corazón. ¿Habéis visto cómo se pone el hierro, cuando lo meten en el fuego? Al rojo vivo. Parece una joya, y es sólo hierro. De esa manera nos encendemos nosotros, cuando somos fieles a la vocación: nuestra vida es como un ascua, quemamos, abrimos paso, damos calor y luz: la luz de Cristo* ⁸.

El Señor obra entonces a través de nuestras acciones. Y damos a los demás lo mejor que tenemos: el amor de Dios, una riqueza que repartimos a voleo, una alegría divina, una llamada que es fuente de venturas para quien presta oído atento, porque *el que me halla a mí* —dice el Espíritu Santo— *halla la vida* ⁹.

Como el latir del corazón

Cuando cada día, en la Misa, extendiendo las manos sobre la Oblata, sobre el pan y el vino que se van a convertir —en virtud

(6) De nuestro Padre, Tertulia, 3-1-1969, en Crónica, 1969, p. 160.

(7) 1 Petr. II, 21.

(8) De nuestro Padre.

(9) Prov. VIII, 34.

de las palabras de la Consagración— en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo, os pongo allí a todos vosotros, mis hijas y mis hijos: in electorum tuorum iubeas grege numerari, para que el Señor quiera contaros en el número de sus elegidos. No para considerarnos selectos, sino para sentirnos fermento, para encender a los demás. Somos iguales a los restantes hombres y mujeres que nos rodean, pero la elección de Dios nos dio una luz nueva, nos puso al rojo vivo. ¡Es estupendo, hijos!, nos ha tocado una lotería sobrenatural.

Cuando pienso en esta predilección divina, me da como vergüenza, y algunas veces —no me importa que lo sepáis— tengo deseos de llorar y las lágrimas me quemán los ojos, porque no he sabido corresponder a la gracia de Dios como debía.

Al considerar estas cosas se acaba haciendo el propósito de obrar y pensar siempre por Amor. En medio de nuestros errores personales, viene un gran afán, renovado, incontenible, de que los demás también participen de esta felicidad nuestra. ¿Veis, hijos? El proselitismo sale solo, es como el latir del corazón, es hambre de pegar esta locura de amor de Dios a otras muchas almas¹⁰.

Se trata de tener la audacia santa de quererlos junto a Cristo, y de desear para ellos —cuantos más, mejor— la gracia de la vocación a la Obra, que el Señor reparte generosamente, cuando generosamente se la pedimos para muchas almas. El bien es de suyo difusivo, hijos míos. Y, si yo gozo de este bien, de este amor de mi Padre Dios, necesariamente he de tener deseos eficaces de que otras almas lo disfruten. Por eso os he dicho tantas veces que me dan la impresión de fracasadas aquellas personas que, habiendo seguido a Cristo, no son proselitistas. ¿Tú te imaginas un corazón de hijo de Dios apagado, sin calor, sin vibración sobrenatural, sin la eficacia operativa de que sólo con su presencia encienda, queme?

San Agustín dice que quien salva un alma tiene la suya predeterminada. ¡Pensad lo que será traer al camino de Dios otras almas! Será nuestra gloria, ganaremos una partecica grande, grande, de

(10) De nuestro Padre.

Cielo. Y, además, esas vocaciones que el Señor haya querido traer por nuestra mano, nos sirven de tuerca y de contratuerca para ser leales a nuestro camino ¹¹.

El Amor que nos trajo a la Obra nos mueve a no desentendernos jamás del compromiso que adquirimos con el Señor, cuando nos hizo apóstoles suyos. No podría ser de otro modo, porque nuestra correspondencia quiere ser plena. Junto a Cristo, el amor es necesariamente apostólico y se desborda a su alrededor: si no, no es amor, sino *ilusión, mentira de fuego, que ni prende en llamaradas cuanto toca, ni da calor* ¹².

Siempre enseñó nuestro Padre que *el afán de apostolado es la manifestación exacta, adecuada, necesaria, de la vida interior. Sentimos el peso de las almas, cuando amamos al Señor. No me deja de interesar ninguna criatura, hijas e hijos míos: deseo llevarlas todas a Dios. ¡Me duelen las almas! A veces, no entiendo cómo me aguantan el corazón y la cabeza. Este es el espíritu nuestro: sentir el lamento de tantos corazones áridos, que parecen decirnos hominem non habeo (Ioann. V, 7), no tengo quien me dé una mano y me acerque a la luz y al calor de Cristo.*

No es posible disociar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor. El Verbo se hizo carne para salvar a los hombres, para hacerlos con Él una sola cosa: esa es la razón de su venida al mundo. Somos nosotros otros Cristos, llamados a correr y tampoco se puede seccionar nuestra vida de hijos de Dios en su Obra, separándola de nuestro celo apostólico ¹³.

Instrumentos de Dios

El Señor se sirve positivamente de cada uno de nosotros para continuar acercándose a las almas. Y en los momentos actuales, cuando el

(11) De nuestro Padre.

(12) Camino, n.º 412.

(13) De nuestro Padre, Clarín, 6.V.1948.

enemigo de Dios parece lograr tantas victorias entre los hombres, arrastrándoles tras de los deseos insensatos de su corazón ¹⁴, Nuestro Señor se vuelca con una Providencia especial, dándonos su fuerza para remover, para ayudar, para empujar a cuantos nos rodean: parientes, compañeros de profesión, de trabajo, amigos, conocidos... Contamos con la gracia de nuestro Dios. Queremos hacer nuestro su desvelo por las almas. El sólo espera que pongamos los medios a nuestro alcance, para bendecir ese trabajo apostólico a manos llenas.

Nos lo ha enseñado de modo particular, en un pasaje del Evangelio, que conmueve por su elocuencia: en aquella parábola de los invitados a las bodas.

En el reino de los cielos acontece lo que a cierto Rey, que celebró las bodas de su hijo, y envió sus criados a llamar a los convidados a las bodas; mas éstos no quisieron venir (Matth. XXII, 2-3). *Ha venido aquel gran Rey y ha invitado a mucha gente al banquete*, comentaba nuestro Padre. *Aquí, en la tierra, todas las almas están llamadas a la boda del gran Rey, y las almas no quieren ir, rechazan la invitación, y la sala queda vacía.*

También entiendo yo de estas negativas, hijos. Más de una vez os he hablado de esos primeros tiempos de soledad, de aquellos años en los que prácticamente repetía las palabras del Señor: ecce prandium meum paravi, tauri mei et altilia occisa sunt, et omnia parata: venite ad nuptias (Matth. XXII, 4). Tengo dispuesto el banquete. He hecho matar mis terneros y demás animales cebados, y todo está a punto: una plenitud de Amor, sin traiciones, sin cansancio, con toda la bondad y toda la hermosura, nos ha preparado el Señor.

Mas ellos no hicieron caso; antes bien, se marcharon, quien a su granja —a sus egoísmos, a su comodidad—, quien a sus negocios (Matth. XXII, 5): *a su profesión, de la que no saben hacer camino divino en la tierra* ¹⁵.

Pidamos al Señor que tenga piedad de todos los hombres, que

(14) Cfr. Jerem. IX, 14.

(15) De nuestro Padre, Meditación, 13-X-1963.

vuelva una y otra vez a buscarlos, a enamorarlos, con el afán de este buen Rey.

Pero las cosas de Dios van adelante siempre, aunque no queramos nosotros. Entonces, dijo a sus criados: las bodas están dispuestas, mas los convidados no eran dignos de asistir a ellas. Id, pues, a las salidas de los caminos, y a todos cuantos encontréis, convidadlos a las bodas (Matth. XXII, 8-9). ¿No os conmueve, hijos?: a todos llama el Señor. De ese montón eres tú y soy yo, de éstos que ha querido buscar en las encrucijadas de todos los caminos. Y hemos venido como estos hombres de la parábola: cojos, ciegos, sordos ¹⁶.

Al punto los criados, saliendo a los caminos, reunieron a cuantos encontraron, malos y buenos; de suerte que la sala de las bodas se llenó de gentes que se pusieron a la mesa ¹⁷. También es obligación nuestra obrar como estos criados: un deber de proselitismo, para que no haya nadie que no vibre, que viva al margen de los caminos divinos. Donde haya almas capaces de servir a Dios, allí hemos de estar presentes para llevarlas a Cristo.

Hemos de hacer llegar a sus oídos esta invitación del gran Rey: todo está a punto, venid al banquete. Es deber nuestro llamar muchas criaturas, para que se dediquen a trabajar en servicio de Dios.

El espíritu de nuestra Obra es espíritu universal, abierto a todos. Tantas veces os he repetido que nuestro lugar está ahí: en medio de la calle, en el cruce de los caminos humanos... Nada de cerrar puertas ni ventanas; cuanta más gente esté en contacto con nosotros, mejor. A los socios del Opus Dei nos conviene tratar a muchas personas, porque nos interesan todas las almas.

Allá por el año 1934 escribía: somos una inyección intravenosa en el torrente circulatorio de la sociedad. Nos ha elegido el Señor como mensajeros de su doctrina de salvación; por eso, en los sitios más variados donde mis hijos deban estar, allí tienen que

(16) De nuestro Padre, Meditación, 17-X-1965.

(17) Matth. XXII, 10.

ser eminentemente apostólicos, con la seguridad más absoluta de que, al trabajar por El, no hay ninguna acción nuestra, por pequeña que parezca, que no sea eficaz. En su Providencia quiere Dios hacer partícipes a los hombres de su Redención, y a nosotros, por vocación peculiar, nos ha llamado a ser especialmente corre-dentores.

Hijos míos, con esa luz de vuestra vida, de vuestro trabajo, de vuestra perseverancia, traeréis muchas almas a Dios, al calor de esta Obra, Madre guapisima nuestra ¹⁸.

El proselitismo es algo tan connatural con el espíritu de la Obra, que ya antes de pedir la admisión comenzamos a preocuparnos apostólicamente de nuestros amigos y conocidos. Quizá nos removi6 la invitación que nuestro Padre encerraba en un punto de *Camino*: *aún resue-na en el mundo aquel grito divino: «fuego he venido a traer a la tierra, ¿y qué quiero sino que se encienda?».*

—Y ya ves: casi todo está apagado...

¿No te animas a propagar el incendio? ¹⁹.

Son palabras con toda la vibración y la fuerza de un compromiso divino, del que ya nunca podremos desentendernos. Al contrario, diciendo al Señor que sí, que ponemos nuestra vida entera a su servicio, hemos encendido un fuego inagotable, una llama avivada diariamente por el amor de Dios, que tiende a propagarse como el correr pregonero de esos criados de la parábola: *ite ad exitus viarum, et quocumque inveneritis, vocate ad nuptias (Matth. XXII, 9): ¡id a todos los caminos! ¡Que vayáis! Os lo he repetido tantas veces porque no es lo nuestro quedarnos encerrados en casa, sino acudir a todos los caminos, buscando a las almas donde están, para traerlas luego al Señor, heridas de amor, de comprensión, de entrega, de deseos de entrega al menos* ²⁰.

Hay que abrirse en abanico —insistía nuestro Fundador— ...Abrirse como una mano, y que cada dedo tenga prendido un grupo de almas, de las fáciles y de las difíciles... y ¡arrastrar! Que

(18) De nuestro Padre.

(19) *Camino*, n. 801.

(20) De nuestro Padre.

*cada uno no sea uno, que sea diez*²¹. Entrega por entrega, quien ha recibido la llamada difunde a su vez la invitación. Y la primera voz, rota ya la inercia del silencio, se propaga en círculos cada vez más extensos, que cubren toda la inmensidad de los caminos humanos.

Alguna vez he pensado, hijos míos, que las almas son, cuando se comienza a trabajar con ellas, como las cerezas. Se tira de una, y salen dos. Se toma otra, y salen cuatro o cinco más.

*Almas de toda condición, de cualesquiera circunstancias personales, profesionales, sociales, porque nos interesan todas. Ciertamente, las que el Señor manda a su Obra son una selección, pero no para encerrarse, sino para esparcirse, porque hemos de hacer el bien a la humanidad entera*²².

Salir a buscar almas

*Como fuego que hace arder el bosque: y como llama que enciende los montes*²³. Con el mismo ímpetu de un fuego indomable, se ha de manifestar el proselitismo de cada uno, su deseo de traer muchas almas al Opus Dei. Ese afán arrollador nunca cesa cuando vivimos con fidelidad nuestra entrega, y sabe encontrar —en las situaciones ordinarias de cada jornada— ocasión para vivir la urgencia de un apostolado constante. Es el contrapunto lógico, la respuesta adecuada, a aquella premura que manifiesta el Señor en la parábola de las bodas: *exi in vias et saepes —nos dice esta vez por San Lucas— et compelle intrare, ut impleatur domus mea* (Luc. XIV, 23); *sal a los caminos y cercados y empuja a los que halles, para que vengan y se llene mi casa. Obligadles a entrar, empujadles, traedles a mí, que todo esto quiere decir ese compelle intrare del Evangelio, perfectamente compatible con el más delicado respeto a la libertad de las almas, y abso-*

(21) De nuestro Padre, Crónica VI-64, p. 12.

(22) De nuestro Padre.

(23) Ps. LXXXII, 15.

lutamente contrario a la pasividad, a la pereza o al respeto humano.

Hijos míos, tenéis que acercaros a vuestros compañeros, a vuestros amigos, para llamarles en nombre de Dios: compelle intrare! Si a ti nadie te hubiera llamado, probablemente no estarías ahora aquí, sirviendo al Señor en la Obra.

A tantas personas habéis de decir que también a ellos los busca Cristo, como buscó a los primeros Doce, como buscó a la mujer samaritana, y a Zaqueo, y al paralítico. Cada uno en su trabajo, allí donde está, que sienta la necesidad de llegar a mucha gente, para que se llene la sala del banquete.

Pido a todos mis hijos que en su oración personal hagan un examen muy íntimo, para ver lo que hasta ahora han hecho por traer almas al Opus Dei. Un examen que terminará con un propósito muy firme: hacer lo que esté en sus manos para lograr muchas vocaciones, porque las necesitamos. Gracias a Dios, no nos faltan vocaciones aun en medio de las circunstancias tan penosas que actualmente afectan a tantos cristianos y a tantos ambientes. Pero precisamente por eso necesitamos más brazos, los necesita la Iglesia, los quiere el Señor a su servicio.

Todos habéis de tener la preocupación de esta sementera. No podemos quedarnos encerrados. Dios no ha querido que su Obra fuera una Residencia, o una obra corporativa: la ha promovido para santificar a las almas. Necesariamente tenemos que salir a buscarlas, sin esperar a que vengan, como hacen los criados de esta parábola.

Para eso, hay que tratar a Jesucristo en el Pan y en la Palabra, en la Hostia y en la oración. Tenemos que estar enamorados, y un poquito locos. Hace ya muchos años, de mí dijeron que estaba loco. Un sacerdote amigo me lo comentó: dicen que está usted loco. Tú, reza —le contesté—, para que lo esté aún más. Era verdad, hijos. Estaba loco, como lo estáis también vosotros, con la misma locura: loco de amor de Dios ²⁴.

(24) De nuestro Padre.

Ese amor nos mantiene encendidos, con una preocupación constante por los demás que lleva a hablarles, como amigos leales, para darles a conocer a Cristo, que quiere entrar también en sus vidas. *Es preciso moverse, romper esa costra de comodidad que a veces nos detiene. No se puede estar pasivo; es necesario meterse en la vida de los demás, como Cristo se ha metido en la vida tuya y en la mía.*

Si Dios no hubiera obrado de este modo, ¿qué hubiese sido de mí? No me pidió permiso Jesucristo para que le sirviera de instrumento. Con señorío divino llegó y se plantó en el centro de mi alma: tú me haces esto y esto; y yo a obedecer como un borriquito. Es Rey de todas las criaturas y nosotros somos sus enviados ²⁵.

Deseos eficaces

Flechas que rasgan el aire ²⁶ son los deseos ineficaces, los amores a medias: una tensa fuerza que se pierde, sin objeto. En cambio, ese clamor de almas presente en toda la vida de Cristo, en su ejemplo y en su palabra, nos pide obras: una correspondencia concreta, que dé generosa respuesta a ese *compelle intrare*.

La gente se asusta: se asombra del afán de llevar a Dios otras almas, para que le sirvan. Nosotros sabemos que es un deseo del Señor, y una manifestación coherente de nuestro amor.

Me viene a la memoria —y os lo repito a vosotros— lo que decía a los hijos míos, hace tantos años: que debían ser imprudentes en el apostolado, no cuidadosos y cautos. Sólo los viejos deben ser prudentes, y yo —aunque vuestros hermanos se enfaden cuando me oyen decir esto— soy el único viejo en el Opus Dei.

Debéis sentirnos muy proselitistas, y perder cualquier clase de

(25) De nuestro Padre.

(26) Ps. XC, 6.

temor. Debéis mataros por el proselitismo, porque allí está nuestra eficacia ²⁷.

Las obras que el Señor espera de nosotros son el ejemplo y la palabra: el ejemplo de vida cristiana, y al mismo tiempo la palabra, la doctrina de Cristo; porque el ejemplo solo podría servir de poco. **Tenemos lengua para hablar, también con imprudencia**, nos ha dicho nuestro Padre. **¡Cuanto más imprudentes seáis, mejor! Yo siempre, y también ahora, pienso en los tiempos de San Pablo, y me acuerdo de aquella amonestación: argue, obsecra, increpa...; oportune, importune (cfr. II Tim. IV, 2) (...). Y San Pablo, que sabe, que ha paladeado intensamente la alegría de ser de Dios, se lanza seguro a la predicación y es apóstol en todo instante, también desde la prisión** ²⁸.

No hay obstáculos ni dificultades que puedan empequeñecer ese interés. Y si la ocasión de hablar, de dar a conocer al Señor pareciera no presentarse, cualquier circunstancia puede servir para crear esa oportunidad. Nuestra actuación diaria —también esa *imprudencia* de la que habla nuestro Padre— sabrá hallar siempre el modo de hacerlo, de manera que el apostolado sea un interés constante en nuestra vida. **En cada alma que nos rodea es preciso que habite Dios; y nosotros hemos recibido el mandato divino de llevar a cabo esa empresa. Por eso, todos mis hijos deben tener un celo por las almas que les lleve a transformar toda su vida en oración, y en deseos eficaces de quemar a los demás con el Amor de Dios** ²⁹.

(27) De nuestro Padre.

(28) De nuestro Padre, Tertulia, 25-VIII-1968, en Crónica, 1968, p. 991.

(29) De nuestro Padre.

DAR FRUTO

El Señor nos ha hablado muchas veces en la Sagrada Escritura de la necesidad de dar fruto. *Yo soy la vid y mi Padre el labrador. Todo sarmiento que en mí no lleve fruto, lo cortará; y a todo aquel que diere fruto, lo podará para que dé todavía más fruto*¹. El Señor ha querido distinguirnos con un don especial, con la gracia de la vocación al Opus Dei, que es *vid generosa de selectos sarmientos*², y espera de nosotros un fruto suave y agradable. *¿Quién planta una viña y no come de su fruto? ¿Quién apacienta un rebaño y no se alimenta de la leche del ganado?*³.

Falsas excusas

El Evangelio nos narra que en cierta ocasión, saliendo Jesús de Betania, *tuvo hambre; y como viese a lo lejos una higuera con hojas, se*

(1) *Ioann.* XV, 1-2.

(2) *Ierem.* II, 21.

(3) *I Cor.* II, 7.

encaminó allá por ver si encontraba en ella alguna cosa; y llegando, nada encontró sino follaje, porque no era tiempo de higos. Y hablando a la higuera, le dijo: nunca jamás coma nadie fruto de ti. Lo cual oyeron sus discípulos ⁴.

Nuestro Señor propone también esta misma enseñanza en la parábola de la higuera estéril ⁵, como para remachar que espera fruto de nosotros. Y nuestro Padre comentaba: *no era el tiempo, pero se acerca a tomar la fruta. Cristo Señor Nuestro sabía que no era tiempo de higos; y, sin embargo, al ver que el árbol era estéril, aun teniendo aquella apariencia de fecundidad y aquellas hojas, le dice: nunca jamás coma ya nadie fruto de ti (Marc. XI, 14). Y es, hijos míos, que no hay excusa para el que no aprovecha el tiempo. ¡Son fuertes las palabras del Señor: nunca jamás darás fruto. Nadie tomará fruto de ti!*

¡Cómo se quedarían los discípulos, oyendo hablar así a la Sabiduría de Dios! Pero... ¿es posible? ¡Maldice a esa criatura porque no tiene fruto!... Y, sin embargo, la razón es evidente: no hay excusas para dejar de dar fruto: yo... es que no he recibido la formación necesaria; yo... es que estuve enfermo; yo... es que no tengo cualidades (...).

Hijos míos, hemos de ser árbol que dé fruto. Que otros hay que, cuando se acercan a ellos las criaturas, no sirven de provecho: tienen solamente hojas. Hemos de dar fruto, fruto que sacie el hambre de las almas, porque tenemos todos los medios sobrenaturales y la doctrina suficiente; porque —si queremos— estamos en condiciones de vivir, con la gracia del Señor, a pesar de nuestra miseria, una vida capaz de iluminar y de arrastrar a otros: la vida de Cristo en nosotros ⁶.

Mi Padre queda glorificado —dijo Jesús en otra ocasión— *en que vosotros deis mucho fruto y seáis discípulos míos* ⁷. Pero no se trata de un fruto cualquiera, sino de frutos de vida sobrenatural: *si no hacéis*

(4) Marc. XI, 12-14.

(5) Cfr. Luc. XIII, 6-7.

(6) De nuestro Padre, Meditación, 9-1-1956.

(7) Joann. XV. 8.

de los chicos hombres de oración —escribió nuestro Padre en la Instrucción para la obra de San Rafael—, *habéis perdido el tiempo* ⁸. Cualquier otro resultado, distinto del mejoramiento espiritual de las personas que tratamos, por noble y brillante que pueda ser —en el aspecto científico, cultural, deportivo, humano...—, sería inútil, si no sirviese para acercar las almas a Dios. Porque, *¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?* ⁹.

¡Ay del que se adorna con las hojas de un falso apostolado, del que ostenta el follaje de una aparente vida fecunda, sin tener fruto! Parece que aprovecha el tiempo, pero es éste un árbol estéril ¹⁰. Frutos de vida sobrenatural. Esa es la señal inequívoca de que seguimos y estamos unidos al Maestro. *Para que te des cuenta de lo bueno que es que junto con la nuestra procuremos la salvación de los demás, escucha al Profeta que habla por la boca de Dios, diciendo: «el que de algo vil extrae un objeto precioso; ése será mi boca»* ¹¹. *¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que el que lleva a alguien del error a la verdad, o del vicio a la virtud, ése, en la medida de las fuerzas humanas, le imita a El. Porque El mismo, siendo como era Dios, tomó nuestra carne precisamente para eso, y se hizo hombre en consideración a la salud del género humano* ¹².

Manifestar con hechos el espíritu de proselitismo

Es preciso que la Obra de Dios se extienda por todas las partes, afirmando el reinado de Jesucristo para siempre: —et fui tecum in omnibus ubicumque ambulasti, firmans regnum tuum in

(8) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935.

(9) *Matth.* XVI, 26.

(10) De nuestro Padre, *Meditación*, 9-1-1956.

(11) *Jerem.* XV, 19.

(12) San Juan Crisóstomo, *In Genesim homiliae* 1, 3, 4.

aeternum ¹³. La Iglesia está necesitada de obreros que trabajen en la viña del Señor. *Ninguno de mis hijos, insistía nuestro Padre, puede estar tranquilo, si no trae cada año cuatro o cinco vocaciones, que sean fieles, que puedan llamar Padre —viviendo nuestro espíritu de filiación— al Padre nuestro que está en los cielos* ¹⁴.

Tenemos que hacer proselitismo, y no hay excusa. *Quien hace proselitismo, consigue vocaciones; quien hace poco proselitismo, consigue pocas vocaciones; quien hace mucho proselitismo, consigue muchas vocaciones. Si no hay vocaciones, falta amor de Dios. ¿Está claro?* ¹⁵.

El Señor nos lo dice: *cada árbol por su fruto se conoce; que no se cogen higos de los espinos, ni de las zarzas racimos de uvas* ¹⁶. La gracia de Dios no nos falta, y los medios y las personas que pueden acercarse a la Obra, tampoco. El Señor ha puesto la semilla de nuestra vocación personal en un fértil recuesto. *La cavó y le quitó las piedras (...). ¿Qué cosa podría yo haber hecho por mi viña, que no hiciera? ¿Cómo, esperando que me diese uvas, dio agrazones? Voy a deciros ahora lo que haré de mi viña. Destruiré su albarrada, y será ramoneada. Derribaré su cerca, y será hollada. Quedará desierta, no será podada ni cavada, crecerán en ella los cardos y las zarzas* ¹⁷.

Si alguna vez vemos que no ha habido fruto, o que ese fruto ha sido menguado, diremos: *Señor, déjala todavía este año, cavaré alrededor y echaré estiercol, a ver si así da fruto; si no, entonces la harás cortar* ¹⁸. Y ha de ser una decisión firme, decidida, que se traduzca en obras. *¿He manifestado con hechos mi espíritu de proselitismo?* ¹⁹. Hechos nos pide el Señor: la realidad de nuestra oración, la realidad de nuestra entrega generosa, la realidad de nuestra actuación proselitista; porque entendemos *el apostolado de acción como fruto sabroso de la oración y del sacrificio* ²⁰.

(13) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934.

(14) De nuestro Padre, *Noticias* IV-60, p. 23.

(15) De nuestro Padre, *Crónica* III-66, p. 11.

(16) *Luc.* VI, 43.

(17) *Isai.* V, 1-6.

(18) *Luc.* XIII, 8-9.

(19) De nuestro Padre, *Examen del Círculo* breve.

(20) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-III-1934.

Tenemos que rezar, acudir a Dios en petición humilde, lograr de El lo que es una gracia especialísima, sobrenatural e inmerecida. Entonces, *Dominus dabit benignitatem et terra nostra dabit fructum suum (Ps. LXXXIV, 13). Esa bendición de Dios es el origen de todo buen fruto, de aquel clima necesario para que en nuestra vida podamos hacernos santos y cultivar santos, hijos suyos* ²¹. Y ha de ser la nuestra una petición sincera que responda a una auténtica unidad de vida; que vaya acompañada, por tanto, de la oportuna actuación, para que lo que pedimos al Señor se cumpla. *Yo quiero para vosotros la oración de los hijos de Dios; no la oración de los hipócritas, que han de escuchar de Jesús aquello de que no todo el que dice: ¡Señor!, ¡Señor!, entrará en el reino de los cielos (Matth. VII, 21) (...). Nuestra oración, nuestro clamar: ¡Señor!, ¡Señor!, va unido al deseo eficaz de cumplir la Voluntad de Dios* ²².

Oración y actividad tienen que ir, por tanto, muy unidas. Sin estar penetrada de oración, la actividad apostólica quedaría convertida en un mero quehacer humano. *Yo mido la eficacia de las labores, insistía nuestro Padre, por el grado de santidad que alcanzan los que las realizan. Las tareas corporativas son siempre medio, nunca fin. El fin de la labor de las hijas y de los hijos de Dios en su Opus Dei es, de una parte, la santificación personal, y de otra, fomentar la perfección cristiana en el mundo. Universidades, residencias universitarias, una escuela hogar... ¿Esos son fines? No. Del mismo modo que la pala y la azada no son fin del campesino, sino medios para labrar la tierra* ²³. Igualmente nos decía del apostolado individual: *me daría mucha pena, si un hijo mío me hablara sólo de sus éxitos profesionales. Puede y, a veces, debe hablar: pero lo que quiero oír de vosotros es un recuento de los frutos de vuestro apostolado, de las vocaciones que promovéis, de las almas que acercáis a Dios. Si no, no creería en la sinceridad de vuestro afán de apóstoles* ²⁴. Ocupados en tareas laicales y seculares, cada uno de

(21) De nuestro Padre, Meditación, 3-XII-1961.

(22) De nuestro Padre, Meditación *La oración de los hijos de Dios*, 4-IV-1955, en Crónica, 1972, p. 1099.

(23) De nuestro Padre, Tertulia, 1-VIII-1962.

(24) De nuestro Padre, Carta, 15-X-1948.

nosotros ha de *hacer de su profesión un instrumento de progreso civil y un instrumento de santificación para sí y para los demás* ²⁵. Si faltara esa dimensión sobrenatural, el trabajo no sería ni siquiera humanamente pleno; no podría llenar las aspiraciones espirituales de quienes están a nuestro lado.

Tenemos, pues, que convertir la propia profesión en instrumento de apostolado. Tenemos que buscar vocaciones. Si faltara esa preocupación, habría motivos para pensar que tampoco hay una auténtica vida de oración; porque la oración nos lleva a descubrir lo que Dios quiere que hagamos, para ponerlo por obra; se traduce en hechos. A su vez, para que sea eficaz, la actividad ha de apoyarse en oración, en encomendar las labores —cualquier meta apostólica, por pequeña que parezca—, dándonos cuenta de que se trata siempre de una realidad sobrenatural, que depende de Dios más que de nosotros. Las dos cosas tienen su raíz en una misma e idéntica caridad, en una misma e idéntica tensión de la voluntad hacia los demás, por Dios, que ha de ser como un aguijón continuo que nos impida adormecernos, que nos impulse a rezar y a trabajar sin descanso, por afán de almas.

Fecundidad del sacrificio

Dominus dabit benignitatem (Ps. LXXXIV, 13)... Fruto espera el Señor nuestro. Si no lo damos, se lo quitamos. Pero no un fruto raquítrico, desmedrado, porque no hayamos sabido darnos ²⁶. He ahí otra premisa de nuestro proselitismo: *si el grano de trigo, después de echado en tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto* ²⁷. Nuestro deseo de ganar almas tiene que seguir los mismos pasos que anduvo Cristo. *El se hizo hombre en consideración a la*

(25) De nuestro Padre, *Carta*, 2-X-1939.

(26) De nuestro Padre, *Meditación*, 3-XII-1961.

(27) *Ioann.* XII, 24.

salud del género humano. Pero, ¿a qué decir tan sólo que tomó nuestra carne, cuando en realidad tomó todo lo humano, aceptando la cruz para librarnos de la maldición que nos aherrojaba al pecado?; por lo cual exclama San Pablo: «Cristo nos redimió de la maldición, hecho por nosotros maldición»²⁸. Si, pues, El, siendo Dios de esencia inefable, recibió todo esto por nosotros y por nuestra salvación, ¿qué no estará bien que nosotros mismos hagamos por los demás, que son de nuestra misma sangre y miembros nuestros, para librarlos de las fauces del diablo y para educarlos por el camino de la virtud?²⁹.

La actuación apostólica exige abnegación, espíritu de sacrificio. Lo vemos en la vida del Señor, que no tenía dónde reclinar la cabeza³⁰ y viajaba de continuo buscando a los hombres a pesar del cansancio³¹, tan ocupado en atender a las personas que a veces ni tiempo para comer le quedaba³².

La primera manifestación de generosidad que hemos de vivir en el proselitismo es ese espíritu de sacrificio que lleva consigo el ejercicio del apostolado, con sus exigencias de tiempo, de dedicación, de renuncia a proyectos personales —grandes o pequeños—, en favor de los demás. *A vuestra unidad de vida, debe corresponder una magnanimidad espontánea, renovada cada día, que ha de estar patente y se ha de manifestar en todas las cosas, de manera que —como fieles soldados de Cristo Jesús en el mundo— sepáis ofrecerlos en holocausto, diciendo de veras: con plena sinceridad, con alegría, me he entregado, Señor, con todo lo que tengo (I Par. XXIX, 17). Esta ha de ser vuestra preparación, para el apostolado continuo que Jesús nos pide, como es continuo el latir del corazón*³³.

El labrador, para recibir los frutos, es menester que primero trabaje³⁴. Es necesario el esfuerzo y la buena disposición de vivir muchas virtudes sobrenaturales y humanas en la *actuación apostólica, que debe*

(28) Galat. III, 13.

(29) San Juan Crisóstomo, *In Genesim homiliae* 1, 3, 4.

(30) Cfr. Luc. IX, 58.

(31) Cfr. Joann. IV, 6.

(32) Cfr. Marc. III, 20; Joann. IV, 34.

(33) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933.

(34) II Tim. II, 6.

*ser varonil, laboriosa, práctica, variada, dinámica, acometedora y gratuita*³⁵. Y requiere tiempo, constancia. *Vosotros, hermanos, tened paciencia, hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador, con la esperanza de recoger el precioso fruto de la tierra, aguarda con paciencia, hasta que recibe las lluvias temprana y tardía. Esperad, pues, también vosotros con paciencia y esforzad vuestros corazones*³⁶.

Yo—dice San Pablo— *al presente me gozo de lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que resta de padecer a Cristo por su Cuerpo que es la Iglesia*³⁷. El Señor ha querido asociarnos a su obra redentora, exigiendo nuestro personal sacrificio, además de nuestra palabra y de nuestro ejemplo, para aplicar a las almas sus infinitos méritos; por eso, *aquel de los nuestros que se ha propuesto una nueva vocación, hace mortificaciones extraordinarias, y las pide a otras almas, convencido de que él de suyo nada puede, si no consigue, con oración y sacrificios, gracia abundante del Cielo*³⁸. Pero ese sacrificio, para que sea aceptable a los ojos de Dios, ha de ir apoyado en una generosidad efectiva en el servicio de las almas: *amar al prójimo como a uno mismo es el mayor de todos los sacrificios y holocaustos*³⁹. Porque no es posible tranquilizarse la conciencia con unas cuantas mortificaciones, más o menos aparatosas —*¿a mí qué, dice Yavé, toda la muchedumbre de vuestros sacrificios? Harto estoy de holocaustos de carneros*⁴⁰— si no fuese real en nuestra vida ese otro sacrificio menos perceptible, por más interior, que consiste, no en entregar cosas nuestras, sino en la radical entrega de nosotros mismos: *me he hecho todo para todos, para ganar a todos*⁴¹. Sobre el fundamento de esa caridad, es donde hemos de poner el ofrecimiento humilde de nuestra mortificación y de la de nuestros hermanos, seguros de que nunca quedará sin fruto; si no a aquél, el Señor dará a otro su gracia. *El sacrificio del justo es aceptable, y no se borra de la memoria de Dios su recuerdo*⁴².

(35) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950.

(36) *Jacob.* V, 7-8.

(37) *Colos.* I, 24.

(38) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934.

(39) *Marc.* XII, 33.

(40) *Isai.* I, 11.

(41) *I Cor.* IX, 22.

(42) *Eccl.* XXXV, 9.

Metas concretas

Cuando el hambre de proselitismo se refleja continuamente en la oración y en la voluntad de sacar adelante las labores, con el sacrificio que haga falta, hay también actuación proselitista. *El campo será arado y recibirá, con la semilla generosa, los cuidados que pone el campesino. Y después, con la bendición de Dios, vendrá la cosecha* ⁴³. Si faltase esta actuación, ese trabajo de roturar la tierra, es que no habría oración auténtica, ni mortificación verdadera, ni vida interior, ni amor a la Obra. *Estas almas, aunque estuviesen en Casa, estarían muertas, podridas. Iam foetet (Ioann. XI, 39); el proselitismo es una manifestación de la vida espiritual que tienes tú* ⁴⁴.

Poned, en vuestro corazón y en vuestra vida, la necesidad absoluta de una abundante labor de San Rafael y de San Gabriel, indispensables para la vitalidad, el desarrollo y la eficacia de nuestra Obra ⁴⁵. Esta necesidad nos llevará a decisiones prácticas, para que el afán que nos mueve se traduzca en hechos concretos y efectivos. Hemos de prever y adelantarnos a los pequeños acontecimientos de cada jornada, de modo que cada mañana, cuando salimos temprano al trabajo —el que sea—, llevemos entre las demás cosas que ocupan nuestro pensamiento unas cuantas metas proselitistas, precisas y determinadas. Pueden parecer pequeñas esas metas, pero no lo son porque exigen verdadera renuncia, olvidarse de sí mismo para pensar en los demás, vencer la pereza, aprovechar el tiempo; requieren espíritu de sacrificio para llegar a constituir una realidad vivida día tras día, lo mismo por la mañana que por la tarde, lo mismo cuando es fiesta que cuando es jornada laborable, lo mismo cuando es invierno que cuando es verano; exigen constancia para renovar ese plan diario, ver en la oración cuál es el mayor

(43) De nuestro Padre, Crónica VII-62, p. 12.

(44) De nuestro Padre, Crónica, 1968, p. 606.

(45) De nuestro Padre, n. 230.

partido que podemos sacar a cada situación de nuestra jornada. De esa manera, hay también proselitismo eficaz, vocaciones.

Por eso, nuestro Padre quiso que nos examinemos diariamente sobre el proselitismo, que veamos los hechos concretos en que se ha manifestado nuestro afán; porque el proselitismo, como toda nuestra vida, está hecho de cosas pequeñas, y si faltasen es que no sería real. *Hay que decir en la Confidencia: he hecho esto, he pensado lo otro, he rezado tanto, me he mortificado, he preparado esa visita. Y si tu hermano no te lo pregunta, debes decirlo lo mismo* ⁴⁶. Si cuidamos ese espíritu de examen, habrá propósitos, habrá proyectos; y en consecuencia, realidades de proselitismo. Tendremos una vida coherente de contemplativos en medio de los afanes humanos, porque la necesidad de actuar nos impulsará a llevar a la oración el proselitismo, para poner luego por obra unos propósitos concretos. De este modo viviremos con sentido sobrenatural todo nuestro día: nuestro trabajo, la conversación, la amistad. Y sentiremos la necesidad de tener espíritu de sacrificio para sacar adelante esos propósitos, y de acudir a Dios y de ofrecer mortificaciones. Se produce así un círculo, en el que la oración nos lleva a actuar, la actuación a rezar, y una y otra a ser mortificados, trabajando con rectitud humana y sobrenatural, en esa vida contemplativa nuestra, tan unida a la acción.

Alzad vuestros ojos —nos dice ahora Jesucristo, Señor Nuestro—, tended la vista por los campos y ved ya las mieses blancas y a punto de segarse (Ioann. IV, 35). Todas las realidades humanas, el mundo entero, son ya campo divino para nuestra operatio Dei, y —como fruto espiritual de la labor de mis hijos— los graneros del Señor se van llenando de trigo bueno: pan de oblación suavísima, alimento para las almas, grano para la siembra nueva ⁴⁷.

(46) De nuestro Padre, Crónica V-63, p. 11.

(47) De nuestro Padre, Carta, 28-III-1955.

EL FUNDAMENTO Y RAIZ DE LA EFICACIA

La vida del cristiano comienza con el bautismo. Por el bautismo recibimos el don de la gracia santificante, que nos hace participar de la naturaleza de Dios, capaces de obrar de un modo divino y de merecer finalmente la visión del Señor, sin mediación de cosa creada alguna, cara a cara, en la gloria del cielo. Ese estado de gracia, que se encuentra en el alma después del bautismo y en el penitente que acaba de recibir la absolución, *no es otra cosa que cierta incoación de la gloria en nosotros*¹; es un germen, un injerto de la vida divina, que, como la vida natural, requiere un crecimiento progresivo y el ejercicio de unas operaciones vitales. Y este desarrollo necesita y depende de nuestra unión con Cristo, dador de la vida sobrenatural. *Quien bebiere del agua que Yo le daré —decía el Señor a la samaritana— no tendrá sed en la eternidad, sino que el agua que Yo le daré vendrá a ser dentro de él una fuente de agua que manará hasta la vida eterna*².

*Aquel que bebiere —dice Santo Tomás— del agua viva de la gracia que da el Salvador, no deseará ya ninguna otra, sino que sólo anhelará recibirla en mayor abundancia*³, deseará crecer en vida sobrenatural,

(1) Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 24, a. 3 ad 2.

(2) Joann. IV, 13-14.

(3) Santo Tomás, *Super Evangelium S. Joannis lectura*, IV, 3.

identificarse con Cristo de tal manera que pueda decir como San Pablo: *vivit autem in me Christus* ⁴, Cristo vive en mí. Esa divinización del alma, ese vivir en un orden superior, sobrenatural, no es merecimiento del hombre; excede absolutamente a sus fuerzas y méritos naturales. La vida interior tiene su principio en las virtudes infusas y en los dones del Espíritu Santo, que recibimos gratuitamente, por la misericordia de Dios. Y sólo con su auxilio podemos dar frutos sobrenaturales, realizar acciones dignas de la vida eterna.

Crecer en caridad, crecer en apostolado

Entre todas las virtudes —dice San Pablo— *mantened sobre todo la caridad, que es el vínculo de la perfección* ⁵; porque la caridad en cierto modo las resume todas: es la que las vivifica, la que las hace meritorias, la que ordena los actos de las demás virtudes. Por eso, crecer en vida sobrenatural es crecer en caridad, en amor de Dios. Y ese crecimiento depende también de nosotros, exige nuestra cooperación. *Aunque la caridad sea un don divino* —explica Santo Tomás— *se requiere para tenerla una disposición de nuestra parte. Por tanto conviene saber que hay dos cosas especialmente necesarias para adquirir la caridad y otras dos para aumentar la caridad que ya se tiene. Para adquirir la caridad es necesario, en primer lugar, escuchar atentamente la palabra de Dios (...), y después meditar continuamente en los bienes divinos, tal como dice el salmo: «se encendía el fuego en mi meditación»* ⁶ (...). *Las otras dos cosas que aumentan la caridad ya adquirida son, en primer lugar, desprender el corazón de las cosas terrenas (...), y después una firme paciencia en la adversidad* ⁷.

(4) *Galat.* II, 20.

(5) *Colos.* III, 14.

(6) *Ps.* XXXVIII, 4.

(7) Santo Tomás, *In duo praec. caritatis et in decem legis praec. expositio*, prol., V, 1155-1159.

Con la oración y la mortificación, nos disponemos a recibir la gracia y a desarrollar la vida divina en nosotros. De esa vitalidad sobrenatural serán fruto las obras, los actos de amor, *al considerar que (...) Cristo murió por nosotros, para que los que viven, no vivan ya para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos* ⁸.

Todos podemos recordar cómo el deseo de hacer apostolado, de vivir en la Obra dedicados al servicio de las almas, brotó en nuestro corazón de la vida interior, del trato personal con Jesucristo. La vida interior trae como consecuencia lógica el apostolado, porque es idéntica la razón de amar a Dios y al prójimo: Dios mismo. Merced a la caridad, lo que queremos y buscamos en todas las almas es que en ellas esté Dios, que se asemejen a Dios y le amen. *El apostolado se ejercita en la fe, en la esperanza y en la caridad, que derrama el Espíritu Santo en los corazones de todos los miembros de la Iglesia. Más aún, el precepto de la caridad, que es el máximo mandamiento del Señor, urge a todos los cristianos a procurar la gloria de Dios por el advenimiento de su reino, y la vida eterna para todos los hombres: que conozcan al único Dios verdadero y a su enviado Jesucristo* ⁹⁻¹⁰.

El apostolado acompaña a la vida interior como un efecto a su causa, como una consecuencia a su principio, como algo que se sigue necesariamente, porque *no hay ningún sacrificio más grato a Dios que el celo por la salvación de las almas* ¹¹. En consecuencia, ese celo se hace signo inequívoco de que existe auténtico amor de Dios, una vida interior verdadera. *Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida —dice San Juan— si amamos a nuestros hermanos* ¹². Y nuestro Padre nos enseña: *nuestro espíritu ha de ser sangre y vida, savia de toda la planta, para que el árbol dé frutos divinos* ¹³.

El origen del celo por las almas y su causa está en la vida interior. *Quiero recordar una vez más a mis hijos —decía en cierta ocasión— que el fundamento de toda nuestra labor está en una intensa vida*

(8) II Cor. V, 15.

(9) Cfr. Joann. XVII, 3.

(10) Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 3.

(11) San Gregorio Magno, *In Ezechielem homiliae* 12.

(12) Joann. III, 14.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945.

interior, en que seamos todos eficaz y realmente contemplativos. Por eso, el primero de nuestros deberes es no sólo fomentar y sostener, sino mejorar continuamente nuestra vida interior y la de los demás: deber especialmente grave para quienes tienen en la Obra funciones de gobierno y formación. Tened muy en cuenta que sin vida interior no hay verdadero proselitismo ni obras fecundas: haciéndose la labor precaria o incluso ficticia ¹⁴. Nuestra vocación contemplativa exige antes que nada fomentar y crecer en vida interior. Su consecuencia será una acción apostólica fecunda, porque *de la plenitud de la contemplación se deriva la doctrina y la predicación* ¹⁵.

Los síntomas de la tibieza

Algunas veces —dice San Ambrosio— hay mucha interioridad y escasa acción. Así sucede cuando uno que pretende curar un alma, aunque conoce todos los preceptos de la medicina, no los pone en práctica. Esa falta de acción apostólica supone falta de vida interior ¹⁶; porque cuando hay verdadera vida interior, el celo por las almas no se queda en un deseo ineficaz, sino que consiste en un acto firme y enérgico de la voluntad, que pasa por encima de los obstáculos y dificultades que puedan presentarse.

A poco amor de Dios que una persona tenga, surge el afán apostólico. Pero para sostener todas las dificultades que la acción apostólica lleva consigo, hace falta un amor de Dios fuerte y recio, espíritu de sacrificio, audacia, constancia; ejercitar las virtudes todas. Además, también pueden presentarse dificultades de orden material, de tiempo, de medios: no poseer los instrumentos de apostolado adecuados, la acumulación de trabajo... Y para afrontar esa carencia de instrumentos materiales o de dotes humanas, sin desanimarse porque los frutos tardan en

(14) De nuestro Padre, 11-II-1967.

(15) Santo Tomás, S. Th. 11-11, q. 188, a. 6.

(16) San Ambrosio, *Expositio Evangelii sec. Lucam* 1, 9.

llegar, es necesario un recio amor de Dios, una vida interior sólida y pujante.

Cuando falta esa vida interior, el apostolado comienza a perder su atractivo y, en consecuencia, comienza a abandonarse. El impulso apostólico no brota ya del interior, espontáneamente. Son sólo las circunstancias exteriores las que recuerdan y en cierto modo coaccionan a hacer apostolado. Las indicaciones recibidas no se presentan ya como una ayuda práctica que facilita y orienta la labor; resultan más bien para el que las recibe como un estímulo externo, carente de eficacia, ajeno a sus gustos y deseos, que recuerda unos molestos deberes de conciencia.

En esas circunstancias, si no se reacciona a tiempo trabajando por avivar la propia vida interior, la situación tiende a empeorar. Porque al no encontrar ya gusto a la labor apostólica, ni sentido al sacrificio que comporta, se tiende a descuidar la oración, rehuyendo afrontar cara a Dios la necesidad de salir de esa situación; y se pierde también el espíritu de examen, que obligaría a un propósito concreto. Y así, al pensar en el apostolado y en las prácticas de piedad, sólo se saca tristeza, y se comienzan a descuidar aún más los deberes espirituales. Se produce un círculo vicioso, porque si el corazón, que ha sido creado para la felicidad, sólo encuentra disgusto en la vida espiritual, se desviará hacia otras cosas, como compensación de lo que no encuentra ya en la vida interior. Se centrará en alguna actividad natural, quizá en el ejercicio de la profesión, o en procurarse pequeñas satisfacciones, tal vez lícitas en sí mismas, pero desviadas. Y de ese apagar su sed en la vida natural, surge un mayor disgusto por los bienes del espíritu, que resultan cada vez más costosos y antipáticos. Poco a poco, el corazón puede llegar a verse tentado, no ya por el sabor de la vida natural, sino por cosas más bajas; y comienzan a aparecer las grandes dificultades, que sólo parcialmente tienen un fundamento objetivo. *Conforme* —escribe nuestro Padre—: *hay mucha lucha de fuera, y esto te exime, en parte. —Pero también hay complicidad dentro —mira despacio— y ahí no veo eximente* ¹⁷.

(17) *Camino*, n. 700.

El camino de la rectificación

Cuando aparecen esos síntomas de tibieza —rehuir el examen, rehuir el diálogo personal con Dios—; cuando no se puede prescindir de las compensaciones; cuando la acción apostólica se convierte en algo forzado y se siente más como una obligación que como una necesidad; al surgir esos síntomas, en grado más o menos avanzado, ha llegado el momento de poner en práctica más que nunca lo que tantas veces nos ha enseñado nuestro Fundador: *primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en “tercer lugar”, acción* ¹⁸. Sin vida interior, sólo con fuerza de voluntad, no puede sostenerse por largo tiempo la acción apostólica, porque supone un esfuerzo gigantesco que además resulta estéril. *Solos, no podemos nada de provecho, porque habremos cortado el camino de las relaciones con Dios: sine me nihil potestis facere (Ioann. XV, 5); sin mí no podéis hacer nada. Pero unidos al Señor, lo podemos todo: omnia possum in eo qui me confortat (Philip. IV, 13); todo lo podremos en Aquél que nos confortará. Aunque tengamos equivocaciones y errores, si luchamos para no tenerlos.*

Soñaba una vez un conocido mío —nunca le acabo de conocer— que andaba en un avión a mucha altura, pero no dentro, sino sobre las alas; y padecía terriblemente. Nuestro Señor le daba a entender que así van por las alturas del apostolado las almas que no tienen vida interior, con el peligro constante de venirse abajo, sufriendo, inseguras ¹⁹. Cuando falta el afán y la vibración en la labor de almas, no se trata de sostener la acción apostólica a fuerza de voluntad, de un modo violento. Hay que ir a Dios, que es la fuente de la

(18) Camino, n. 82.

(19) De nuestro Padre, Carta, 24-III-1931.

gracia, porque sólo en El podremos encontrar el impulso sobrenatural necesario para la actividad sobrenatural del apostolado. *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; quien está unido conmigo, y Yo con él, ése da mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer* ²⁰. Hay que acudir a los medios sobrenaturales de la oración y la mortificación, y así transformaremos esa mala complicidad del alma en cooperación a la acción de la gracia.

Oración: no sólo para reconocer que sin Dios nada podemos, sino también porque en la oración *conformamos nuestra voluntad a la voluntad de Dios* ²¹. Cristo, ante la inminencia de la Pasión, nos dio ejemplo de esa oración para identificar su voluntad humana, que se resistía a la Pasión y a la Cruz, con la voluntad divina: *Padre mío (...) —repetía—, no se haga mi voluntad sino la tuya (...). Y entrando en agonía, oraba con mayor intensidad. Y le vino como un sudor de gotas de sangre que chorreaba hasta el suelo* ²². Así debemos orar nosotros para hacer nuestra la voluntad de Dios, cuando los obstáculos se oponen a la labor apostólica que el Señor nos pide. No cabe conformarse con vivir las exigencias del apostolado como una obligación penosa. *La oración —dice Santo Tomás— debe durar el tiempo necesario para excitar el fervor del deseo interior* ²³; si no, la labor acaba por abandonarse. *Sin oración no es posible perseverar en el apostolado* ²⁴.

Y con la oración, la mortificación, que no consistirá en imponerse grandes penitencias, como si el dolor fuese un talismán para la eficacia apostólica o un precio exorbitante que Dios exige para alcanzarla. Se trata de dar muerte al hombre viejo, de cortar los lazos que atan el alma a todo lo que no es Dios, que agotan sus energías y la dejan ciega para ver y sin paladar para gustar lo amable que es el cumplimiento de la voluntad divina. Hay que mortificar el propio gusto para poder gustar lo que Dios gusta. Hay que perder la propia voluntad y morir a la propia complacencia, para encontrar la satisfacción, la complacencia y la ale-

(20) *Joann.* XV, 5.

(21) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 83, a. 5 ad 2.

(22) *Luc.* XXII, 42-44.

(23) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 83, a. 15.

(24) De nuestro Padre, *Crónica* VI-66, p. 9.

gría en el cumplimiento de la voluntad de Dios: una satisfacción que muchas veces no es sensible, pero que llena el alma. *Si el grano de trigo, después de echado en tierra, no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto* ²⁵.

De este modo, cuando cesa la *complicidad* del alma, amaina la borrasca de las tentaciones. Cuando se pone la felicidad en el seguimiento de Dios, cada vez se encuentra más gusto en la vida espiritual, aunque cueste. La obediencia y la acción apostólica no son ya una obligación externa y desagradable, sino el cauce que facilita los íntimos deseos de apostolado, fruto de la vida interior. Y entonces el proceso es inverso: un camino que lleva desde la vida interior a una eficacia apostólica cada vez mayor.

Fundamento de todo apostolado

La vida interior es lo que sostiene la labor apostólica; si no hay vida interior, el apostolado mengua y acaba por desaparecer. *Sucede algunas veces —dice San Ambrosio— que hay una actividad exuberante y una interioridad endeble, como cuando uno ha recibido el bautismo y los demás sacramentos de salvación, pero no pone en práctica las distintas virtudes. Y entonces, lo que normalmente sucede es que, por falta de vida interior, tampoco la acción apostólica cosecha fruto* ²⁶.

Sin vida interior, la labor —si es que llega a haberla— se hace *precaria o incluso ficticia. Sin piedad, el gobierno degenera en tiranía —se hace imposible el gobierno colegial—, y es poco menos que inevitable la desunión con la pérdida del buen espíritu* ²⁷. Sin vida interior no es posible llevar una labor tal como lo exige el espíritu de la Obra; todo lo más que puede haber es una ficción, una apariencia

(25) *Ioann.* XII, 24.

(26) San Ambrosio, *Expositio Evangelii sec. Lucam* 1, 9.

(27) De nuestro Padre, 11-II-1967.

de labor, condenada a la esterilidad. *¿Acaso se cogen uvas de los espinos o higos de las zarzas?* ²⁸. Algún fruto puede haber, porque a fin de cuentas somos instrumentos en las manos de Dios y, *del mismo modo que las medicinas corporales que utilizan los hombres no aprovechan sino a quienes Dios da la salud (...); de un modo análogo, la ayuda de las enseñanzas humanas aprovechan al alma cuando el que obra para que aprovechen es Dios, que podría dar al hombre el Evangelio sin los hombres y sin mediación de hombre* ²⁹. Pero generalmente Dios dispone que *con nuestras oraciones se obtenga lo que ha dispuesto* ³⁰, *para que nos demos cuenta de que en eso hay que recurrir al auxilio divino* ³¹. Y así la eficacia apostólica depende normalmente de la vida interior del apóstol. En cambio, con grandes dotes humanas y buenos instrumentos de apostolado, la eficacia puede ser nula.

Por tanto, el que pretenda enseñar la palabra de Dios, *al hablar, haga cuanto esté de su parte para que se le escuche inteligentemente, con gusto y docilidad. Pero no dude de que si logra algo y en la medida en que lo logra, es más por la piedad de sus oraciones que por sus dotes oratorias. Por tanto, orando por aquéllos a quienes ha de hablar, sea antes varón de oración que de peroración. Y cuando se acerque la hora de hablar, antes de comenzar a proferir palabras, eleve a Dios su alma sedienta para derramar de lo que bebió y exhalar de lo que se llenó* ³².

Para provocar el afán apostólico, para no dejarse vencer por las dificultades de la labor y para que la labor dé frutos, hay que fomentar la vida interior, crecer en caridad, en amor a Dios y, por Dios, a todo cuanto El ama. *La caridad, que es como el alma de todo apostolado, se comunica y mantiene con los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía* ³³. En la Eucaristía, *el centro y la raíz de nuestra vida interior* ³⁴, Dios nos da gracia sobreabundante. Sólo hemos de procurar quitar los obstáculos que se oponen a su acción en el alma, mediante la oración y

(28) *Matth.* VII, 16.

(29) San Agustín, *De doctrina christiana* 4, 17, 34.

(30) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 83, a. 2 ad 2.

(31) *Ibid.*, ad 1.

(32) San Agustín, *De doctrina christiana* 4, 15, 32.

(33) Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 3.

(34) De nuestro Padre, *Obras* VIII-65, p. 13.

la mortificación. *Los medios para sostener y mejorar esa vida interior, que es fundamento y raíz de nuestra eficacia, los conocéis bien: nuestras Normas y Costumbres, el cumplimiento delicado y constante de nuestras Normas de vida. Meditad y haced meditar esto que os digo, y sacad las consecuencias prácticas necesarias para vuestra vida personal y para vuestra labor de gobierno y formación* ³⁵.

(35) De nuestro Padre, 11-II-1967.

APOSTOLADO Y ORACION

Si todo el orden de la justicia original era ya gracia, don de Dios, gratuito y no merecido, el de la Redención —el restablecimiento de aquella vida sobrenatural perdida— era doblemente un fruto de la misericordia divina. Y la actitud de la criatura no podía ser otra que la de la imploración: confiada pero humilde; porfiada pero plenamente consciente de que era gracia, favor no debido, porque no había acción alguna capaz de obtener como consecuencia propia aquella salvación por la que rogaba. *Para que viniera el Mesías, pasaron siglos y siglos. Los patriarcas y los profetas pidiendo, y todo el pueblo de Israel: ¡que la tierra tiene sed, Señor, que vengas!*¹. Dios quiso —y aun eso mismo era ya fruto de una gracia especial, concedida en relación con los méritos de Cristo— la oración insistente de los justos, antes de que la Encarnación del Verbo se realizase.

Por eso cuando María Santísima comunica a Isabel su gozo ante el comienzo de la Redención, puede decir que Dios *desplegó el poder de su brazo y dispersó a los que se engríen con los pensamientos de su corazón. Derribó a los potentados de sus tronos y ensalzó a los humildes. A los hambrientos los llenó de bienes, y a los ricos los despidió sin nada.*

(1) De nuestro Padre, Tertulia, 20-IX-1961, en Crónica X-61, pp. 41-42.

Acogió a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia ².

El mismo Jesucristo, en cuanto hombre, reza, ruega, suplica, pide, para señalarnos el camino justo, la actitud debida ante lo que es pura gracia. Al final de su vida en la tierra, su oración sacerdotal se prolonga insistentemente, conmovedora: *glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti; pues le has dado poder sobre todo linaje humano, para que dé la vida eterna a todos los que le has señalado* ³. Implora al Padre su gracia, para que los guarde y los santifique ⁴; y le encomienda la eficacia de la acción apostólica: *no te ruego solamente por éstos, sino también por todos los que han de creer en mí por medio de su predicación* ⁵. Poco después, transido de dolor en Getsemaní, lleno de angustia, *oraba más insistentemente; y sudó como gruesas gotas de sangre, que corrían hasta la tierra* ⁶; aun entonces renueva repetidamente el consejo a los suyos: *velad y orad* ⁷.

Hasta el fin de los tiempos habrá de continuar la Iglesia ese clamor suplicante de Cristo: sobre todo mediante la Misa, sacrificio impetratorio de valor infinito, donde se renueva incesantemente la petición de gracia; y siempre en nombre de Jesucristo: *per Dominum nostrum Iesum Christum*. Ese es el primer oficio de la Iglesia, y por consiguiente el primer oficio de sus ministros, los sacerdotes: rezar, en la Misa especialmente, y en el oficio divino, que es la oración pública de la Iglesia. Rezar, apoyados en la promesa del Señor: *en verdad, en verdad os digo que cuanto pidieréis al Padre en mi nombre os lo concederá. Hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre. Pedidle y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo* ⁸. Y como todos somos Iglesia, todos hemos de participar en esa oración.

En nuestra vida de cristianos también ha de ser la oración nuestra actitud fundamental: rezar, implorar unidos a Jesucristo, que ha dicho a todos: *si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que quisiereis, y se os otorgará* ⁹.

(2) *Luc.* I, 51-54.

(3) *Ioann.* XVII, 1-2.

(4) *Cfr. Ioann.* XVII, 6-19.

(5) *Ioann.* XVII, 20.

(6) *Luc.* XXII, 44.

(7) *Matth.* XXVI, 41.

(8) *Ioann.* XVI, 23-24.

(9) *Ioann.* XVI, 15.

Base de toda labor sobrenatural

Rezar: ése es el camino ¹⁰, nos ha dicho nuestro Padre. Y en una meditación comentaba: *los Hechos de los Apóstoles nos han transmitido una escena que a mí me enamora, porque es un ejemplo vivo para nosotros; por eso la he hecho grabar en tantos oratorios y en otros lugares: perseveraban todos en las enseñanzas de los Apóstoles, y en la comunicación de la fracción del pan, y en la oración (Act. II, 42).*

¿Qué han hecho, hijo mío, todos los santos? Pienso que no ha habido uno solo sin oración; ninguno ha llegado a los altares sin que haya sido alma de oración ¹¹. Y es que, como afirmaba en esa misma meditación, *la oración, hijos, es el fundamento de toda labor sobrenatural* ¹².

Sobrenatural —frutos de gracia— es el fin que Dios ha dado a su Obra: y los medios han de ser proporcionados. *Permanecer todos unidos en la oración: éste es el único secreto de la Obra, éste es el origen de nuestra alegría, de nuestra paz, de nuestra serenidad y, por tanto, de nuestra eficacia sobrenatural* ¹³.

La Obra misma nació después de muchos años de oración, de petición continua de nuestro Padre. *Desde los quince años comencé a pedir por el Opus Dei, sin saber lo que era. Tenía barruntos. Pedí muchos años sin saber lo que era, y decía: Domine, ut sit!* ¹⁴. Esta es la doctrina y el ejemplo constante que nos dio nuestro Fundador: lo primero que hacía siempre era rezar, rezar mucho, a veces viviendo a la letra aquellas palabras del Evangelio: *pernoctans in oratione Dei* ¹⁵, pasando la noche en oración. Y cuando algo se hacía más necesario o más difícil, acudía más intensa y continuamente a la oración, y nos movía a

(10) De nuestro Padre.

(11) De nuestro Padre, Meditación *La oración de los hijos de Dios*, 4-IV-1955, en *Crónica*, 1972, p. 1098.

(12) *Ibid.*

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 19-III-1954.

(14) De nuestro Padre, *Tertulia*, 20-IX-1961, en *Crónica* X-61, p. 41.

(15) *Luc.* VI, 12.

rezar a todos con más fuerza, por más tiempo: *tened una confianza plena y una firmísima esperanza; seguid rezando sin interrupción, ofreciendo a Dios cada día vuestro trabajo y vuestro sacrificio, para que, finalmente, pueda llegarse a una solución conveniente* ¹⁶, nos decía, por ejemplo, a propósito de su intención especial.

El Señor está dispuesto a dar: la condición es pedir. *Estad seguros, hijos míos: fiat tibi sicut vis (Matth. XV, 28), hágase como tú quieres, es la respuesta de Jesucristo a la oración piadosa, confiada y perseverante* ¹⁷.

Primacia de la oración

Ese sentimiento instintivo, esa necesidad de rezar sólo puede diluirse, sólo puede dejar de ser sentida por dos motivos: por una oculta soberbia, que tiende a atribuir a nuestra actividad frutos sobrenaturales; o por desvirtuar el apostolado, convirtiéndolo en una acción con finalidad puramente natural —social, política, cultural...—, que puede por tanto obtenerse con simples medios humanos.

Al clausurar la segunda etapa del Concilio Vaticano II, Pablo VI afirmaba una vez más la primacía de la oración en la obra salvífica de la Iglesia. *Nuestro espíritu se llena de gozo ante este resultado. Rendimos en esto homenaje conforme a la escala de valores y deberes: Dios en el primer puesto; la oración, nuestra primera obligación; la liturgia (...), la primera invitación al mundo para que se desate en oración dichosa (...); es, en efecto, la Iglesia una sociedad religiosa, es una comunidad orante, es un pueblo floreciente de interioridad y de espiritualidad promovidos por la fe y la gracia* ¹⁸. Pensar que la salvación de las almas, la santificación, la corredención, puede ser fruto del talento, de la actividad, de medios meramente humanos, es condenarse al fracaso, a la esterilidad

(16) De nuestro Padre, *Carta*, 2-X-1958.

(17) De nuestro Padre, *Carta*, 25-I-1961.

(18) Pablo VI, *alloc.* 4-XII-1963.

más absoluta, porque *si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan sus centinelas* ¹⁹.

Y con el fracaso, el abandono de la labor, porque *sin oración no es posible perseverar en el apostolado* ²⁰. El apóstol que no reza no lleva otras almas a Dios, y acaba por alejar de El incluso la propia alma. Por eso, continuaba el Papa, *si nosotros ahora simplificamos algunas expresiones de nuestro culto, y tratamos de hacerlo más comprensible al pueblo fiel y más asequible al lenguaje actual, no queremos ciertamente disminuir la importancia de la oración, ni posponerla a otros cuidados del ministerio sagrado o de la actividad pastoral (...). Nadie pretenda turbarla, nadie pretenda ofenderla* ²¹.

Ni siquiera la mortificación puede de suyo dar fecundidad al apostolado, porque la santificación *no es obra del que quiere, ni del que corre, sino de Dios, que usa de misericordia* ²². Y en consecuencia, el mismo sacrificio ha de elevarse a Dios con un sentido humilde de súplica, de impetración, de ruego. Por eso nuestro Padre nos ha señalado este orden en el plano de la actividad apostólica: *primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en "tercer lugar", acción* ²³.

Dios ha querido asociarnos a su obra redentora sobre todo por la oración. *"Somos cooperadores de Dios"* ²⁴. Bien entendido que no por insuficiencia del poder divino, sino porque Dios emplea causas intermedias para que se conserve en las cosas la belleza del orden y para comunicar a las criaturas la prerrogativa de la causalidad ²⁵. En la redención, esta causalidad está muy especialmente subordinada: porque es el reino de la gracia, del favor divino, de la misericordia, no del derecho. Por eso se nos ha mandado: *orad unos por otros, para que seáis salvos* ²⁶. Y aun al rezar, al suplicar, somos simples instrumentos de la acción salvífica de Dios, que *predestina de tal modo la salvación de alguien, que den-*

(19) Ps. CXXVI, 1.

(20) De nuestro Padre.

(21) Pablo VI, *alloc.* 4-XII-1963.

(22) Rom. IX, 16.

(23) Camino, n. 82.

(24) I Cor. III, 9.

(25) Santo Tomás, *S. Th.* I, q. 23, a. 8 ad 3.

(26) *Jacob.* V, 16.

tro de ese plan de predestinación se comprende todo lo que promueve la salvación del hombre, tanto sus propias oraciones como las de los demás ²⁷. Así, cuando el Señor concede la gracia a un alma en virtud de nuestras oraciones, no hace más que cumplir su voluntad antecedente, que contenía aquella gracia mediante aquella oración. De ahí que nuestro mismo rezar deba estar siempre en conformidad con el querer de Dios: *que se haga tu voluntad así en la tierra como en el cielo* ²⁸.

Nuestra situación es la de quien nada tiene y nada puede obtener por sí, pero ha recibido la promesa de que, si pide, obtendrá. Nuestra filiación divina adoptiva —también gratuita— nos confiere un título de esperanza: si rezamos a nuestro Padre Dios, nos escuchará. Hemos de ir, pues, a la oración, al reconocer que por nosotros mismos nada podemos, que toda la eficacia ha de venir del Señor. *No es necesario que dirijamos oraciones a Dios para darle a conocer lo que nos falta y nuestros deseos, sino para que nosotros mismos nos demos cuenta de que en eso hay que recurrir al auxilio divino* ²⁹. La razón de la absoluta necesidad de la oración de petición es que el Señor nos la exige de modo perentorio.

Oración con obras

Rezar, rezar es el sistema; luego, a trabajar con serenidad y alegría ³⁰. Luego a trabajar, porque la acción apostólica es una obligación para la inmensa mayoría de los cristianos. Y esas obras son entonces manifestación indispensable de la sinceridad y de la rectitud de la oración.

Hay muchas maneras de orar. Yo quiero para vosotros la oración de los hijos de Dios; no la oración de los hipócritas, que han de escuchar de Jesús aquello de que no todo el que dice: ¡Señor!,

(27) Santo Tomás, *S. Th.* I, q. 23, a. 8.

(28) *Matth.* VI, 10.

(29) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 83, a. 2 ad 1.

(30) *De nuestro Padre*, n. 65.

¡Señor!, entrará en el reino de los cielos (Matth. VII, 21). *Nosotros hacemos la voluntad de su Padre, después de haber hecho la dedicación de nuestra vida. Nuestra oración, nuestro clamar: ¡Señor!, ¡Señor!, va unido al deseo eficaz de cumplir la Voluntad de Dios. Ese clamor se manifiesta en mil formas diversas: eso es oración, y eso es lo que yo quiero para vosotros* ³¹.

Al cumplir las Normas, subraya nuestro Padre, sin darte cuenta, de la mañana a la noche y de la noche a la mañana, estás haciendo oración: actos de amor, actos de desagravio, acciones de gracias; con el corazón, con la boca, con las pequeñas mortificaciones que encienden el alma ³². En definitiva: *quiero que toda nuestra vida sea oración* ³³.

Repetidas veces hizo notar nuestro Fundador que *el arma del Opus Dei no es el trabajo: es la oración. Por eso convertimos el trabajo en oración y tenemos alma contemplativa* ³⁴. Al trabajar, al cumplir los deberes del propio estado y del propio oficio, con nuestra tarea ordinaria —llena, bien acabada, con perfección humana— hecha sobrenatural por la intención y por el modo de realizarla, elevamos al Señor nuestra súplica; acompañando así la oración con la prueba de querer eficazmente que se haga su voluntad.

En la oración buscamos identificar nuestra voluntad con la de Dios: *non mea voluntas, sed tua fiat* ³⁵, no se haga mi voluntad, sino la tuya. No vamos a afirmar deseos y proyectos nuestros, sino los de Dios. No vamos a comunicar al Señor lo que queremos, sino a que nos dé a conocer qué es lo que quiere de nosotros para hacerlo, porque El conoce todo lo que necesitamos ³⁶, y hará que las cosas sucedan *antes, más, mejor* de lo que pudiéramos soñar.

Por eso, la humildad ha de ser condición indispensable de la petición. No invocamos, como el fariseo de la parábola, que *yo no soy como los demás hombres, ladrones, injustos...* ³⁷; no presentamos como tí-

(31) De nuestro Padre, Meditación *La oración de los hijos de Dios*, 4-IV-1955, en *Crónica*, 1972, p. 1099.

(32) *Ibid.*, p. 1100.

(33) *Ibid.*

(34) De nuestro Padre, *Crónica IX-59*, p. 9.

(35) *Luc.* XII, 43.

(36) Cfr. *Matth.* VI, 32.

(37) *Luc.* XVIII, 11.

tulo de petición la rectitud de nuestra voluntad y de nuestra conducta, sino la bondad y la misericordia divina: *Dios mío, ten misericordia de mí, que soy un pecador* ³⁸, hemos de decir con el publicano. Y suceda lo que sucediere, aceptamos rendidamente lo que el Señor determine, que es siempre lo mejor.

Confianza en la oración

Este poner todo humildemente en manos del Señor incluye una gran confianza. Sabemos que Dios es Padre amorosísimo, siempre dispuesto a dar, siempre dispuesto a salvar, a tocar el corazón de los hombres y encenderlos en deseos de amor. Ni el convencimiento de la propia indignidad, ni las dificultades objetivas que hagan ardua la labor pueden empañar nuestra confianza. El Señor nos ha llamado al apostolado, a pesar de nuestras miserias, contando con las dificultades que encontraríamos, para que veamos claramente que es El quien logra todo, el que otorga el fruto. Sólo quiere que le pidamos su ayuda, para que nuestro deseo se haga realidad: *petite, et dabitur vobis; quaerite, et invenietis; pulsate, et aperietur vobis* (Matth. VII, 7): *pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá* ³⁹. ¿Qué mayor motivo podemos tener para pedir con confianza, que esta promesa del Señor? Contamos, además, con la intercesión de la Santísima Virgen, que todo lo puede ante Dios. *Al hacer vuestras labores apostólicas, al pegar el fuego de proselitismo —decía nuestro Padre— debéis estar siempre unidos a Dios, pero buscando la unión con Dios junto a su Madre bendita* ⁴⁰. Ante nuestro desvalimiento, recurrimos a María. *Subió al cielo nuestra Abogada, para que como Madre del Juez y Madre de Misericordia, trate los negocios de nuestra salvación* ⁴¹. Tenemos además confianza en la intercesión de los Angeles y de los Santos.

(38) Luc. XVIII, 13.

(39) De nuestro Padre, Carta, 2-II-1945.

(40) De nuestro Padre.

(41) San Bernardo, *In Assumptione B.V.M. sermo 1, 1.*

Cuando encomendamos el proselitismo y el apostolado, hay plena seguridad de que el Señor nos escucha. El mismo nos ha mandado: *rogad al dueño de la mies que envíe operarios a su mies* ⁴². Tenemos todos los motivos para acudir al Señor con confianza. Nada debe quebrantar esa fe, nada puede legítimamente atenuarla. *Pide con fe, sin sombra de duda; pues quien anda dudando es semejante a la ola alborotada del mar y agitada por el viento de acá para allá* ⁴³. No tener esa confianza, dudar, es tener en menos la omnipotencia del Señor, no dar pleno crédito a sus promesas, es apoyarse en sí mismo. *Pídele sin titubear, y conocerás que su gran misericordia no te abandona, sino que dará cumplimiento a la petición de tu alma* ⁴⁴.

Esa confianza se manifiesta también en rogar una y otra vez al Señor, hasta que nos conceda lo que le pedimos. Jesús nos propuso la parábola del juez inicuo y la del amigo inoportuno que pedía unos panes a deshora, para que fuésemos perseverantes. Al que no desmaya, al que porfía con fe, Dios le escucha. *Y es que una de las cualidades de la buena oración es la tozudez. ¿No os acordáis cuando erais niños? —Papá, cómprame eso (...). Lloriqueábamos. Y continuábamos pidiendo, hasta que lo conseguíamos* ⁴⁵. Suplicar, importunar. *El que ruega, ruegue siempre; y aunque no siempre esté pidiendo, tenga en todo momento dispuesto el ánimo para pedir* ⁴⁶. Perseverancia: *¡Jesús, almas!... ¡Almas de apóstol!: son para ti, para tu gloria. Verás como acaba por escucharnos* ⁴⁷.

Fundamento de la paz y de la eficacia

La llamada divina tiene una finalidad muy concreta, nos recuerda nuestro Padre: meterte en todas las encrucijadas de la tie-

(42) *Matth.* IX, 38.

(43) *Jacob.* I, 6.

(44) *Pastor de Hermas, Mand.* IX, 1.

(45) De nuestro Padre, Tertulia, 20-IX-1961, en *Crónica* X-61, p. 42.

(46) San Ambrosio, *Expositio in Ps. CXVIII*, 19, 18.

(47) *Camino*, n. 804.

rra, estando tú bien metido en Dios ⁴⁸. Todo nuestro afán apostólico ha de traducirse en petición continua, confiada, humilde. *La oración es el medio más eficaz de proselitismo* ⁴⁹.

Sin oración no puede haber frutos. *Tened en cuenta* —escribió nuestro Fundador— *que si los cristianos no son más eficaces, es porque rezan pocos: y los que rezamos, rezamos poco* ⁵⁰. El ambiente, las dificultades objetivas, todo lo supera la oración. Si no hay frutos, si las almas no responden, si nuestra labor de proselitismo y de apostolado no es más eficaz, es porque rezamos poco. Recemos, recemos mucho, y desaparecerán todas las dificultades.

La oración es el fundamento de nuestra paz y de nuestra eficacia apostólica ⁵¹. Con oración todo lo conseguiremos; sin oración no puede haber fruto sobrenatural; no sería posible que lo hubiese. Todos tenemos experiencia muy viva de que, con las almas, llega un momento en que ya no podemos hacer más, que la única solución es acudir al Señor, porque sólo El mueve los corazones. Las dificultades sólo se superan con el Señor. El afán de mies ha de verterse en súplicas. *Me escribes: “el deseo tan grande que todos tenemos de que “esto” marche y se dilate parece que se va a convertir en impaciencia. ¿Cuándo salta, cuándo rompe..., cuándo veremos nuestro el mundo?”*

Y añades: “el deseo no será inútil si lo desfogamos en “coaccionar”, en importunar al Señor: entonces tendremos un tiempo formidablemente ganado” ⁵².

A medida que rezamos, identificamos nuestra voluntad con la voluntad salvífica de Cristo, conformamos nuestra petición a la suya, y nos hacemos más dignos de ser escuchados. *Cuanto tú más recibas, más se alegra El y más dispuesto está a seguir dándote; Dios tiene por propia riqueza nuestra salvación. Y su gloria está en dar copiosamente a cuantos le piden, que es lo que declaraba San Pablo, cuando decía: “rico con todos y sobre todos los que le invocan”* ⁵³⁻⁵⁴.

(48) De nuestro Padre, Meditación *La oración de los hijos de Dios*, 4-IV-1955, en *Crónica*, 1972, p. 1104.

(49) *Camino*, n. 800.

(50) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945.

(51) De nuestro Padre, *Carta*, 14-II-1944.

(52) *Camino*, n. 911.

(53) *Rom.* X, 12.

(54) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 22, 6.

Ese unirnos a Cristo en la oración de petición, con afán de redimir a los hombres, nos hace sentirnos seguros, firmes, confiados; aleja la angustia, la zozobra interior del alma que se apoya en sus propias fuerzas. El instinto de rezar es, a la vez, camino y fruto para alcanzar la plenitud del sentido de nuestra filiación divina; y con ese sentido, la paz. *La conciencia viva de nuestra filiación divina os dará esa serenidad, porque este rasgo típico de nuestro espíritu nació con la Obra, y en 1931 tomó su forma: en momentos humanamente difíciles, en los que tenía sin embargo la seguridad de lo imposible —de lo que hoy contempláis hecho realidad—, sentí la acción del Señor que hacía germinar en mi corazón y en mis labios, con la fuerza de algo imperiosamente necesario, esta tierna invocación: Abba! Pater! Estaba yo en la calle, en un tranvía: la calle no impide nuestro diálogo contemplativo; el bullicio del mundo es, para nosotros, lugar de oración* ⁵⁵.

(55) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1959.

SACRIFICIO Y APOSTOLADO

Los profetas habían anunciado repetidamente la Pasión y la Muerte de Cristo; pero el pueblo elegido, cada vez más insensible a la Revelación divina, esperaba una redención humana, sin cruz y sin ignominia. Por eso, cuando el mismo Jesucristo dice a las gentes que le escuchan que sólo al ser *levantado en alto*, al morir en el patíbulo de la Cruz, atraerá a sí todas las cosas, ellos responden: *nosotros sabemos por la ley que el Cristo debe vivir eternamente, ¿cómo dices que debe ser levantado en alto el Hijo del hombre?* ¹.

Ni siquiera los Apóstoles lo entendían. Y cuando el Señor les anuncia que ha de ir a Jerusalén para padecer y morir, Pedro —que íntimamente iluminado por el Padre acaba de confesar la divinidad de Jesucristo— trata de disuadirle, y merece el reproche más duro y la enseñanza más clara sobre la necesidad del sacrificio: *apártate de mí, Satanás, que me eres ocasión de escándalo, porque no gustas de las cosas de Dios, sino de las de los hombres. Y dijo entonces Jesús a sus discípulos: si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y cargue con su cruz y sígame. Pues quien quisiere salvar la vida, la perderá; mas quien perdiere su vida por amor mío, la encontrará* ².

(1) *Ioann.* XII, 34.

(2) *Matth.* XVI, 23-25.

Más tarde, ya casi en la inminencia de la Pasión, el Señor *tomando aparte a los Doce, les dijo: mirad, subimos a Jerusalén y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas del Hijo del hombre, que será entregado a los gentiles, y escarnecido, e insultado, y escupido, y después de haberle azotado, le quitarán la vida, y al tercer día resucitará. Pero ellos no entendían nada de esto, eran cosas ininteligibles para ellos, no entendían lo que les decía* ³.

Sólo con la venida del Espíritu Santo sobre el Colegio apostólico, una poderosa luz sobrenatural iluminará las mentes de los Apóstoles para que alcancen de algún modo esa misteriosa necesidad de la Cruz. Y Pedro, y con él toda la Iglesia, enseñará: *cuando Dios os prueba con el fuego de las tribulaciones, no lo extrañéis, como si os aconteciese una cosa muy extraordinaria; antes bien, alegraos de ser participantes de la pasión de Jesucristo* ⁴.

La redención, obra de la Cruz

La predicación de la Cruz habría de seguir chocando a los hombres, entonces como ahora, cuando el alma no vive de fe o se debilita el sentido sobrenatural de la vida. *Los judíos piden milagros, y los griegos, ciencia; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero para los que son llamados, tanto judíos como griegos, es Cristo la virtud de Dios y la sabiduría de Dios* ⁵. Y a los de Filipos, San Pablo escribirá una de las páginas más duras y a la vez más conmovedoras de sus epístolas: *sed, hermanos, imitadores míos y atended a los que caminan según el modelo que en nosotros tenéis, porque son muchos los que andan —de ellos os he hablado frecuentemente, y ahora lo hago llorando— como enemigos de la cruz de Cristo. El fin de éstos será la perdición, su dios es el vientre, y la con-*

(3) *Luc.* XVIII, 31-34.

(4) *I Petr.* IV, 12-13.

(5) *I Cor.* I, 22-24.

fusión será la gloria de los que tienen el corazón puesto en las cosas terrenas ⁶.

Nuestra redención se obró y se obra en la Cruz de Cristo. San Agustín llega a decir que *no hubo medio más conveniente de salvar nuestra miseria* ⁷. Y Santo Tomás explica: *la liberación del hombre por la pasión de Cristo convenía tanto a la misericordia de Dios como a su justicia. A su justicia, porque mediante la pasión satisfizo por los pecados del género humano, y así fueron los hombres librados por la justicia de Cristo. Convenía también a la misericordia, porque, no pudiendo el hombre satisfacer por sí mismo el pecado de toda la naturaleza (...), le dio Dios a su Hijo para que satisficiera* ⁸. En la Pasión y Muerte de Jesucristo, en la Cruz, resplandece deslumbrante la bondad de Dios en armonía con la justicia, y se muestra la malicia inmensa del pecado, que tal reparación ha exigido.

El sacrificio de la Misa perpetúa el de la Cruz

La obra de la Redención continúa en la Iglesia que, para aplicar a todos los hombres los méritos de Cristo y la liberación por Él ganada, centra su vida entera en el Sacrificio de la Misa, que perpetúa el de la Cruz y pone a las almas en comunión con la Pasión redentora. *Los demás sacramentos, como todos los ministerios de la Iglesia y las obras de apostolado, están vinculados a la Sagrada Eucaristía y a ella se ordenan. En la Santísima Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, el mismo Cristo* ⁹: *Christus passus*, Cristo en estado de pasión. Y para eso instituye unos ministros que, en la sociedad de los fieles, tuviesen la potestad de Orden para ofrecer el Sacrificio, perdonar los pecados

(6) Philip. III, 17-19.

(7) San Agustín, *De Trinitate* XII, 1, 5.

(8) Santo Tomás, *S. Th.* III, q. 46, a. 1 ad 3.

(9) Concilio Vaticano II, *decr. Presbyterorum Ordinis*, n. 5.

y desempeñar públicamente el oficio sacerdotal para los hombres en nombre de Cristo ¹⁰.

Y ese gran Sacrificio continuo de la Iglesia lo ofrece el Pueblo de Dios entero, con los sacerdotes: *toda la ciudad redimida, es decir, la congregación y asociación de los santos, ofrece a Dios por medio del Gran Sacerdote el sacrificio universal, que es el mismo ofrecido en su Pasión por nosotros, para que seamos cuerpo de tal Cabeza* ¹¹.

Pero junto a esa participación conjunta de todo el Cuerpo de Cristo, ha de haber también una acción apostólica, corredentora, personal, de todos los cristianos. *Los laicos tienen el derecho y el deber de hacer apostolado, derecho y deber que provienen de su unión con la Cabeza, Cristo. Insertados en el Cuerpo Místico por el bautismo, y firmes por virtud del Espíritu Santo en razón de la confirmación, están destinados por el mismo Señor al apostolado. Son consagrados como sacerdocio real y pueblo santo* ¹², para ofrecer hostias mediante todas las obras espirituales, y en todos los ámbitos de la tierra dar testimonio de Cristo. *Esa caridad, que es como el alma de todo apostolado, se comunica y se nutre de los Sacramentos, principalmente de la Santísima Eucaristía* ¹³. Doctrina ésta sobre el derecho y el deber de todo cristiano para el apostolado, que nuestro Padre predicó desde 1928. Y espíritu éste —unión con Cristo en el Sacrificio de la Misa, como fuente y raíz de toda eficacia apostólica— que nuestro Fundador ha resumido diciéndonos centenares de veces que la Misa es *el centro y raíz de nuestra vida interior* ¹⁴ y, en consecuencia, de toda nuestra eficacia.

Somos corredentores

Esa unión sacramental —fuente de apostolado— con el Sacrificio de Jesucristo requiere, y a la vez promueve, el sacrificio personal de ca-

(10) *Ibid.*, n. 2.

(11) San Agustín, *De civitate Dei* X, 6.

(12) Cfr. I Petr. II, 4-10.

(13) Concilio Vaticano II, *decr. Apostolicam actuositatem*, n. 3.

(14) De nuestro Padre, *Obras VIII-65*, p. 13.

da uno. *La redención se continúa haciendo; y vosotros y yo somos corredentores. Vale la pena jugarse la vida entera, y saber sufrir, por amor, para sacar adelante las cosas de Dios y ayudarle a redimir el mundo, para corredimir* ¹⁵. Si la causa de la Redención se obtuvo mediante el Sacrificio, con sacrificio se han de lograr sus efectos en las almas. *Con su pasión nos libró Cristo de nuestros pecados causalmente, es decir, instituyendo una causa de nuestra liberación, en virtud de la cual pudieran ser perdonados cualesquiera pecados cuando quiera que hayan sido cometidos, sean pasados, presentes o futuros; como si un médico prepara una medicina con la que pueden curarse todas las enfermedades* ¹⁶; pero cuya aplicación exige una acción semejante a la que fue necesaria para obtenerla.

La eficacia de los padecimientos de Cristo en las almas requiere nuestra cooperación, haciéndonos en todo también nosotros *alter Christus*. *Debéis procurar que, en medio de las ocupaciones ordinarias, vuestra vida entera se convierta en una continua alabanza a Dios: oración y reparación constantes, petición y sacrificio por todos los hombres. Y todo esto, en íntima y asidua unión con Cristo Jesús, en el Santo Sacrificio del Altar* ¹⁷.

La Redención del Señor en la Cruz —enseñó nuestro Padre— es suficiente y sobreabundante, pero nos trata como a seres inteligentes y libres y ha dispuesto que, misteriosamente, cumplamos en nuestra carne —en nuestra vida— aquello que falta a su pasión pro corpore eius, quod es Ecclesia (Colos. I, 24) ¹⁸. Y comentando este mismo pasaje de la Escritura, dice Santo Tomás: *hay que entender que Cristo y la Iglesia es una persona mística, cuya cabeza es Cristo, y el cuerpo todos los justos: "miembros del miembro"* ¹⁹. Dios ordenó en su predestinación los méritos que debía haber para toda la Iglesia, tanto en la Cabeza como en los miembros, del mismo modo que predestinó el número de los elegidos. Y entre estos méritos se cuentan principalmente los padecimientos de los santos ²⁰. Y así, nos decía nuestro Padre, en ese

(15) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1959.

(16) Santo Tomás, S. Th. III, q. 48, a. 1 ad 2.

(17) De nuestro Padre, Carta, 28-III-1955.

(18) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1959.

(19) I Cor. XII, 27.

(20) Santo Tomás, Super epistolam ad Colos. lectura 1, 6.

cuerpo místico, en el Opus Dei, vosotros y yo, con el cumplimiento gustoso del deber —aunque cueste—, con ese vencimiento, con esa sonrisa que a veces es mortificación, logramos abundantemente la gracia del Señor para otras almas ²¹.

Eficacia de la mortificación

No hay otro camino para alcanzar la identificación con Cristo que la Cruz, y esto vale tanto para la santidad personal como para la eficacia apostólica. *Si somos hijos, también herederos; herederos de Dios, pero coherederos con Cristo, a condición de que con El padezcamos para ser con El glorificados* ²². No hay otro camino. *Cristo, que es el heredero principal, llega a la herencia de la gloria por la pasión. ¿No era necesario que Cristo padeciese para entrar en su gloria? Y nosotros no debemos alcanzar esa misma herencia de un modo más fácil. Es necesario que también nosotros lleguemos a aquella herencia mediante los padecimientos* ²³.

El fruto del apostolado que por vocación estamos llamados a obtener —que si será luego nuestra gloria, es ahora nuestra responsabilidad—, depende de esto. *No podemos aspirar a ser corredentores con Cristo, si no estamos dispuestos a reparar por los pecados, como El hizo (...). Queremos ofrecer nuestra vida, nuestra dedicación sin reservas y sin regateos, como expiación por nuestros pecados; por los pecados de todos los hombres, hermanos nuestros; por los pecados cometidos en todos los tiempos, y por los que se cometerán hasta el fin de los siglos* ²⁴.

Ya el Señor nos lo había anunciado con claridad: *en verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo, después de echado en la tierra no*

(21) De nuestro Padre.

(22) *Rom.* VIII, 17.

(23) Santo Tomás, *Super epistolam ad Rom. lectione* 3.

(24) De nuestro Padre, Carta, 9-1-1932.

muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto ²⁵. Como el grano de trigo, tenemos, hijos míos, la necesidad de la muerte para ser fecundos. Tú y yo no queremos estar solos; queremos multiplicar nuestra familia, dejar un surco luminoso y hondo. Por eso, hemos de lanzarnos por los campos de la espiritualidad, levantando todas las cosas humanas y a los hombres que trabajan en ellas. Para ser apóstoles, tenemos que llevar en nosotros a Cristo crucificado, como quiere San Pablo ²⁶.

El Papa Pablo VI lo recordaba en su predicación durante un solemne Viacrucis, advirtiéndolo de un peligro que tiende a ofuscar esta doctrina. *Si sabemos ver la orientación que va tomando nuestra educación moderna, comprobaremos que conduce a un cierto hedonismo, a la vida fácil, a un cierto esfuerzo por eliminar de nuestros afanes la cruz (...). Y cuántas veces también tratamos de eliminar, en la interpretación del Evangelio, las páginas de la Pasión del Señor, para tomar de él solamente lo que hace nuestra vida hermosa, serena, poética, lírica, espléndida y espiritual. Esa página sangrante y trágica de la Cruz nos atemoriza, y no quisiéramos abrirla nunca (...). También en estos tiempos modernos, después del Concilio, ¿no hemos sentido frecuentemente la tentación de creer que ha llegado el momento de convertir el Cristianismo en algo fácil, de hacerlo confortable, sin sacrificio alguno; de hacerlo conformista con las formas cómodas, elegantes y comunes de los demás, y con el modo de vida mundano? ¡Pero no es así!(...).*

El Cristianismo no puede dispensarse de la cruz: la vida cristiana no es posible sin el peso fuerte y grande del deber; no es posible sin ese pasaje, este misterio pascual del sacrificio. Si tratásemos de quitar esto a nuestra vida, nos crearíamos ilusiones y debilitaríamos el Cristianismo; habríamos transformado el Cristianismo en una interpretación muelle y cómoda de la vida; mientras que nuestro Maestro, el Señor, nos ha dicho que es menester llevar la cruz con sus asperezas y sus dolores, y con su exigencia absoluta ²⁷.

Tenemos —nos dice nuestro Padre— *que mantener vivo el senti-*

(25) *Ioann.* XII, 24.

(26) De nuestro Padre, Meditación, Semana Santa de 1954, en *Crónica* II-62, p. 17.

(27) Pablo VI, *alloc.* 8-IX-1966.

do del pecado y la reparación generosa, frente a los falsos optimismos de quienes, enemigos de la cruz de Cristo (*Philip. III, 18*), todo lo cifran en el progreso y en las energías humanas. Cometten éstos el gran pecado de olvidar el pecado, que algunos piensan ya haber quitado de enmedio. No consideran que forma parte de la economía redentora que el grano de trigo, para que sea fecundo, debe ser hundido en la tierra y morir (*cfr. Ioann. XII, 24*)²⁸.

Abnegación

El verdadero apostolado exige renuncia personal, entrega sacrificada, holocausto propio. Como Cristo enviado por el Padre es la fuente y el origen de todo el apostolado de la Iglesia, es patente que toda la fecundidad del apostolado depende de la unión vital con Cristo (...), acordándose de la palabra del Señor: "si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome la cruz y que me siga"²⁹⁻³⁰. El verdadero apóstol ha de saber morir a sí mismo, precisamente porque le mueve el amor: *nadie tiene mayor caridad que el que da la vida por sus amigos*³¹. Quien no sabe de sacrificio no sabe tampoco de amor: porque el amor enajena, el amor induce suave y dulcemente a la abnegación más completa de sí mismo; y esa abnegación purifica, limpia, clarifica el alma, la diviniza. La resurrección —hay como unas primicias aquí en la tierra, en la vida del espíritu, en la santificación— pasa por la muerte; y a esa resurrección espiritual sigue una pentecostés ubérrima de fruto apostólico.

Abnegación, renuncia a toda gloria personal, no buscarnos a nosotros mismos en el apostolado, no pretender nada para sí: es condición para que haya fruto. Y con esto —condición primaria—, la mortificación abundante de la voluntad y de los sentidos, la penitencia corporal

(28) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959.

(29) *Matth. XVI, 24*.

(30) Concilio Vaticano II, *decr. Apostolicam actuositatem*, n. 4.

(31) *Ioann. XV, 13*.

—prudente pero generosa—, la Cruz de Cristo; y jamás esa otra cruz falsa que procede de la rebeldía ante el dolor o la renuncia. *El apóstol es el cristiano que se siente injertado en Cristo, identificado con Cristo, por el Bautismo; habilitado para luchar por Cristo, por la Confirmación; llamado a servir a Dios con su acción en el mundo, por la participación en la función real, profética y sacerdotal de Cristo, que le hace idóneo para guiar los hombres hacia Dios, enseñarles la verdad del Evangelio, y corredimirlos con su oración y su expiación* ³².

Santa María es corredentora por un título especial y de un modo eminentísimo, ya que participó como nadie en la Pasión y en la Muerte de Jesucristo, y es Madre de salvación para todas las almas. *Admira la reciedumbre de Santa María: al pie de la Cruz, con el mayor dolor humano —no hay dolor como su dolor—, llena de fortaleza.*

—Y pídele de esa reciedumbre, para que sepas también estar junto a la Cruz ³³.

La consecuencia será ésta: *así vivirás por Cristo, con Cristo y en Cristo; solamente así serás apóstol* ³⁴.

(32) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932.

(33) *Camino*, n. 508.

(34) *Camino*, n. 929.

LA SAL DE LA TIERRA

Vos estis sal terrae ¹, vosotros sois la sal de la tierra. Con estas palabras, Jesucristo señala la misión del apóstol en el mundo: preservar de corrupción y dar sabor a la insipidez de la tierra. Esa tarea no puede ser una cosa más entre las muchas que ha de realizar un cristiano, sino que ha de penetrar su vida entera. La vocación apostólica exige una conversión total, de manera que, en adelante, el apostolado sea para el apóstol su vida y su razón de ser, independientemente de las circunstancias de carácter, de ambiente, de ocasión, de entusiasmo natural...

Preservar de la corrupción

En la Obra, todos *somos apóstoles que cumplimos un mandato imperativo de Cristo* ². La elección de Dios recayó sobre nosotros para que seamos sal de la tierra: *ego elegi vos et posui vos, ut eatis et fructum*

(1) *Matth.* V, 13.

(2) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-III-1934.

afferatis ³, Yo os he elegido, y os he destinado para que vayáis por todo el mundo, y deis fruto. Desde el momento de esa elección singular, el apostolado se convirtió en la señal de vida de nuestra alma, la justificación de nuestras potencias, como preservar y dar sabor es la razón de ser de la sal. *Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se hace insípida ¿con qué se le volverá el sabor? Para nada vale ya, sino para ser arrojada y pisada de las gentes* ⁴.

Hemos sido lanzados al mundo por el Señor para preservar del mal, para *inmunizar de corrupción a todos los mortales* ⁵. Gloriosa y difícil misión, que exige un profundo y constante sacrificio. Diluirse en el mundo, para salvarlo; por consiguiente, sin desvirtuarse, sin mundanizarse.

“¡Influye tanto el ambiente!”, me has dicho. — Y hube de contestar: sin duda. Por eso es menester que sea tal vuestra formación, que llevéis, con naturalidad, vuestro propio ambiente, para dar “vuestro tono” a la sociedad con la que conviváis ⁶. Para que la tierra no desvirtúe la sal, para que la sal cumpla su misión en la tierra, nuestro Padre pedía para sus hijos *aquella fortaleza de espíritu que les haga llevar consigo nuestro ambiente* ⁷. Decididos en la conducta hemos de ser siempre, fuertemente intransigentes con el mal; lleno ha de estar el corazón de la fortaleza de Cristo, para salvar a los hombres: *viriliter agite, et confortetur cor vestrum* ⁸.

Y cuanto más lleno de corrupción el ambiente, mayor ha de ser nuestro celo; como la presencia del virus excita la actuación enérgica de las defensas del organismo. Ante el mundo apartado de Dios, hemos de sentir nuestras entrañas devoradas por el celo apostólico. *¿Quién es el que está devorado por el celo de la casa de Dios? El que trata de corregir y ansía enmendar todo cuanto allí quizá ve de perverso* ⁹. Este afán salvífico no será nunca desvaído y tibio, sino encendido y eficaz. Porque, en ocasiones, habrá que curar con cierta dureza. Es así como hiera

(3) *Ioann.* XV, 16.

(4) *Matth.* V, 13.

(5) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-III-1934.

(6) *Camino*, n. 376.

(7) De nuestro Padre.

(8) *Ps.* XXX, 25.

(9) San Agustín, *De perfectione iustitiae hominis* X, 9.

el cirujano, y nadie se siente ofendido por el dolor que produce. Y el apóstol tiene más derechos, porque no salva unos años de vida más o menos grata, sino una eternidad absolutamente feliz. Y si no obra siempre a petición del enfermo —que es siempre, sobrenaturalmente hablando, un menor de edad—, obra por mandato imperativo de Dios, que es Padre del apóstol y del enfermo. Y el apóstol actuará así, con caridad abundante también en la forma, persuadiendo y estimulando, pero sin violentar; porque *la santa intransigencia no es intemperancia* ¹⁰.

No podemos pretender que la medicina sea en todo momento fácilmente acogida; sabemos que estamos en el mundo para enseñar a los hombres *la senda estrecha que conduce a la vida* ¹¹. Camino empinado, que no es fácil ni grato a la carne, al espíritu de mundo, al desordenado deseo de gozar. Pero los que lo sigan, los que violentándose a sí mismos emprendan decididamente la marcha hacia Dios, acabarán comprendiendo el primer dolor, que debimos producirles para sacarlos de su postración.

Dar sabor sobrenatural

Preservar de corrupción y dar sabor. Dar sabor, llenar de Cristo las almas, encenderlas en deseos de santidad, en amor de Dios. Apostolado y proselitismo, que es algo esencial en nuestra vocación. Hemos de llevar al mundo, con naturalidad, nuestra vida divina, para que llegue a las almas el testimonio de lo sobrenatural.

“Y en un ambiente paganizado o pagano, al chocar este ambiente con mi vida, ¿no parecerá postiza mi naturalidad?”, me preguntas. — *Y te contesto: Chocará, sin duda, la vida tuya con la de ellos: y ese contraste, por confirmar con tus obras tu fe, es precisamente la naturalidad que yo te pido* ¹².

(10) *Camino*, n. 396.

(11) *Matth.* VII, 14.

(12) *Camino*, n. 380.

Nuestra naturalidad es la misma con que la sal da sabor, sin forzarse, como lo propio de su naturaleza, como una actividad ineludible, que si no ejerciese, sería porque ella misma estaría corrompida, desvirtuada, porque ya no sería sal. Naturalidad que es un fluir natural de su propia vida; que no puede depender, por tanto, de las características del mundo. El celo nuestro, el ímpetu de nuestro apostolado no responde a la fogosidad de la juventud, a unas condiciones favorables del ambiente, a circunstancias humanas de ninguna especie; sino que procede de la vida sobrenatural del alma del apóstol, del amor de Cristo que hay en su corazón. Y tiene a su favor la garantía del triunfo, de un triunfo que quizá él mismo no llegue a ver, pero que es seguro como la palabra de Dios. *Para pegar vuestra locura a otros apóstoles, no se me ocultan los obstáculos que encontraréis. Algunos podrán parecer insuperables..., mas inter medium montium pertransibunt aquae: y el espíritu sobrenatural de la Obra y el ímpetu de vuestro celo pasarán a través de los montes, y venceréis esos obstáculos* ¹³.

El apóstol tiene que estar dispuesto a que este ímpetu suyo choque con las medidas humanas del ambiente, con la *prudencia* de quienes le rodean, y a veces con sus criterios y sus costumbres. Tiene que estar dispuesto a que se le considere *necio por amor de Cristo* ¹⁴. Pero aunque choque con los convencionalismos del mundo, el apóstol tiene que vibrar, porque *es ocioso el discurso del que enseña, si no puede mostrar el incendio del amor* ¹⁵.

Generalmente no es difícil encenderse en ese entusiasmo sobrenatural, ante opiniones y conductas abiertamente opuestas y ofensivas a la doctrina de la Iglesia, ante el que se declara y actúa como enemigo. Pero tal vez es menos fácil vencer la tentación insidiosa de un ambiente tibio, cuando se convive con personas que no niegan dogmas, pero que prescindan de Jesucristo en sus relaciones sociales, en su trabajo, en sus ideas, y juzgan de todo con criterios exclusivamente humanos, quizá aparentemente razonables, pero sobrenaturalmente falsos. Es el espíritu

(13) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934.

(14) I Cor. IV, 10.

(15) San Gregorio Magno, *Moralia* 30, 5.

de mundo, el ser mundano lo que, en silencio, sin estridencias, podría enfriar al apóstol, aherrojándolo, ahogando su vibración.

Para vibrar con el espíritu de la Obra

La fuente del verdadero ímpetu apostólico es la vida interior. No basta la doctrina, con ser indispensable. Hace falta el amor: primero, porque de otro modo la doctrina no es eficaz; y después, porque la perfecta rectitud de intención garantiza la conservación de la pureza doctrinal. Porque les faltó esa rectitud, San Pablo dice de los sabios de su tiempo que *dicentes enim se esse sapientes, stulti facti sunt* ¹⁶; mientras se jactaban de sabios, pararon en ser unos necios. Frecuentemente, al enfriarse el corazón se falsea la doctrina.

Para poder actuar como sal, hay que serlo. Para preservar de corrupción y para dar sabor, hay que tener vida interior. La santidad personal, la lucha por alcanzarla, es base de la eficacia apostólica. Escribió nuestro Padre: *mas, para cumplir esta Voluntad de nuestro Rey Cristo, es menester que tengáis mucha vida interior: que seáis almas de Eucaristía, ¡viriles!, almas de oración. Porque sólo así vibraréis con la vibración que el espíritu de la Obra exige, haciendo que se repita muchas veces, por quienes os tratan en el ejercicio de vuestras profesiones y en vuestra actuación social, aquel comentario de Cleofás y de su compañero en Emaús: nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via?; ¿acaso nuestro corazón no ardía en nosotros, cuando nos hablaba en el camino? (Luc. XXIV, 32)* ¹⁷.

La vida interior urge al apóstol —*caritas enim Christi urget nos* ¹⁸, la caridad de Cristo nos urge—; nos hace superar toda flaqueza personal

(16) Rom. I, 22.

(17) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934.

(18) II Cor. V, 14.

y todo cálculo humano, y nos hace sentir continuamente el amoroso acicate del *vae enim mihi est, si non evangelizavero!* ¹⁹, ¡ay de mí, si no evangelizare! *Tu apostolado* —insistía nuestro Padre— *debe ser una superabundancia de tu vida “para adentro”* ²⁰.

Pero es de tal naturaleza nuestra vocación apostólica, está el apostolado tan identificado con nuestra misma vida, que nuestra sal mejora sus condiciones salando, se hace más sal cuanto más preserva y más sabor da.

Somos sal de la tierra que ha de diluirse sin desvanecerse, que ha de preservar de corrupción y dar sabor sin desvirtuarse. Sal que impregna todo cuanto toca, que inmuniza contra el mal y pone el fuerte acento de Cristo en la insipidez de la tierra.

(19) I Cor. IX, 16.

(20) *Camino*, n. 961.

INSTRUMENTOS DE APOSTOLADO

Desde que recibimos la llamada a la Obra, fuimos conscientes del carácter sobrenatural de nuestro camino. Quizás, ante la evidente desproporción entre nuestras pocas fuerzas y la misión que Dios nos confiaba, vinieron a nuestro corazón aquellas palabras: *¡ah, Señor Yavé! Mira que no sé hablar; soy todavía un niño*¹. Pero el Señor respondió infundiendo en nuestra alma un celo ardiente por su gloria y una audacia santa que no se detenía ante ningún obstáculo: *y me dijo Yavé: no digas: "soy todavía un niño", porque irás a donde Yo te envíe y dirás lo que Yo te mande*².

Al hacer apostolado, no podemos olvidar nunca que realizamos algo sobrenatural, para lo que Dios quiere servirse de nosotros aun con nuestras miserias y errores; porque *así como los hombres escribimos con la pluma, el Señor escribe con la pata de la mesa, para que se vea que es El el que escribe: eso es lo increíble, eso es lo maravilloso*³. De nuestra parte, esto exige oración y ansias de sacrificio; que utilizemos los medios sobrenaturales, sin los que no podríamos hacer nada⁴.

Para extender el Reino de Dios, lo único realmente necesario⁵ es confiar plenamente en la omnipotencia divina, vivir vida de fe, de espe-

(1) *Jerem.* I, 6.

(2) *Jerem.* I, 7.

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 14-IX-1951.

(4) Cfr. *Ps.* CXXXVI, 1.

(5) Cfr. *Luc.* X, 42.

ranza, de amor. Nos lo enseñó Jesús cuando envió a sus discípulos por las ciudades y aldeas de Palestina: *no llevéis nada para el viaje, ni bastón, ni alforjas, ni pan, ni dinero; ni tengáis dos túnicas* ⁶. Han de partir así, sin nada, para que se vea bien que no son suyos los triunfos, ni los milagros, ni las conversiones; que no será a causa de sus cualidades personales ni de sus esfuerzos por lo que harán penitencia los pecadores, preparándose para recibir el Reino de Dios.

También el Opus Dei comenzó así: sin medios humanos, apoyándose exclusivamente en los medios sobrenaturales. *Los medios* —escribía nuestro Padre en 1934— *son los mismos de Pedro y de Pablo..., los de Domingo y Francisco..., los de Ignacio y Javier: el Crucifijo y el Evangelio* ⁷. Y más adelante: *porque en estos primeros tiempos, de la misma manera que el Señor envió a sus discípulos, envió yo a mis hijos a abrir nuevas obras de apostolado: tan pobres como los primeros discípulos, con la bendición que el Señor les da desde el cielo y la que yo les doy en la tierra* ⁸.

La Obra salió con oración —insiste nuestro Fundador—. *Sólo había juventud, alegría y seguridad de hacer la voluntad de Dios. Todo ha ido adelante con oración y buena penitencia. No había medios humanos* ⁹. Esta pobreza absoluta de los primeros tiempos se ha vuelto a repetir literalmente, muchas veces, en los comienzos de nuevas labores. Y siempre, en nuestro apostolado, tenemos bien presente que lo primero, lo único de lo que nunca puede prescindirse son los medios sobrenaturales.

Los medios humanos

Si hace falta, se comienza como se ha comenzado siempre: con una absoluta carencia. Se va con lo que se puede. Eso es muy

(6) Luc. IX, 3.

(7) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934.

(8) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941.

(9) De nuestro Padre.

bonito. Pero yo entiendo que el Señor quiere que, ahora que ya podemos algo, no lo hagamos así. Ahora se hará con el mismo espíritu, con el mismo afán de esperanza y amor con que hemos comenzado siempre las labores en todas partes —con el mismo espíritu, no digo con más porque no es posible—, pero con más medios humanos ¹⁰. No utilizar medios humanos cuando hay posibilidad de obtenerlos, sin perder nunca de vista su carácter instrumental, sería una equivocada manera de entender aquellas palabras del Señor —*buscad el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura* ¹¹—, porque la gracia no suplanta a la naturaleza, ni se deben pedir manifestaciones extraordinarias de la Providencia divina cuando el Señor mismo pone a nuestro alcance los medios humanos convenientes. Una persona que no se esforzara por hacer lo que está de su parte, esperando todo del auxilio divino, tentaría a Dios ¹², con la consecuencia de que la gracia dejaría de fecundar sobrenaturalmente sus labores.

El Señor exige de sus instrumentos, de sus apóstoles, una cooperación efectiva y entregada; y parte de esa cooperación es utilizar los medios humanos más aptos para realizar la labor, sin caer en la cómoda pasividad de quienes abusan temerariamente de la Providencia divina y esperan unos auxilios extraordinarios, que el Señor no tiene por qué dar, si no ponemos los medios humanos que están a nuestro alcance ¹³.

Esta necesidad de utilizar medios humanos para el apostolado, fue ilustrada por Cristo a sus discípulos poco antes de su Pasión, después de haberles hecho aprender aquella primera lección de abandono en la Providencia divina. *En aquel tiempo en que os envié sin bolsa, sin alforja y sin zapatos, ¿por ventura os faltó algo? Nada, respondieron ellos. Pues ahora, prosiguió Jesús, el que tiene bolsa, llévela, y también alforjas; y el que no tiene espada, venda su túnica y cómprela* ¹⁴. Jesús mismo, para realizar su misión divina, quiso servirse a menudo de medios terrenos: unos cuantos panes y unos pececillos, un poco de barro, las riquezas de

(10) De nuestro Padre, Tertulia, 1-1-1959.

(11) Luc. XII, 31.

(12) Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 53, a. 4 ad 1.

(13) De nuestro Padre, Carta, 31-V-1943.

(14) Luc. XXII, 35-37.

aquellas piadosas mujeres que le seguían: *andaba Jesús por las ciudades y aldeas* —escribe San Lucas— *predicando y enseñando el reino de Dios, acompañado de los Doce y de algunas mujeres (...) que le asistían con sus bienes* ¹⁵.

Desde el mismo día de Pentecostés, sin olvidar que *no tenemos aquí morada permanente* ¹⁶, los primeros cristianos pusieron los medios humanos de que disponían, al servicio del Evangelio: *vendían sus posesiones y demás bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno* ¹⁷. *Es vieja, en la Iglesia* —escribió nuestro Padre—, *la cooperación económica entre las distintas comunidades cristianas, la ayuda material para la extensión del Reino de Cristo.*

Oíd al Apóstol de la gentes, tal como se lee en la primera epístola a los de Corinto (XVI, 1 y 2): de collectis autem, quae fiunt in sanctos, sicut ordinavi ecclesiis Galatiae, ita et vos facite. Per unam sabbati unusquisque vestrum apud se seponat recondens quod ei bene placuerit, ut non, cum venero, tunc collectae fiant: en cuanto a las limosnas que se recogen para los santos, predicadlo en la misma forma que yo he ordenado a la Iglesia de Galacia. El primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte y deposite aquello que le dicte su buena voluntad, a fin de que no se hagan colectas al tiempo mismo de mi llegada ¹⁸.

Y cuando los filipenses, en otra ocasión, le envían la ayuda económica que necesitaba, les escribe: *me he alegrado mucho en el Señor al ver que ha vuelto a florecer el cariño que me teníais y que siempre me habéis tenido, pero que no hallabais ocasión de manifestar. No lo digo por razón de mi indigencia, pues he aprendido a contentarme con lo que tengo. Sé vivir en pobreza y en abundancia, pues todo lo he probado y estoy ya hecho a todo: a tener hartura y a sufrir hambre, a tener abundancia y a padecer necesidad; todo lo puedo en Aquél que me conforta. Sin embargo, habéis hecho una obra buena al aliviar mi tribulación. Por lo demás, bien sabéis vosotros, oh filipenses, que después de haber co-*

(15) Luc. VIII, 1-3.

(16) Hebr. XIII, 14.

(17) Act. II, 45; cfr. Act. IV, 32-37.

(18) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950.

menzado a predicaros el Evangelio, habiendo enseguida salido de Macedonia, ninguna otra Iglesia fuera de la vuestra me asistió con sus bienes, pues una y dos veces me remitisteis a Tesalónica con qué atender a mis necesidades ¹⁹.

Necesidades apostólicas

En nuestro caso, hay también otras razones para emplear medios humanos licitos en la labor de almas. En primer lugar, el carácter secular de todos nuestros apostolados. *Nadie puede extrañarse de que el Opus Dei necesite medios materiales para su labor*, afirmaba nuestro Padre. *Como realiza su tarea sobrenatural de santificación entre hombres y para hombres, ha de usar también —como las demás asociaciones sin excepción, sean del tipo que sean: artísticas, deportivas, culturales, religiosas, etc.— un mínimo de medios materiales* ²⁰. Además, estos medios humanos, facilitados muchas veces por personas no católicas o católicas apartadas de la Iglesia, son en sí mismos una ocasión espléndida de apostolado: forman parte del apostolado de no dar, efficacísimo para acercar a Dios tantas almas que están lejos de El. *Solicitando de estas personas su ayuda económica y sus horas de trabajo profesional en servicio de las empresas apostólicas que sostenemos —que siempre tienen, además, una eficacia humana—, las colocamos en el corazón de nuestras labores y les brindamos la posibilidad de ser brazo de Dios para realizar su Obra entre los hombres* ²¹.

Si uno no puede apoyarse materialmente en algún pedazo de terreno, aunque sea pequeño y pobre, es difícil que pueda hacer labor apostólica permanente ²². Al tiempo que acudimos a Dios, como si todo dependiera de El, debemos esforzarnos como si todo depen-

(19) *Philip.* IV, 10-16.

(20) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1954.

(21) De nuestro Padre.

(22) De nuestro Padre, *Obras* VI-59, p. 9.

diera de nosotros, tratando de obtener los medios humanos necesarios para nuestra labor de almas. Y el primer medio humano es el trabajo. ***No podemos tentar a Dios exigiéndole que haga milagros, cuando se puede y se debe emplear el trabajo profesional, noble y limpio, para obtener los medios económicos necesarios*** ²³. Hasta tal punto es preciso llevar una vida de trabajo en Casa —por motivos sobrenaturales y para obtener los medios humanos indispensables para el mantenimiento personal y de las labores apostólicas—, que nuestro Fundador ha dispuesto ***que, a todos los que vienen a la Obra, se les pregunte con qué trabajo cuentan para sostenerse; aunque sean jóvenes, aunque estén estudiando: siempre podrán hacer algo dando clases, encargándose de realizar traducciones, o cosas semejantes*** ²⁴.

El Opus Dei es de todos sus miembros, y sobre todos es justo que recaiga el gozoso deber de sostener económicamente las obras de apostolado: los Numerarios y Agregados con la totalidad de los bienes adquiridos mediante su trabajo profesional; los Supernumerarios, con sus aportaciones mensuales, según la capacidad económica y la generosidad de cada uno. Unos podrán dar mucho, porque tienen mucho; otros poco, porque tienen poco; pero a todos se les pide que hagan suya la responsabilidad de sacar la Obra adelante, en la medida de sus posibilidades. Recordando el pasaje evangélico de la limosna de la viuda pobre, escribía nuestro Padre: ***no se preocupen nunca esas hijas y esos hijos míos, que sólo podrán acudir con muy pequeña ayuda económica. Quizá ese esfuerzo, constante, es más desinteresado y liberal que el de todos los demás: seguramente no dan de lo que les sobra, porque nada les sobra. Estoy cierto de que ante estas dádivas volverán a brillar, con cariño divino, los ojos del Señor*** ²⁵.

Junto a su puntual aportación, mil maneras diversas pueden encontrar los Supernumerarios para ayudar económicamente a las labores apostólicas. Escribía nuestro Padre: ***¿modos prácticos —me preguntabais— para cumplir vuestro deber con nuestra Madre la Obra?***

Me los ha enseñado a mí vuestra conducta generosa: desde

(23) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 196.

(24) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948.

(25) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950.

aquella aristócrata, de la sangre y del espíritu, que supo ceder su propio palacio en épocas bien duras de calumnia y de persecución, hasta los labriegos humildísimos, padres de una criadita, que venden su borriquillo y envían el dinero con alegría; desde aquel buen amigo americano del Sur, que tiene una de nuestras obras apostólicas, de acuerdo con su familia, como un socio más en los negocios —un socio que no está a las pérdidas—, hasta los niños, hijos de un hermano vuestro Supernumerario, que envían el dinero que recibieron como obsequio el día de su primera comunión; desde el que manda muebles, para poner una casa, hasta el que paga todos los gastos del pobre coche indispensable para la labor ²⁶.

Desarrollo de las labores

Es mucho el crecimiento de la Obra, y muchas también las necesidades que este crecimiento lleva consigo. *El Opus Dei y sus hijos no necesitan dinero, porque trabajan, cada uno en su tarea profesional, y se sostienen sobradamente; pero, para nuestras obras corporativas, cuanto más nos ayuden, mejor serviremos a las almas* ²⁷. A pesar de todo nuestro esfuerzo, no nos es posible atender plenamente todas las exigencias materiales del apostolado. *Por más que aseguremos con nuestro trabajo la base económica de la Obra —nos advierte nuestro Padre—, considerando nuestro crecimiento extraordinario, necesitaremos siempre la ayuda de gente enamorada de Dios, capaz de entender la felicidad de meter su dinero en la banca del cielo* ²⁸.

Es lo que hacen los Cooperadores y amigos de la Obra, que nos ayudan generosamente con sus limosnas, con su trabajo y —sobre

(26) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950.

(27) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1943.

(28) De nuestro Padre.

todo— con su cariño fiel y su oración, si son cristianos. *Son muchos los que nos miran con cariño; los que agradecen nuestro trato fraterno; los que nos comprenden, porque también nosotros les comprendemos; los que nos ayudan generosamente, para que llevemos a cabo nuestras labores apostólicas. Y la amistad de esas almas, leal y sincera, nos llena de alegría* ²⁹. *Decid a esos grandes amigos nuestros, que he llamado cooperadores, que es conveniente que se coordinen con vosotros, para proporcionar a la Obra los instrumentos necesarios desde el comienzo, y facilitar la tarea apostólica; que con el dinero de ellos y el de otras personas, católicas o no, asegurando un prudente interés económico y sin que haya posibilidad de pérdidas —porque el instrumento material estará siempre en sus manos—, participarán de nuestros bienes espirituales y obtendrán para ellos y los suyos las más grandes bendiciones del Señor* ³⁰.

La eficacia humana y el prestigio del trabajo que desarrollaréis en esos apostolados corporativos, moverá también a muchas personas nobles a ayudaros, aunque estén alejadas de nuestra fe católica ³¹. Se produce así el hecho, único en la historia de la Iglesia, de que personas no católicas, e incluso no cristianas, colaboren en empresas de finalidad sobrenatural y apostólica. *Con vuestro trato, lleno de caridad sincera, empezarán a querer a la Obra y haréis con ellos una tarea eficaz de apostolado ad fidem* ³².

Por estos cauces conseguimos los medios humanos indispensables —redes de nuestra pesca de almas— para realizar con hondura y eficacia el apostolado. *No obstante, debemos procurar también que el Estado subvencione económicamente nuestras obras corporativas, porque de ningún modo es contrario a la justicia ni al recto orden. Todos los Estados suelen subvencionar a los ciudadanos que dirigen obras docentes o de beneficencia, etc.: por eso, si nos ayudan, no puede decirse que sea un privilegio para nosotros —del*

(29) De nuestro Padre, *Carta*, 14-II-1950.

(30) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941.

(31) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

(32) *Ibid.*

que aborrecemos—, sino, por el contrario, un derecho razonable: porque con esas labores apostólicas formamos a la juventud, ayudamos a los necesitados, preparamos buenos ciudadanos, y llevamos a cabo otras tareas semejantes que redundan en servicio y en bien de toda la sociedad. Además, esas obras nuestras —que realizamos con un fin apostólico— descargan el erario público de gastos ingentes, que el Estado tendría la obligación de sostener ³³.

Si a las obras apostólicas que llevamos a cabo, les será indispensable para su buen desarrollo la colaboración generosa de gentes católicas o no, que con su oración, su trabajo o su dinero fortalezcan la eficacia ³⁴, esta colaboración es especialmente importante en las actividades de apostolado propias de la labor de San Rafael. Somos pobres y lo seremos siempre, hijas e hijos queridísimos. Os he dicho otras veces que nuestras casas dedicadas a trabajar con jóvenes nacen con un defecto original, que consiste en la carencia de medios económicos, junto con la necesidad de que haya un oratorio digno, una Administración dispuesta de manera que pueda funcionar, y de emplear locales para una labor que no es económicamente rentable: la de San Rafael ³⁵. Es de justicia y muy conveniente para el apostolado que el sostenimiento de los Centros de San Rafael, al menos en parte, cargue sobre los mismos muchachos o muchachas, y sobre sus familias, sobre sus padres, a quienes hemos de procurar tratar siempre, haciéndoles colaborar (...). Por eso, aparte de los donativos pequeños o grandes que los chicos o sus familias quieran entregar en las manos del Director o del Secretario de la casa, conviene que haya en lugar discreto una hucha, para que cada uno sin espectáculo y pasando inadvertido eche lo que pueda, lo que su espíritu de generosidad le dicte ³⁶.

En la ayuda a la labor de San Rafael, encontrarán también los Supernumerarios y Cooperadores la ocasión de encauzar sus ansias de apostolado: facilitando casas para excursiones y Convivencias, becas y

(33) De nuestro Padre, Carta, 14-II-1950.

(34) De nuestro Padre, Carta, 11-III-1940.

(35) De nuestro Padre, Carta, 24-X-1942.

(36) *Ibid.*

ayudas para cursos de verano, medios de transporte, colegios, libros y revistas, locales para deporte, etc.

Un problema siempre actual

Aunque hubiera muchos, siempre necesitaremos más medios humanos para atender las labores, porque nuestro apostolado es un *mar sin orillas*. Y comentaba nuestro Padre, ante esta gozosa realidad: *nosotros somos y seremos siempre pobres, porque nunca tendremos el dinero suficiente para dilatar la tarea con la rapidez que el Señor nos da a entender. ¡Nos llaman de tantas partes, sin que por falta de medios económicos podamos ir enseguida!*³⁷. Por eso, nunca estarán de más los medios humanos que podamos conseguir. Sólo una cosa hemos de procurar: que no pierdan nunca su carácter instrumental, que nadie se quede prendido de ellos, empañando el brillo de *nuestra pobreza, que será siempre magnífica, sin manifestación externa*³⁸. Porque si lo que es instrumental y subordinado se convirtiera en lo principal, si el abandono en las manos de Dios se viera suplantado por la exclusiva confianza en los medios humanos, éstos perderían automáticamente su eficacia y llevarían, no a la santidad y al apostolado, sino a la esterilidad e ineficacia de lo que no es de Dios.

Por el contrario, si siempre tenemos presente que los medios humanos son instrumentos de apostolado —necesarios, pero instrumentos al fin y al cabo—, no se harán esperar los frutos sobrenaturales. Santificaremos esos mismos medios humanos, destinándolos al servicio de Dios y a la propagación de su Reino; nos santificaremos personalmente al utilizarlos, porque su uso justo requiere el ejercicio de todas las virtudes teológicas y morales; y santificaremos a los demás, extendiendo la labor a nuevas almas y dando ocasión a los que colaboran con nosotros de usar

(37) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 200.

(38) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941.

rectamente de sus bienes: *granjeaos amigos con las riquezas* —son palabras de Cristo—, *manantial de iniquidad, para que cuando falleciereis seáis recibidos en las moradas eternas* ³⁹. *Usalas* —escribe San Cipriano—, *pero para cosas saludables y buenos oficios; úsalas para aquellas cosas que Dios prescribe y que el Señor indica. Que los pobres te conozcan como rico, que los indigentes te conozcan como opulento; con tu patrimonio sustenta a Dios, alimenta a Cristo* ⁴⁰.

Los medios humanos, instrumentos de apostolado, *son un instrumento prácticamente necesario para el apostolado de la doctrina, que tenemos la obligación de hacer; y no ahorraremos sacrificios, para poder cumplir gustosamente con este deber. Quaerite primum regnum Dei, et iustitiam eius: et haec omnia adiicientur vobis* (Luc. XII, 31); *buscad con rectitud de intención el cumplimiento de la voluntad de Dios, su gloria en servicio de todas las almas, y no nos faltarán los medios necesarios* ⁴¹.

(39) Luc. XVI, 9.

(40) San Cipriano, *De habitu virginum* 11.

(41) De nuestro Padre, *Carta*, 2-X-1939.

EL FERMENTO Y LA MASA

Cristo Nuestro Señor fundó su Iglesia Santa, con su doble e inseparable carácter de mística y jurídica, invisible y visible, movida y animada por el Espíritu Santo y jerárquicamente gobernada, radicada en lo más hondo de cada alma y con una consistencia externa y pública. *Quiso que la comunidad por El fundada fuera una sociedad perfecta en su género y dotada de todos los elementos jurídicos y sociales, para perpetuar en este mundo la obra divina de la redención* ¹. E inseparablemente, en íntima armonía y continuidad, tanto para extender su obra como para intensificarla, quiso también de los suyos una continua y vital acción de levadura.

Levadura apostólica

El reino de los cielos —decía el Señor— es semejante a la levadura que cogió una mujer y la mezcló con tres medidas de harina, hasta que toda la masa quedó fermentada ². La pequeñez de los comienzos no de-

(1) Pío XII. Litt. enc. *Mystici corporis*, 29-VI-1943.

(2) *Matth.* XIII, 33.

bía atemorizar a los primeros: el mundo entero —almas e instituciones— habría de ser íntimamente transformado, para afirmar en plenitud de potestad el reinado salvador de Jesucristo. *Mirad la sabiduría del Señor. Parece querer decir a sus discípulos: No me digáis, ¿qué vamos a hacer doce hombres perdidos entre tanta muchedumbre? Eso precisamente es lo que hace brillar vuestra fuerza: que, siendo pocos y perdidos entre tanta muchedumbre, no huyáis. Lo mismo que la levadura, que hace fermentar la masa no sólo cuando está envuelta en ella, sino cuando está entre ella; porque no dijo el Señor que la mujer puso simplemente levadura, sino que la escondió entre la masa (...). Y a la manera como la levadura es sepultada, pero no desaparece, sino que poco a poco va transformando todo en su propia calidad, de modo exactamente igual sucederá con la predicación del Evangelio*³.

Con el bagaje de la institución divina, con el sacerdocio jerárquico recibido y el primado de Pedro, con el tesoro de los sacramentos y el poder de administrarlos, con el depósito de la doctrina y la infalibilidad para interpretarla y enseñarla, y llenos de amor, se repartieron los Apóstoles, después de Pentecostés, por toda la tierra. *Así es como en poco tiempo lograron que el Cristianismo penetrara, no sólo en las familias y en la milicia, sino también en el Senado, y hasta en el Palacio imperial. "Somos de ayer, y ocupamos ya todas vuestras casas, ciudades, islas, municipios, asambleas y hasta los mismos campamentos, las tribus y las decurias, los palacios, el senado, el foro"*⁴; y ello de tal suerte, que, cuando las leyes consintieron profesar públicamente el Evangelio, la fe cristiana no apareció como en una primera infancia, sino como adulta y muy robusta, en un gran número de naciones⁵.

Hoy, dentro de la Santa Iglesia Romana, que es el Cuerpo Místico de Cristo, *mediante un impulso divino y universal también, está surgiendo una milicia, vieja como el Evangelio y como el Evangelio nueva*⁶: una milicia al servicio de la Iglesia, para extender e intensificar su acción, instrumento divino de santidad y apostolado. *Es preciso*

(3) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 46, 2.

(4) Tertuliano, *Apologeticum* 37.

(5) León XIII, Litt. enc. *Inmortale Dei*, 1-XI-1885.

(6) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-III-1934.

que la Obra de Dios se extienda por todas las partes, afirmando el reinado de Jesucristo para siempre ⁷.

Venimos a difundir el conocimiento y el amor de Dios y a propagar su única Iglesia, con una acción profunda y tenaz en este mundo que se descristianiza, con una acción de fermento divino. *La enfermedad es extraordinaria, y extraordinaria es también la medicina. Somos una inyección intravenosa, puesta en el torrente circulatorio de la sociedad* ⁸. Y así hemos de ir a llevar la luz y la sal de Jesucristo a todas las almas, a todas las actividades humanas.

La fuerza de la unión

Fermento, levadura, por gracia de Dios, por misión divina, dentro de la Iglesia. *No somos carismáticos* ⁹, nos repitió muchas veces nuestro Padre. Nuestra labor no es anárquica: ni la de la Obra dentro de la Iglesia, ni la de cada uno dentro de la Obra. Una labor así estaría ya descalificada de antemano, privada de gracia, de fecundidad sobrenatural: sería un sarmiento desgajado de la vid, levadura muerta, sal desvirtuada.

La gracia, el poder de ser fermento nos viene de Dios de un modo orgánico y ordinario. Nuestro apostolado es un apostolado personal dirigido. *Obedecer..., camino seguro. —Obedecer ciegamente al superior..., camino de santidad. —Obedecer en tu apostolado..., el único camino: porque, en una obra de Dios, el espíritu ha de ser obedecer o marcharse* ¹⁰.

La obediencia, la vinculación orgánica a la cabeza, la pertenencia a la Obra, dentro de la Iglesia, hace de cada uno de nosotros —que no era más que una porción de masa inerte— levadura de Dios, fermento divi-

(7) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934.

(8) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-III-1934.

(9) De nuestro Padre.

(10) *Camino*, n. 941.

no. Y ésta es nuestra vocación: fermentar el mundo con la gracia de Dios, hacer cuerpo vivo de Cristo lo que estaba enfermo o muerto y lo que era cuerpo extraño; y esto por la virtud de los sacramentos que la Iglesia administra, y por la virtud de la doctrina que la Iglesia enseña.

No hacemos separación entre nuestra condición de católicos y nuestra condición de ciudadanos; y no sólo no separamos, sino que ponemos todos nuestros derechos y deberes de ciudadanos —sin desnaturalizarlos, cumpliéndolos y ejerciéndolos bien— al servicio de nuestra misión de apóstoles: somos fermento para convertir toda la masa en pan de Cristo, en Iglesia de Dios, de acuerdo con la naturaleza propia de cada cosa; pues la gracia no destruye la naturaleza, sino que la supone, la sana y la eleva. No sólo no consentimos que la religión se reduzca a un asunto privado sin poder ni influjo en la vida pública, sino que hacemos de lo privado y de lo público un modo de servir a la Iglesia, de corredimir. No transformamos al mundo en sacristía ni en convento; pero sí hacemos de todo un medio de santificación, para la gloria de Dios. *Efectivamente: convertimos en templo la calle. Diré, si me lo permitis, cambiando los términos de una frase vulgar muy española, que damos liebre por gato. ¿Y cómo no ha de agradar a Nuestro Señor esta manera de proceder, si lo que El condenó fue precisamente lo contrario?: domus mea domus orationis vocabitur: vos autem fecistis illam speluncam latronum; mi casa es casa de oración: vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones (Math. XXI, 13) ¹¹.*

Cooperación personal

Hemos considerado la finalidad de nuestra acción y la razón de su eficacia, que es la eficacia divina dada por Jesucristo a su Iglesia. La llamada está clara; ya tenemos el poder de ser levadura. Ahora queda que

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934.

lo seamos efectivamente, con una fiel y generosa cooperación personal. *No pongamos obstáculos a la gracia: hemos de convencernos de que, para ser levadura, se necesita ser santos* ¹².

Hace años, en una meditación, nuestro Padre nos movía a considerar que *una pequeña cantidad de levadura hace que fermente toda la masa* ¹³. Y añadía que hemos de prepararnos para ser, *en todos los lugares del mundo, la levadura que dé gracia, que dé sabor, ¡que dé volumen!, con el fin de que, luego, este pan de Cristo pueda alimentar a todas las gentes* ¹⁴.

Es necesaria una decidida correspondencia personal para que la virtud divina actúe en nosotros. La vocación nos lanza a todos los ambientes; sueltos, nos mezcla y confunde en la masa que ha de fermentar. *Vibrad, y los que estáis aislados, no os quejéis. —¿No será, quizá, vuestro aislamiento voluntario?* ¹⁵.

Entre la gran masa de los hombres somos pocos, y seremos siempre relativamente pocos, precisamente porque nuestra vocación es de fermento, *una buena levadura de Cristo: apóstoles en medio del mundo, con un apostolado perseverante, trabajando poco a poco, sabiendo esperar, ganando cada día terreno* ¹⁶.

Hay que vibrar. La presencia de esa masa informe que nos rodea, de esa masa sin vida sobrenatural, ha de ser estímulo, aguijón, despertador constante. Para eso precisamente nos ha puesto el Señor como levadura, para fermentar toda la masa. *Que nadie, pues, eche la culpa al corto número: porque mucha es la fuerza de la predicación del Evangelio y lo que una vez ha fermentado se convierte en levadura para lo demás* ¹⁷. Una misión que se multiplica en proporción a la fidelidad con que se cumple. *¿Queremos ser más?*, preguntaba nuestro Padre, *¡pues seamos mejores!* ¹⁸.

Queremos ser más, porque no ponemos límites a la extensión de la Iglesia —ni teóricos ni prácticos—; porque queremos que el mundo en-

(12) De nuestro Padre, Meditación, 27-III-1962.

(13) De nuestro Padre, Meditación *Con la docilidad del barro*, noviembre de 1955, en *Crónica*, 1974, p. 599.

(14) *Ibid.*

(15) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934.

(16) De nuestro Padre, Meditación, 27-III-1962.

(17) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 46, 2.

(18) De nuestro Padre, Meditación, 27-III-1962.

tero se salve; porque queremos hacer efectivo el reinado de Cristo en todas las almas y en la sociedad entera; porque queremos perforar esas murallas que los enemigos de Dios han levantado ante la Iglesia, acotando terrenos *profanos*, negándole la entrada: nosotros tenemos la misión de convertir esas fortalezas, de salvarlas.

Aunque el mundo entero se convirtiera, nuestra acción debería ser siempre igualmente vibrante, para sostener los ánimos encendidos, porque ser santo y santificarlo todo no será nunca fácil mientras estemos en la tierra. Aunque todo el mundo fuera pan, no todo sería fermento; y nuestra vocación es precisamente de *levadura, que actúa calladamente, sin violencia, por una virtud intrínseca, sobre toda la masa* ¹⁹.

Abrirse en abanico

De ahí que nuestro apostolado no necesite de ordinario la presencia de muchos de nosotros juntos en un sitio. Por el contrario, la vocación en la Obra exige disolverse como la sal. El lugar propio de cada uno —al que nos sentimos vocacionalmente llamados, y al que nuestro apostolado personal dirigido nos destina— es cualquier sitio donde haya masa sin levadura. *Que aprendan los hijos míos que querrían vivir encerrados en casa, a abrirse en abanico, acudiendo a todos los ambientes. Es un deber nuestro, de primera categoría, sustancial, ir a buscar las almas donde estén, para traerlas luego heridas de amor, de compunción, de entrega, de deseos de entrega al menos* ²⁰. Allí donde haya un socio de la Obra, tiene que haber vocaciones y elevarse la *temperatura espiritual* de todo el ambiente.

Hemos visto crecer muchas obras de apostolado, que son instrumentos maravillosos, eficacísimos. El Señor las ha querido, y con los años las multiplicará aún más. Pero ninguna de esas labores ha de dar

(19) *Ibid.*

(20) De nuestro Padre, Crónica VII-62, p. 55.

nunca ocasión a que disminuya la tensión apostólica —personal, concreta, exigente— de los que trabajen en ella, porque sería tanto como haberla desnaturalizado. Hemos de tener siempre presente que esas labores son medio, trampolín para una acción honda; nunca estuche para conservar apóstoles, hoyo donde se entierran talentos. Por eso, de ordinario será necesaria poca gente para poner en marcha esas obras y para sostenerlas dinámicas y eficaces, con una actividad plenamente sobrenatural. Y habrá a su alrededor otros, sin vocación específica de levadura, que actuarán divinamente por el influjo constante y la vibración de unos pocos que se sienten fermento y actúan como tal.

Por ese carácter propio de nuestra vocación, dentro de las diversas vocaciones que hay en la Iglesia de Dios, nuestras labores se definen por aquella frase evangélica: *donde quiera que se hallare el cuerpo, allí se juntarán las águilas* ²¹. Muchas veces se tratará de ir a fermentar empresas humanas, que han perdido el sentido sobrenatural o que nacieron sin él, para vitalizarlas desde dentro, para convertirlas en instrumentos de corredención. No se trata sólo de crear, sino también —y especialmente— de transformar, con una acción personal decididamente cristiana, apostólica, de auténtica levadura: *un poco de levadura fermenta toda la masa* ²².

Aunque seamos muchos, somos pocos, seremos siempre relativamente pocos. La historia de la expansión de la Obra es una continua enseñanza: apenas hemos crecido algo en un lugar, hemos ido enseguida a otro; sin detenernos, sin descansar en una labor ya más hacedera, en una tarea que exigiera menos vibración, donde la cantidad supliera a la calidad. ¿Y cómo se ha comenzado en los nuevos lugares, sean ciudades, países o continentes? Con muy pocos: y de aquel comienzo apenas perceptible, pero lleno de vibración, han surgido después vocaciones y apostolados de una gran consistencia, labores de todas clases.

Cristo Señor Nuestro ha puesto siempre una levadura de pocos; y eso, queriendo ut omnes homines salvi fiant (cfr. I Tim. II, 4), queriendo que se salve no una minoría, sino todos los hombres.

(21) *Matth.* XIV, 28.

(22) *I Cor.* V, 6.

Mira la levadura del Tabor —tú me sigues con la imaginación y la memoria— y de Nazaret y del Cenáculo. Mira la levadura del Calvario. ¿Y después? Después llega la Pentecostés, las conversiones en masa ²³. E inmediatamente, la dispersión: se reparten los Apóstoles por toda la tierra. Como fruto de su acción de levadura, fermentan también otros países. Como círculos concéntricos se abren zonas de influjo cristiano en torno a cada uno. Primero un alma, dos, tres...; una familia, un grupo de familias, todo un ambiente social.

¿Somos pocos aquí o allá? Es lo nuestro. Seamos levadura: procuraremos afanosamente ser más; cuando seamos más, nos esparciremos, acudiremos a otras zonas de la masa, porque somos divinamente ambiciosos, tenemos la gran ambición de santificar, cristianizar las instituciones de los pueblos, la ciencia, la cultura, la civilización, la política, el arte, las relaciones sociales. Todo debe ser cristiano, como expresión colectiva, social, de la fe de los hombres y como medio para salvar almas, para sostenerlas en su fe, para llevarlas a Dios.

* * * * *

El reino de los cielos es semejante a la levadura que cogió una mujer, y la mezcló con tres medidas de harina, hasta que toda la masa quedó fermentada ²⁴; la masa entera y cada una de sus partes se hizo pan de Cristo, Cuerpo suyo, reino de Dios, Iglesia santa.

Fue una lección que nuestra Madre Santa María aprendió bien desde Belén hasta Pentecostés, y que no dejaría de enseñar a aquellos primeros de la Iglesia de Jerusalén. Su protección maternal ha seguido también la acción de la Obra de Dios desde el principio. Que nos recuerde esta enseñanza a cada uno, para que sepamos fermentar las *tres medidas* que el Señor nos ha asignado.

(23) De nuestro Padre, Meditación, 27-III-1962.

(24) *Matth.* XIII, 33.

NUESTRO SENTIDO DE RESPONSABILIDAD

Opus grande ego facio ¹, estoy haciendo una Obra importante. El Señor, al querer su Obra en la tierra, la ha confiado a los hombres, como instrumentos libres de la acción divina. Se fijó en cada uno de nosotros, nos indicó el alcance de la tarea y nos dio los medios necesarios para cumplirla. Y nuestra aceptación voluntaria nos llevó no ya a *estar* en la Obra, sino a *ser* de la Obra, a ser la Obra misma. Nos comprometimos individualmente a una tarea colectiva: *hacer el Opus Dei en la tierra, siendo tú mismo Opus Dei* ², ha escrito nuestro Padre.

Desde este punto de vista, ser Opus Dei significa tener sobre los hombros la responsabilidad de la tarea total, concretada en el cuidado fiel de la parcela que se nos encomienda a cada uno. Poner ahí nuestra vida entera, y no sólo una parte; sentir el peso de la fatiga de todos. Hacer lo que depende de nosotros, como si de eso dependiese todo.

Eslabones de la misma cadena

Con la más inexcusable responsabilidad individual —porque somos instrumentos libres—, nosotros no somos piezas aisladas; somos como

(1) II Esdr. VI, 3.

(2) De nuestro Padre, prólogo del *Catecismo* de la Obra.

puntos de aplicación coordinados para una sola acción universal de Dios en la tierra: el Opus Dei. Y esto hemos de vivirlo por lealtad con Dios, con la Obra, con nuestros hermanos y con todos los hombres a quienes hemos de salvar.

Serenos, con sentido de responsabilidad, sabiéndonos eslabones de una misma cadena, nos recomienda nuestro Padre. *Por lo tanto, yo quiero que este eslabón, que soy yo, no se rompa; porque, si me rompo, traiciono a los demás* ³. Porque somos libres, tenemos una responsabilidad personal, intransferible, que no puede diluirse en la generalidad. Porque somos parte de una acción común, nuestra responsabilidad tiene por objeto la totalidad de la tarea; porque sólo en el todo subsiste la parte, y porque la ruina de la parte amenaza la vida del todo. *Y me gozo* —sigue diciendo nuestro Padre— *en la fortaleza de los otros eslabones, y me alegro de que los haya de oro, de platino, con piedras preciosas* ⁴.

De nada serviría una tarea individual perfecta, acabada hasta en sus últimos detalles, si no se hiciera orgánicamente, entrelazada con la acción de los demás; porque nuestra acción o es de conjunto, o no es nada; o es la Obra de Dios, o es una obra humana sobrenaturalmente estéril. *La labor de la Obra cada día es como un gran tejido, que ofrecemos al Señor. Si todos cumplimos, si somos fieles y entregados, ese gran tejido será hermoso y sin falla. Pero si uno suelta un hilo acá, otro allá, y otro por el otro lado, en lugar de un hermoso tejido tendremos un harapo hecho jirones* ⁵.

Es tal la magnitud de lo que Dios se ha propuesto al promover su Obra, que excede absolutamente de las posibilidades singulares de los hombres, aun considerados como instrumentos. Es un bien tan alto y tan unitario, que su logro fue confiado a muchos, para que lo realizaran todos, como un solo hombre, con *un solo corazón y una sola alma* ⁶, con unos mismos medios y un mismo espíritu, con una sola autoridad y

(3) De nuestro Padre.

(4) De nuestro Padre.

(5) De nuestro Padre.

(6) Act. IV, 32.

una común fraternidad. De tal modo que todos y cada uno tuvieran su fin en la obtención coordinada de un mismo bien, común para todos.

Por eso es tan íntima la trabazón de las partes de ese gran conjunto. Ese todo orgánico no está formado por elementos más o menos semejantes, unidos por un mismo interés. Nuestra trabazón es identidad: *identidad de unos con otros, y de todos con Cristo*⁷, nos enseñó nuestro Padre. Lo personal es la responsabilidad, el deber. El bien y los derechos son de todos: *tú no tienes nada. Si te has entregado de veras, lo tuyo es lo nuestro, lo de Dios, lo de todos*⁸.

Miembros de un mismo cuerpo

La doctrina paulina del Cuerpo Místico es la base de esta realidad. Porque, a su vez, la Obra es parte de la Iglesia, del Cuerpo de Jesucristo. Y es una parte orgánica, viva, y compuesta a su vez de otras, que somos cada uno de nosotros. *Si un miembro se resiente, todo el cuerpo se resiente. El cuerpo necesita de cada uno de los miembros, pero cada uno de mis miembros necesita del cuerpo entero. ¡Si mi mano dejara de cumplir su deber..., o si se parara el corazón!*⁹.

Esta persuasión en la mente, y esta intención en la voluntad, se concreta en la práctica en esta fórmula que nuestro Fundador nos ha dado: *yo no tengo otro fin que el corporativo: el que señala la obediencia*¹⁰.

Sólo la autoridad organiza, coordina, combina las funciones. Pero somos seres racionales y libres; y nuestra obediencia no ha de ser mecánica, material, inerte; sino personal, voluntaria, amorosa, inteligente; así sabremos acoger el espíritu y tender al fin último total de la acción de todos, cuidando hasta el menor detalle de la labor personal que se nos ha encomendado.

(7) De nuestro Padre.

(8) De nuestro Padre.

(9) De nuestro Padre.

(10) De nuestro Padre.

Nuestro sentido de responsabilidad

Para quienes nuestro Padre llamaba cofundadores, por ser obreros de la primera hora, esta responsabilidad colectiva se hace mayor: porque tienen, en cierto modo, la responsabilidad de la tarea que ha de prolongarse en el tiempo, mientras haya hombres sobre la tierra. Su trabajo de hoy tiene repercusión de siglos. *Como sois cofundadores, tenéis más responsabilidad* ¹¹, les decía nuestro Padre. Quizá el aspecto más importante de esta responsabilidad es la transmisión del espíritu de la Obra a los que vengan después, y que ha de estar encarnado —en ellos y en todos— sin tacha alguna. *Responsabilidad*, pedía nuestro Fundador: *porque es una gran paternidad espiritual la que vais a tener sobre vuestros hermanos, y porque será luego una gran corona en el Cielo, si sois fieles* ¹².

Manifestaciones

del sentido de responsabilidad

Fácilmente se echa de ver que esta gran responsabilidad personal de un quehacer común, se concreta en todos y en cada uno de los aspectos de nuestro trabajo diario. Ante todo, en la vida interior, que es el único fundamento sólido de la actividad externa. Hay que ser responsables en la santidad, en nuestro diario programa de lucha, en el cumplimiento fiel de las Normas; no sólo por el adelanto sobrenatural que personalmente estamos obligados a lograr, sino *para que no se remueva malamente la salud espiritual de los demás* ¹³. Porque la Comunión de los Santos —particularmente eficaz en quienes están unidos por una común vocación— nos hace solidarios en la gracia, el fallo de uno tendría consecuencias nocivas en todos los demás, como el heroísmo de uno fortalece la santidad de todos. *Tenemos que ser heroicos. Santos es muy*

(11) De nuestro Padre.

(12) De nuestro Padre.

(13) De nuestro Padre.

poco: muy santos. La Obra necesita hombres seguros, firmes, en quienes sea posible apoyarse ¹⁴.

Especial importancia tiene este espíritu de responsabilidad en el cumplimiento de los encargos apostólicos que se nos encomiendan. Hacerlos pensando en el conjunto, significa procurar con nuestro trabajo la eficacia de los demás, no retrasar las cosas que han de pasar a manos de otros; hacer lo nuestro acabadamente, para facilitar la tarea de los demás; dejar escrita nuestra experiencia, de modo que quien nos sustituya pueda empezar donde nosotros terminamos; alegrarnos de ser sustituidos con ventaja; formar a quienes nos ayudan, no ser insustituibles... y otros mil detalles que la persona responsable percibe con facilidad.

Una manifestación característica de ese espíritu, es no limitar nuestro esfuerzo a aquello concreto que tenemos encomendado —que sería lo propio de quien se moviese por la vana satisfacción del deber cumplido, forma sutil de la soberbia—, y saber extender nuestra preocupación a la tarea de quienes conviven con nosotros, para suplir cualquier deficiencia, para saber ayudar con naturalidad, sin ser notados. El cuidado de los detalles materiales de la casa da, en este sentido, amplio campo a nuestra responsabilidad.

Por las mismas razones, nuestro apostolado personal no es nunca anárquico, sino dirigido, orgánico, obediente. Porque no es más que una parte pequeña —aunque comporte grave responsabilidad— de la Obra de Dios sobre la tierra. Y para que lo sea, ha de estar dócilmente engranada en el conjunto.

Este espíritu de responsabilidad en la tarea común, nos hace *abundantes in opere Domini* ¹⁵, abundantes en la Obra de Dios; nos permite rebasar prodigiosamente nuestra limitación personal, nos hace divinamente eficaces, serenos y alegres. Es motivo de gran fortaleza, cuando las pasiones quieren turbar el alma y hacerla declinar en su empresa. Este es el razonamiento que, para esos momentos, nos ha brindado nuestro Padre: *ninguno de vosotros es una pieza aislada. Si tú te paras, haces que se paren todos. ¡Y no puedes destrozar las almas de tus*

(14) De nuestro Padre.

(15) I Cor. XV, 58.

hermanos! Tienes —a pesar de tus pasiones— la responsabilidad de la santidad de los demás, de la eficacia de todos. Sabes que los demás tienen derecho a su honor, y como hombre del Opus Dei no puedes, por una miseria tuya, destrozar la honra de los demás, que es la honra tuya ¹⁶.

El fin de esa responsabilidad bien vivida será la gloria común, la felicidad que se hará mayor al verla gozada por todos: la unión indivisible en una alabanza perpetua a Dios.

(16) De nuestro Padre.

APOSTOLADO DE AMISTAD Y DE CONFIDENCIA

*Vuestro empeño apostólico se ha de manifestar en la preocupación concreta y positiva por santificar a las personas singulares, que estén cerca de vosotros, por motivos de trabajo, de relaciones sociales, o por cualquier otra razón. Que nadie, que se acerque a vosotros, pueda decir después que no se sintió empujado a tratar más a Jesucristo, a amar más a Dios*¹. Hemos sido llamados al Opus Dei para que, identificados con Jesucristo, llevemos a todos los hombres el fuego de su amor santificante: *ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?*², he venido a traer fuego a la tierra, ¿y qué quiero sino que arda?

*Como fuego que hace arder el bosque, y como llama que enciende los montes*³: así ha de ser nuestro apostolado, fruto sobrenatural del afán de mies que el Señor, al llamarnos a su Obra, ha puesto en nuestro corazón. Como los primeros Doce, hemos sido instruidos por Jesucristo, y de El hemos aprendido a amar a todas las almas, acercándolas a Dios mediante una labor personal de amistad y de confianza: *vos autem dixi amicos, quia omnia quaecumque audivi a Patre meo, nota feci vobis (Ioann. XV, 15); os he llamado amigos, porque os he he-*

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948.

(2) *Luc.* XII, 49.

(3) *Ps.* LXXXII, 15.

cho saber cuantas cosas oi de mi Padre. Aquí tenéis, hijas e hijos de mi alma, unas palabras de Jesucristo Señor Nuestro, que nos señalan el camino que hemos de seguir en nuestra labor apostólica. Dios nos ha llamado para llevar su doctrina a todos los rincones del mundo, para abrir los caminos divinos de la tierra, para hacer que conozcan a Jesucristo tantas inteligencias que nada saben de El, y —al querernos en su Obra— también nos ha dado un modo apostólico de trabajar, que nos mueve a la comprensión, a la disculpa, a la caridad delicada con todas las almas ⁴.

Los amigos de Jesús

Jesús es nuestro modelo: en reproducir en nosotros su vida reside todo el *secreto* de la santidad y de la eficacia. Y ha sido El quien nos ha enseñado, con su ejemplo, a buscar amigos, muchos amigos, para hacerlos amigos suyos y salvarlos: *bastarán algunas escenas del Evangelio, entre tantas otras, para que comprendáis todavía mejor la hondura divina de nuestro apostolado de amistad y de confianza ⁵.*

Estaba un día Juan al Bautista cerca del Jordán *con dos de sus discípulos. Y viendo a Jesús que pasaba, dijo: he aquí el Cordero de Dios ⁶.* Delicadamente, el Bautista indica a sus amigos —Juan y Andrés— la presencia del Maestro. Y *los dos discípulos, al oírle hablar así, se fueron en pos de Jesús (...) y se quedaron con él aquel día ⁷.* Se hicieron amigos del Señor y comenzaron a hacer un fecundo apostolado entre sus amigos: Andrés llevará a Pedro, su hermano ⁸; Felipe —llamado después por Jesús— encontrará un poco más tarde a su amigo Nata-

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933.

(5) *Ibid.*

(6) *Ioann.* 1, 35-36.

(7) *Ioann.* 1, 37-39.

(8) Cfr. *Ioann.* 1, 41-42.

nael ?; y Juan —el discípulo amado— seguramente llevaría a su hermano Santiago ante el Señor.

En otra ocasión es Nicodemo el que se acerca a Jesús, de noche, en confianza: *Maestro —dice aquel hombre, varón principal entre los judíos— sabemos que has venido de Dios para enseñarnos; porque ninguno puede hacer los milagros que tú haces, si no tiene a Dios consigo (Ioann. III, 2). Jesús le responde, hijos míos, con una frase que aparentemente no tiene nada que ver con lo que dijo Nicodemo, pero que atrae su atención y le capta; provoca el diálogo de su interlocutor: pues en verdad, en verdad te digo que quien no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios (Ioann. III, 3). Así empezó la conversación, que ya sabéis; conocéis igualmente el resultado: a la hora del fracaso de la cruz, allí estará Nicodemo, para pedir valientemente a Pilatos el Cuerpo del Señor.*

Pero ¿y la Samaritana? ¿Acaso Jesucristo no hace igual, comenzando a hablar con ella, tomando la iniciativa, a pesar de que non enim contuntur Iudaei Samaritanis (Ioann. IV, 9), a pesar de que no había trato entre judíos y samaritanos? Jesús habla de lo que sabe que interesa a aquella mujer, del agua que todos los días ha de ir a buscar fatigosamente al pozo de Jacob, del agua viva, tan portentosa que qui autem biberit ex aqua, quam ego dabo ei, non sitiet in aeternum (Ioann. IV, 13), que el que la bebiera nunca jamás tendría sed. Los frutos del diálogo de Cristo aparecen también en el Evangelio: la conversión de aquella pecadora, la transformación de su alma, que se hace alma apostólica ¹⁰.

La vida entera de Jesucristo está llena de ejemplos de amistad sincera, cauce maravilloso de apostolado. Jesús era amigo de sus discípulos, amigo de verdad, y ellos lo sabían. Por eso acudían a El confiados cuando no entendían algo: *edissere nobis parabolam* ¹¹, explícanos la parábola, le dirán en cierta ocasión. Y Jesús, en un aparte de la muchedumbre, les desvela los misterios del Reino de los cielos. Otras veces, en conversaciones íntimas, les hace partícipes de sus alegrías y de sus preocupacio-

(9) Cfr. *Ioann.* I, 45 ss.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933.

(11) *Matth.* XIII, 36.

nes; los alienta, les abre horizontes. Y cuida de los Doce con solicitud de amigo, también de su descanso físico: *venid a retiraros conmigo a un lugar solitario* —les dirá en otro momento—, *y reposaréis un poquito. Porque eran tantos los que iban y venían, que ni aun tiempo de comer les dejaban* ¹².

Con amistad leal, con una labor lenta de confianza, Jesús fue formando a sus apóstoles. *Quien no vea la eficacia apostólica y sobrenatural de la amistad, se ha olvidado de Jesucristo: ya no os llamo siervos, sino amigos (Ioann. XV, 15). Y de la amistad con sus apóstoles, con sus discípulos, con la familia de Betania: con Marta, María y Lázaro. Y aquellas escenas que nos cuenta San Juan, antes de la resurrección de Lázaro, aquel et lacrimatus est Iesus. Las palabras llenas de confianza de las dos hermanas cuando quieren comunicar a Jesucristo la enfermedad de Lázaro, y le envían este mensaje: Señor, mira que aquél a quien amas está enfermo (Ioann. XI, 3)* ¹³.

En todas las circunstancias de su vida —entre la muchedumbre o en la soledad de un monte; en las orillas de un lago o por los campos de Palestina—, Jesucristo nos ha mostrado cómo debe ser nuestro apostolado personal. *Aún otro ejemplo más: aquel que el Señor nos da desde la Cruz, como para enseñarnos que el afán de almas, que nos mueve a tratar, a conversar, a dialogar con los hombres, ha de ponerse de manifiesto hasta en la muerte. Es la charla emocionante, conmovedora, que Cristo mantiene en lo alto del Gólgota con los dos ladrones que están crucificados con El.*

Esta vez no ha sido Jesús quien ha empezado la conversación, pero su presencia en el patíbulo y sus sufrimientos son más elocuentes que cualquier palabra. Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y sálvanos a nosotros (Luc. XXIII, 39), dijo blasfemando el mal ladrón. Y el bueno: ¡cómo!, ¿ni aun tú temes a Dios, estando como estás en el mismo suplicio? Nosotros estamos justamente en el patíbulo, pues pagamos la pena merecida por nuestros delitos;

(12) *Marc.* VI, 31.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932.

pero éste ningún mal ha hecho. Y dijo después a Jesús: *Domine, memento mei*; Señor, acuérdate de mí, cuando hayas llegado a tu reino (Luc. XXIII, 40-42). *Hijos míos, la breve respuesta de Jesús, que interviene en la conversación entre los dos malhechores, fue la salvación para el que estaba arrepentido: en verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 43) ¹⁴.*

Como los primeros cristianos

Bien aprendieron los Apóstoles y los discípulos de la primitiva Iglesia la lección del Maestro. Un día, guiado por el Espíritu Santo, el diácono Felipe salió a caminar por la vía que va de Jerusalén a Gaza. Allí encontró a un alto personaje *que había venido a Jerusalén a adorar a Dios y a la sazón se volvía, sentado en su carruaje y leyendo al profeta Isaías ¹⁵. Felipe se acercó y entabló conversación con aquel desconocido; provocó su confianza: ¿te parece a ti que entiendes lo que vas leyendo? ¿Cómo lo he de entender, respondió él, si alguno no me lo explica? Rogó, pues, a Felipe que subiese y tomase asiento a su lado (...). Entonces Felipe, tomando la palabra y comenzando por este texto de la Escritura, le evangelizó a Jesús ¹⁶.*

También en Efeso, tierra de gentiles, el apostolado de los primeros cristianos era un apostolado de amistad y de confianza. En Efeso vivían Aquila y Priscila, esposos ejemplares y amigos de San Pablo. Un día oyeron hablar a Apolo, hombre elocuente que *predicaba con fervoroso espíritu y enseñaba exactamente todo lo perteneciente a Jesús, aunque no conocía más que el bautismo de Juan ¹⁷. No pudiendo contener su celo apostólico al escuchar las palabras de Apolo, Aquila y Priscila le llevaron consigo y le instruyeron más a fondo en la doctrina del Señor ¹⁸.*

Siempre actuaron así los primeros cristianos, siguiendo el ejemplo

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933.

(15) *Act.* VIII, 27-28.

(16) *Act.* VIII, 30-35.

(17) *Act.* XVIII, 25.

(18) *Act.* XVIII, 26.

Apostolado de amistad y de confianza

vivo de Jesucristo. *Con un apostolado personal semejante al nuestro, fueron haciendo prosélitos y, durante su cautividad, ya enviaba Pablo a las iglesias los saludos de los cristianos que vivían en la casa del César (cfr. Philip. IV, 22). ¿No os conmueve aquella carta encantadora que dirige el Apóstol a Filemón, que es un testimonio vivo de cómo el fermento de Cristo —sin pretenderlo directamente— había dado un nuevo sentido, por el influjo de la caridad, a las estructuras de la sociedad heril? (cfr. Phile. 8-12). Somos de ayer y llenamos ya el orbe y todas vuestras cosas: las ciudades, las islas, las aldeas, los municipios, los concejos, los mismos campamentos, las tribus, las decurias, el palacio, el senado, el foro: sólo os hemos dejado vuestros templos, escribía —poco después de un siglo— Tertuliano (Tertuliano, Apol. 37) ¹⁹.*

Y ahora la Iglesia, vuelve a recordar a todos los fieles que *como lo propio del estado secular es vivir en medio del mundo y de los negocios temporales, Dios llama a los laicos a que, con el fervor del espíritu cristiano, ejerzan su apostolado en el mundo a la manera de fermento* ²⁰; y exhorta a todos, especialmente a los jóvenes, a que sean los primeros apóstoles de los jóvenes, ejerciendo el apostolado personal entre sus propios compañeros, teniendo en cuenta el ambiente social en que viven ²¹.

Razón de la amistad

La amistad, nos lo ha enseñado Jesucristo, es el mejor cauce para el apostolado: la misma naturaleza de la amistad exige, para un cristiano, esta labor sobrenatural. Amar es querer el bien para alguien, *pero no todo amor tiene razón de amistad, sino el amor que entraña benevolencia,*

(19) De nuestro Padre, Carta, 9-1-1959.

(20) Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 2.

(21) *Ibid.*, n. 12.

es decir, cuando de tal manera amamos a alguien que queremos para él el bien ²². Sin embargo no basta el amor benévolo para constituir la amistad. *Es preciso también que el amor sea mutuo, pues el amigo es amigo para el amigo* ²³; por verdadero que sea un amor, no hay amistad si no es correspondido. La amistad necesita, además, que esté fundada sobre un bien que se comparte o se comunica. Por eso, *cuando uno quiere a alguien con amor de amistad, quiere el bien para quien ama como lo quiere para sí mismo; y de ahí el sentir el amigo como otro yo, por lo que dice San Agustín* ²⁴: «Bien dijo de su amigo el que le llamó la mitad de su alma» ²⁵.

Fruto de la amistad —y causa al mismo tiempo de ella— es la comunicación de sentimientos, el compartir las penas y alegrías de quienes tenemos a diario junto a nosotros por motivos de trabajo, de aficiones, de carácter. *Donde principalmente se realiza esa comunicación es en la convivencia. De aquí que el convivir sea propio de la amistad* ²⁶. Sin convivencia —que es vivir con los demás, hacer propias sus preocupaciones y anhelos—, no podrá existir verdadera amistad. El amigo convive con el amigo, le busca, y precisamente porque lo quiere mejor, le quiere tal como es, con sus defectos: sabe cubrir sus flaquezas con el manto de la comprensión, y a la vez darle ejemplo y ayudarle. La amistad exige, en definitiva, dar al amigo lo mejor de uno mismo.

Con la Encarnación del Verbo, todas las realidades humanas, nobles en sí mismas, han sido sobrenaturalizadas, dotadas de un valor y de un alcance insospechados. La profesión, la familia, los negocios, las relaciones sociales: todas las actividades honestas de los hombres se han hecho cauce —*un mar sin orillas* ²⁷— para el celo apostólico de los cristianos. La amistad humana es ahora amistad cristiana, y en ella debe el cristiano comunicar a sus amigos el bien más grande —la luz y el fuego de Dios— que lleva en el corazón: *los laicos, congregados en el Pueblo de Dios y constituidos en un solo Cuerpo de Cristo bajo una sola*

(22) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 23, a. 1.

(23) *Ibid.*

(24) San Agustín, *Confesiones* 4, 6.

(25) Santo Tomás, *S. Th.* I-II, q. 28, a. 1.

(26) Santo Tomás, *In ethica Arist. ad Nicom. expositio* 9, 14.

(27) De nuestro Padre.

Cabeza, cualesquiera que sean, están llamados —por ser miembros vivos— a procurar el crecimiento de la Iglesia y su perenne santificación con todas sus fuerzas ²⁸.

Esta obligación incumbe a todos los cristianos: y, por un título especialísimo —la llamada que hemos recibido—, es onus et honor, carga y honor para los hijos de Dios en su Obra. El Señor pide de nosotros que le llevemos, con nuestra conducta ejemplar y con un apostolado constante de dar doctrina, a todos los hombres que se crucen en nuestro camino ²⁹. Por eso, si alguna vez no sintiéramos la comezón íntima de llevar la luz de Dios a nuestros amigos, sería indicio de una amistad falsa, desnaturalizada y egoísta, porque —dice San Agustín— *no hay amistad verdadera sino entre aquéllos a quienes Tú, Señor, aglutinas entre sí por medio de la caridad, derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo* ³⁰.

Pero no podemos conformarnos con acercar a Dios los amigos que teníamos al llegar a la Obra, o a quienes accidentalmente llegan a serlo después. Nuestro celo apostólico va más allá. *Como mi Padre me envió, así os envió también a vosotros* ³¹: Jesús quiere que nos identifiquemos con El, que podamos decir como San Pablo: *vivo autem, iam non ego; vivit vero in me Christus* ³²; vivo yo, más no soy yo el que vivo; es Cristo quien vive en mí. Es Cristo quien *quiere servirse de nosotros —de nuestro trato con los hombres, de esta capacidad nuestra, que nos ha dado El, de querer y de hacernos querer—, para seguir haciéndose El amigos en la tierra; como se sirvió de Juan el Bautista para encontrar al otro Juan, el que iba a ser el amigo predilecto* ³³. Jesucristo quiere que tengamos muchos amigos, que los busquemos. Si no los tuviéramos, no cumpliríamos el deseo ardiente de Jesús; y si no los llevásemos a Dios —aunque mucho nos moviéramos en otras actividades apostólicas—, habríamos usurpado el lugar de Cristo en esa amis-

(28) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 33.

(29) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932.

(30) San Agustín, *Confesiones* 4, 4, 7.

(31) *Ioann.* XX, 21.

(32) *Galat.* II, 20.

(33) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932.

tad: ¡qué pena, si al final hubieras hecho “tu” apostolado y no “su” apostolado! ³⁴.

Hacerse amigos

Hemos de fomentar la amistad. Y para eso se requiere la convivencia, pero las personas *no pueden convivir si no tienen los mismos gustos y no gozan y se entristecen con las mismas cosas* ³⁵. Lograremos esa comunidad de corazones si tenemos un interés auténtico por los problemas y las inquietudes que afectan a nuestro ambiente concreto, si trabajamos codo a codo con nuestros compañeros, si compartimos actividades, gustos y aficiones. Hemos de dedicarles tiempo, estar con ellos: es el cauce imprescindible para que se establezca esa corriente de cariño que hace más honda y verdadera la amistad; y saber pasar por alto pequeños detalles molestos —propios de toda convivencia— que pudieran enturbiarla. *Vuestra conducta con los demás tendrá así unas características que nacen de la caridad: delicadeza en el trato, buena educación, amor a la libertad ajena, cordialidad, simpatía. ¡Lo dice tan claro el Apóstol! Estando libre de todos, de todos me he hecho siervo, para ganar más almas... Hiceme flaco con los flacos, para ganar a los flacos; hiceme todo para todos, por salvarlos a todos (I Cor. IX, 19-22) (...). De esa convivencia —ha escrito nuestro Padre— tomáis ocasión para acercar las almas a Cristo Jesús, y es lógico que no la rehuyáis. Más aún, es preciso que la busquéis, que la fomentéis, porque sois apóstoles, con un apostolado de amistad y de confianza, y no podéis encerraros en ningún muro que os aisle de vuestros compañeros* ³⁶.

En otro momento añadía: *obraréis así, hijas e hijos míos, no*

(34) Camino, n. 967.

(35) Santo Tomás, *In ethica Arist. ad Nicom. expositio* 9, 3.

(36) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933.

ciertamente para instrumentalizar la amistad como táctica de penetración social: eso haría perder a la amistad el valor intrínseco que tiene; sino como una exigencia —la primera, la más inmediata— de la fraternidad humana, que los cristianos tenemos obligación de fomentar entre los hombres, por diversos que sean unos de otros. Y al mismo tiempo, por amor a Dios: porque la amistad facilita la confianza; y hace así posible el apostolado de la doctrina, el acercamiento al Señor de esas almas, de esos amigos cuyo bien deseamos ³⁷.

Nuestra amistad es noble, sincera: queremos dar a nuestros amigos el bien más grande: queremos darles a Dios mismo. Por eso somos amigos siempre, en cualquier circunstancia, y hemos de procurar que sea siempre así. *Todo amigo dice: "soy tu amigo"; pero hay muchos que no lo son más que de nombre* ³⁸: cuando vienen las dificultades, les abandonan. En cambio, *el amigo verdadero no puede tener, para su amigo, dos caras: la amistad, si ha de ser leal y sincera —vir duplex animo inconstans est in omnibus viis suis (Iacob. I, 8); el hombre falso, de ánimo doble, es inconstante en todo—, exige renunciación, rectitud, intercambio de favores, de servicios nobles y lícitos* ³⁹. La Sagrada Escritura nos enseña cómo es esta amistad leal, apostólica, cuando narra la historia de Tobías, un hombre necesitado de un amigo fiel que le guiara a remotos países para cobrar una antigua deuda de familia. Cuando se disponía a partir, le dijo su padre: *"busca quien te acompañe, que yo le daré su recompensa y ponte en camino para cobrar el dinero antes de que yo muera"*. Se fue, pues, en busca de uno, y se encontró con Rafael, que era un ángel ⁴⁰: el amigo leal destinado por Dios para protegerle en el camino y ayudarle a llevar a feliz término su misión.

Cuando la amistad es verdadera, la confianza surge espontánea, franca. ¡Es tan lógico abrir el alma a quien nos quiere bien y nos comprende! Nosotros queremos a nuestros amigos y nos sentimos solidarios

(37) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940.

(38) *Eccli.* XXXVII, 1.

(39) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940.

(40) *Tob.* V, 3-5.

con ellos; queremos participar en sus más íntimos afanes, en sus problemas, en sus ilusiones: nada de su vida nos es ajeno. Y a su confianza sincera nos abrimos también nosotros en confianza, y les hablamos de nuestra vida, de nuestro amor a Jesucristo. La amistad, entonces, se ha hecho más pura: se ha hecho apostolado. *Esas palabras, deslizadas tan a tiempo en el oído del amigo que vacila; aquella conversación orientadora, que supiste provocar oportunamente; y el consejo profesional, que mejora su labor universitaria; y la discreta indiscreción, que te hace sugerirle insospechados horizontes de celo... Todo eso es "apostolado de la confianza"* ⁴¹.

Nada hay que pueda deshacer una amistad fundada en Jesucristo. Si alguna vez se deshiciera, *es que esa amistad no dio con la raíz sobrenatural. De ser así, nada terreno, nada material hubiera podido destruir lo espiritual. El amor que tiene por motivo a Cristo es firme, inquebrantable e indestructible. Nada, ni las calumnias, ni los peligros, ni la muerte ni cosa semejante será capaz de arrancarlo del alma. El que así ama, aun cuando tenga que sufrir cuanto se quiera, no dejará nunca de amar si mira al motivo por el que ama. El que ama por ser amado, terminará con su amor apenas sufra algo desagradable; mas el que se liga con la caridad de Cristo jamás se apartará de esa caridad* ⁴². No podemos perder ni siquiera un amigo, porque ¿cómo podríamos después acercarle a Jesucristo? No queremos que nadie se aparte de nuestro lado. *Más aún, vamos positivamente a hacernos amigos, a ganarnos amigos para hacerlos amigos de Jesucristo (...). Vamos a hacernos amigos entre todos nuestros compañeros de trabajo, entre todos los que viven en nuestro ambiente, aunque estén lejos de Dios* ⁴³. Todos nos necesitan y, de modo especial, los que habiéndose acercado al calor de la Obra, se han apartado luego por cualquier motivo: con ellos hemos de extremar nuestro cariño y nuestra comprensión haciéndoles notar que nuestra amistad, fundada en Jesucristo, no se ha apagado: *es propio del amigo hacer bien a los amigos, principalmente a aquéllos que se encuentran más necesitados* ⁴⁴. ¿Y quién más necesitado que el que se ha aleja-

(41) Camino, n. 973.

(42) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 60, 3.

(43) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932.

(44) Santo Tomás, *In ethica Arist. ad Nicom. expositio* 9, 13.

do del amor de Dios? Además, decía nuestro Padre, *por muy alejado que esté un hombre del Señor, por mucho que manifieste su enemistad, hemos de pensar con San Agustín que no debemos desesperar de su conversión, porque aun entre los que son abiertamente adversarios se ocultan amigos predestinados, aunque ni ellos lo sepan* (San Agustín, *De civ. Dei*, L. I, c. 35) ⁴⁵.

Hacerlos amigos de Cristo

Para que el apostolado de amistad y de confianza dé frutos abundantes, debemos cultivar la amistad personal con Jesucristo, fuente de toda eficacia. *Viviendo esa amistad con Dios —la primera que hemos de cultivar y acrecentar— sabréis lograr muchos y verdaderos amigos* ⁴⁶. Tratando al Señor en la oración, mirando su vida, aprenderemos a tratar sobrenaturalmente a nuestros amigos y a dar su pleno sentido a la amistad. Les mostraremos nuestra vida de enamorados y les animaremos a seguir de cerca a Jesucristo: *sacudiréis su modorra, abriréis horizontes amplios a su existencia egoísta y aburguesada, les complicaréis la vida, haciendo que se olviden de sí mismos y comprendan los problemas de quienes les rodean. Y estad seguros de que, al complicarles la vida, les llevaréis —tenéis experiencia— al gaudium cum pace, a la alegría y a la paz* ⁴⁷. Si somos de verdad apóstoles, con nuestra vibración haremos vibrar y arrastraremos a nuestros amigos a una vida mejor: *te falta “vibración”*. —*Esa es la causa de que arrastres a tan pocos. —Parece como si no estuvieras muy persuadido de lo que ganas al dejar por Cristo esas cosas de la tierra. Compara: ¡el ciento por uno y la vida eterna! —¿Te parece pequeño el “negocio”?* ⁴⁸.

(45) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940.

(46) *Ibid.*

(47) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1959.

(48) *Camino*, n. 791.

La labor personal de apostolado no acaba aquí. Después de encender a las almas, hay que ayudarles a concretar: plan de vida, normas de piedad. Con picardía santa, respetando siempre su libertad, hemos de empujarles poco a poco, sin prisa y sin pausa, con constancia. *No olvidemos que, a veces, hay que ayudar a las almas, para que caminen poco a poco; hemos de animarles con paciencia a avanzar lentamente, de modo que apenas se puedan dar cuenta del movimiento, aunque caminen* ⁴⁹. Podremos emplear medios que ayuden a arraigar su vida interior: hacer juntos un rato de oración, unos minutos de lectura, una romería; invitarles a las catequesis y a las visitas a los pobres de la Virgen... Y algo muy importante: saber hablar a cada uno en su idioma, con *don de lenguas*. También en esto hemos de aprender de Jesucristo: *unas veces les habla desde la barca, mientras están sentados en la orilla; otras, en el monte, para que toda la muchedumbre oiga bien; otras veces, entre el ruido de un banquete, en la quietud del hogar, caminando entre los sembrados, sentado bajo los olivos. Se dirige a cada uno, según lo que cada uno puede entender: y pone ejemplos de redes y de peces, para la gente marinera; de semillas y de viñas, para los que trabajan la tierra; al ama de casa, le hablará de la dracma perdida; a la samaritana, tomando ocasión del agua que la mujer va a buscar al pozo de Jacob* ⁵⁰.

De este modo, nuestros amigos se hacen amigos de Jesucristo. Es el momento de que se incorporen plenamente a la labor de San Rafael o de San Gabriel, de que tengan dirección espiritual con el sacerdote y de que comiencen a asistir a clases de formación: nuestro celo apostólico se manifiesta de ordinario poniendo a los amigos en contacto con los apostolados de la Obra, haciéndoles participar de sus medios de formación. *Al ejercitar esa labor apostólica individual —ha escrito nuestro Padre—, procuráis acercar —a las personas que tratáis— a los medios colectivos de formación espiritual y doctrinal que la Obra organiza —retiros espirituales, conferencias, círculos, etc.— y a la dirección espiritual con nuestros sacerdotes: porque esos medios*

(49) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1931.

(50) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933.

son eficacísimos —necesarios— para completar la atención de esas almas, que cada uno de vosotros cuidáis, sirviéndoos de vuestra vida profesional, del lugar que ocupáis en el mundo, de vuestra situación familiar; sirviéndoos de todo, porque todo es medio de apostolado ⁵¹.

* * * * *

El Señor quiere que tengamos muchos amigos, que les hablemos de Dios, que los acerquemos a la Obra. ¡Cuántas personas alrededor nuestro están esperando esa luz que les haga conocer y amar a Jesucristo! Gente que —aunque esté en medio de la muchedumbre— se encuentra muchas veces sola, y ¡ay del que está solo —dice la Escritura—, *que si cae no tiene quien le levante!* ⁵².

Bien puede decirse, hijos de mi alma, que el fruto mayor de la labor del Opus Dei es el que obtienen sus miembros personalmente, con el apostolado del ejemplo y de la amistad leal con sus compañeros de profesión: en la universidad o en la fábrica, en la oficina, en la mina o en el campo. Es un trabajo de irradiación, de ejemplo y de doctrina, constante, humilde, silencioso, pero eficacísimo, cuyos frutos difícilmente pueden reflejar las estadísticas ⁵³.

(51) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1959.

(52) *Eccles.* IV, 10.

(53) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940.

RAZON DE BUENA AMISTAD

El Señor quiere servirse de nosotros —de nuestro trato con los hombres, de esta capacidad nuestra, que nos ha dado El, de querer y hacernos querer—, para seguir haciéndose El amigos en la tierra; como se sirvió de Juan el Bautista para encontrar al otro Juan, el que iba a ser el amigo predilecto, el que vemos recostado en el pecho de Jesús aquella noche entrañable de la Última Cena: erat ergo recumbens unus ex discipulis eius in sinu Iesu, quem diligebat Iesus (Ioann. XIII, 23) ¹.

El Señor sigue pasando junto a los hombres. Pasa sirviéndose de cada uno de nosotros, instrumentos suyos por esa vocación cristiana que nos enciende en el amor de las cosas divinas. Cualquier momento de la vida puede ser ocasión de apostolado, porque el Señor de todo se vale para que su llamada llegue al corazón de cada persona: se hace presente en nuestro trabajo, en nuestra conversación, en nuestra alegría, y especialmente en nuestra amistad, en el afecto con que tratamos a las personas que nos rodean.

Ecce sto ad ostium et pulso: si quis audierit vocem meam et aperuerit mihi ianuam, intrabo ad illum et coenabo cum illo, et ipse mecum; he aquí que estoy a la puerta y llamo: si alguno oye-

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932.

re mi voz y me abriere la puerta, entraré y cenaré con él, y él conmigo (Apoc. III, 20). Poned estas palabras de San Juan a la consideración de las almas que trabajáis para la Obra. No sois vosotros quienes llamáis: es El, ¡Cristo! ².

Es ésta una razón que ampara cualquier *imprudencia* en el apostolado, que nace del deseo de que todas las almas encuentren en su camino al Señor, y se enamoren de El. No somos nosotros quienes arrastramos; es Jesús mismo quien urge y llama insistentemente al corazón de cada persona. *Es el Señor quien busca a las almas; El, quien desea poseer su amor; El, quien se adelanta. Sin esperar a que nos acerquemos, sale a nuestro encuentro. Y tú y yo, hijo mío, debemos obrar de igual modo: hay que ir hacia las almas, con ansias de acercarlas a Dios. Audazmente, diligentemente, es preciso que les digamos: también a ti te busca Cristo* ³.

Meterse en la vida de los demás

El proselitismo —nos ha enseñado nuestro Padre— *es la mejor manifestación de caridad con las almas* ⁴, prueba de auténtica y sincera amistad, que aspira al mejor bien para el amigo: la felicidad que sólo en Dios puede encontrarse. *No hay señal ni marca* —advierte San Juan Crisóstomo— *que así distinga al cristiano y al amador de Cristo, como el cuidado de nuestros hermanos y el celo por la salvación de sus almas* ⁵.

A través de este apostolado de la confianza y de la amistad, meteos en la vida de los demás —como Jesucristo se metió en la nuestra— y haced proselitismo incansablemente: para que nadie con vocación a la Obra pueda excusarse como los trabajadores

(2) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934.

(3) De nuestro Padre.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

(5) San Juan Crisóstomo, *De incomprehensibili homiliae* 6, 31.

*ociosos de la parábola: quia nemo nos conduxit (Matth. XX, 7), porque nadie les dijo nada*⁶. Cristo nos urge a buscar la felicidad de nuestros amigos con una audacia que pase por encima de cálculos y prudencias demasiado humanos. Nuestro Fundador gustaba de considerar a este propósito aquel *compelle intrare* —obligadles a entrar— con que el Señor concluye una de sus parábolas: *siempre os he dicho que cada uno —después de encomendar las cosas al Señor— debe procurar por lo menos dos vocaciones al año, siguiendo aquel mandato divino: compelle intrare (Luc. XIV, 23), que es una invitación, una ayuda a decidirse, nunca —ni de lejos— una coacción*⁷.

Aquel clamor de la parábola tiene por tanto una referencia inmediata en la vida de cada uno: el Señor pide más, quiere que hagamos mucho apostolado, tomando ocasión de todas las circunstancias de nuestra vida. *El impulso de nuestro amor a Dios y a la Iglesia y a nuestra santidad son —para nosotros— las vocaciones que provocamos: el proselitismo. ¿Hay vocaciones?: vamos bien. ¿Hay pocas vocaciones?: no vamos bien. ¿Hay muchas, muchas vocaciones?: vamos muy bien*⁸.

La gracia de Dios nunca falta; pero puede faltar nuestra cooperación: el sacrificio, el vencimiento, la entrega necesaria para llevar a término cualquier empresa sobrenatural. *Hijos míos, pienso que cada uno de vosotros habrá meditado esto en su oración personal muchas veces; pero ahora, considerando las necesidades de la Iglesia, de las almas, del apostolado que el Señor ha querido confiarnos, me siento movido a insistiros: no imaginéis que se pueda lograr un fruto sobrenatural, apostólico, sin sacrificio. La correspondencia que espera el Señor de nosotros, para que su gracia fructifique, es nuestra abnegación*⁹.

La vida sobrenatural de las almas, su acercamiento a Dios es una gracia que hemos de pedir al Señor con la insistencia de la oración, de la mortificación, del trabajo; de otro modo no hay eficacia posible. Y así, respetando delicadamente la libertad de las personas, la actuación apos-

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940.

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

(8) De nuestro Padre.

(9) De nuestro Padre.

tólica se hace insistente, audaz, porque está respaldada en la realidad de una vida entregada. *Por eso —nos ha dicho nuestro Padre— el compelle intrare, que habéis de vivir en el proselitismo, no es como un empujón material, sino la abundancia de luz, de doctrina; el estímulo espiritual de vuestra oración y de vuestro trabajo, que es testimonio auténtico de la doctrina; el cúmulo de sacrificios, que sabéis ofrecer; la sonrisa, que os viene a la boca, porque sois hijos de Dios; filiación, que os llena de una serena felicidad —aunque en vuestra vida, a veces no falten contradicciones—, que los demás ven y envidian. Añadid, a todo esto, vuestro garbo y vuestra simpatía humana, y tendremos el contenido del compelle intrare* ¹⁰.

La premura que contiene ese mandato del Señor es la de nuestra entrega, la de pensar más en los otros para servirles abnegadamente. *El celo —escribió nuestro Padre en Camino— es una chifladura divina de apóstol, que te deseo, y tiene estos síntomas: hambre de tratar al Maestro; preocupación constante por las almas; perseverancia, que nada hace desfallecer* ¹¹.

Exigencia de la fraternidad humana

Viviendo en amistad con Dios —la primera que hemos de cultivar y acrecentar— sabréis lograr muchos y verdaderos amigos (cfr. Eccli. VI, 17): la labor que ha hecho y hace continuamente el Señor con nosotros, para mantenernos en esa amistad suya, es la misma labor que quiere hacer con otras muchas almas, sirviéndose de nosotros como instrumento ¹². Será preciso obrar en consecuencia, de modo que nuestra amistad sea ocasión de acercamiento a Dios para quienes nos rodean. *Habéis de procurar cultivar la amistad con*

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

(11) *Camino*, n. 934.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940.

vuestros colegas de profesión, con las personas que por cualquier motivo hayáis de tratar.

Obraréis así, hijas e hijos míos, no ciertamente para instrumentalizar la amistad como táctica de penetración social; eso haría perder a la amistad el valor intrínseco que tiene; sino como una exigencia —la primera, la más inmediata— de la fraternidad humana, que los cristianos tenemos obligación de fomentar entre los hombres, por diversos que sean unos de otros.

Y al mismo tiempo, por amor de Dios: porque la amistad facilita la confianza; y hace así posible el apostolado de la doctrina, el acercamiento al Señor de esas almas, de esos amigos cuyo bien deseamos ¹³.

La amistad es la base humana en la que se fundamenta el proselitismo de los miembros de la Obra. Una amistad sincera, honda y leal, en la que nuestros amigos encontrarán apoyo y fortaleza; porque la seguridad de encontrar comprensión, interés, atención, la palabra que estimula y enseña a dar sentido sobrenatural a los problemas y dificultades ordinarios, les moverá a abrir el corazón confiadamente con la certeza de que se les quiere bien, de que se está dispuesto a ayudarles, a luchar a su lado. Con esa amistad y ese diálogo franco, se hace una auténtica dirección espiritual, con personas que quizá incluso desconocen lo que esta expresión significa.

Entre los hombres —enseña el Papa San León— se da una fuerte amistad cuando les ha unido la semejanza de costumbres ¹⁴. El afán apostólico nos mueve a fomentar esa semejanza, que es comprensión e interés por las cosas de los otros. Nos lleva a sentirlos como algo propio, que compromete personalmente por razón de buena amistad. Pero aun cuando faltara la semejanza de costumbres, de intereses o de caracteres, la amplitud de la gracia cristiana nos ha dado mayores causas de amor al prójimo ¹⁵. La gracia de Dios es fuente de un afecto capaz de suscitar la más fuerte y estable comunidad de afanes e intereses. La amistad que tiene por motivo a Cristo es firme, inquebrantable e indestructible. Na-

(13) *Ibid.*

(14) San León Magno, *Homilía* 12, 1.

(15) San León Magno, *Homilía* 12, 2.

da, ni las calumnias, ni los peligros, ni la muerte, ni cosa semejante, será capaz de arrancarla del alma ¹⁶.

Poner el corazón

El cristiano sabe encontrar los puntos de unión y de entendimiento con los compañeros, con las demás personas. Prescinde para eso de lo que desune, y cede —cuando esto no comporta ninguna ofensa a Dios o un mal para las almas— en las cosas personales, que no tienen mayor importancia. De este modo, se consigue esa gracia: el gancho ¹⁷ del que alguna vez nos ha hablado nuestro Padre: *ese gancho es cuestión de corazón, de afecto, y de gracia de Dios que nunca falta* ¹⁸. En otros momentos nos ha dicho: *hay que ir detrás de cada alma, para ganarla para Cristo. ¡Tratadlas a todas con cariño, ahogadles a todos en el amor a Cristo!* ¹⁹. Y añadía: *¿qué se hace para doblegar el hierro? No se le trata en frío. Se le mete en el fuego, y allí se enciende como una brasa: luego se le dan martillazos —se forja—, y sale el rizo delicado, la forma deseada. Hijos míos, tratad así a las almas, con el fuego de la caridad y con reciedumbre* ²⁰. De este modo, *en el camino de nuestra vida, ¡cuántos corazones de compañeros vuestros podéis hacer arder!* ²¹.

Las criaturas todas —escribe San Pablo— *están aguardando con grande ansia la manifestación de los hijos de Dios* ²². Nuestros compañeros y amigos esperan de nuestra lealtad —muchas veces incluso sin saberlo o sin aceptarlo explícitamente—, que les hablemos de Dios, que les descubramos la realidad que da sentido y fortaleza a toda nuestra vida.

(16) San Juan Crisóstomo, *In Matthaicum homiliae* 60, 3.

(17) Cfr. *Camino*, n. 803.

(18) De nuestro Padre.

(19) De nuestro Padre.

(20) De nuestro Padre, n. 96.

(21) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934.

(22) *Rom.* VIII, 19.

Estamos obligados a no defraudar, no sólo a Dios por la elección de que nos ha hecho objeto, sino también a todas esas criaturas que tanto esperan de nuestra labor apostólica ²³.

Es preciso hablar. Nuestra amistad no puede quedar reducida a una coincidencia de ocupaciones o intereses, de gustos personales, por nobles que éstos sean. La amistad todo lo penetra, todo lo alcanza: lleva necesariamente al proselitismo. Sería una deslealtad con nuestros amigos no darles a conocer el espíritu cristiano que nos mueve. *La verdadera amistad* —escribe San Jerónimo— *no debe disimular lo que siente* ²⁴. Y nosotros sentimos —queremos sentir— con el amor de Dios, en una vida cristiana de seguimiento del Señor. Por eso nuestra amistad, si es auténtica, desemboca en el proselitismo: en hablar de Dios, del espíritu cristiano, de la Obra, de la llamada universal que el Señor hace a todas las almas. *Con el amigo hay que hablar como con otro yo* ²⁵.

Es necesario —nos ha insistido nuestro Padre— *que mis hijos busquen la ocasión de hablar, de comunicar estas maravillas que el Señor nos ha confiado. No basta la presencia, para trabajar cristianamente. ¡No es verdad! Lo dicen los que se avergüenzan de Cristo. Jesús se hacía presente, y hablaba y daba doctrina. No basta la presencia. No tiene razón quien diga que eso basta. Hay que hablar, con don de lenguas, con simpatía* ²⁶.

No podemos callar, por dejadez o por una falsa prudencia, por un temor humano de herir o contristar, o por cualquier otra razón que encubra comodidad y poca visión sobrenatural. Al contrario, todo nos ha de incitar a hablar de Dios, a complicarnos la vida intentando compliársela a los demás. *Un hombre proselitista es agresivo. Padre —me preguntaréis—, ¿ha dicho usted agresivo? Sí, pero con una agresión que, humanamente hablando, es politesse, y sobrenaturalmente, caridad de alma que comprende, que dialoga, que sabe convivir.*

La verdad, sin molestar a nadie, tiene que ser necesariamente

(23) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1931.

(24) San Jerónimo, *Epístola* 81, 1.

(25) San Jerónimo, *Epístola* 105, 2.

(26) De nuestro Padre, *Tertulia*, 25-VIII-1968, en *Crónica*, 1968, p. 991.

un poco agresiva. Sin hacer daño, con caridad, amablemente; pero el afán apostólico y proselitista debe traducirse en obras, entrando con violencia y caridad —compelle intrare, nos dice el Señor—, con imprudencia, en la vida de los demás; haciendo uso de ese derecho que Dios tiene de habitar en todas las almas. Por eso, cuando la gente, basándose en un falso respeto de la libertad, no dice, no hace, no ayuda, es una señal clara de que están lejos de Dios. La indiferencia, al no preocuparse de los otros, es hija de la comodidad, de una fe floja y vacilante.

Os repito, hijos míos, que es preciso evitar un peligro de tibieza solapada, que podría llevarnos a estar apartados de Dios y, por tanto, sin eficacia: la tibieza del que piensa que ya ha hecho algo, porque tiene amigos, porque se ha movido externamente, pero no ha quemado, ni ha caldeado el ambiente a su alrededor.

No se trata de beaterías, sino de hablar como Jesucristo, como un buen cristiano. Así haremos arder los corazones de nuestros amigos, como se encendió el corazón de aquellos discípulos, camino de Emaús, cuando el Señor estaba en su compañía: ¿no es verdad —se preguntaban maravillados— que sentíamos abrasarse nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino, y nos explicaba las Escrituras? (Luc. XXIV, 32).

Si cada uno de vosotros procura pegar el fuego que tiene en el alma al compañero de trabajo, al pariente, al amigo, al vecino, entonces el Señor estará contento.

Haced en este momento vuestro examen, id al interior de vuestra conciencia. ¿En quiénes estáis pensando ahora para que se acerquen más a Dios, a la Obra?... En tres, en cuatro, en cinco... Cuando esos cinco hayan pitado, buscaréis otros cinco, y ellos también harán lo mismo ²⁷.

Hemos de pensar, además, que tenemos el derecho y el deber de asegurar, a esta maravillosa familia nuestra, todos los hijos que el Señor tiene dispuestos desde la eternidad: para que perdure mientras haya hombres sobre la tierra, para que Jesucristo tome

(27) De nuestro Padre.

posesión de tantas almas que tienen hambre y sed de Dios (cfr. Ioann. VI, 35) ²⁸.

Es una razón más, que compromete nuestro amor a la Obra y nuestra lealtad al Señor. Nos hace experimentar vivamente la urgencia del amor de Dios, que quiere servirse de su Obra, y de cada uno de nosotros. *Tenemos que vivir para llevar almas a Dios; solamente así encontraremos una gran paternidad espiritual, que el Señor desea para nosotros. Veremos a los que nos sigan, y tendremos la alegría de saber que son fruto de nuestra oración, de nuestro trabajo, de la gracia divina que se ha servido de nuestras manos para conquistar aquellas almas. Una alegría inconmensurable, porque veremos a muchas almas, que sólo desean ser para Dios ²⁹.*

Dar lo mejor que tenemos

Ya os he dicho, hijos míos, que creo en la amistad humana: amico fideli, nulla est comparatio (Eccli. VI, 15), nada hay comparable al amigo fiel. La amistad es un tesoro, que hemos de estimar en su gran valor humano y aprovechar también como medio para llevar almas a Dios ³⁰.

Si una razón de buena amistad nos empuja al proselitismo, a comunicar a nuestros amigos el bien de Dios, también se produce el proceso inverso: el afán apostólico, proselitista, nos empuja a hacernos más amigos, a desear un círculo amplio de conocidos, de compañeros, con los que podamos hacer verdadero apostolado. *De ahí, que nuestro empeño en tratar con todas las personas —nadie nos es indiferente, porque tampoco para Cristo lo ha sido— ha de estar siempre presidido por una exquisita delicadeza humana, que supere las sim-*

(28) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940.

(29) De nuestro Padre.

(30) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940.

ples formas sociales, puesto que es una manifestación de nuestra misma fe.

Así se comprende bien que este espíritu de la Obra ha de atraer el cariño y la ayuda de tantos no católicos y aun no cristianos, entre los cuales habréis de vivir, teniéndolos por compañeros de trabajo, por seguros amigos ³¹.

El trato con Dios, la vida interior tiene ese efecto inmediato: nos lleva a una actitud abierta, comprensiva, capaz de granjearse la amistad de muchas personas. *El corazón tiene un coeficiente de dilatación enorme. El corazón de un cristiano, cuando ama se agranda; se llena de amor sobrenatural y también de amor humano: porque, si no es humano, tampoco puede ser sobrenatural* ³². Esa capacidad de amar, de querer por Cristo, afina el alma, la hace especialmente apta para la comprensión, para el afecto: facilita el camino de la amistad. Es un cariño en el que podemos darnos por entero, porque pasa por el Corazón Sacratísimo de Jesús, y por el Corazón Dulcísimo de María: tiene la virtud de acortar distancias, de conducir al apostolado, de franquear el acercamiento a las almas.

Vamos positivamente a hacernos amigos, a ganarnos amigos para hacerles amigos de Jesucristo ³³. El Señor, que *pasó por la tierra haciendo el bien* ³⁴, y que ganó el corazón y el afecto de tantas personas, es nuestro modelo. Movidos por su gracia estamos en condiciones de seguir nuestro camino con un ánimo que nos acercará a tantas personas: con amistad auténtica, comprometida, *que exige renunciaciones, rectitud, intercambio de favores, de servicios nobles y lícitos. El amigo es fuerte y sincero en la medida en que, de acuerdo con la prudencia sobrenatural, piensa generosamente en los demás, con personal sacrificio* ³⁵.

Nuestro proselitismo no puede ser nunca algo despegado, frío, técnica que da el oficio. No es la amistad una táctica de felices resultados,

(31) *Ibid.*

(32) De nuestro Padre.

(33) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932.

(34) *Act.* X, 38.

(35) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940.

sino un sentir real: una amistad sincera, hecha de afecto humano y de preocupación sobrenatural por los demás.

¡Cuántas veces, si os comportáis como yo pienso que se comportan mis hijos, vuestros amigos os abrirán el corazón, os harán una pregunta confidencial! Será entonces la hora de realizar un gran apostolado. Acercarles a Dios con suavidad, con delicadeza, sin quitarles nunca la libertad. Si hay una amistad leal, noble y limpia, enseguida vendrá el apostolado, haréis una auténtica dirección espiritual con esos amigos vuestros y podréis llevarles al Señor.

Hijos míos, estad seguros de que somos omnipotentes si tenemos la caridad de Dios. Querriamos encender a todos en el amor divino, meterles en el corazón de Jesucristo, teniendo nosotros cariño y comprensión para todas las almas. ¡Hay que rezar, hijos míos! ¡Hay que quererles! Nadie debe acercarse al Opus Dei y marcharse de vacío. Que sientan el atractivo de que se les estima, de que se les comprende, de que se busca lo mejor para ellos ³⁶.

(36) De nuestro Padre.

VIDA Y DOCTRINA

*Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el máximo y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: amarás a tu prójimo como a ti mismo*¹. Amarás a Dios: éste es el dulce mandamiento fundamental; los comprende todos, los contiene, los hace nacer. Porque amamos a Dios, amamos todo lo suyo, y amamos especialmente a sus hijos, entre los que cada uno se cuenta también a sí mismo.

En esto se cifra la santidad: en amar a Dios sobre todo, y a todo lo demás —incluso a nosotros mismos— por Dios. Hemos de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, y a nosotros mismos como a nuestro prójimo. Y un descuido, un desamor tanto en un sentido como en otro, implicaría siempre un límite al amor de Dios. Por esta razón —lo hemos oído muchas veces— la santidad, la lucha ascética, la vida interior es el alma de todo apostolado, la condición de su eficacia, la garantía de su rectitud.

La sola cosa necesaria

Del mismo modo, con igual fundamento decimos que santidad y apostolado constituyen el fin de nuestra vocación, como dos aspectos in-

(1) *Matth.* XXII, 37-39.

separables de un mismo fin. Nosotros no podríamos ser santos si no fuéramos apóstoles; y nuestro apostolado sería nulo, si no estuviese respaldado por una vigorosa lucha interior. *Quien tiene la misión de decir cosas grandes, está igualmente obligado a practicarlas* ². Más aún: sólo si las practica, las dirá de un modo realmente eficaz; sólo si las vive, su palabra será verdaderamente fructuosa; sólo si él mismo arde —y en la medida en que arda—, podrá encender a los demás. *Si somos otros Cristos, ha dicho nuestro Padre, donde estemos quemaremos* ³.

Tal doctrina tiene su base en las palabras del Señor: *sine me nihil potestis facere* ⁴, sin mi nada podéis hacer; y se completa con estas otras: *el sarmiento no puede de suyo producir fruto, si no está unido con la vid* ⁵. De manera que *una sola cosa es necesaria: la santidad personal. Este es el secreto de la eficacia del Opus Dei* ⁶.

De nuestra santidad personal, de nuestra vinculación con la vid depende el poder de vincular a los demás, de llevarlos a la santidad, que es el fin de todo apostolado. La palabra apostólica ha de fructificar en nosotros mismos, ha de obrar en nuestra vida lo que queremos que realice en la de los demás. La acción apostólica será eficaz en la medida en que empiece por santificar al apóstol, del mismo modo que un sarmiento dará tanto más fruto cuanto más vitalizado esté por la savia de la vid. Es lo que hizo decir a San Bernardo estas célebres palabras: *si eres cuerdo, serás concha y no canal* ⁷; y lo que ha llevado también a nuestro Padre a escribir: *es preciso que seas "hombre de Dios", hombre de vida interior, hombre de oración y de sacrificio. —Tu apostolado debe ser una superabundancia de tu vida "para adentro"* ⁸.

La santidad, la lucha interior, es el fundamento del apostolado. Son inseparables, porque tienen la misma raíz, porque proceden del mismo amor; pero también por la eficacia, porque el fruto depende de nuestra unión con Cristo, porque nadie da lo que no tiene, porque éstas son las armas del verdadero apóstol: *primero, oración; después, ex-*

(2) San Gregorio Magno, *Regula pastoralis* 2, 3.

(3) De nuestro Padre.

(4) *Ioann.* XV, 5.

(5) *Ioann.* XV, 4.

(6) De nuestro Padre.

(7) San Bernardo, *In Cantico Canticorum sermo* 18.

(8) *Camino*, n. 961.

piación; en tercer lugar, muy en "tercer lugar", acción ⁹.

También para que sean duraderos sus efectos, el apostolado requiere la vida interior: Dios cuenta con el tiempo para que la siembra dé su fruto, y entre tanto se requiere el cuidado de la planta apenas nacida; y es necesaria al apóstol la constancia, la perseverancia en el trabajo comenzado, sin desánimos, aunque no vea los frutos, sólo por amor de Dios y de las almas. Sólo la unión con Dios puede dar al alma del apóstol las virtudes que determinan el buen apostolado. *Maestro* —dijo Nicodemo a Jesús—, *sabemos que eres un maestro enviado de Dios: porque ninguno puede hacer los milagros que Tú haces, si no tiene a Dios consigo* ¹⁰.

Unidad de vida

En verdad, en verdad te digo, que nosotros no hablamos sino lo que sabemos bien y no atestiguamos sino lo que hemos visto ¹¹, siguió respondiéndole el Señor. Es otro motivo que refuerza la necesidad de respaldar con vida interior la acción apostólica. La palabra que invita a la santidad ha de provenir de quien sabe lo que esto significa. Para que el guía de ciegos no sea también ciego no basta saber como de oídas, por referencias; hay que vivir, experimentar: sentir en carne propia el trabajo de la gracia y los obstáculos que encuentra, las dificultades y angosturas que deben sufrirse y las glorias que se saborean. Para llevar las almas a la santidad no basta un teórico y vago conocimiento del camino; es necesario el conocimiento vivo y concreto que se sigue de andarlo. Para los trayectos difíciles, peligrosos, de montaña, no basta un mapa; no bastan *esos carteles indicadores en las carreteras, que dicen a tal sitio y ellos no van* ¹²; necesitamos que un guía nos acompañe. Y este guía,

(9) *Camino*, n. 82.

(10) *Joann.* III, 2.

(11) *Joann.* III, 11.

(12) De nuestro Padre.

más que hablar, lo que ha de hacer es marcar con su paso el camino, ir delante, aplicarse a sí mismo lo que sabe; lo demás viene por añadidura. *Mandamos que sea rector con sus obras, que muestre a sus súbditos el camino de la vida, viviendo* ¹³.

Si la oración y la experiencia interior nos enseñan lo que debemos decir, la mortificación atempera y regula el modo de hacerlo, al tiempo que purifica la intención. La palabra se hace afable al mismo tiempo que firme, desaparece el celo amargo, la acción se hace verdaderamente bienhechora.

Por otra parte, está la enorme eficacia operativa del ejemplo. El mejor modo de transmitir un conocimiento detallado y vivo del camino, es con la propia vida. Y hemos sido enviados a transmitirlo: *¡a dar doctrina! ¡Luz, luz, a dar luz por ahí! ¡Y sal! Con el ejemplo, que es la mejor predicación. Yo he visto muchas veces a gente que se rinde al ver nuestra conducta, al ver que acomodáis vuestra conducta a vuestras creencias, al ver vuestra unidad de vida* ¹⁴, nos decía nuestro Padre.

Cuando el Señor quiso enseñar a los suyos cómo debían vivir la caridad unos con otros, se ciñó El mismo una toalla y lavó los pies de sus discípulos, pudiéndoles decir luego: *ejemplo os he dado, para que, lo que yo he hecho con vosotros, así lo hagáis vosotros también* ¹⁵. Esta fue la norma constante de su pedagogía divina, como señala Pío XI: *si las turbas lo aclamaban no era tanto porque "jamás ha hablado otro como este hombre"* ¹⁶ *cuanto porque "todo lo hizo bien"* ¹⁷⁻¹⁸. Así lo confirma San Juan, que al comenzar su primera epístola, dice que anuncia *lo que fue desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, y contemplamos, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de la vida* ¹⁹. Esa norma la siguieron fielmente los Apóstoles, por lo que San Pablo pudo escribir: *lo que habéis aprendido y recibido y oído y*

(13) San Gregorio Magno, *Regula pastoralis* 2, 3.

(14) De nuestro Padre.

(15) *Ioann.* XIII, 15.

(16) *Ioann.* VII, 46.

(17) *Marc.* VII, 37.

(18) Pío XI, Litt. enc. *Ad catholici sacerdotil*, 20-XII-1935.

(19) I *Ioann.* I, 1.

visto en mí, esto habéis de practicar, y el Dios de la paz será con vosotros ²⁰. Y recomienda lo mismo a Tito: *en todas las cosas muéstrate dechado de buenas obras* ²¹. También San Pedro pedía a todos los obispos que fuesen *verdaderamente dechados de la grey* ²².

Cierta eficacia podría tener la palabra sola, sin vivirla, *por la virtud misma de la doctrina de Jesús* ²³; pero, aparte de que esos frutos suelen ser poco duraderos, *no se compensa, con este bien, el mal enorme y efectivo que producen matando almas de caudillos, de apóstoles, que se apartan, asqueadas, de quienes no hacen lo que enseñan a los demás* ²⁴. Esos falsos apóstoles merecerían aquel denuesto paulino, eco del juicio que ha de venir: *tienes puesta tu confianza en la Ley y te glorías en Dios y conoces su voluntad y, amaestrado por la Ley, disciernes lo que es mejor, tú que te jactas de ser guía de ciegos, luz de los que están a oscuras, preceptor de gente ruda, maestro de niños, como quien tiene en la Ley la pauta de la ciencia y de la verdad: y, no obstante, tú que instruyes al otro, no te instruyes a ti mismo* ²⁵.

Por amor a las almas

En el dogma de la Comunión de los Santos, vemos una nueva razón para fundamentar el apostolado en nuestra santidad: somos todos miembros de Jesucristo, partes de un mismo cuerpo. De ahí que la salud espiritual del apóstol repercuta necesariamente, de un modo u otro, en la del alma que trata de ganar. Y la lucha personal por ser mejor se hace así apostólica también en la intención.

“Ideo omnia sustineo propter electos” —todo lo sufro, por los escogidos, “ut et ipsi salutem consequantur” —para que ellos ob-

(20) *Philip.* IV, 9.

(21) *Tit.* II, 7.

(22) *I Petr.* V, 3.

(23) *Camino*, n. 411.

(24) *Camino*, n. 411.

(25) *Rom.* II, 17-21.

tengan la salvación, "quae est in Christo Iesu" —que está en Cristo Jesús.

—*¡Buen modo de vivir la Comunión de los Santos!*

—*Pide al Señor que te dé ese espíritu de San Pablo* ²⁶.

Jesús subió a la Cruz por nosotros, realizando en sí una expiación que El no necesitaba; con más razón aún, el apóstol debe purificarse y santificarse por afán redentor, supliendo en sí lo que ve que falta en los otros, para que también los otros sean colmados. *Si eres generoso..., si correspondes, con tu santificación personal, obtendrás la de los demás* ²⁷. Y eso hace que nuestro Padre nos haya dicho muchas veces: *todo depende de nuestra santidad personal. ¡Lo veo tan claro! Por eso, pedid mucho por mí, para que sea como el Señor quiere* ²⁸.

La oración y la mortificación son la base de nuestro apostolado. Y esa petición es tanto más oída cuanto más apoyada está por la santidad del que pide. De modo que, porque la gracia ha de venir por la unión con Jesucristo, y brotar para el apostolado de un gran amor de Dios; porque el apóstol ha de conocer bien lo que enseña; porque sus armas son oración y sacrificio; porque el mejor libro donde ha de enseñar es su propia vida; porque ha de suplir en sí lo que falta a los demás, mereciendo lo que quiere darles, y haciéndose oír de Dios con la rectitud de su propia conducta; por todas estas razones, el apóstol ha de ejercitar en sí aquella virtud concreta —afinándola, perfeccionándola— que trata de promover en el alma de su amigo. De ahí las palabras que tantas veces nos ha repetido nuestro Padre: *no querría ninguna obra, ninguna labor, si mis hijos no se mejorasen en ella. Yo mido la eficacia y el valor de las obras por el grado de santidad que adquieren los instrumentos que las realizan* ²⁹.

He aquí la perfecta armonía de estos dos mandamientos que son el resumen de la Ley y de los profetas: *amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el máximo*

(26) Camino, n. 550.

(27) De nuestro Padre.

(28) De nuestro Padre.

(29) De nuestro Padre, n. 29.

y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: amarás a tu prójimo como a ti mismo ³⁰.

Esta doctrina general se concreta, por ejemplo, en la labor de amistad y confianza que realizamos con nuestros amigos, en la corrección fraterna, en las labores internas de formación que la Obra nos confie. Aquí entramos ya en el terreno del detalle; se trata de almas que quieren santificarse, y quien, de algún modo, ha de conducir las, debe aquilatar mucho. No se trata ya de ver antes la viga en el propio ojo que la paja en el ajeno, sino de descubrir también antes la paja en el propio que la viga en el ajeno.

Empezar por uno mismo

Para esa labor hay que estar particularmente unido a Dios. El que de un modo o de otro dirige a las almas debe ser canal de gracias, sarmiento fecundo. Y para eso es necesario que se aplique a sí mismo el consejo que va a dar a otros; y si ya vive la virtud de que se trate, debe afinarla, mejorarla. De este modo conseguirá *la eficacia operativa de que sólo con su presencia encienda, queme* ³¹.

La experiencia inmediata, actual, del esfuerzo que se necesita para desarraigar un defecto, da a la palabra una norma viva, que advierte lo que hay que hacer —y lo que hay que decir para que hagan— hasta en los menores detalles. Se conocen las reacciones que el *hombre viejo* pondrá, y se establece una comunicación de simpatía y de caridad, una unión fuerte de lucha común; y se sabe hasta dónde es posible exigir y cómo conviene hacerlo.

El que recibe la exhortación, el consejo —dado sin acritud, con templanza bienhechora—, se siente ganado por un ruego tácito que le es hecho, y que sabe leer entre líneas: *no se puede derrumbar el frente*

(30) *Matth.* XXII, 37-39.

(31) De nuestro Padre.

ni en ti ni en mí ³². El consejo se hace mucho más eficaz, pues lleva consigo el modo de realizarlo. *Más gustosamente penetra en el corazón de los oyentes la voz que viene recomendada por la vida del que habla; porque lo que manda hablando, mostrándolo ayuda a que se haga* ³³. Y esa voz no viene apoyada por una virtud genérica, sino por la propia virtud que se recomienda, hecha vida. Es verdad que el no poseerla no debe retraernos de aconsejarla, de hacer una corrección fraterna, pongamos por caso; pero el aconsejarla debe empujarnos a vivirla, y a vivirla esmeradamente cuanto antes, por amor de Dios, por sinceridad, por eficacia. Sabiendo, además, que si el Señor nos pide eso, nos dará las gracias suficientes para lograrlo. *Y verás cómo, si tú vives así, comenzarán otros a vivir lo mismo: serás como una hoguera que enciende todo* ³⁴. Y, como Cristo, a eso hemos venido al mundo: *ignem veni mittere in terram!* ³⁵.

El Señor vino a enseñar, pero haciendo. Facere et docere. Vino a enseñar, pero siendo modelo, siendo Maestro y texto de doctrina a la vez con su conducta ³⁶. Esta pedagogía evangélica ha sido indispensable siempre; pero tal vez hoy de modo especial, cuando los hombres tienen los oídos llenos de doctrinas vacías, de especulaciones intelectuales que se venden a buen precio. *Hoy, en efecto, más que nunca, los hombres se dejan persuadir, más que por las palabras, por los ejemplos concretos y evidentes de quienes viven junto a Jesucristo* ³⁷. Y de este modo, el amigo nuestro que nos escucha, el hermano que recibe el consejo, puede acabar diciendo: *viendo yo esto, he puesto atención, lo he considerado y he sacado esta lección* ³⁸. Así nos lo describe nuestro Padre, para el caso particular de la templanza: *te han visto: que haces, que no haces; que luchas, que te mortificas. El primer día no lo notan, pero al fin trasciende. Y eso sólo, que parece tan tonto, de tal manera lleva el "bonus odor Christi", que arrastra* ³⁹.

(32) De nuestro Padre.

(33) San Gregorio Magno, *Regula pastoralis* 2, 3.

(34) De nuestro Padre.

(35) *Luc.* XII, 49.

(36) De nuestro Padre.

(37) Pío XII, *Epist. I felici sviluppi*, 25-1-1950.

(38) *Prov.* XXIV, 32.

(39) De nuestro Padre.

El que aconseja, como está obligado a orar y a mortificarse por el aconsejado, encuentra así el modo mejor de suplir con afán redentor, de merecer por el otro, de recabar una gracia sin la que la rectificación es imposible. Por eso nos ha dicho nuestro Padre: *cuando quieras lograr el mejoramiento de alguien en un punto concreto, tu mejor oración por él será conseguir tú mismo un efectivo mejoramiento propio en ese mismo punto, y ofrecerlo por esa intención* ⁴⁰. La eficacia de esta lucha está asegurada por aquellas palabras dichas por Jesús, a propósito de los mandamientos más pequeños: *el que los guardare y enseñare, ése será tenido por grande en el Reino de los cielos* ⁴¹.

Este modo de proceder, además de ser el único realmente eficaz, decora con virtudes muy finas el alma del apóstol: le confiere un *amor que cubre todas las deficiencias, y que os llevará a comprender y a disculpar las cosas personales de los demás, y a ser intransigentes con el error y con vosotros mismos* ⁴². Viendo así claramente sus propias dificultades y miserias, el apóstol se hace humilde y no se extraña nunca de las ajenas, no se escandaliza jamás de nada. Su comprensión le hace paciente, le aleja de toda intemperancia; y sabe esperar a que la gracia vaya haciendo su obra. Y si tarda, piensa antes en la deficiencia de su apostolado —y se exige más a sí mismo— que en la falta de correspondencia de los otros. Entonces vive a la letra aquel consejo de San Pablo que tantas veces nos ha recordado nuestro Padre: *veritatem autem facientes in caritate* ⁴³.

(40) De nuestro Padre.

(41) *Matth.* V, 19.

(42) De nuestro Padre.

(43) *Ephes.* IV, 15.

HAY QUE REPETIR

*La labor del Opus Dei es dar doctrina en todos los ambientes. Así que todas las manifestaciones de nuestros apostolados, aunque sean diversas, tienen la misma finalidad: dar doctrina*¹. Nosotros tenemos, pues, una particular necesidad de formación, de adquirir una preparación doctrinal sólida, porque no se puede dar lo que no se tiene. Pero esto, con ser lo más importante, no basta: hay que saber comunicar la doctrina adquirida, y una parte de esa tarea consiste en esparcir la semilla de la verdad con la generosa insistencia del sembrador, para que arraige y sea eficaz: *saber decir lo mismo cada día con gracia nueva. Es el don de lenguas, parte del don de lenguas*².

De mil modos diferentes

Los misterios de nuestra fe, las maravillas que el Señor ha obrado y obra en favor de los hombres, poseen una riqueza inagotable: ¡oh pro-

(1) De nuestro Padre.

(2) De nuestro Padre, n. 36.

fundidad de los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios! ³, exclamaba San Pablo. Y esa misma grandeza de las verdades que debemos enseñar exige volver sobre ellas una y otra vez, para poner de manifiesto todo su valor. Cuando se trata de informar sobre un suceso contingente, muchas veces basta contar unas pocas cosas, unos detalles, para que el que nos escucha se haga cargo de la situación. Pero las verdades eternas, verdades de salvación, los grandes principios, los hechos sobrenaturales de más trascendencia, no basta enunciarlos una sola vez: es preciso insistir, explicar sin cansarse, para que se llegue a entender con profundidad, con claridad, todo ese tesoro de doctrina.

Hay ocasiones en que la necesidad de repetir proviene, no ya de lo que se quiere enseñar, sino del que escucha, que no está preparado, porque su formación es escasa, o porque vive en un ambiente cultural lleno de prejuicios. Así se explica, por ejemplo, que los derechos de la Iglesia en materia de matrimonio y enseñanza, la libertad de los católicos en cuestiones temporales, determinadas características de la Obra que son una novedad en la vida de la Iglesia, puedan no ser asimilados fácilmente. *Hay cosas muy claras, muy claras, que la gente no entiende, porque algunas veces nosotros tenemos malas explicaderas; pero, en otras ocasiones, son ellos los que tienen malas entendederas. Estamos diciendo siempre lo mismo, insistimos en ideas, que son clarísimas, pero cuando no las entienden, tenemos que repetir las de cincuenta maneras, para que, al fin, poco a poco, se vayan enterando. Y de cien personas, a veces cogen las cosas primero sólo tres; después, diez; al cabo de un tiempo, treinta. Hay algunos que nos las entenderán nunca. Por eso, hijos míos, debemos tener muchísima paciencia* ⁴.

En otras ocasiones, el obstáculo es sencilla y llanamente que no se quiere escuchar, pues *los que aman otra cosa distinta de la verdad, quisieran que eso que aman fuera la verdad. Sin embargo, como no quieren engañarse, pero a la vez tampoco quieren reconocer que están equivocados, odian la verdad a causa de aquello que aman en lugar de la*

(3) Rom. XI, 33.

(4) De nuestro Padre.

verdad⁵. Son personas que, con su actitud, y a veces incluso con sus palabras, parecen decir: *apártate lejos de nosotros, no queremos saber de tus caminos*⁶; aunque, a la larga, el cariño, la comprensión y la constancia, acaban ordinariamente por superar cualquier prejuicio, y la buena doctrina se impone, porque *es más fuerte que todo*⁷.

Repetir, sin embargo, no quiere decir cansar, pues, si se repite, es precisamente para hacer entender unas verdades, y junto a la insistencia, deberá estar presente la preocupación de no resultar aburridos ni monótonos. *No son ya nuevas a vuestros oídos ni a vuestros corazones las cosas que hoy se repiten; y, sin embargo, remueven los sentimientos del que las oye. Incluso al traérnoslas a la memoria nos dan como una sensación de novedad. Aunque ya se sepan, no cansa oír las cosas del Señor, porque son siempre dulces. Y lo mismo que con la Escritura, sucede con su explicación: se conoce ya la Escritura, pero se vuelve a leer para recordarla; se la ha oído explicar muchas veces, pero aun así hay que repetirla, para que los que la olvidaron vuelvan a recordarla, para que la escuchen los que tal vez no la oyeron antes, o para que los que la retienen lleguen a no olvidarla, a fuerza de mucho oírla*⁸.

A medida que se van conociendo mejor las cosas, más presentes se hacen en la vida personal de los hombres. Por eso es también necesario repetir, para que los principios fundamentales de nuestra fe —*ideas madres*— se hagan verdaderamente operativos, para que constituyan un hábito que lleve a enfocar los acontecimientos cristianamente, y a actuar de modo coherente. *Para tener el hábito de opinar de una determinada manera, se requieren muchos actos de la razón*⁹. Además, al repetir de modo siempre diverso, con ejemplos diferentes y puntos de vista distintos, se educa y se dispone mejor para cumplir lo que se enseña. No basta —se lo hemos oído a nuestro Padre muchas veces— querer hacer algo, tener la buena disposición de realizarlo: es preciso aprender a hacerlo, y para eso hace falta no sólo conocer bien las cosas, sino saberlas de una

(5) San Agustín, *Confesiones* 10, 23.

(6) *Job* XXI, 14.

(7) *Sap.* X, 12.

(8) San Agustín, *Sermo* 125.

(9) Santo Tomás, *S. Th.* I-II, q. 51, a. 3.

manera práctica y detallada; y eso sólo se consigue considerando repetidas veces lo que se tiene que hacer.

Tal vez —explicaba San Juan Crisóstomo— alguno dirá: todos los días nos estás hablando de caridad y de hacer limosna. —Pues por ahora no dejaré de hablaros de lo mismo. No abandonaría el tema, aun suponiendo que ya vivierais lo que os predico, para que no os volváis negligentes ¹⁰. Las buenas disposiciones tienden a perder intensidad: aunque la verdad es hermosa y amable, cuesta a veces seguirla, porque exige renunciar a otros intereses o tendencias personales, o, simplemente, porque a la hora de ponerla en práctica, puede quedar ahogada entre otras preocupaciones, quizá legítimas, pero menos importantes. Por eso es necesario ayudar a la buena voluntad, recordando las cosas que son verdaderamente esenciales, para que estén siempre en primer plano. *¿Qué adelanta el hombre —decía el Señor— con ganar todo el mundo, si pierde su alma?* ¹¹. *Porro unum est necessarium* ¹²: sólo una cosa es necesaria.

Insistir en la formación personal

También en Casa, para adquirir el espíritu de nuestra Madre la Obra, se nos repiten las cosas muchas veces. Nuestra formación no acaba nunca: en las charlas, en las meditaciones, en los Círculos, en la charla fraterna, en los Cursos anuales..., se nos repiten periódicamente los mismos temas de nuestra ascética, las mismas indicaciones, los mismos avisos. No nos cansa que nos recuerden siempre lo mismo, porque sabemos que nos hace falta, que siempre podemos mejorar; y al oír las mismas cosas, descubrimos nuevos detalles en aquella Norma o en aquella virtud, o modos de hacer mejor nuestro trabajo o el apostolado que antes ni siquiera habíamos sospechado.

(10) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 88, 3.

(11) *Marc.* VIII, 36.

(12) *Luc.* X, 42.

Supone, pues, una delicadeza maternal de la Obra el que se nos repitan con frecuencia las mismas cosas. Así tenemos siempre presente qué es lo verdaderamente importante; por eso nos han dicho mil veces, con palabras de nuestro Padre, que *las Normas son lo primero*¹³; que hay que ser muy rezadores, porque *la oración es el arma del Opus Dei*¹⁴; que *cada uno ha de santificar su profesión —su trabajo ordinario—, ha de santificarse en su profesión y ha de santificar con su profesión*¹⁵; que *nuestro fin es procurar que haya en medio del mundo muchas almas entregadas a Dios*¹⁶; que *la primera manifestación de proselitismo es que os ayudéis entre vosotros a perseverar y a ser santos*¹⁷.

Las virtudes que debemos practicar, nuestras Normas, el trabajo, el apostolado, son siempre las mismas, pero cada día hay que vivirlas mejor. No se trata de inventar nuevas cosas, sino de que hagamos las de siempre, pero cada vez con más amor de Dios. Y para eso, es necesario que las consideremos y las repasemos en nuestra oración, en nuestro estudio. *Hijos míos, nos aconseja nuestro Padre, medita muchas veces los mismos argumentos. No consideréis las cosas una sola vez, insistid hasta que descubráis un nuevo Mediterráneo. ¿Y cómo yo no he visto antes esto así de claro? Porque a veces somos durante mucho tiempo como las piedras que dejan resbalar el agua, sin absorber ni una gota. Por eso es necesario volver a discurrir sobre lo mismo, para empaparnos de esa bendición de Dios*¹⁸.

Además, todos los aspectos de la ascética de nuestra Obra están íntimamente entrelazados en una unidad de vida que hace que, al comprender y vivir mejor una de las facetas de nuestra vocación, entendamos y mejoremos en todas las demás. Y así, cuando nos lo recomiendan en la dirección espiritual, no nos importa luchar durante mucho tiempo en un determinado punto, sin desalentarnos, sin cansarnos de combatir en las mismas cosas. *El espíritu del Opus Dei no es una fibra, es un*

(13) De nuestro Padre.

(14) De nuestro Padre.

(15) De nuestro Padre, n. 43.

(16) De nuestro Padre.

(17) De nuestro Padre, n. 122.

(18) De nuestro Padre.

*tejido: virtudes, que se entrelazan unidas por la caridad. Cuando en el árbol hay un fruto maduro, hay otros muchos en el mismo árbol —si se podó a tiempo— que también están a punto. El sabor, la grandeza y la sazón de uno de ellos es el anuncio de la madurez de los otros*¹⁹.

Lo mismo, de modo nuevo

*Insistid sin miedo —nos anima nuestro Padre—, tengo la experiencia de que hay que repetir las cosas*²⁰. Hay muchas razones para hacerlo, pero esta labor sería poco eficaz, e incluso completamente inútil, si no tuviéramos presente que necesitamos decir las cosas continuamente, pero en cien lenguas, y de un modo agradable, que no canse. *Hay que repetir lo mismo, pero de modos diversos. Es la forma lo que debe de ser siempre nuevo, distinto; no la doctrina, que permanece idéntica*²¹. Se trata, pues, de explicarla con distintos ropajes, con diversos ejemplos y formas de expresión. *Se debe llegar al corazón de los oyentes con una sola doctrina, es verdad, pero no con un mismo discurso*²². A veces, ha dicho nuestro Padre, *con una sola anécdota se entiende mejor el espíritu de la Obra que con cuatro páginas llenas de doctrina*²³.

Por otro lado, una misma realidad se puede ver desde muchos puntos de vista, y cada una de esas perspectivas ayuda a ver mejor un determinado aspecto, o resalta una característica concreta. *Las almas de los oyentes, ¿qué son sino como las distintas cuerdas de una cítara, que el músico pulsa de modo diverso, para que no produzcan un sonido desaharmonizado? La melodía surge porque las cuerdas son tocadas por la misma púa, sí, pero no con igual pulsación*²⁴. A veces una determinada razón

(19) De nuestro Padre.

(20) De nuestro Padre.

(21) De nuestro Padre.

(22) San Gregorio Magno, *Regula pastoralis* 3, prol.

(23) De nuestro Padre, Crónica 1-65, p. 10.

(24) San Gregorio Magno, *Regula pastoralis* 3, prol.

no resulta convincente, o no mueve el afecto; dicha, en cambio, de otro modo, puede tocar el corazón e iluminar el entendimiento.

Hay que estar prevenidos, y salir al paso de los posibles obstáculos cuando debe insistirse sobre algo: la comodidad y dejadez, que descuida poner los medios para decir las cosas con don de lenguas; la falta de visión sobrenatural, que conduce al desaliento, al ver que no hay un eco inmediato a nuestras palabras; la poca firmeza en la fe, que afloja la tensión necesaria para recordar lo mismo, cuando sea oportuno; el temor de cansar o incluso de que una nueva advertencia no sea recibida con agrado. *A mí no me es molesto*, escribía San Pablo, *escribiros siempre las mismas cosas, y para vosotros es necesario* ²⁵.

Es un deber de caridad, y muchas veces de justicia, sobreponerse a todas esas posibles tentaciones, e insistir. *Supongamos que uno de vosotros sufriera de los ojos y yo fuera médico*, decía una vez San Juan Crisóstomo. *Si, después de aplicarle colirios y pomadas sin conseguir gran cosa, yo me retirara, ¿no vendría el paciente a la puerta de mi despacho gritando y echándome en cara mi negligencia, pues me había retirado dejando la enfermedad en pie? Si yo respondiera a sus reproches diciendo que ya le unté y curé una vez, ¿se daría el otro por satisfecho? Evidentemente que no, sino que me respondería: ¿y qué he sacado yo con eso, si todavía sigo enfermo? Pues aplicad eso mismo a vuestras almas* ²⁶.

Las almas nos esperan. Aun sin saberlo, desean de nosotros esa buena doctrina, que hay que sembrar no una, sino repetidas veces. El Señor ha querido valerse de nuestra cooperación para extender su reinado, y con San Pablo podemos decir a todos los hombres que *somos embajadores de Cristo, como si Dios os exhortase por medio de nosotros* ²⁷. Dios mismo nos brinda su ayuda y su gracia; a nosotros nos corresponde ser fieles e insistir en la buena nueva, repetirla todas las veces que sea necesario, sin miedo, sin vacilaciones: **opportune et importune, pero mejor si es opportune** ²⁸.

(25) *Philip.* III, 1.

(26) San Juan Crisóstomo, *In Matthaenum homiliae* 88, 3.

(27) *II Cor.* V, 20.

(28) De nuestro Padre.

AL PASO DE DIOS

Hacer apostolado es una tarea divina, que no es posible llevar a cabo sin la gracia de Dios. Es Cristo mismo quien realiza su obra en las almas, allanando las dificultades y encendiendo los corazones.

Nuestro deber es ser instrumentos: *de oro o de acero, de platino o de hierro..., grande o chico, delicado o tosco...*¹. Y para eso, junto a las virtudes teologales, es necesario practicar las demás virtudes cristianas: hábitos edificados sobre fundamento humano, pero enaltecidos por la gracia divina, que dan vigor y sostienen nuestro esfuerzo e impulsan a caminar sin desánimos, de acuerdo con las necesidades de las almas, al paso que Dios marca a cada una.

Prudencia y audacia

El Señor reúne a sus discípulos y los envía, de dos en dos, a predicar el Reino de los cielos por las ciudades de Israel. Pero antes les pre-

(1) *Camino*, n. 484.

viene contra las dificultades que encontrarán en su misión apostólica. Los quiere preparados; y utiliza, para precaverles, este símil: *he aquí que Yo os envío como corderos entre lobos* ².

En cualquier labor de apostolado es posible el desánimo, porque las dificultades —a veces grandes— no faltan. Para sobreponerse es menester —junto con las virtudes teologales— una prudencia activa y una decidida actitud de audacia, sencilla, sin complejos: *sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas* ³. Prudencia, que indica cómo lanzarse adelante; audacia, fruto del amor, que lleva a poner por obra sin vacilaciones lo que el sentido sobrenatural dicta.

Los Apóstoles se preguntarían seguramente por los medios humanos para hacer apostolado, combatir los peligros y allanar los obstáculos. *No llevéis bolsa, ni alforja, ni zapatos* ⁴, es la primera y desconcertante respuesta de Jesús. Antes que nada, Cristo exige a sus enviados un abandono total, una confianza absoluta en su palabra. En un principio prescinde de los medios humanos, para que aprendan cuanto antes a lanzarse con osadía apoyados sólo en los medios sobrenaturales. Más adelante les dirá: *en aquel tiempo en que os envié sin bolsa, sin alforja y sin zapatos, ¿por ventura os faltó alguna cosa?* ⁵. Y ellos reconocerán que, efectivamente, tuvieron de todo. Y al aconsejarles entonces que, en adelante, procuren y usen esos medios humanos, habrá quedado claro definitivamente que lo único que no puede faltar en la labor apostólica es la fe en el mandato divino y en el mensaje de paz del que han sido hechos portadores.

También les adoctrina el Señor en cuanto al modo de hacer apostolado: *al entrar en cualquier casa, ante todo decid: la paz sea en esta casa (...), y perseverad allí* ⁶. Su predicación ha de comenzar en un grupo familiar; después se irá extendiendo al resto de la ciudad. Es una medida de prudencia, que les muestra cómo la audacia apostólica ha de seguir unos cauces, desarrollarse paulatinamente por etapas.

Los discípulos partieron con la ilusión del encargo recibido, con el

(2) *Luc. X, 3.*

(3) *Matth. X, 16.*

(4) *Luc. X, 4.*

(5) *Luc. XXII, 35.*

(6) *Luc. X, 5-7.*

fuego de la palabra de Cristo en su corazón, prevenidos de que hallarían lugares donde no serían bien recibidos; pero aun entonces habrán de anunciar: *sabed que el Reino de Dios está cerca*⁷.

Las dificultades del apostolado, los obstáculos internos y externos que ha de combatir el apóstol, no han mudado substancialmente. La palabra del Señor sigue vigente hoy con la misma fuerza y con idéntica exigencia que entonces. Y son necesarias las mismas armas, las mismas virtudes, iguales disposiciones, para vencer las resistencias.

En primer lugar, el apóstol debe combatir en sí mismo la inercia que, desde dentro, retarda sus pasos; el peso de la naturaleza caída que rehúye poner manos a la obra. Por eso nuestro Padre nos decía: *comenzar es tener la mitad del trabajo hecho. Cuesta cambiar de posición, pero hay que moverse, hay que lanzarse, con sentido de responsabilidad, con conciencia de que somos levadura para toda la masa*⁸.

Hay que actuar así también cuando no se dispone de medios humanos, poniendo en juego entonces una audacia que la prudencia de la carne llamará temeridad, pero que se cimenta en la sólida base de la fe. Porque exige verdadera vida de fe empezar una labor sin medios humanos proporcionados, sobre todo en el caso de las actividades corporativas. Y, sin embargo, el espíritu de la Obra —que nos mueve a actuar siempre con realismo— pide el empuje de las obras corporativas, que son complemento y ámbito del apostolado personal, también en los comienzos. Nadie debe darse por satisfecho porque trata a cierto número de amigos, acercándolos a la Obra y promoviendo vocaciones. Todos debemos, además, sentir el peso de las labores corporativas y colaborar en la medida y modo que nos indiquen los Directores.

Nuestra prudencia no es humana, sino sobrenatural. Por eso la prudencia no nos detiene, sino que nos impulsa a lanzarnos, a ofrecernos, a presentar sugerencias, soluciones..., con audacia. Promover una obra corporativa —aunque al principio sea de reducidas dimensiones—, cuando apenas se ha comenzado la labor estable en un lugar, no es una temeridad, sino un modo prudente y heroico de ser audaces.

(7) Luc. X, 11.

(8) De nuestro Padre.

Lo que queremos son almas para Cristo. La prudencia domina los impulsos temerarios, descarta los proyectos sin fundamento, pero señala un camino. La audacia nos hace lanzarnos sin vacilaciones en esa dirección. Y, en todo momento, la fe nos sostiene, especialmente cuando consideraciones exclusivamente humanas llevan a pensar que la empresa es demasiado difícil y arriesgada.

No tenemos miedo ni a la vida ni a la muerte; por eso, tampoco nos arredramos ante los obstáculos. Los medios —la gracia específica de la llamada divina, la formación que nos da la Obra y nuestra correspondencia— son poderosos para superarlos. De esta persuasión —la Obra es Obra de Dios, Opus Dei— nace la audacia, la facilidad para cristianizar todos los ambientes, el empuje para promover todo tipo de labores apostólicas, corporativas y personales.

Nuestros amigos se sienten atraídos por esta vida de fe, por el modo decidido y animoso de llevar a la práctica lo que aconsejamos. Y se sienten arrastrados, se animan a colaborar y nacen esas vocaciones sólidas que son fruto de un apostolado audaz, heroico. Si no, vendrían vocaciones falsas, atraídas por una vida cómoda que no es la nuestra.

Con estos medios, siendo luz y sal de Cristo, con la fe y la formación que recibimos, nos lanzamos a ser apóstoles decididos, apoyados en aquella promesa del Señor: *el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no fallarán* ⁹.

La libertad de la entrega

Dios ha hecho al hombre libre. La libertad empapa toda su existencia y delimita el campo por el que ha de dirigir sus pasos en orden a la vida eterna: sus actos meritorios han de proceder de una libérrima voluntad —movidada por la gracia divina—, que continuamente escoge a Dios sobre los bienes finitos, en todas las encrucijadas de su vida. Liber-

(9) *Matth.* XXIV, 35.

tad interna de la voluntad, y libertad de acción, que no permite coacciones externas.

En la Obra amamos la libertad. Se la hemos entregado al Señor —libremente, por amor, porque quisimos—, para ganarla en una forma más alta: *in libertatem gloriae filiorum Dei* ¹⁰. Y a quienes esta entrega parece una pérdida, les mostramos la realidad de nuestra vida: la hermosura de servir con voluntariedad actual, la fuerza de ese *serviam!* que nos exige ser muy libres para entregar a Dios nuestra voluntad. Cualquier otra libertad sería para nosotros esclavitud.

Amamos la libertad nuestra y la de los demás. Porque sólo podemos servir al Señor siendo muy libres; y lo somos desde el primer instante de nuestra entrega hasta la hora de la muerte. Vinimos a la Obra *porque nos dio la gana* ¹¹ corresponder a la gracia del Señor que nos llamaba; y nos sigue *dando la gana* en todos los instantes de nuestra vida.

Este hecho reviste singular importancia en el apostolado y en el proselitismo, pues interesa, y mucho, asegurar la plena libertad de los que vienen a la Obra. La decisión de seguir esta llamada divina fue libérrima en nosotros, y lo debe ser siempre en los que se unan a nuestro camino. Nuestra acción proselitista no es jamás coacción: se mueve siempre en el ámbito de la libertad de las almas, porque la gracia de Dios y esta libertad santa son presupuestos del proselitismo. Es el Señor quien da la vocación y la gracia necesaria para corresponder, respetando al mismo tiempo la libertad del hombre.

Nuestro proselitismo es *Opus Dei*, cooperación con la gracia divina: ponemos los medios —oración, mortificación, la palabra, el ejemplo...— para que las almas, con la gracia de Dios, conozcan y quieran nuestro camino. Y hablamos de generosidad con el Señor, de la grandeza de la vocación. Les ayudamos para que correspondan a la llamada de Dios; pero esta correspondencia, en definitiva, será siempre el fruto de una libre elección.

Así, con esta ayuda nuestra, no sólo está lejos de menguarse su libertad de seguir o no la vocación, sino que encuentra además su ejercicio más pleno. El que ha de decidir su camino debe conocerlo; cuanto

(10) *Rom.* VIII, 21.

(11) De nuestro Padre.

mejor lo conozca, más libremente decidirá; cuanto mejor comprenda la predilección divina de la vocación, más voluntaria será su respuesta: *veritas liberabit vos* ¹².

El amor a las almas nos lleva a poner todos los medios para que los que el Señor llama sean generosos con El; pero, en el terreno de la decisión definitiva, evitamos cuidadosamente todo influjo coactivo: es la gracia la que obra en el alma. Nos repugna cualquier coacción sobre la voluntad; la coacción es siempre arma de los débiles, innecesaria a los que cooperan con el Señor.

Con esta libertad de espíritu hemos venido a la Obra. Y una vez en este camino divino, la misma libertad preside nuestra perseverancia, que es fruto de la gracia de Dios y, por parte nuestra, del amor. La libertad continúa. En la Obra, nadie podrá sentirse retenido contra su voluntad, porque la coacción no se da jamás en Casa: es completamente opuesta a nuestro espíritu. En cualquier momento está abierta la puerta: el que decidiera marcharse, podría hacerlo cuando quisiese; su libertad no encontraría obstáculos.

Pero aquí, igual que en el proselitismo, se conjugan perfectamente el amor a la libertad y el amor a las almas. La caridad nos hace dar la vida para que todos perseveren. Es una consecuencia lógica de nuestro afán de proselitismo que nos preocupen de manera principalísima la perseverancia y la fidelidad de las vocaciones en la Obra. Las encomendamos y, siempre dentro de la más plena libertad, hacemos todo lo que es necesario para ayudarlas a perseverar. Lo contrario sería no sólo una falta de caridad, sino aun de justicia, porque en parte hemos sido causa de su vocación; y la pérdida de la vocación es la mayor desgracia que pueda imaginarse. *Si un día alguien no viera claro el camino —nos ha dicho nuestro Padre— se le haría notar que tiene absoluta libertad para marcharse. Más aún, que en Casa, aunque hagamos falta todos, nadie hace falta; ni el Padre; y es el Fundador. Se le haría ver que no debe sentirse coaccionado. Pero inmediatamente —respetando esta libertad—, se ponen todos los medios sobrenatu-*

(12) *Ioann.* VIII, 32.

rales y humanos necesarios para devolverle la vista, para que no tire por la borda su felicidad, su propia vida. Se le encomienda y se le habla con infinito cariño: con la misma delicadeza y solicitud que deseáramos que tuvieran con nosotros si estuviésemos en las mismas tristes circunstancias ¹³.

Libertad y gracia de Dios; libertad y amor: en el proselitismo y en la perseverancia. El que viene a nuestro camino, viene porque quiere; porque el Señor le ha dado su gracia, y él corresponde por amor; y luego persevera porque quiere: porque el Señor sigue dándole su gracia, y porque él sigue correspondiendo por amor, con una voluntad libérrima de servir.

Tenacidad en el apostolado

Estos son los medios que nuestro Padre nos indicó a cada uno, cuando se trata de cooperar en la tarea divina de plantear a las almas el problema de su vocación: *ora, ofrece sacrificios y trabájalos con tu ejemplo y con tu palabra* ¹⁴.

Al perseguir ese fin y poner de nuestra parte los medios para alcanzarlo, sin escatimar ninguno, no hay asomo de violencia o de indebida injerencia en las almas: cumplimos *un mandato imperativo de Cristo* ¹⁵, que nos dice: *id por todo el mundo; predicad el Evangelio a todas las criaturas* ¹⁶. Y El nos ha dado el ejemplo: *venid en pos de mí* ¹⁷, dijo a los primeros Doce, que dejadas al punto todas las cosas, le siguieron; y del mismo modo invitó al joven rico, que, al oír sus palabras, no quiso aceptar la invitación de Jesús y se retiró entristecido ¹⁸.

Ecce sto ad ostium et pulso ¹⁹, he aquí que estoy a la puerta y lla-

(13) De nuestro Padre.

(14) De nuestro Padre.

(15) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-III-1934.

(16) *Marc.* XVI, 15.

(17) *Matth.* IV, 19.

(18) Cfr. *Matth.* XIX, 22.

(19) *Apoc.* III, 20.

mo. *Poned estas palabras de San Juan —escribió nuestro Fundador— a la consideración de las almas que trabajáis para la Obra. No sois vosotros quienes llamáis: es El, ¡Cristo!* ²⁰.

Por eso, somos perseverantes en el proselitismo. *Si perseveráis, si sois tenaces —la tenacidad es indispensable para el proselitismo—, llegará un momento en que podréis gritarles: in nomine Iesu Christi Nazareni, surge et ambula!; en nombre de Jesús Nazareno, ¡levántate y anda!* (Act. III, 1-10) ²¹. Esa tenacidad hace porfiado nuestro proselitismo, pero jamás coacciona a las almas.

Son palabras de nuestro Padre: *nadie más interesado que nosotros para que en la Obra no haya nadie sin vocación* ²². La tenacidad en el proselitismo no puede suplantar la voluntad de Dios. Si el Señor no concede a un alma determinada la gracia de la vocación, nosotros, vehículos solamente de esa gracia, no podemos dársela.

Nuestra insistencia va por tanto a la par del celo de Cristo: más allá, no. Pero esa misma constancia nos lleva a hacer lo posible para que no desoiga la voz del Señor ningún alma a la que El haya dirigido su llamamiento: *amice, ascende superius* ²³, amigo, sube más arriba. Y, en todo momento, Jesús nos urge en esa tarea: *sal a los caminos y a los cercados e impele a los que halles a que vengan, para que se llene mi casa* ²⁴.

Es necesaria esa *santa coacción: compelle intrare* ²⁵, nos dice el Señor. Porque en el combate entre la gracia de Dios y el hombre viejo, éste, aferrado a sus pobres cosas, puede llegar a perder de vista la grandeza de la vocación divina que se le ha dado. En este caso, ante el reacio, existe la obligación de esa santa ayuda que coloque al alma en un lugar alto, desde donde pueda observar mejor la exigencia divina y la gloria que El tiene asignada a los que le siguen: *iluminando los ojos de vuestro corazón, a fin de que sepáis cuál es la esperanza de su vocación y cuáles las riquezas y la gloria de su herencia* ²⁶.

(20) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934.

(21) *Ibid.*

(22) De nuestro Padre.

(23) *Luc.* XIV, 10.

(24) *Luc.* XIV, 23.

(25) *Ibid.*

(26) *Ephes.* I, 18.

El hombre, a veces, se resiste a la llamada divina. Se encierra en el castillo de sus pensamientos, de sus afanes individuales, y pretende pasar por encima de las especiales exigencias que Dios tiene sobre su vida, porque lo quiere santo. Al plantear la crisis vocacional —y es tarea que, por voluntad divina, tenemos obligación de llevar a cabo los miembros del Opus Dei—, esa actitud del alma reacia se hace más evidente.

Ecce sto ad ostium... ²⁷, he aquí que estoy a la puerta y llamo. Pero en ocasiones, al otro lado, en su estancia, el alma se repliega sobre sí misma, se defiende. Ante el ejemplo de nuestras vidas —lo hemos dejado todo—, ante el *buen negocio* que ofrece el Señor, sigue siendo preponderante en el hombre, herido por el pecado original, el deseo de la carrera temporal, de seguir a su paso. ¿Acaso Dios no está también aquí?, parece argüirnos desde un emplazamiento terreno.

Nuestra tenacidad nos hace contestarle que existen almas que el Señor quiere más cerca de sí. En estos casos, desoír la llamada precisa de Dios, aun por razones y motivos humanamente legítimos, puede ser fatal para el alma. Porque el llamamiento divino a una vida más alta, es un don especialísimo que el Señor no concede a todos. Y al que se lo otorga, le da también la gracia de corresponder. Decir que no a esa llamada, es una oposición radical a la voluntad de Dios; aunque no sea voluntad de precepto, sino sólo de consejo.

En estos casos, ante la voz del requerimiento divino, el invitado opone un escudo hecho de prudencia humana, que la voz ha de atravesar para que el oído la escuche. En nuestra labor de proselitismo somos testigos de la existencia de ese escudo: son las frases de defensa, llenas de sentido práctico, de frialdad, de razón, que no han de aminorar nuestra tenacidad, y que nos hacen dirigirnos con esperanza a Dios. Proponemos entonces el atajo directo —difícil sí, pero gozoso— hacia la cima, y se nos responde con la fácil e incierta andadura por los caminos indirectos, por la línea curva, por la distancia más larga. *¿No gritaríais de buena gana a la juventud que bulle alrededor vuestro: ¡locos!, dejad esas cosas mundanas que achican el corazón... y muchas veces lo envilecen..., dejad eso y venid con nosotros tras el Amor?* ²⁸.

(27) Apoc. III, 20.

(28) Camino, n. 790.

Decir a esas personas que Dios las quiere a su servicio, que ante El no caben cálculos, cicaterías, oportunismos, ligerezas; decir que Dios lo quiere todo, no es coaccionar, sino cooperar con el Señor en su deseo de operarios, a quienes espera el trigal inmenso de este mundo. Se es libre ante los consejos; por tanto, rechazar la llamada no es en sí pecado grave, pero lleva consigo un debilitamiento de ese estar frente a Dios cara a cara, sabiéndose fiel cumplidor de su voluntad concreta. Y desde luego, la obediencia a Dios en puntos secundarios, no puede compensar la primitiva desobediencia a la llamada divina.

Pero esta razón —el temor— no podrá justificar nunca una entrega incondicional al Señor. Es el amor la única causa de esa entrega. Y ése es el argumento que empleamos. Nuestro proselitismo propaga la hoguera divina en los corazones de los hombres.

Revivimos de nuevo al pasaje evangélico. Vamos con Jesús por los caminos; es más, Jesús se oculta en nuestras vidas. En aquella hora temprana hemos encontrado unos hombres en la ruta y, acercándonos, hemos andado con ellos un trecho de camino, hablándoles de las maravillas del llamamiento de Jesús. Al principio, la actitud fue quizá la de los discípulos de Emaús: *sus ojos estaban como deslumbrados para que no le reconociesen* ²⁹. Y seguimos tenaces, a pesar de las aparentes evasiones de primera hora. Al llegar a un cruce del camino, hicimos ademán de seguir adelante, y ellos dijeron a Cristo, que iba en nosotros: *quédate con nosotros, porque ya es tarde, y va ya el día de caída* ³⁰. Al filo de nuestra tenacidad, de nuestro celo, el Amor encontró la respuesta libre, el amor que El exigía.

Humildad y magnanimidad

Id a esa aldea que se ve enfrente de vosotros, y enseguida encontraréis una asna atada, y su pollino con ella: desatadlos y traédmelos. Y si

(29) *Luc. XXIV, 16.*

(30) *Luc. XXIV, 29.*

alguno os dijera algo, respondedle que el Señor los necesita, y al punto os los dejará llevar ³¹.

Partieron los discípulos a buscarnos a nosotros, hijos de la esclavitud del pecado original y de sus consecuencias. Si alguien trató de oponer dificultades, unas palabras las deshicieron: *el Señor lo necesita*. El proselitismo tiene siempre esta fuerza, esta seguridad. Y así nos trajeron; Jesucristo quería entrar en Jerusalén sobre nosotros: la más humilde cabalgadura que encontró, para que todas las gentes entendieran que su Rey era *manso y humilde de corazón* ³², que su Señor llegaba en son de paz. Para quienes no pudiesen soportar la claridad de lo divino, habría una voz humana, con un contenido de Dios; y para quienes al principio ni eso pudiesen entender, el trotecillo torpe y tembloroso de un pollino.

Recorremos el camino, llevando a Jesús en nuestras almas en gracia. No somos el jinete, ni aun siquiera la mejor cabalgadura. No aventajamos a nadie. Somos, sencillamente, objeto de una elección gratuita y desproporcionada. Desproporcionada con toda intención: para ser uno más entre los hombres, para que el abrevadero no sea más alto que las caballerías; para que se note, en fin, que cuanto de bueno salga será todo entero obra de Dios.

No es la piedra excavada que contiene el agua, lo que las caballerías buscan, sino el agua, y en todo caso la capacidad para el agua, que el artesano ha tallado en la piedra. Lo que las gentes esperan de nosotros —aunque no siempre lo sepan, aunque alguna vez nos digan otra cosa— es a Dios, es el espíritu que ha dado a su Obra, es la gracia de la que somos inadecuados depositarios. No es otra la razón de nuestro camino. A la entrada de Jerusalén, no era al burro a quien los judíos tendían túnicas y palmas. Era a Jesús.

Es ésta una convicción permanente, que informa todas nuestras obras. Algo que hemos de repetirnos mil veces: *no puedo yo por mí mismo hacer cosa alguna* ³³. Si alguna vez hiciésemos algo por nosotros mismos, aquello ya no sería obra de Dios, Opus Dei. En entender esto, y en

(31) *Matth.* XXI, 2-3.

(32) *Matth.* XI, 29.

(33) *Ioann.* V, 30.

llevarlo a cabo, está toda la eficacia. *Es cuestión de desaparecer: para esto se necesita humildad y coger bien el espíritu de la Obra* ³⁴.

Hemos sido elegidos para llevar a Dios, para transmitir el espíritu de su Obra: es la única razón de nuestra labor apostólica. Esto nos confiere la gran responsabilidad de andar vigilantes para no alterar nada, para que las almas no se apeguen a nuestra persona, para saberlas remitir a Dios, para hacerles ver que es de Dios lo que encuentren de admirable en nuestra vida, en nuestras palabras, en nuestras obras. Hay que ayudar a las personas que tratamos a que razonen como aquel ciego de nacimiento: *desde que el mundo es mundo no se ha oído jamás que alguno haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si este hombre no fuese enviado de Dios, no podría hacer nada de lo que hace* ³⁵. Y cuanto más de Dios, más eficacia. Es nuestro Padre quien lo dice: *si los míos son santos y humildes, serán eficaces en todo el mundo; cuanto más humildes, más eficaces. No hemos venido a mandar, sino a obedecer. Venimos a servir. Non veni ministrari, sed ministrare* (Matth. XX, 28). *¡Cuántas veces he meditado y he hecho meditar el Illum oportet crescere, me autem minui!* (Ioann. III, 30) ³⁶.

No somos mejores que nadie, pero sí más responsables. Responsabilidad de llevar al Señor, de difundir su espíritu. Y para eso hemos de tener un hambre santa de llenarnos de Dios, de conocer su doctrina; de identificarnos con El; de ser una viva encarnación del espíritu de la Obra, que ha de relucir en nosotros, como el esplendor de la forma que constituye la obra de arte, y que proviene del artifice. La materia, a lo sumo, no pone más que docilidad, capacidad de dejar hacer.

Con esta riqueza vamos a llenar de bienes a los hombres, según aquellas palabras de la Sagrada Escritura: *hijo, en tu actuación pórtate con humildad y serás amado más que el dador de presentes. Hazte más pequeño cuanto más grande eres, y ante Dios hallarás gracia* ³⁷. Gracia para nosotros, y gracia para las almas que tratamos.

Todo cuanto de grande, de noble, de digno hay en la criatura humana, es un don gratuito de Dios. Y cuanto de defectuoso, de imperfec-

(34) De nuestro Padre.

(35) Ioann. IX, 32.

(36) De nuestro Padre.

(37) Eccli. III, 19-20.

to, proviene de la flaqueza, de la debilidad, de la limitación de nuestra naturaleza. *Te vendrías abajo todos los días, si no tuvieses las gracias que Dios te da, y especialmente la gracia de la vocación*³⁸, recordaba nuestro Padre. Por la humildad nos vemos pequeños, incapaces, ante la consideración de los propios defectos, de nuestra propia nada. Por la magnanimidad —grandeza de ánimo, capacidad de grandes empresas— nos sentimos todopoderosos, capaces de hacer maravillas, si nos apoyamos enteramente en Dios, y clamamos entonces con San Pablo: *omnia possum in eo qui me confortat*³⁹, todo lo puedo en Aquél que me conforta. Es precisamente este no poder apoyarnos en nosotros mismos lo que más ayuda a apoyarnos en Dios, y lo que más mueve a Dios a sostenernos.

Hemos sido llamados a una gran empresa. Nada importaba que, como cabalgadura para la entrada triunfal en Jerusalén, los discípulos le llevasen al Señor un simple pollino: Jesús había dicho que era todo cuanto había menester. A nosotros sólo se nos pide que seamos humildemente fieles.

(38) De nuestro Padre.

(39) *Philip. IV, 13.*

LO QUE VES, ESCRIBELO

Hay unas palabras de San Pablo que hoy suenan más llenas de promesas que nunca: *todo aquél que invocare el nombre del Señor será salvo* ¹. Y por eso mismo, los interrogantes que el Apóstol escribió a continuación, entrañan una particular responsabilidad para los cristianos: *mas, ¿cómo le han de invocar, si no creen en El? ¿O cómo creerán en El, si de El nada han oído hablar? ¿Y cómo oirán hablar de El, si no se les predica?* ². La especial fecundidad que hoy encierra aquella promesa proviene de que el Señor nos llama a considerar la enorme difusión que su doctrina puede alcanzar a través de la palabra impresa. Y así, cuando oímos decir que *la fe proviene del oír, y el oír depende de la predicación de la palabra de Cristo* ³, nuestro celo apostólico se fija en todos los medios que hay al servicio de la difusión de las ideas.

Quizá, proporcionalmente, nos encontramos en análoga situación a la de los Apóstoles cuando recibieron este mandamiento del Señor: *id por todo el mundo; predicad el Evangelio a todas las criaturas* ⁴. Todo el mundo —inmenso y difícil— se abre ante nosotros, y el trato personal —indispensable: pieza clave de nuestro apostolado— no es suficiente. El Señor nos sigue señalando grandes extensiones del orbe donde —por

(1) Rom. X, 13.

(2) Rom. X, 14.

(3) Rom. X, 17.

(4) Marc. XVI, 15.

ahora, al menos— no podemos trabajar personalmente, y masas enormes de gente —muy cerca de nosotros, en los lugares donde trabajamos—, a donde la palabra salvadora de Jesucristo no llega o llega falseada. Y el Señor insiste, acucia: *clama a voz en grito, sin cesar; alza tu voz como trompeta*⁵. Hemos de multiplicar nuestra palabra, aumentar su resonancia, clamar de modo que seámos oídos en todas partes.

Apostolado de la opinión pública

Difundir la doctrina del Señor y refutar los errores que se le oponen, en y desde todos los lugares, desde toda profesión y condición intelectual, desde toda situación política y social: ésta es buena parte de la misión del cristiano, y especialmente de nuestra misión apostólica, que se realiza en el mundo y tomando ocasión del mundo. *Entre los deberes que nos unen con Dios y con la Iglesia se ha de contar, entre los principales, el que cada uno, por todos los medios, procure defender las verdades cristianas y refutar los errores*⁶.

En ese gran clamor cristiano que hoy se debe levantar, aprovechando los medios que la técnica nos brinda —órganos de la opinión pública—, todos tenemos un puesto. Que nadie se conforme con las posibilidades personales que le ofrece el medio ambiente que frecuenta. Hay que hacerse oír más allá. Hay que difundir ilimitadamente la doctrina que hemos recibido, y que es para todos prenda de salvación. De los que se lanzan a esta misión —*los que por escrito, especialmente en diarios, combaten en defensa de la religión*— afirmó León XIII: *nos son muy bien conocidos sus ideales y su entusiasmo por conseguirlos, y no podemos menos de tributarles justas alabanzas*⁷.

Además del apostolado personal que ejercemos siempre y en todo lugar, hemos de acudir —urgentemente— a las grandes multitudes aynas de doctrina. *No puedes vivir de espaldas a la muchedumbre: es*

(5) *Isai.* LVIII, 1.

(6) León XIII, Litt. enc. *Sapientiae christianae*, 10-I-1890.

(7) León XIII, Litt. enc. *Cum multa*, 8-XII-1882.

menester que tengas ansias de hacerla feliz ⁸. Por eso nos ha de conmover hondamente verlas con tanta frecuencia convertidas en juguete del error o de la malicia de unos pocos. *Observad qué grandes estragos produce en las almas la sola ignorancia de las cosas divinas (...). Con preferencia a toda otra obra, y con todo el empeño, afán y constancia que os sean posibles, cuidad esmeradamente de que el conocimiento de la doctrina cristiana penetre por completo en la mente y en el corazón de todos* ⁹. Para los que comercian con esas innumerables almas, suena una terrible amenaza divina: *¡ay de aquéllos que decretan leyes inicuas y de quienes multiplican sus escritos escribiendo vejación, para apartar del juicio a los débiles!* ¹⁰.

A ese mal hay que oponer una acción positiva. Los Pontífices, especialmente en lo que va de siglo, no se han cansado de repetir la urgente necesidad de que haya mucha y muy buena prensa, y de que se trabaje intensamente en ese campo, *singularmente en las revistas y periódicos, que son tanto más eficaces cuanto mayor difusión alcanzan. Por buena prensa entendemos —decía Pío XI— aquella que no solamente no contiene nada que sea contrario a los principios de la fe y a las reglas de la moral, sino que propaga, proclama e ilustra tales principios y reglas. No hay para qué demostrar cuál y cuánta sea la eficacia educativa de semejante prensa, porque bien probado queda por la experiencia de cada día; como se demuestra, por otra parte, el inmenso mal que va sembrando —especialmente entre la juventud— la mala prensa, frecuentemente más difundida que la prensa buena, verificándose en esto la palabra de Cristo: “los hijos de este siglo son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz”* ¹¹. Por tanto es necesario a todo trance oponer a la prensa mala la prensa buena, aplicando también aquí el antiguo principio: *“contraria contrariis curantur”* ¹².

Aparte de los que se dedican a la prensa como profesión, es necesario que quien pueda —y pueden muchos— escriba aprovechando las oportunidades, sobre la base de su profesión y de sus conocimientos,

(8) Camino, n. 32.

(9) San Pío X, Litt. enc. *Acerbo nimis*, 15-IV-1905.

(10) *Isai.* X, 1-2.

(11) *Luc.* XVI, 8.

(12) Pío XI, Epist. *Ex officiosis litteris*, 10-XI-1933.

dando a sus compañeros de trabajo y a los hombres de su condición, y a todos en general, un enfoque positivamente cristiano de un determinado problema o suceso; del mismo modo que todo hombre con criterio está ordinariamente en condiciones de comentar cristianamente entre sus amigos y conocidos lo que ocurre en torno suyo. Se trata, pues, de hacer lo mismo, pero por escrito.

Cuando San Juan Evangelista estaba en la isla de Patmos, recibió del Señor la visión del Apocalipsis, y, juntamente, el mandato de escribirla. *Un día de domingo fui arrebatado en espíritu y oí detrás de mí una grande voz como de trompeta, que decía: lo que ves, escríbelo en un libro y remítelo a las siete Iglesias de Asia* ¹³. También Moisés había recibido explícitamente este mandato. *Dijo Yavé a Moisés: escribe esto para recuerdo en un libro* ¹⁴.

Para la difusión y para la permanencia de la doctrina del Señor entre los hombres, hemos de usar la palabra escrita, porque el libro —o la revista o el periódico— tiene, una vez impreso, una vida autónoma; es como un apóstol más. Corre de mano en mano, sus ideas se comentan, se asimilan, se usan... Es difícil calcular a dónde llegará su difusión. Se multiplica la acción del apóstol. Tenemos una experiencia inmediata, por ejemplo, en la inmensa eficacia apostólica —y aun proselitista— de *Camino* y otros escritos de nuestro Padre. Las ideas que la fe y el amor nos van sugiriendo para nuestro trabajo profesional adquieren, mediante la letra impresa, el poder de romper las limitaciones del aquí y del ahora.

Buscar la ocasión

Los miembros de la Obra han de sentir con responsabilidad personal la importancia de esta tarea. En un antiguo documento interno, escribió nuestro Padre que convendría poner los medios, algo así como *una academia de oratoria y una clase de redacción, a fin de evi-*

(13) *Apoc.* I, 10-11.

(14) *Exod.* XVII, 14.

tar —es frecuente— que hombres de talento extraordinario no sepan escribir, al menos con cierta corrección de lenguaje, o hablar en público ¹⁵. Late en esas palabras el deseo de que todos estuviéramos en condiciones de ayudar —desde cualquier lugar y profesión— en el apostolado de la opinión pública.

A este interés de nuestro Padre ha de corresponder, por parte de cada uno de nosotros, una acción concreta y práctica, de acuerdo con las indicaciones de los Directores y según nuestra personal iniciativa.

Para tomar parte directa y eficaz en el apostolado de la opinión pública, se ha de comenzar por adquirir la preparación mínima; por ejemplo, presupuesta la oportuna formación doctrinal, hemos de esforzarnos por manejar con soltura la palabra escrita. Escribir con corrección y gusto es un arte y una técnica, al alcance de muchos; pero requiere estudio, preparación, aprendizaje, práctica, conocimiento de reglas, manejo de las obras maestras de la literatura... Sólo así se llega a usar la palabra con destreza. Es indispensable conocer bien la ortografía, la morfología y la sintaxis del propio idioma —por lo menos—, procurar tener estilo y buen gusto. Todo eso es, además, una parte del *don de lenguas* ¹⁶. Y —sin ser una empresa ardua, reservada a unos pocos— esa preparación no se improvisa ni puede darse nunca por supuesta: requiere esfuerzo continuado, ordenado y dirigido.

Después de la preparación viene el ejercicio. No es raro entre personas de gran rectitud de conciencia, una especie de falsa humildad, que les lleva a no considerarse nunca suficientemente preparados para escribir lo que piensan, y quedan pasivos, perezosos, dando ocasión quizá a que *los enemigos de Dios, vacío de ideas el cerebro, se den tono de sabios y escalen puestos que nunca debieran escalar* ¹⁷. Con increíble arrogancia, son los enemigos de Cristo los que llenan el mundo con su palabra, ante la pasividad y negligencia de muchos cristianos.

Es preciso decidirse a escribir, a escribir mucho. Tenemos un inmenso caudal de doctrina que es necesario distribuir a manos llenas. Hace falta publicar, lanzarse con decisión a llenar de luz y de sal el mundo de la letra impresa. Muchas publicaciones están esperando —y necesi-

(15) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935.

(16) De nuestro Padre.

(17) De nuestro Padre.

tando— esa colaboración personal de cada uno de nosotros. Hay que poner aliento cristiano en todas partes: hasta un panfleto puede ser un buen cauce de apostolado. *Escribe, pues, las cosas que has visto* ¹⁸, hizo decir el Señor a San Juan. *Y oí una voz del cielo que me decía: escribe* ¹⁹. A lo largo de todo el Apocalipsis se va repitiendo esta palabra, que es como un mandato también para nosotros: escribe.

Por otra parte, y como una consecuencia más de esta urgente tarea, todos hemos de prestar particular atención al apostolado personal y al proselitismo con profesionales de la prensa, del cine, de la radio, de la televisión. Conocerles, tratarlos poniendo la base de una fuerte y sincera amistad, darles la doctrina del Señor, ofrecer a Dios por ellos mucha oración y mortificación, para ganarlos a la causa del apostolado de la opinión pública, y quizá para que prenda en ellos la llama de la vocación a la Obra.

Llenaremos el mundo de papel impreso ²⁰, ha dicho nuestro Padre. Y así conseguiremos plenamente el fin del apostolado de la opinión pública: difundir la doctrina de Cristo, refutar los errores, dar a conocer a los católicos de todo el mundo la actuación de sus hermanos en la fe, procurando llevar a todos nuestra vibración y nuestro espíritu —que es el espíritu del Evangelio—, esforzándonos en que resplandezca la verdad en todo momento y ocasión, y desde todos los ángulos de la sociedad. Este es el clamor cristiano que el mundo necesita.

A Santa Catalina de Siena quiso nuestro Padre encomendar de modo especial este apostolado de la opinión pública, que tantos frutos ha dado y dará en servicio de la Iglesia. *Siempre he tenido devoción a Santa Catalina*, decía en una ocasión: *por su amor a la Iglesia y al Papa, y por la valentía que demostró al hablar con claridad siempre que fue necesario, movida precisamente por ese mismo amor* ²¹.

Que el amor a la Iglesia nos mueva a todos, con la ayuda de Santa María, a tomar parte activa en este grande y fecundo apostolado de la opinión pública.

(18) *Apoc.* I, 19.

(19) *Apoc.* XIV, 13.

(20) De nuestro Padre.

(21) De nuestro Padre, Tertulia, 30-IV-1964, en *Crónica* V-64, p. 61.

EL SEMILLERO DE LA OBRA

*Es preciso que la Obra de Dios se extienda por todas las partes, afirmando el reinado de Jesucristo para siempre*¹. Encuadrados en el ejército de la Iglesia, nuestro apostolado, nuestra labor de almas en todas las partes del mundo, es Obra de Dios, cumplimiento de la voluntad divina. Somos instrumentos de la acción del Señor, instrumentos libres, que han recibido el conocimiento preciso de su misión —una siembra sobrenatural en la tierra del Señor—, instrumentos que han de realizar amorosa y fielmente su labor.

Parte importante —*semillero del Opus Dei*²— de esa tarea universal es la obra de San Rafael, que tiene como fin inmediato realizar una selección de personas jóvenes, de todas las razas, países y clases sociales, para proporcionarles una profunda y vivida formación cristiana, para hacerlos cristianos consecuentes con su vocación, almas de vida interior y de afán apostólico en su propio ambiente, en el ejercicio de su profesión, en el cumplimiento de todos sus deberes religiosos, familiares y civiles.

Esta formación ascética, doctrinal y apostólica que la obra de San Rafael les proporciona —armas para su pelea cristiana, luz y fuerza para su camino sobrenatural— no presupone en ellos necesariamente una particular vocación; responde a su vocación general de cristianos, a la

(1) De nuestro Padre, *Instrucción*, I-IV-1934.

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

llamada universal a la santidad; y da a esos chicos los medios para responder a esa vocación en las condiciones de su vida ordinaria.

Entre estas almas, forjadas ya en el ideal y en la práctica de la vida cristiana, brotarán luego —es Dios quien da la vocación— decisiones de entrega. E incluso, ordinariamente, la mayor parte de nuestras vocaciones provendrán de esa labor previa de formación, de la obra de San Rafael que tiene, *como fin mediato, formar vocaciones para la Obra de Dios, inclinando a los mejores a dedicarse al Señor en un celibato apostólico (obra de San Miguel), o formándolos para padres de familia y colaboradores de nuestros apostolados (obra de San Gabriel)*³.

Tiempo para la siembra

Es la juventud la edad de la formación: tiempo en que, con el crecimiento, se afirman la dirección y el sentido de la vida entera; tiempo de ideales y de amor, cuando el alma se abre —vigorosamente receptiva— a la luz de la doctrina, al atractivo del amor, a la realización magnánima de empresas generosas. Pasada la juventud, *ordinariamente los hombres que valen algo se han señalado un camino: y, o cumplieron su programa —y entonces se creen triunfadores, siendo inútil hablarles de ideales que no estén metidos en su plan egoísta— o, si no lo cumplieron, tienen el convencimiento de que son unos fracasados, unos vencidos; y se acomodan, se resignan a pertenecer al montón de su clase social o profesional, viniendo a ser un verdadero milagro el hacerlos reaccionar para poner en su espíritu la ilusión de formarse como caudillos.*

*No digo —concluye nuestro Padre— que no podamos encontrar vocaciones entre gente hecha, pero sí, que es cosa difícil*⁴. De ahí llegarán también vocaciones —de Agregados, de Supernumerarios, y

(3) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-I-1935.

(4) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934.

también de Numerarios—, y llegarán incluso abundantes en números absolutos. Pero relativamente la mayor parte provendrá de la labor realizada con la juventud: tiempo el más oportuno para una siembra eficaz, tiempo de darles todos los medios para vencer, cuando empiezan a luchar. *Hemos de enseñar a la gente a amar a Dios Nuestro Señor, a amar la castidad, la pureza, con toda la lucha que supone, que no es tanta; hay que darles todos los medios para vencer en la lucha ascética, y enseñarles a caminar adelante por amor* ⁵.

La juventud tiene límites amplios, no se rige por normas fijas de edad; depende de países, de circunstancias personales de educación, de ambiente, de vida. Por juventud entendemos el tiempo en que el alma se afirma, el tiempo en que el entendimiento se abre a la doctrina, y el corazón marca su rumbo, el tiempo en que el hombre comienza a enfrentarse con su futuro, y su libertad pide una norma y su amor un objeto: la edad en que arraigan suave y fuertemente los más grandes ideales, las decisiones más nobles.

Comienza muy pronto —de modo especial en algunos países, y en determinadas condiciones de vida— esta edad de aptitud para la formación. Muy jóvenes —en los primeros cursos de bachillerato, una gran parte— son ya los muchachos esa tierra buena donde puede sembrarse con eficacia la semilla de un ideal de santidad y de competencia profesional; de modo especial en aquellos ambientes donde el comienzo de la vida universitaria o de la vida de trabajo, encierra ya graves peligros de desorientación ideológica y moral. Por tanto, ya en esa temprana edad, necesitan la ayuda de la formación que la obra de San Rafael está llamada a darles —formación espiritual, doctrinal y apostólica—, mediante el trato personal y mediante las distintas actividades de esa labor. *Toda la labor con gente de San Rafael, aunque sean muy jóvenes, es estupenda: viven en medio del mundo, conocen las cosas y aprenden a luchar y, si se entregan después, saben lo que hacen. Yo he insistido mucho* —decía nuestro Padre— *para que se haga labor de San Rafael con chicos jóvenes, no sólo estudiantes, sino de todas las clases sociales* ⁶.

(5) De nuestro Padre.

(6) De nuestro Padre.

Por otra parte, aun antes de que los chicos estén en condiciones —por su edad o por otras circunstancias— de recibir la formación específica de la obra de San Rafael, existe una etapa previa, de preparación del surco donde más tarde caerá la semilla que sembramos. Y es que *la siembra no es el primer trabajo: hay otros que la preceden. La siembra no es el primer trabajo, ni el último* ⁷.

Entre esos trabajos previos —a cualquier edad y en cualesquiera circunstancias— está el de elegir la tierra donde se va a sembrar: se necesita una selección rigurosa para que entren de lleno en la obra de San Rafael y puedan participar con eficacia en los distintos medios de formación. Selección que llevamos a cabo con el trato personal —*apostolado de amistad y confianza*— y también —después del comienzo de la amistad— mediante aquellos medios de formación que son también medios de selección —visitas a los pobres de la Virgen, catequesis...—, en los que participan sin ser necesariamente chicos de San Rafael.

Hemos de formar a esos muchachos como levadura de Jesucristo en el seno de la sociedad, capaces de ejercer un influjo ancho y hondo en su ambiente social, profesional, familiar. Por eso han de tener unas determinadas condiciones, que quizá puedan resumirse diciendo que todos han de dar esperanzas de una posible vocación para la Obra, aunque no todos hayan de tenerla efectivamente. El criterio de selección es, pues, análogo al que exige la idoneidad para ser de Casa. *No caben: los egoístas, ni los cobardes, ni los indiscretos, ni los pesimistas, ni los tibios, ni los tontos, ni los vagos, ni los tímidos, ni los frívolos. —Cabén: los enfermos, predilectos de Dios, y todos los que tengan el corazón grande, aunque hayan sido mayores sus flaquezas* ⁸.

Entre nuestros amigos, que han de ser muchísimos —nos interesan todas las almas—, hemos de llevar a participar de la obra de San Rafael a los mejores, que también deben ser muchos, porque muchos han de ser los cristianos con vida interior, y muchas las vocaciones que de ellos procedan: *quien escasamente siembre, cosechará escasamente; y quien siembra a manos llenas, a manos llenas recogerá* ⁹.

(7) De nuestro Padre.

(8) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934.

(9) II Cor. IX, 6.

Cada muchacho de San Rafael debe ser la *tierra buena*¹⁰ donde pueda germinar y crecer la semilla divina de la santidad y del celo apostólico. Es Dios mismo quien da la eficacia intrínseca a la semilla de la formación que reciben, pero es preciso que la tierra sea de buena calidad. Si la tierra es dura, si es superficial, si no está trabajada, si está llena de maleza, el grano no puede arraigar o se agosta: la cosecha se malogra. *¿De qué provino —pregunta San Juan Crisóstomo— que se perdiera la mayor parte de la siembra? No fue por culpa del sembrador, sino de la tierra que recibió la semilla; es decir, por culpa del alma que no quiso acoger la palabra*¹¹. De ahí la necesidad de preparar bien la tierra —mucho y buena, generosamente— para que sea mayor la eficacia de la siembra. Los chicos han de ser luego —tanto si reciben nuestra vocación como si no la reciben— trigo de siembra, trigo escogido, para una cosecha mucho más amplia para los graneros de la Iglesia Santa, para el Reino de los cielos.

Con los cuidados necesarios

La participación en los distintos medios de formación de la obra de San Rafael, vincula de alguna manera a estos muchachos entre sí y con la Obra de Dios: son lazos santos que nos obligan a todos, que nos exigen, que nos aúnan en preocupaciones de santidad y de apostolado y —para eso— de la necesaria formación. Lazos que son fundamento de eficacia, y el primer paso de una posible vocación, a la que libremente deberá responder después quien la reciba. Estos muchachos vienen a nuestros Centros, para formarse, teniendo ya una inclinación a la piedad y al apostolado, con una base de virtudes, de rectitud de vida —condiciones de selección— afirmada mediante el trato personal. Antes de entrar de lleno en la labor de San Rafael, se les explica bien en qué consis-

(10) *Matth.* XIII, 8.

(11) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 44, 3.

te, de modo que su decisión —más que libre, gustosa, deseada— les vincula a nosotros y crea una corriente mutua de derechos y deberes, de responsabilidad y de cariño. Todo este fundamento hace a esos chicos aptos para recibir, en el ambiente de nuestros Centros, la vocación. *A la gente que viene a nuestras casas de San Rafael —de edad bastante para saber bien lo que hacen— se le da una formación espiritual y humana, que les pone en condiciones de recibir la gracia de la vocación; y son, en general, plenamente conscientes de lo que supone esa formación* ¹². Por eso podemos y debemos considerarlos como unidos a nosotros de algún modo, y ellos mismos se dan cuenta enseguida y sienten las cosas de la Obra como propias.

Aunque los chicos de San Rafael, en cuanto tales, no forman nunca asociación de ningún género, esa tarea de formación es orgánica, dirigida; está perfectamente estructurada con programas determinados; es una labor que tiene sus fases, sus cursos —Curso Preparatorio, Cursos Profesionales, retiro mensual—, primero más elementales y dirigidos al corazón, después más profundos y doctrinales, siempre apropiados a su capacidad, y siempre acomodados a su condición de cristianos que han de santificarse y santificar a los demás en el mundo, en el curso ordinario de su vida de trabajo y de relación.

La semilla que tenemos para estos chicos es divina: *la semilla es la palabra de Dios* ¹³, simiente de primera calidad que nosotros procuramos custodiar con fidelidad a las indicaciones recibidas. Es una semilla que dará siempre su fruto, si la siembra ha sido precedida, acompañada y seguida de todos los cuidados necesarios, que exigen tiempo y desvelo. *No porque diga el Señor: "Salió el sembrador a sembrar"* ¹⁴, *ha de verse en esas palabras una redundancia, pues el sembrador sale muchas otras veces a otras faenas: por ejemplo, a labrar el barbecho, a escardar las malas yerbas, o a arrancar las espinas, o a otras faenas semejantes. Pero El salió a sembrar* ¹⁵. El Señor salió a poner la semilla, eficaz de suyo; y a nosotros nos ha confiado muchas otras labores necesarias para que esa semilla dé fruto.

(12) De nuestro Padre.

(13) *Luc.* VIII, 11.

(14) *Matth.* XIII, 3.

(15) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 44, 3.

Nuestra tarea es la del agricultor: y *el labrador, para recibir los frutos, es menester que trabaje primero* ¹⁶, que cultive bien la tierra. *El campo será arado y recibirá, con la semilla generosa, los cuidados que pone el campesino. Y después, con la bendición de Dios, vendrá la cosecha* ¹⁷. Dios bendice siempre, y bendice tanto más cuanto más abnegado es el esfuerzo, cuanto más fiel es el trabajo y más sobrenatural la intención. *Dominus dabit benignitatem, et terra nostra dabit fructum suum* (Ps. LXXXIV, 13). *Esa bendición del Señor es el origen de todo buen fruto, de aquel clima necesario para que en nuestra vida podamos hacernos santos y cultivar santos, hijos suyos.*

Dominus dabit benignitatem... Fruto espera el Señor nuestro. Si no lo damos, se lo quitamos. Pero no un fruto raquítrico, desmembrado, porque no hayamos sabido darnos. El Señor da el agua, la lluvia, el sol, esa tierra... Pero espera la siembra, el trasplante, la podadura; espera que reservemos los frutos con amor, evitando si es preciso que vengan los pájaros del cielo a comérselos ¹⁸.

Verdadero cultivo de almas selectas es la obra de San Rafael. Cultivo de gran precio, que nos lleva a seguir paso a paso el crecimiento interior de cada muchacho, ayudándole a vencer los obstáculos, confortando, animando, abriendo horizontes, poniendo todos los medios —los justos, los debidos, los dispuestos— a costa de todos los sacrificios.

Presupuesta siempre la gracia, ese crecimiento del alma requiere buena voluntad y tiempo. La selección aseguró la buena voluntad, y el desvelo continuo garantiza su conservación y aun su aumento. Pero tiene que pasar el tiempo —no se pueden precipitar las cosechas— para que ese germen de vida divina madure y fructifique. Ellos son la buena tierra, *aquéllos que con un corazón bueno, óptimo, oyen la palabra de Dios y la conservan, y mediante la paciencia dan fruto sazonado* ¹⁹. Además de todo el necesario trabajo, el Señor cuenta también con el tiempo para hacer su obra en las almas: *el Reino de Dios viene a ser a*

(16) II Tim. II, 6.

(17) De nuestro Padre.

(18) De nuestro Padre, Meditación, 3-XII-1961.

(19) Luc. VIII, 15.

manera de un hombre que siembra su heredad, y ya duerma, o vele noche y día, el grano va brotando y creciendo, sin que el hombre lo advierta. Porque la tierra produce primero el trigo en yerba, luego la espiga y, por último, el grano lleno en la espiga. Y después que está el fruto maduro, inmediatamente se le echa la hoz, porque llegó ya el tiempo de la siega ²⁰.

Hemos de saber esperar —el fruto llegará, a su tiempo—, con una espera activa, operante y confiada. **Moderad vuestra impaciencia** —nos pide nuestro Padre—, **haced el apostolado del proselitismo con calma, despacio, al paso de Dios... Pero sin interrumpir jamás la labor ¡cueste lo que cueste!** ²¹. Con una constancia firme, heroica, inmutable —la del hombre de campo—, con la continuidad ininterrumpida del tiempo, porque **la tenacidad es indispensable para el proselitismo** ²². Una tenacidad llena de fe, optimista, porque el Señor, **que ha empezado la buena obra, la llevará a cabo** ²³. Una tenacidad activa, de cooperación, con voluntad incansable, con insistente oración, con un continuo desvelo.

La semilla crece y **da fruto, quien a treinta por uno, quien a sesenta y quien a ciento** ²⁴. Eso depende ya del Señor: nosotros sembramos **el grano desnudo, por ejemplo de trigo, o de alguna otra especie; sin embargo, Dios le da el cuerpo según quiere** ²⁵. Nadie se marcha sin fruto. El trigo grana. Con esa labor de formación beneficiamos a muchos chicos, que mejoran, adquieren luz y virtudes para toda su vida, y quedan siempre después —aunque quizá esa nueva semilla brote algunas veces más tarde— con un lazo de amor, de cariño agradecido que les une a la Obra y les lleva a cooperar en sus apostolados.

De esta labor —**semillero del Opus Dei** ²⁶— florecen muchas vocaciones a una vida de entrega con diversos matices, pero siempre la misma y total.

¡Cómo te reías, noblemente, cuando te aconsejé que pusieras

(20) *Marc.* IV, 26-29.

(21) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934.

(22) De nuestro Padre.

(23) *Philip.* I, 6.

(24) *Marc.* IV, 20.

(25) *I Cor.* XV, 37-38.

(26) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

tus años mozos bajo la protección de San Rafael!: para que te lleve a un matrimonio santo, como al joven Tobías, con una mujer buena y guapa y rica —te dije, bromista.

Y luego, ¡qué pensativo te quedaste!, cuando seguí aconsejándote que te pusieras también bajo el patrocinio de aquel apóstol adolescente, Juan: por si el Señor te pedía más ²⁷.

Y vienen vocaciones abundantes de Supernumerarios, y vocaciones de Numerarios y de Agregados, como fruto sazonado de la gracia y de la correspondencia del sembrador y de la tierra.

Trabajo de todos

Nosotros somos simples braceros, porque es Dios quien siembra ²⁸. Somos instrumentos de Dios, en esa obra suya, en ese campo suyo. Ni el que planta es algo, ni el que siega, sino Dios que es el que hace crecer ²⁹. Los que, llamados por Dios, se emplean en esas faenas, no son sino ministros de Dios, y no tienen nada sino por Dios, y actúan sólo exteriormente, mientras que Dios opera en el interior de las almas ³⁰. A estos muchachos que se forman en nuestra obra de San Rafael podemos decirles: vosotros sois el campo que Dios cultiva ³¹, un campo que produce fruto mediante la acción divina ³².

La obra de San Rafael es parte de la Obra de Dios —Opus Dei—; nosotros somos simples instrumentos. Toda la estructura, todo el desarrollo de la labor de San Rafael —con la flexibilidad necesaria, con posibilidad de adaptarse a todos los ambientes y circunstancias— está sustancialmente perfilado, y hemos de hacerla así —instrumentalmente—, como nuestro Padre nos lo ha enseñado, como Dios lo ha querido. Divi-

(27) Camino, n. 360.

(28) San Agustín, Sermo 73, 3.

(29) I Cor. III, 7.

(30) Santo Tomás, Super I Epist. ad Cor. lectura.

(31) I Cor. III, 9.

(32) Santo Tomás, Super I Epist. ad Cor. lectura.

nos son los frutos, y divinos son los medios para obtener los frutos. Esos medios concretos —no otros— son los exigidos por el fin sobrenatural de nuestro trabajo. Hay que sembrar *el grano desnudo* ³³, en toda su pureza. Así podrán obtenerse frutos sobrenaturales: *quien siembra en espíritu, del espíritu recogerá vida eterna* ³⁴.

Al entregarnos esa labor, Dios nos ha confiado *esa juventud, esperanza de la Obra* ³⁵. Esas personas que Dios mismo pone en nuestras manos, merecen todo el desvelo, todo el cariño. *Hay que quererlos de verdad. No son extraños, para nosotros; los consideramos parte de la Obra, porque lo son de hecho: jurídica y ascéticamente. Por eso es muy bonito que haya mucha gente, así podrá hacérseles mucho bien. Que haya un plantel abundante. Aunque también vendrá gente que no haya pasado por la labor de San Rafael, la obra de San Rafael es la niña de nuestros ojos: hay que prepararla de veras* ³⁶.

Aunque algunos se dediquen más especialmente a esta labor, a todos nos compete de algún modo. En cualquier situación personal en que nos encontremos, hemos de mantener viva la preocupación por la labor de San Rafael y encomendarla con cariño a Dios. Y además siempre es posible participar de algún modo, buscando y preparando a los que hayan de formarse, colaborando en alguna tarea concreta. Cuando se tiene metida en el corazón la obra de San Rafael, cuando se comprende bien su importancia, el modo de participar sale solo, de mil maneras distintas, siempre eficaces.

Confiamos asiduamente esta tarea tan nuestra a la protección maternal de Santa María, Madre nuestra y de estos muchachos: *Mater boni consilii, Spes nostra, Sedes Sapientiae*.

(33) I Cor. XV, 37.

(34) Galat. VI, 8.

(35) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-I-1935.

(36) De nuestro Padre.

TIEMPO DE EDIFICAR

Todo tiene su tiempo y todo cuanto se hace bajo el sol tiene su hora. Hay tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado; tiempo de herir y tiempo de curar; tiempo de destruir y tiempo de edificar ¹.

Tiempo de edificar. Es, sobre todo, el tiempo de la juventud. De ahí que nuestro Fundador nos insista: *debéis procurar que vengan chicos jóvenes para formarlos, y de este modo evitarles muchas dificultades. Han de venir vocaciones de todos los ambientes sociales, de todos los campos; y es más fácil que salgan entre la gente joven. Insisto en que a la Obra vienen de todas las edades: vienen a los cuarenta años y a los cincuenta —y de más edad aún—, pero hemos de ver con alegría y tener empeño en que vengan jóvenes, que comiencen su vida y su lucha con este ideal* ².

En la juventud es cuando hay que poner las bases y empezar a construir el edificio interior. A esto viene la gente a nuestros Centros: a que los formemos, a que levantemos en ellos el edificio espiritual, a que los hagamos cristianos auténticos, templos vivos del Señor. Hemos de procurar que estas personas busquen a Dios, y lo encuentren en una intensa

(1) *Eccles.* III, 1-3.

(2) De nuestro Padre.

vida cristiana, y muchos en una vocación de entrega; hasta que podamos decirles: *considera qué don tan grande se te ha concedido, qué magnífico templo hizo en tu alma el Espíritu Santo* ³. Porque nadie sino Dios realiza la obra de santificación en las almas: *si el Señor no levanta la casa, en vano trabajan los que la edifican* ⁴.

El Señor es el arquitecto, y nuestro Padre, por especial vocación divina, ha sido quien —en su nombre— nos ha dado las reglas de construcción. En la obra de San Rafael están los medios adecuados para construir el edificio incommovible, sólido desde los cimientos, de la vida interior de los muchachos. En esa obra, *nosotros somos unos coadjutores de Dios* ⁵, y ellos son *el edificio que Dios fabrica* ⁶.

El Señor da la gracia para edificar; la infundió en nuestro Fundador, que puede decir como San Pablo: *yo, según la gracia que Dios me ha dado, eché como buen arquitecto el cimiento del edificio* ⁷, *usando de la potestad que Dios me ha dado para la edificación y no para la ruina* ⁸.

Buena parte de la eficacia está en el conocimiento de las normas de construcción. El alzamiento de todo edificio material se rige por unas leyes que hay que seguir; si no se cumplen esas reglas, si se ignora la resistencia de materiales, si no se saben calcular los cimientos, y tantas cosas más, ¿qué consistencia tendrá esa casa? Y cuando se trata de edificar la vida interior, es menester también observar unas determinadas normas, si no queremos que la construcción se tambalee y caiga por tierra. Nuestro Padre nos ha enseñado la manera precisa de alzar el edificio espiritual de la gente joven que se acerca al Opus Dei, y nos ha dado normas bien determinadas para los Cursos de Formación, que *son el elemento esencial de la obra de San Rafael* ⁹, y que por eso son invariables, idénticos para todas las circunstancias de lugar y tiempo.

Hay también, como en toda construcción, normas que no miran sólo a la estructura del edificio, sino que se refieren a los trabajos de com-

(3) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 73, 3.

(4) *Ps.* CXXXVI, 1.

(5) *I Cor.* III, 9.

(6) *Ibid.*

(7) *I Cor.* III, 10.

(8) *II Cor.* XIII, 10.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

plemento o de adorno, que son necesarios, porque acaban y perfeccionan la labor, pero accidentales y, por tanto, sujetos a variación, según lo exija el ambiente. Estos pormenores cambiarán y, de hecho, cambian; pero los Cursos de Formación, los Círculos, jamás; porque son cimiento y estructura a la vez de todo el edificio que, con la gracia de Dios, hemos de levantar en cada muchacho.

Ampliar la base

Lo primero, cuando se piensa construir, es buscar un buen solar. Y si se quiere construir mucho, hacen falta muchos terrenos. Una buena labor de San Rafael exige una base amplia, conocer a muchos chicos, extenderse en amplitud. Después, y antes de comenzar a edificar, antes de invitar a alguien a los Cursos de Formación, debe haber siempre una etapa previa de trato, sobre todo con los más jóvenes y con los más alejados de la religión. Haremos así una elección previa: entre todos nuestros amigos, los mejores: *no queremos masa sino selección*¹⁰. Además procuramos que también otros hermanos nuestros los conozcan. Y *antes de que un muchacho participe en la reunión semanal, mejor dicho, antes de que pueda asistir a la clase de formación, es preciso que el Director hable a solas con él*¹¹. En esa conversación le explica que viene a mejorar, a dar, a darse, a costa del sacrificio necesario, a costa de renuncia.

Conviene tomar precauciones para evitar que vengan algunos jóvenes por conveniencia humana, por cálculo¹². Por eso, en aquella conversación particular con el muchacho que pretende asistir a los cursos, *hacedle ver* —indica nuestro Padre— *que nuestra casa no es un sitio de recreo —no tenemos, ni tendremos, ni un mal billar—, sino un lugar desagradable, donde se le pregunta*

(10) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935.

(11) *Ibid.*

(12) *Ibid.*

Tiempo de edificar.

con frecuencia si hace oración, etc.; si es bueno con sus padres...; y si estudia, porque estudiar es obligación grave ¹³.

Cuando se ha logrado la buena disposición inicial; cuando se les ve con verdadero deseo de mejorar, de formarse, entonces aquel solar es apto para una buena construcción, y puede ya comenzarse a cavar el surco, para colocar en su día los cimientos y alzar luego el edificio.

Primeros pasos en la vida interior

Antes de empezar a construir hay que cavar los cimientos, abrir la tierra, preparar a los muchachos para que asimilen la doctrina de Cristo. La ignorancia es un fuerte obstáculo a la gracia, a la vida divina dentro del alma: *alienati a vita Dei per ignorantiam* ¹⁴; y esta ignorancia, ruina del alma, suele tener su origen en la ceguera de corazón: *propter caecitatem cordis ipsorum* ¹⁵.

Aquél que escucha mis palabras y no las practica, es semejante a un hombre que fabricó su casa sobre tierra, sin poner cimiento, contra el cual descargó su ímpetu el río, y luego cayó, y fue grande la ruina de aquella casa ¹⁶. No basta oír la doctrina, es necesario asimilarla. No servirán como fundamento las muchas palabras oídas, sino lo que aquella persona incorpore a su propia vida y le lleve a obrar en consecuencia. Por eso el Curso Preparatorio, que *tiene un fin eminentemente sobrenatural, con exclusión de cualquier actividad científica, y acaba por encajar en la Obra a los muchachos* ¹⁷, se dirige preferentemente al corazón, pero también a la cabeza, porque el fuego que encendiéramos en los chicos, se apagaría sin el combustible de la doctrina.

(13) *Ibid.*

(14) *Ephes.* IV, 18.

(15) *Ibid.*

(16) *Luc.* VI, 49.

(17) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935.

Metamos a Cristo en nuestros corazones y en los corazones de los chicos ¹⁸. Si el Señor, y con El la Trinidad Beatísima, ocupan el alma de esa persona, por la fe y el amor, habremos abierto un surco seguro, donde colocar el fundamento sólido de la doctrina más desarrollada, *porque, si el Espíritu de Dios no asiste interiormente al corazón del que oye, de nada sirve la palabra del que enseña* ¹⁹.

Por eso, desde el principio se les procura introducir en la piedad: se les habla de vida sobrenatural, de oración: *si no hacéis de los chicos hombres de oración, habéis perdido el tiempo* ²⁰. Y se les ayuda mediante las meditaciones, los retiros espirituales, los actos eucarísticos en nuestros Centros, la dirección espiritual...

Se les dice que han de estudiar, porque es obligación grave, porque es medio de santificación, camino para llegar a Dios sin necesidad de salirse de su sitio... Se les empuja con el ejemplo, con el ambiente de trabajo y de oración que hay en la casa; repasando juntos una misma materia, o preparando un examen, o aclarando los de cursos más avanzados conceptos oscuros a los más jóvenes.

Así, poco a poco, sin forzar, entran en caminos de vida interior, *porque es necesario que aquéllos que hay que introducir en la virtud, avancen el pie en los primeros escalones y, de ahí, suban siempre los peldaños, y, a partir de ahí, progresando paulatinamente lleguen finalmente a no pequeña altura* ²¹.

Y al avanzar, se les instruye en el apostolado: *sube a un alto monte, anuncia a Sión la buena nueva. Alza con fuerza la voz, tú que llevas la buena nueva a Jerusalén. Gritad, no temáis, decid a las ciudades de Judá: he aquí a nuestro Dios* ²²; se les habla también de devociones sólidas, pocas, constantes, y que no entorpezcan su plan de vida; de santa pureza; de caridad y fraternidad. Se les habla, en fin, de todo cuanto les acerque a Dios. *Así hay que instruir al alma, que ha de ser templo del Señor* ²³.

(18) *Ibid.*

(19) San Gregorio Magno, *Super Evangelia homiliae* 30.

(20) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935.

(21) San Basilio, *Homiliae in Psalmos* 1, 4.

(22) *Isai.* XL, 9.

(23) San Jerónimo, *Epistola* 107, 4.

Para encajar en la labor

Al progresar en su vida interior, y al comenzar su pequeña labor apostólica, hay que conseguir *que los chicos tomen como suyas las preocupaciones de la casa y de la Obra* ²⁴. Y a esto ayuda el ambiente familiar del Centro, y el que los Círculos sean para grupos reducidos, de pocas personas, para *no dar aires de conferencia a la charla de formación, y adquirir el ambiente cordial, de familia, que es uno de los caracteres de la obra de San Rafael* ²⁵. Los muchachos no van a una sociedad de amigos: vienen a su casa. De verdad puede decirse de cada uno que *crecerá en la casa del Señor* ²⁶.

Para orientar ese crecimiento está la charla con el sacerdote y las conversaciones que cada chico tiene con quien lo trata, *para contar en confianza de hermanos más pequeños sus secretillos y preocupaciones de todo género*.

Al principio, les cuesta. Después, lo necesitan. ¡Y cuánto bien se hace a las almas! ²⁷. Se les enseña. Se les orienta. Se les anima a que amen a Dios. Y con propósitos concretos, puntualizando mucho lo que se les ha dicho en la charla, de modo que lleven a la práctica, hoy aquí, mañana allá, esa doctrina que recibieron.

Impulsados por la vida interior que vibra en su corazón, crece la fraternidad entre ellos, y el deseo de traer a sus amigos por el Centro. *El Señor os multiplique* —escribe San Pablo— *y aumente vuestra caridad recíprocamente y con todos* ²⁸. Crece la caridad fraterna y con ella Dios hace nacer en los chicos el afán apostólico y proselitista, y ven más clara

(24) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935.

(25) *Ibid.*

(26) *Px.* XCI, 14.

(27) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935.

(28) *I Thess.* III, 12.

la necesidad de destacar entre sus compañeros para ser buenos apóstoles. Estimulamos, por eso, a los muchachos a adquirir una buena preparación profesional y cuidamos extremadamente el horario de trabajo, el silencio, el ambiente de laboriosidad.

Así aprenden a ser *audaces, para tratar a Dios, con confiada sencillez y piedad viril; audaces, por su empeño y perseverancia en el estudio, para dar cuanto rinda su talento, porque, al que pueda, no le perdonamos que no sea sabio* ²⁹.

Esta audacia juvenil, junto con la obediencia sencilla y la naturalidad, sintiendo bien la preocupación por los demás, caracteriza a los chicos de San Rafael; que unen a estas virtudes la laboriosidad, el estudio, el sentido de responsabilidad profesional, de cara a la santidad y al apostolado.

El cimiento está así bien echado, sólido y profundo; y con él, definida ya la estructura que habrá de alzarse luego con los Cursos Profesionales y con la tarea final de perfección. Terrenos hay, el material de construcción es bueno, las normas de edificación precisas y seguras. A cada uno de los que trabajamos y hemos de trabajar en esta gran labor, puede decirnos nuestro Padre con las palabras de San Pablo: *yo, según la gracia que Dios me ha dado, eché cual perito arquitecto el cimiento del edificio; otro edifica sobre él. Pero mire cada uno cómo alza la fábrica* ³⁰.

Almas de segura doctrina

Voy a edificarle sobre jaspe, sobre cimientos de zafiro. Te haré almenas de rubí y puertas de carbunclo, y toda una muralla de piedras preciosas ³¹.

(29) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935.

(30) I Cor. III, 10.

(31) *Isaí*. LIV, 11-12.

Cuando los muchachos de San Rafael han comenzado a tener vida interior, abierto en su corazón el surco del amor de Dios y recibidos los primeros fundamentos doctrinales, es la ocasión de perfeccionar bien los cimientos y la estructura de doctrina que sustentarán su edificio espiritual. Vienen, pues, a aprender. Se les ha dicho desde el primer momento. Lo suyo es una activa y solícita docilidad. *A las reuniones de San Rafael, vienen nuestros chicos, no a perder el tiempo, sino a aprovecharlo.*

Por eso, su papel es el de discípulos, que van a escuchar a su maestro. No se discute ³². Las controversias son más propias para excitar disputas que para formar por la fe el edificio de Dios ³³, avisa San Pablo. Y, para no pasar el rato con aclaraciones, que generalmente interesan sólo a quien las pide, conviene que haya un buzón: y en el buzón, por escrito y con la fecha y su firma, puedan los estudiantes exponer sus dudas ³⁴. Se fomenta así el interés del alumno, porque siempre se le contesta; se evitan preguntas imprudentes o indiscretas; y, cuando la duda es fruto de la deficiente formación del muchacho, se le puede corregir con delicadeza, a solas. Después, lo agradecen y siguen las clases con mayor docilidad. Además, se les conoce más a fondo, porque sus preguntas suelen responder a un problema personal, que da pie a profundizar, en confianza de amigos, en la labor de formación.

Los chicos de San Rafael vienen a edificar, y sólo la buena doctrina, sólo la *sabiduría edifica la casa* ³⁵ desde los cimientos: la doctrina es la base sobre la que asienta la vida interior, *como un edificio sobre el fundamento de vuestra santísima fe* ³⁶. Una vida de piedad y de apostolado así asentada es capaz de resistir todas las adversidades; y *la razón es porque está cimentada sobre roca viva. Y roca viva es la firmeza de su doctrina* ³⁷.

Poner acabadamente ese fundamento y esa estructura es la función

(32) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935.

(33) *I Tim.* I, 4.

(34) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935.

(35) *Prov.* XXIV, 3.

(36) *Iudae* 20.

(37) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 24, 2.

de los Cursos Profesionales. Con ellos se les proporciona esa doctrina viva. Se les da criterio sobre cuestiones actuales, sobre temas de su profesión, doctrina de la Iglesia que se traducirá en deseos de una conducta responsable de cristianos en la sociedad en que viven y trabajan. No se trata de proporcionar un barniz de cultura, de exponer teorías, opiniones, sutilezas; queremos formar *hombres de seguras doctrinas* ³⁸, piadosos, apostólicos. Por eso los Cursos no se improvisan, ni se dejan al arbitrio de cada uno, sino que se recogen, en un plan orgánico, los temas que sean de mayor interés, de acuerdo con las circunstancias particulares de los alumnos. Y las clases se preparan a fondo, estudiando bien el tema, para exponerlo con profundidad y sencillez, con don de lenguas.

Habladles con llaneza y sin apasionamiento. No exageréis —insisto— y procurad ser muy objetivos. Así tendréis una autoridad indiscutible.

Yo suelo extremar esto, y les digo, sobre todo cuando hago afirmaciones de vida sobrenatural: no puedo afirmar cosa distinta de la que afirmo, aunque quiera: porque, si esto es una mesa —la mesa de la clase—, ¿cómo os voy a decir que es un piano de cola? Es una mesa, y no es posible que un hombre de conciencia os diga que es un piano. Y, con esta y otras comparaciones quizá poco académicas, ¿cuánto se robustecen mis chicos en la Fe! ³⁹.

Así se disipan, se deshacen errores; y se afirma a los muchachos en la verdad. *Mira —dice el Señor— que pongo en tu boca mis palabras. Hoy te doy sobre pueblos y reinos poder de destruir, de arrancar, arruinar y asolar, de levantar, edificar y plantar* ⁴⁰. A eso vamos: a levantar, a edificar la vida interior y la vida apostólica, con el fundamento de la doctrina; sin doctrina, la piedad es inconsistente, y las obras tampoco pueden estar llenas de Dios; quienes carecen de la ciencia necesaria, sólo *tendrán cierta compostura de piedad, más habrán renegado de su verdad y eficacia* ⁴¹. Una vez más el eco del Apóstol resuena en nuestros oídos:

(38) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935.

(39) *Ibid.*

(40) *Ierem.* 1, 10.

(41) *II Tim.* III, 5.

la palabra de Cristo en abundancia tenga su morada ante nosotros con toda sabiduría enseñándoos y animándoos unos a otros ⁴².

Formación espiritual

Enseñar y animar: dos cosas que no pueden separarse. El cimiento y el cuerpo de la doctrina, palabra de vida, ha de completarse con un ambiente de piedad. Ni piedad sin doctrina, ni doctrina sin piedad: *pues la ciencia por sí sola hincha, pero la caridad edifica* ⁴³. Hay que conseguir, por tanto —como decía San Pablo— *que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; estando arraigados y cimentados en la caridad* ⁴⁴. Porque, comenta Santo Tomás, *así como el árbol sin la raíz y la casa sin fundamento fácilmente se vienen abajo, así si el edificio espiritual no estuviese fundado en la caridad, no puede durar* ⁴⁵.

Por eso alrededor de los Cursos, desde el primer momento, como tarea complementaria, se dan meditaciones semanales, y se hace el retiro mensual, con un acto eucarístico que tiene la finalidad de fomentar la piedad y la devoción a Jesucristo Sacramentado; y todo esto sirve además para tratar a los chicos.

Quedan así más vinculados a la Obra, y podemos tener de ellos un conocimiento más cabal, porque, terminado cualquier acto, *los muchachos se reparten, naturalmente, por toda la casa —por su casa— y es magnífica ocasión de estudiarlos, conocerlos mejor y hacerles bien* ⁴⁶, siguiendo de cerca su crecimiento interior, ayudándoles a vivir lo que oyen. *Nuestro Evangelio* —podríamos asegurarles— *no se anunció a vosotros sólo con la palabra, sino también con la eficacia y con Espíritu Santo* ⁴⁷.

(42) Colos. III, 16.

(43) I Cor. VIII, 1.

(44) Ephes. III, 17.

(45) Santo Tomás, *Super Epist. ad Ephes. lectura* IV, 172.

(46) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935.

(47) I Thess. I, 5.

Labor que no acaba nunca

Zelus domus tuae comedit me ⁴⁸; el celo de la casa del Señor ha de comernos las entrañas. ¿Y quién tiene celo por la casa de Dios? Aquél que pone empeño en corregir todo lo censurable que en ella observa; aquél que así lo desea, y no descansa hasta lograrlo (...). Por ejemplo —comenta San Agustín—, ¿ves a tu hermano en un peligro? Detenlo, adviértesele, siéntelo de corazón, si es que te come el celo de la casa de Dios. Atrae con tu afecto a cuantos te sea posible, y no te canses jamás de hacerlo así (...). Os voy a dar un consejo —mejor dicho que os lo dé el que está dentro de vosotros; porque aunque os lo dé por mí, El es quien os lo da—: (...) si Dios viene a vosotros y abre la puerta con su palabra, no descansad hasta ganar a otros para Cristo, ya que vosotros habéis sido ganados por Cristo ⁴⁹.

¡Ha demostrado Jesucristo, han demostrado nuestros hermanos, tanta amorosa paciencia con nosotros! No nos han regateado ni la palabra, ni el consejo, ni la corrección, ni el aliento. Y también nosotros debemos hacerlo con esos muchachos de San Rafael, *esperanza de la Obra* ⁵⁰.

Tú tienes —dice el Señor— en tu corazón el deseo de edificar una casa a mi nombre, has hecho bien en tener esa voluntad ⁵¹. Que no se nos tenga que decir: *empezó a edificar y no pudo terminar* ⁵². Terminaremos, coronaremos la obra mediante la constancia, enseñando a los chicos el amor de Dios y la doctrina de Dios, todo en su momento oportuno. Siguiendo paso a paso los Cursos de Formación, sin precipitaciones ni retrasos, con prudencia. Porque *con la sabiduría se edifica la casa, y con la prudencia se confirma* ⁵³.

Cada cosa a su tiempo: preparar los cimientos, colocar los pilares, levantar la estructura. Así, los frutos no tardarán; se desarrollarán inte-

(48) Ps. LXVIII, 10.

(49) San Agustín, *In Ioannis Evangelium tractatus* 10, 9.

(50) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935.

(51) III Reg. VIII, 18.

(52) Luc. XIV, 30.

(53) Prov. XXIV, 3.

riormente los muchachos de San Rafael, levantarán su vida de piedad *con espíritu de rectitud y lealtad, de caridad, de energía, de sacrificio, de alegre sencillez y de sobrenatural confianza* ⁵⁴. Virtudes humanas y sobrenaturales, terreno abonado para que arraigue la vocación divina a una entrega a Dios en la Obra. Ese será el mejor remate del edificio. Y para eso, *facilitad el paso, sin brusquedades (...). En este periodo de transición, sed prudentes en imponer, aun en manifestar, las obligaciones propias de los nuestros* ⁵⁵. Pero no llevéis la prudencia *hasta el extremo de ocultar ese algo trascendental, que, como me decía con cierta preocupación un hijo mío, está en el ambiente de la Casa* ⁵⁶.

Y los que no alcancen del Señor la llamada a una entrega plena, podrán incorporarse a la obra de San Gabriel, que continúa la tarea comenzada, con análogos medios de formación y de asistencia espiritual: donde muchos de estos chicos encontrarán más tarde su propia vocación; y otros, buenos profesionales cristianos, sentirán como una necesidad el corresponder a esos beneficios que recibieron, y contaremos con su ayuda, como Cooperadores.

Todo este trabajo, siguiendo las normas indicadas por nuestro Padre, es tarea sobrenatural, labor de almas. Ha de precederse, de acompañarse y de proseguirse, apoyados en la oración, como hacía San Pablo: *os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, a Aquél que puede acabar el edificio y haceros participar de su herencia con todos los santos* ⁵⁷. Entonces la voz del Señor se hará sentir acaso en lo íntimo del alma: *he oído tu oración, el ruego que has hecho ante mí. He santificado esa casa que has edificado para poner en ella mi nombre para siempre, y en ella estarán siempre mis ojos y mi corazón* ⁵⁸.

Trabajar y rezar con tenacidad. Es el sistema. Pegados a Nuestra Señora. *La mujer con sabiduría edifica su casa* ⁵⁹. ¡Y quién cómo María, asiento mismo de la Sabiduría divina, *domus aurea*, casa de oro, templo y sagrario de la Santísima Trinidad!

(54) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935.

(55) *Ibid.*

(56) *Ibid.*

(57) *Act. XX*, 32.

(58) *III Reg. IX*, 3.

(59) *Prov. IV*, 1.

LA CATEQUESIS

Todos nuestros apostolados pueden reducirse a uno solo: dar doctrina ¹. Es la gran misión de la Obra, que todos estamos empeñados en llevar a cabo; porque el mayor obstáculo para la extensión del Reino de Dios en la tierra es la falta de la doctrina debida: *sólo la ignorancia puede permitir a un hombre cometer crímenes sin saber que los comete. Hay que dar doctrina* ².

Una parte importante de esta tarea, la constituye la obra de San Rafael, que realiza una selección de jóvenes, de todas las razas, países y condiciones, para proporcionarles una profunda formación cristiana. Con la obra de San Rafael se da a estos muchachos: primero, doctrina; y, después o a la vez, se les enseña a emplear los medios tradicionales, para vencer en la lucha ascética; en una palabra, se les da vida interior. Y es esta misma vida interior la que los hace apostólicos, moviéndoles a llevar el calor sobrenatural de la doctrina de Cristo a su propio ambiente, a su trabajo, al cumplimiento de todos sus deberes: con el ejemplo —siendo, por la integridad de su conducta cristiana, miembros ejemplares de su familia, buenos profesionales y buenos ciudadanos— y con la palabra.

Para lograr toda esta tarea formativa de la obra de San Ra-

(1) De nuestro Padre.

(2) De nuestro Padre, Crónica VI-55, p. 12.

fael, contamos con una gran variedad de medios y de actividades apostólicas. Entre esos medios, algunos, que son ya tradicionales, se han usado con probada eficacia en bien de las almas desde los comienzos de nuestra Obra: los Cursos de Formación, la catequesis y las visitas a los pobres de la Virgen, las meditaciones, los retiros espirituales y —en general— los actos litúrgicos de piedad que se hacen en nuestras Residencias.

Estos medios son perennes —escribe nuestro Padre— y han de usarse siempre y en todo lugar, al realizar la labor de San Rafael: porque caracterizan este apostolado y dan vida a todas las demás actividades, que se desarrollan alrededor de esta labor de San Rafael³.

Apostolados auxiliares

Los Cursos de Formación *son el elemento esencial de la obra de San Rafael*⁴. Hemos de cuidarlos con particular empeño, proponiéndonos metas ambiciosas y concretas al planear la labor de San Rafael de cada año. Pero una cosecha abundante no suele ser fruto exclusivamente de la siembra y de la lluvia. El labrador, para sacar mayor rendimiento a su parcela, además de roturarla, manda analizar la tierra, selecciona la semilla más adecuada, mejora con abonos la fertilidad del suelo y con riego suple la carencia de agua en tiempo de sequía; en una palabra, no escatima medios con tal de ver nacer la espiga granada.

También en la obra de San Rafael, además de los medios esenciales, nuestro Fundador ha previsto otros —los *apostolados auxiliares*,—, de los que unos son universales y perennes, mientras que otros dependen de las circunstancias: son todas esas actividades que sirven para conocer y tratar a los chicos y, en muchos casos, para dar ocasión a la labor de formación espiritual.

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

(4) *Ibid.*

¡Hay tantas labores de todos los estilos, tantas manifestaciones externas, que deben ponerse por obra y que son como redes para pescar —pesca divina— las almas de los que están alrededor de la obra de San Rafael! Ciertamente, entre esas manifestaciones externas, dos son obligatorias: la catequesis y la visita a los pobres; después hay actividades de deporte, de ciencia, de literatura, de cine, ¡de lo que queráis!, excursiones, y cien mil cosas más, pero siempre con una entraña hondamente apostólica: si no, no sirven⁵.

Estas actividades, innumerables y variadísimas, cambiarán según las circunstancias de tiempo, de país, de aficiones..., pero no los Cursos de Formación ni los demás medios específicos de la labor de San Rafael, que son cimiento y estructura de todo el edificio.

La labor de catequesis

Debéis tener, hijas e hijos queridísimos —escribe nuestro Padre—, una gran seguridad en la eficacia sobrenatural de vuestro trabajo apostólico: si empleáis fielmente los medios tradicionales, todo marchará bien. Puede haber en algún momento dificultades de un tipo o de otro, pero siempre se superan; son cosas de ordinaria administración, que venceréis con vuestro sacrificio, con vuestra oración y con vuestra alegría⁶.

La catequesis, especialmente, es un buen medio para la preparación de futuras vocaciones, porque —aparte de la labor de apostolado con almas necesitadas de doctrina— es a veces medio de selección entre los muchachos, causa de progreso —por el estudio del catecismo y la preparación apologética— en su formación doctrinal; estímulo de la caridad y generosidad en su formación ascética; y como los muchachos quieren

(5) De nuestro Padre, *Meditación*, 5-III-1963.

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

atraer a sus amigos a la catequesis, es también ocasión de iniciarlos en la labor proselitista.

Todo aquél que invocare el nombre del Señor, será salvo. Mas, ¿cómo le han de invocar, si no creen en El? O ¿cómo creerán en El, si de El nada han oído hablar? Y ¿cómo oirán hablar de El, si no se les predica? ⁷. Es honda y antigua la tradición catequística en la Iglesia; urgía la predicación de la doctrina del Señor para que todos pudieran salvarse, y, en la Iglesia primitiva, aparece el catecumenado, para que los candidatos al bautismo conocieran *qué es la fe y cuál debe ser la vida de los cristianos* ⁸. Y cuando desaparece el catecumenado, y se instaura el bautismo de los recién nacidos, la Iglesia se preocupa de instruir en la fe a los niños, cuando empiezan a tener uso de razón.

Doctrina, siempre y constantemente. Y un medio sencillo y eficaz para darla es la catequesis, que en nuestro tiempo, ante la desproporción entre la riqueza de conocimientos científicos y culturales y la casi absoluta ignorancia de las cosas de Dios, los Romanos Pontífices han recomendado con insistencia: *la enseñanza de la doctrina cristiana, la institución más útil para la gloria de Dios y la salvación de las almas, se mantenga siempre floreciente, o, donde se haya descuidado, se restaure* ⁹.

Finalidad de la catequesis es instruir en la doctrina, conducir a la fe, y a la vez aumentar la caridad, porque *todo aquél que ama, es hijo de Dios y conoce a Dios. Quien no tiene amor no conoce a Dios: puesto que Dios es caridad* ¹⁰. Y como coronación, enseñar a vivir en la práctica las enseñanzas de Jesucristo; *con eso sabemos que le hemos conocido, si guardamos sus mandamientos* ¹¹.

En el catecismo está el secreto de la vida cristiana, es todo aquello que Dios quiere que nosotros sepamos y que hagamos en la vida ¹². Sus enseñanzas comienzan con la explicación de las verdades del Credo, porque para amar a Dios y servirle es preciso conocerle, saber cuántos motivos hay para corresponder. Después, como el amor se muestra con obras, se explican los mandamientos de la Ley de Dios; y como es impo-

(7) Rom. X, 13-14.

(8) San Agustín, *De fide et operibus* 6, 9.

(9) San Pío X, Litt. enc. *Acerbo nimis*, 15-1V-1905.

(10) I Joann. IV, 7-8.

(11) I Joann. II, 3.

(12) Pío XI, alloc. 4-III-1928.

sible al hombre hacer nada sin el auxilio divino, se enseña a rezar, y a recurrir a los sacramentos de la Iglesia, que dan fuerza sobrenatural para vencer en las dificultades. El catecismo es la "*summa veritatis et caritatis*": es la "*manuductio*" —lo que lleva de la mano— en el presente y en el futuro ¹³.

La catequesis en la obra de San Rafael

En la obra de San Rafael, la catequesis es una tarea tradicional, que no puede faltar nunca donde trabajamos. Desde el principio ha sido habitual elegir las parroquias más pobres, porque con frecuencia son las más necesitadas de esta labor, y además así se estimula mejor la generosidad y caridad de los catequistas.

¡Qué maravillosas perspectivas se despiertan en el ánimo de los muchachos que están dispuestos a dedicarse a la catequesis! ¡Con qué ilusión suelen aceptar este encargo y cómo buscan el modo de atraer a sus amigos! Sobre ellos, dirigidos por alguno de la Obra, recae el peso de la organización y de las clases.

Desde el principio —ayudándoles, orientándoles, resolviendo sus dudas— procuramos que los catequistas preparen muy bien las clases, porque *ninguno hablará de la doctrina cristiana con provecho espiritual de los adultos ni de los niños, si antes no se prepara con estudio y seria meditación* ¹⁴. Metemos bien en el alma de los chicos, además, la necesidad de recurrir al Señor para preparar sus clases, porque "*et in meditatione mea exardescit ignis*" —y, en mi meditación, se enciende el fuego ¹⁵ de la caridad, que hay que transmitir a los niños.

Ese es el fin de la enseñanza: *el amor de Dios* —afirma San Agustín— *es como la meta a la que debes orientar todas las cosas. Cuanto di-*

(13) Juan XXIII, Homilía, 8-XII-1958.

(14) San Pío X, Litt. enc. *Acerbo nimis*, 15-IV-1905.

(15) *Camino*, n. 92.

gas, dilo de tal modo que aquél a quien hables, oyendo crea, creyendo espere, y esperando ame ¹⁶. Y para mejorar su preparación doctrinal, estimulamos a los muchachos a que se procuren libros de apologética y de pedagogía catequística, que después dejarán en la biblioteca del Centro, para los que les sucedan en esta labor. Y los que aún no están bien preparados pueden siempre ayudar, enseñando, por ejemplo, oraciones de memoria a los más pequeños.

La organización de la catequesis ha dependido siempre de las circunstancias concretas del lugar. Pero una vez fijada la hora y el día, insistimos a los chicos para que acudan con constancia y puntualidad, porque —lo suelen entender enseguida— ahí reside en gran parte el éxito del catecismo; les decimos que se preocupen con celo del grupo de niños que se les encomienda, según el ejemplo que nos da el Apóstol: *yo por mi parte gustosísimo gastaré cuanto tengo y aun me entregaré a mí mismo por vuestras almas* ¹⁷; les animamos a que procuren tener cariño y paciencia, y a mostrarse siempre alegres, porque el ejemplo es la mejor predicación; les ayudamos a adquirir *don de lenguas*, para que se adapten a la mentalidad de los pequeños, esforzándose como los Apóstoles, que *pusieron todo cuidado en predicar a los pueblos ignorantes cosas sencillas y accesibles* ¹⁸; les indicamos, por último, que sepan mantener la atención de los pequeños: *si el alimento del cuerpo, tomado sin apetito o estando el hombre harto, no sólo no aprovecha, sino que daña mucho, con mayor razón el pan del alma, tomado con hastío, no es un alimento, sino un tormento de la conciencia* ¹⁹.

Frutos abundantes

Fue plantado en tierra buena y cerca de abundantes aguas para que echase ramas y llevase frutos y se hiciese una vid vigorosa ²⁰. Las cate-

(16) San Agustín, *De catechizandis rudibus* 4, 8.

(17) II Cor. XII, 15.

(18) San Gregorio Magno, *Moralia* 17, 26.

(19) San Bernardo, *In Cantico Cantorum sermo* 35, 9.

(20) *Ezech.* XVII, 8.

quesis dan frutos abundantes para los mismos muchachos: el estudio de la doctrina, la práctica de las virtudes cristianas, especialmente la caridad; la preocupación por los demás, la generosidad, la responsabilidad, la paciencia... Se ejercitan también en una labor tan tradicionalmente cristiana como es la de enseñar las verdades de la fe, sintiendo el gozo de ver crecer esa semilla que siembran en el alma de los niños, esperanza de la Iglesia. Además, con la catequesis, los muchachos, al procurar ganar a sus amigos para esta labor, empiezan a ejercitarse en el proselitismo, atrayendo a la obra de San Rafael a los mejores.

Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que es el que hace crecer ²¹. No son nuestros los frutos, sino de Dios que es el dueño del campo, que lo riega con abundantes gracias. No hemos dispuesto tampoco nosotros los medios para trabajar la tierra y echar la simiente; es nuestro Fundador quien ha recibido de Dios ese encargo, que nos ha transmitido de modo íntegro. Somos instrumentos, operarios, sin los cuales, porque el Señor del campo así lo ha querido, no habrá lozanía en los frutos. De nuestro trabajar alegre, sacrificado, constante, siguiendo las indicaciones que hemos recibido de nuestro Padre, depende el éxito de la siembra, la abundancia de la cosecha. Sólo así *de la semilla que habéis de sembrar en tantos sitios nacerán frutos abundantes; y sentiréis en vuestras almas el pasmo de las cosas grandes, porque el fruto no será proporcionado a los medios que empleamos, que son pequeños* ²².

(21) I Cor. III, 7.

(22) De nuestro Padre, n. 237.

LOS POBRES DE LA VIRGEN

*El Opus Dei nació entre los pobres de Madrid, en los hospitales y en los barrios más miserables: a los pobres, a los niños y a los enfermos seguimos atendiéndolos*¹. Desde el principio de la Obra, los enfermos y los pobres ocuparon un lugar predilecto en el corazón de nuestro Padre. Una muestra de este cariño particular se refleja en la entrañable tradición de visitar a los pobres, que vivimos en honor de la Virgen.

Nuestro Fundador nos contó alguna vez el origen de esta Costumbre, que siempre practicaremos con finura y cariño. *Comenzó esta delicadeza de caridad muy pronto* —escribió—, *con los primeros pasos de la Obra. Declina pauperi sine tristitia aurem tuam..., et responde illi pacifica in mansuetudine (Eccli. IV, 8); escucha gustosamente al pobre... y háblale siempre con mansedumbre y con palabras de paz*². Nacieron estas visitas en la primera hora, cuando no se contaba con medios materiales de ninguna clase. Era la época *en que aún no teníamos ninguna residencia y el Padre reunía a los muchachos en casa de la Abuela, o los llevaba al Sotanillo, un tranquilo bar de la calle de Alcalá, muy cercano a la plaza de la Independencia*³.

(1) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941.

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

(3) Del Padre, *Instrucción*, 9-I-1935, nota 135.

También nos dijo nuestro Padre cómo eran esas visitas de los primeros tiempos. *Poníamos cariño humano y sobrenatural, cuando las hacíamos, y empezamos a llamar pobres de la Virgen, a las personas que íbamos a visitar. Al chico que no tenía ninguna preocupación de apostolado, le reventaba ir, y no iba. Y de este modo se hacía ya una selección. Las señas nos las proporcionaban los párrocos de los suburbios. No íbamos más que una vez a cada casa, les llevábamos un poco de dinero, algo divertido para leer, unos dulces de los que no podían comer más que los ricos. Siempre se les dejaba un paquete con algo que quizá no habían visto en la vida. Pero no se trataba de hacer una labor continuada con ellos, sino con los chicos que hacían las visitas* ⁴. Lo escribía nuestro Fundador ya en 1935, cuando indicaba que tanto éste como los demás apostolados auxiliares de la obra de San Rafael *no son un fin: son un medio, para formarse* ⁵.

Para honrar a la Virgen

Las visitas a los pobres de la Virgen tienen un sentido profundamente humano y de caridad: queremos llevar un poco de alegría y de cariño a personas que muchas veces no han oído nunca una palabra amable, ni han recibido la mirada de unos ojos amigos, ni el gesto fraternal de una asistencia cristiana. *Se ha desfigurado tanto y se ha hecho tanta sátira de ciertas manifestaciones deterioradas de la caridad benéfica, que a algunos les parecen arcaísmos determinadas obras propias del espíritu cristiano. Por eso quiero que entendáis bien —y que hagáis entender— el hondo significado sobrenatural y humano de estos medios, tal como los hemos vivido desde el principio* ⁶.

(4) De nuestro Padre, *Tertulia*, 12-XI-1960.

(5) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-I-1935.

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

En primer lugar, *con estas sencillas visitas no vamos a resolver ningún problema social* ⁷, porque no tienen esta misión. En cambio, cada uno de nosotros, individualmente o asociado con otros, en uso de su personal libertad, podrá poner en práctica los medios que considere oportunos para ayudar a resolver éste u otros problemas. *Explicadlo así a los chicos*, ha escrito nuestro Padre: *se trata de llevar un pequeño regalo extraordinario que conforte a un pobre, a un enfermo, a alguno que está solo; hacer que pase un rato agradable, prestarle quizá algún pequeño servicio, y nada más. Lo entenderán enseguida, si van teniendo vida interior; y si además saben que hacemos esto también para honrar a Nuestra Señora* ⁸.

Si no se trata de resolver un problema social, *no tratamos tampoco con estas visitas de despertar superficiales inquietudes sociales. Se trata —ya lo he dicho— de acercar esta gente joven al prójimo necesitado. Nuestros chicos de San Rafael ven —de una manera práctica— a Jesucristo en el pobre, en el enfermo, en el desvalido, en el que padece la soledad, en el que sufre, en el niño* ⁹.

Las visitas a los pobres de la Virgen muestran a nuestros amigos, de modo real y concreto, que *la Iglesia abraza a todos los afligidos por la debilidad humana. Más aún: reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador, pobre y paciente; se esfuerza en aliviar sus necesidades y pretende servir en ellos a Cristo* ¹⁰. En los pobres y en los enfermos aprenden nuestros amigos, y aprendemos también nosotros, a reconocer y a amar la figura humana y divina de Jesucristo: *tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui peregrino y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; preso y vinisteis a verme (...). En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de mis hermanos pequeños, a mí me lo hicisteis* ¹¹.

Es una gran obra de caridad y de justicia procurar que no haya pobres, que no haya analfabetos e ignorantes. Pero siempre la caridad tendrá que actuar, porque nunca llegará la justicia a

(7) *Ibid.*

(8) *Ibid.*

(9) *Ibid.*

(10) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 8.

(11) *Matth.* XXV, 35-40.

lograr, en el mundo, toda esta ventura para los hombres; y, además, siempre habrá quienes sufran la pobreza de la soledad o de la incomprensión ¹². Por eso hemos de enseñar, en la obra de San Rafael, que hay que hacer una gran batalla contra la miseria, contra la ignorancia, contra la enfermedad, contra el sufrimiento ¹³. El contacto inmediato con estas realidades, desconocidas a veces por los chicos, no puede menos que beneficiar a nuestros amigos. *Por eso, repito, que son especialmente formativas las visitas a los pobres de la Virgen. Aprenden de este modo las almas a gustar el ejercicio de una caridad fraterna viva y práctica; y, al ver a otros que están material o espiritualmente necesitados, agradecen al Señor los bienes que de El han recibido* ¹⁴. No es raro tampoco que los muchachos reflexionen y saquen consecuencias para su vida interior, al encontrar fe y esperanza en Dios en muchas de esas familias maltratadas por la miseria o la enfermedad.

Al mismo tiempo que contribuye a su formación, esta Costumbre —*obra de misericordia, bendecida por Jesucristo* ¹⁵— les hace recordar la vida de la cristiandad primitiva. En los primeros siglos de la Iglesia, atender a las viudas, consolar al afligido, aliviar las necesidades de los pobres eran características claras de haber recibido en su integridad el mensaje evangélico ¹⁶. *Y no es justo que manifestaciones del auténtico espíritu cristiano queden arrinconadas, porque algunos las han convertido en gesto ostentoso y frívolo, o en sedante para sus remordimientos de conciencia* ¹⁷.

Muchos otros bienes obtendrán nuestros amigos si sabemos enseñarles esta Costumbre como el Padre nos la ha enseñado a nosotros. Aprenderán a querer más a la Virgen Santísima, en cuyo honor realizamos esta obra de misericordia: *Ella es madre, Madre de Dios y nuestra Madre, y conoce lo que unos corazones jóvenes quieren significar, con estos mínimos actos de amor a sus hermanos necesi-*

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

(13) *Ibid.*

(14) *Ibid.*

(15) *Ibid.*

(16) Cfr. I *Tim.* V, 10; *Act.* XXIV, 17; II *Cor.* VIII, 1 ss.

(17) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

tados ¹⁸. Con las visitas a los pobres se facilita además una primera selección, imprescindible para que los muchachos se acerquen íntimamente al calor de la Obra: quien no tiene preocupación efectiva por los demás, no posee tampoco las condiciones necesarias para formar parte de la obra de San Rafael, y menos para recibir la vocación al Opus Dei. *Este contacto con la miseria o con la humana debilidad es una ocasión de la que suele valerse el Señor, para encender en un alma quien sabe qué deseos de generosidad y divinas aventuras. A la vez, sensibiliza a los más jóvenes, para que tengan siempre entrañas de justicia y de caridad* ¹⁹.

Colaboración de todos

Nuestro Padre nos ha enseñado el modo concreto de vivir esta Costumbre. Escribía en 1935: *todos los sábados y los días diecinueve de cada mes —en honor de San José— se hará una colecta secreta, para los pobres de la Virgen. Pasa uno cualquiera con una bolsa, y la limosna se entrega al tesorero de los fondos de caridad. Haya también un cepillo, para esto, en el oratorio* ²⁰. Pero aunque parte de las limosnas recogidas se destine a visitar a los pobres, nuestro Padre, *en repetidas ocasiones, nos ha hecho notar que esas colectas no tienen un fin exclusivo, sino que en primer lugar han de contribuir a sostener la casa; y, además, a hacer esa caridad delicada con los pobres* ²¹.

Cuando los muchachos comienzan a frecuentar uno de nuestros Centros, es natural que les expliquemos enseguida la razón de esta colecta, e incluso les encarguemos de pasar alguna vez la bolsa. Así se sienten más solidarizados con la labor del Centro y ponen más fácilmente su corazón en la Obra. También es lógico que les expliquemos, nada más lle-

(18) *Ibid.*

(19) *Ibid.*

(20) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935.

(21) Del Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, nota 153.

gar, la función de la hucha colocada en un lugar discreto y visible del oratorio, o —en las casas más grandes— en cualquier otro sitio accesible, fuera del oratorio; y que procuremos mover, con palabras adecuadas, su generosidad.

Cuando se dispone de suficiente dinero, ya se puede realizar una visita a los pobres; en caso contrario, será mejor esperar; pero siempre, dice el Padre, *no se consienta que nuestros chicos den dinero de su bolsillo directamente a los pobres de la Virgen* ²²: deben acostumbrarse a dar pasando inadvertidos, sin que nadie sepa —sólo Dios lo ve— la medida de su generosidad. *El que pueda dar mucho, si es generoso, dará mucho: y el que no pueda dar nada, no se sentirá humillado, porque la colecta no es pública; y seguramente, nos dará en cambio la mejor de las limosnas, que es su oración* ²³. De este modo, nuestros chicos aprenderán a ser humildes y a obrar siempre con rectitud de intención. Por eso agrega nuestro Padre: *mejor es que, anónimamente, echen la limosna en el cepillo del oratorio o en la colecta de los sábados y diecinueves* ²⁴. Como lo que gastan en esas visitas o en otras obras de misericordia similares no es suyo, sino lo que resulta de la colaboración de todos, no se debe consentir *que se paguen el tranvía o el metro —el vehículo que sea— para ir a la catequesis* ²⁵ o al barrio donde vive la familia pobre que se quiere visitar.

En el día fijado de antemano, preferiblemente *en las fiestas de la Santísima Virgen, van dos de San Rafael a visitar a un pobre determinado* ²⁶. Es conveniente ir con rumbo fijo, a una dirección que se conoce de antemano. Durante el desplazamiento, es fácil encauzar la conversación por el terreno apostólico. El muchacho que ya es de San Rafael —y lo mismo si es uno de Casa quien hace la visita— tiene entonces ocasión de conocer más profundamente al amigo que trata y de valorar mejor si posee las condiciones precisas para incorporarse a los medios ordinarios de formación propios de la labor de San Rafael.

Para facilitar estas visitas, es útil tener siempre en el Centro una lis-

(22) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935.

(23) Del Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, nota 153.

(24) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935.

(25) *Ibid.*

(26) *Ibid.*

ta de direcciones de personas menesterosas. Ordinariamente es fácil conseguir las por medio de las conferencias de San Vicente ²⁷, o a través de los párrocos de las zonas más necesitadas: *se han solido elegir siempre parroquias de las barriadas más pobres, tanto para la catequesis como para las visitas a los pobres de la Virgen* ²⁸. Además nos han enseñado la conveniencia de no frecuentar a menudo una misma familia: podríamos contribuir, sin pretenderlo, a que esa familia se acostumbre a nuestras visitas y se engañase respecto a la finalidad de este medio de formación, esperando tal vez de nuestra parte la resolución de algunos de sus problemas.

Una tradición que no se puede interrumpir

Nuestro Padre y nuestros hermanos mayores nos han mostrado de modo concreto la delicadeza que hemos de poner en cada visita. No se trata de *demostrar* nuestra compasión a las personas necesitadas; tendríamos un aire paternalista que no es propio del espíritu de la Obra. Al contrario, son *visitas llenas de afecto, oyéndoles con cariño, llevándoles unas palabras amables — cristianas, fraternales — y alguna pequeña cosa de las que de ordinario no gozan* ²⁹. Por eso, siguiendo el consejo de nuestro Fundador, evitamos que puedan sentirse avergonzados u ofendidos: *se consuela al pobrecito, se le da una limosna en metálico, alguna lectura buena, y unos dulces o algo de lo que comen los ricos*.

Habrà quien no entienda esto último, pero lo hemos hecho así desde el principio y a la Virgen, Nuestra Señora, le agrada. A mí, me parece una fineza de caridad ³⁰.

No podemos olvidar que, en muchas ocasiones, necesitan más un

(27) Cfr. *Ibid.*

(28) Del Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, nota 133.

(29) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

(30) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935.

rato de conversación cariñosa que una simple ayuda material. Por eso, cuando observan que no llevamos aires prepotentes, que no pretendemos hacer una obra de *caridad oficial*, seca y descarnada; cuando se dan cuenta de que es real nuestro interés por su situación y por su familia, suelen sentirse de verdad comprendidos y felices. Un pequeño servicio muy concreto puede hacerles ver mejor la rectitud de nuestra intención. En los primeros años, nuestro Padre *hacía que los chicos le acompañasen a visitar pobres de los barrios más populares y miserables, y a atender enfermos en los hospitales: les lavaban las manos y los pies, les cortaban las uñas, les limpiaban los vasos de noche, les cuidaban lo mejor que podían, mientras les consolaban con una conversación oportuna*³¹. Hoy quizá no es adecuado realizar esta clase de trabajos, pero el espíritu es el mismo: se trata de ejercitar la caridad cristiana de modo real y fraterno. *Esta labor tiene hoy tantas manifestaciones diversas. Además de las visitas a los pobres de la Virgen, por ejemplo, los ambulatorios, promovidos por miembros de las dos Secciones, para gente que carece de medios económicos; y las escuelas de capacitación para obreros y para obreras, que se inician y desarrollan en los barrios más necesitados de grandes ciudades*³².

La visita a los pobres de la Virgen *es una tradición que no se interrumpirá nunca en la Obra*³³. *Tened presente que, cualesquiera que sean las circunstancias del país, siempre podremos practicar esta afectuosa caridad: pauperes enim semper habetis vobiscum (Ioann. XII, 8); siempre habrá pobres, siempre habrá alguien más necesitado —aunque se logre que la mayoría del pueblo tenga un mínimo de bienestar material—, que reciba con alegría un pequeño obsequio extraordinario, algo que ordinariamente no puede permitirse, y que es, de modo especial, como el vehículo por el que le llega un poco de delicadeza y de fraterna compañía*³⁴. Incluso en los países más desarrollados siempre existen estratos de población que padecen alguna necesidad. *Me atrevo a decir que, cuando las cir-*

(31) Del Padre, *Instrucción*, 9-I-1935, nota 135.

(32) *Ibid.*

(33) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941.

(34) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

cunstancias sociales parecen haber despejado de un ambiente la miseria, la pobreza o el dolor, precisamente entonces se hace más urgente esta agudeza de la caridad cristiana, que sabe adivinar dónde hay necesidad de consuelo, en medio del aparente bienestar general ³⁵.

Es cierto que en el mundo moderno el Estado se preocupa, mediante instituciones de beneficencia, etc., de aliviar las necesidades más primarias y de promover el progreso social. Pero *la generalización de los remedios sociales contra las plagas del sufrimiento o de la indigencia —que hacen posible hoy alcanzar resultados humanitarios, que en otros tiempos ni se soñaban—, no podrá suplantarse nunca, porque esos remedios sociales están en otro plano, la ternura eficaz —humana y sobrenatural— de este contacto inmediato, personal, con el prójimo: con aquel pobre de un barrio cercano, con aquel otro enfermo que vive su dolor en un hospital inmenso; o con aquella otra persona —rica, quizá—, que necesita un rato de afectuosa conversación, una amistad cristiana para su soledad, un amparo espiritual que remedie sus dudas y sus escepticismos* ³⁶.

A veces —decía también nuestro Padre—, en la labor de San Rafael, las visitas a los pobres no consisten en ir a los pobres vergonzantes, porque no siempre es fácil encontrarlos, sino a los pobres a quienes falta el cariño y el calor de la amistad humana buena ³⁷.

La experiencia de estos años muestra cómo esta tradición *no solamente no se ha interrumpido, sino que, gracias a Dios, se ha ido enriqueciendo con nuevos matices y con nuevas tareas de caridad. Por ejemplo, visitar para ayudar espiritualmente a quienes, aunque no sean pobres desde el punto de vista material, están aislados, están solos: se les visita para llevarles un poco de amistad, un poco de calor humano, para que, con palabras del Padre, no sientan la amargura de la indiferencia* ³⁸. Por eso lo ejercitamos siempre, aunque haya personas

(35) *Ibid.*

(36) *Ibid.*

(37) De nuestro Padre.

(38) Del Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, nota 86.

que no lo comprendan o incluso lo critiquen. *Quizá en ambientes donde predomine un sentido materialista, esto no se entienda; por eso os decía antes que —entenderlo— requiere un mínimo de vida interior, de visión cristiana, de amor a Dios y al prójimo* ³⁹.

Si sabemos vivir fielmente esta tradición que nuestro Fundador nos ha enseñado, honraremos a la Virgen; contribuiremos a que mucha gente sienta el calor de la caridad de Jesucristo; formaremos a los muchachos que se acercan a nuestro apostolado, fomentando su generosidad y despertando nobles decisiones en su alma. Utilizando estos *medios tradicionales, que no han de faltar nunca* ⁴⁰, imprescindibles en la selección previa para la obra de San Rafael, prepararemos eficazmente el terreno, fértil y bien dispuesto, donde un día, con la gracia de Dios, podrá enraizar la vocación a la Obra.

(39) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

(40) *Ibid.*

APOSTOLADO EPISTOLAR

La Iglesia ha nacido con este fin: propagar el reino de Cristo en toda la tierra para gloria de Dios Padre, y hacer así a todos los hombres partícipes de la redención salvadora ¹, obrada por Jesucristo en el Calvario. Y a todos los cristianos, Cuerpo Místico de Cristo, se nos ha confiado *la gloriosa tarea de trabajar para que el mensaje divino de la salvación sea conocido y aceptado en todas partes por todos los hombres* ². Ningún cristiano queda eximido de esta misión apostólica, necesaria para que el número de los elegidos llegue a su plenitud y para que el Reino de Dios se instaure definitivamente sobre la tierra. Dios mismo exige nuestra cooperación: *por predicar el Evangelio —decía San Pablo—, no tengo gloria, pues estoy por necesidad obligado a ello; y desventurado de mí si no predicare* ³.

Si la misión apostólica compete a todos los cristianos, en nuestro caso —dedicados por vocación divina al apostolado— esta obligación adquiere una urgencia mayor: Dios nos ha elegido para *restaurar todas las cosas en Cristo, tanto las de los cielos como las de la tierra* ⁴. *A eso, hijos míos, hemos sido llamados; ésa ha de ser nuestra tarea apos-*

(1) Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 2.

(2) *Ibid.*, n. 3.

(3) I Cor. IX, 16.

(4) *Ephes.* I, 10.

tólica que, con una espiritualidad propia y una ascética peculiar, se encuadra maravillosamente dentro de la única misión de Cristo y de su Iglesia ⁵.

Es el nuestro, un apostolado de amistad y de confianza ⁶. Vivimos entre los demás hombres, unidos por intereses comunes, y afanados en idénticos problemas. Convivimos, en una palabra, con todos lo que nos rodean, y en esas circunstancias ejercemos el apostolado. *De esa convivencia* —ha escrito nuestro Padre— *tomáis ocasión para acercar las almas a Cristo Jesús, y es lógico que no la rehuyáis. Más aun, es preciso que la busquéis, que la fomentéis, porque sois apóstoles, con un apostolado de amistad y de confianza, y no podéis encerraros en ningún muro que os aisle de vuestros compañeros: ni materialmente —porque no somos religiosos—, ni espiritualmente, porque el trato noble y sincero con todos es el medio humano de vuestra labor de almas* ⁷. De ahí nuestro empeño por impregnar con el calor de Cristo todas las relaciones que unen a los amigos entre sí: el trabajo, las aficiones, las relaciones sociales, económicas, políticas...

Cartas de amigos

La amistad es la base humana para hacer apostolado. Y así, todo lo que contribuye a conservar y hacer más fuerte la amistad es también una exigencia apostólica. Son muchos los cauces por los que discurre la amistad, los modos en que se manifiesta y las formas que adopta. Y entre todas esas modalidades, variables según las circunstancias, hay algunas que podríamos decir universales, que se adaptan a cualquier situación. Una de ellas es la palabra escrita, mantener correspondencia con quienes están alejados, estar al corriente de lo que hacen y de las circunstancias en que viven: cartearse. El mismo modo de relacionarse y

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940.

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933.

(7) *Ibid.*

estar unidos, usual entre las personas que viven alejadas, es el que nosotros debemos vivir, elevándolo al orden sobrenatural, convirtiéndolo en medio de apostolado, porque no es propio de nuestro modo de hacer lo que no resulta natural. De este simple hecho —escribir cartas—, de lo mismo que hace todo el mundo, sacamos ocasión de apostolado, hasta el punto de que constituye de por sí un modo específico de acción apostólica, que hemos vivido en la Obra desde el principio, el *apostolado epistolar* que nuestro Padre practicaba y enseñó a vivir a los primeros de Casa con los chicos de San Rafael, con sus padres, con sus parientes y conocidos.

Si escribir cartas es una forma de hacer apostolado, de mantener la amistad y reforzarla, la consecuencia necesaria es que debemos escribir. No se trata de tener o no dotes literarias, afición a escribir o abundancia de tiempo, sino de tener o no, aquí y allá, amigos necesitados de unas palabras de afecto o de aliento. ¿Quién recibe mal una carta en la que se le recuerda, se le felicita por su santo o su cumpleaños, o se le da una noticia interesante? Escribir es cuestión de amistad, de interés, de ímpetu apostólico.

No podemos dejar que una amistad se pierda al abandonar una ciudad o cuando es el amigo el que se traslada. Es más, en muchas ocasiones es la separación la que la refuerza, porque la hace más patente. Unas veces porque la confirma: el que procura continuar en contacto muestra que su amistad es más fuerte que la distancia y que la separación. Otras veces, porque pone de relieve que había algo más que la rutina de una convivencia por razones de trabajo o de vecindad. Otras, porque sirve para subrayar el desinterés de una relación que se continúa sin un intercambio de servicios que le sirva de base, sin que haya otros motivos para mantener el contacto que los que dicta la mutua estima. ¡Qué fácil es reanudar una amistad, cuando no se ha dejado que la rompiese el tiempo o la distancia! Resulta natural, lógico, porque el alejamiento ha creado una tensión que pide una comunicación mayor, una amistad incluso más profunda que antes. Pero si no ha habido esta tensión, el nuevo acercamiento resulta artificial, impuesto seguramente por circunstancias distintas a la verdadera amistad.

Intención apostólica

Las cartas, única relación sensible con la persona ausente, son imprescindibles para que la amistad no muera por falta de trato personal. Son ese mismo trato, adaptado a nuevas circunstancias. Por tanto han de reunir características semejantes. Para quien tiene el corazón lleno de Dios, las cartas son un modo más de reflejar esa vida divina de la que quiere hacer partícipes a los demás. Lo contrario sería incluso artificioso, señal de que la amistad no es cristiana, y por tanto, para un cristiano, ni siquiera verdadera amistad. Nunca puede faltar una intención apostólica, una referencia sobrenatural en nuestra correspondencia. Muchas veces, la gracia divina espera las circunstancias más indiferentes —una palabra, un gesto, unas letras— para remover un alma, para librarla de un peligro, para hacerla progresar. Nuestro Fundador nos ha dejado escritas unas líneas que muestran esta experiencia concreta: *encabecé mi carta, como suelo: "Jesús te me guarde". —Y me escriben: "el ¡Jesús te me guarde! de su carta ya me ha servido para librarme de una buena. Que El les guarde también a todos"*⁸.

Al mismo tiempo que sobrenaturales, nuestras cartas deben ser sencillas. Hablamos y escribimos igual que cualquier otra persona de la calle, usando las expresiones propias de nuestra personal formación humana. Tratamos de hablar con *don de lenguas*, del modo más conveniente a las circunstancias de la persona a quien escribimos, a sus necesidades concretas. Una recomendación breve, un consejo práctico pueden más que muchas páginas llenas de razonamientos y consideraciones. Lo más importante es que las cartas procedan del cariño, que sean sinceras, íntimas, personales, auténticas.

*¡Mirad qué carta tan larga os he escrito de mi propio puño!*⁹, decía

(8) *Camino*, n. 312.

(9) *Galat.* VI, 11.

San Pablo a los Gálatas como para dar una prueba concreta de su cariño hacia ellos. Toda la tradición cristiana, desde los primeros momentos, ha sabido hacer uso del apostolado epistolar. San Juan, ya anciano, escribiendo a Gayo, discípulo fiel cuando muchos desertaban, vierte en pocas líneas, de modo sencillo, el cariño que rebosaba su corazón: *muchas cosas tenía que escribirte, pero no he querido hacerlo por medio de tinta y pluma; pues espero verte enseguida y hablaremos de viva voz* ¹⁰.

Muchas veces contó nuestro Padre cómo realizaba, desde los comienzos de la Obra, este apostolado epistolar. Durante la guerra de España, cuando los muchachos de San Rafael andaban dispersos por los frentes, sabía ponerles unas letras llenas de cariño en cuanto podía; e incluso viajaba hasta la línea de fuego, en incómodos medios de locomoción, para llevarles personalmente unas palabras de aliento humano y sobrenatural. *He sabido que has estado enfermo, y me apresuro a escribirte, en cuanto llega a mis manos tu dirección* ¹¹, escribía a uno de estos chicos en 1938. Cartas sencillas, llenas de afecto y de interés paterno. *Tengo muchas ganas de saber algo de ti, directamente. Escríbeme, y, entonces, volveré yo a hacerlo despacio* ¹². Y, siempre, la preocupación por restablecer el contacto con los demás chicos, que la guerra había roto: *danos las direcciones que sepas de nuestros amigos* ¹³.

Del "apostolado epistolar" me haces un buen panegirico. —Escribes: "No sé cómo emborronar papel hablando de cosas que puedan ser útiles al que recibe la carta. Cuando empiezo, le digo a mi Custodio que si escribo es con el fin de que sirva para algo. Y, aunque no diga más que bobadas, nadie puede quitarme —ni quitarle— el rato que he pasado pidiendo lo que sé que más necesita el alma a quien va dirigida mi carta" ¹⁴. Son muchas las personas con quienes podemos ejercitar este apostolado epistolar: parientes, amigos, conocidos. Pero, entre todos, estamos especialmente obligados con nuestros padres y con quienes hemos iniciado un apostolado que

(10) III Joann. 13-14.

(11) De nuestro Padre.

(12) De nuestro Padre.

(13) De nuestro Padre.

(14) Camino, n. 976.

exige nuestro trato y nuestra ayuda para que su vida interior no se malogre, y dé el crecimiento y los frutos a que está llamada.

*El mandamiento de amar a los padres es de derecho natural, y de derecho divino, y nosotros le llamamos dulcísimo precepto. Os tenéis que portar muy bien con ellos.,. sin perder la libertad. Con un poco de picardía, les podéis hacer muy felices, y que amen a la Obra, y además tener vosotros una libertad completa para servir a Dios*¹⁵. Casi el único modo, y un modo eficaz, de acercar a nuestros padres a la Obra cuando están ausentes, es escribirles con frecuencia y periodicidad. De este modo, si con pillería sabemos hacerles participar de los momentos alegres, callando en cambio pequeños detalles que les podrían preocupar; si procuramos tenerles al corriente de nuestras andanzas, contribuimos a hacerles amable nuestra vocación. Verán que nos hace tenerles muy presentes, estar alegres, ser agradecidos. *Que sepan que les queremos. ¿Cómo vamos a hacer una cosa agradable a Dios, si abandonamos las almas de los que nos han querido tanto en la tierra, y tanto han contribuido —a veces, sin darse cuenta— a nuestra vocación?*¹⁶. Y añadía nuestro Padre: *que vean que hay correspondencia por nuestra parte a todo el desvelo, a la preocupación y al sacrificio que han hecho por nosotros*¹⁷.

Continuidad en la labor

Las cartas son imprescindibles para mantener la amistad, porque son lazo de unión que avecina a las personas; de ahí nace su importancia en el apostolado. Y esta relación epistolar adquiere mucho más relieve —llega a ser imprescindible— en la labor de San Rafael, cuando, por diversas circunstancias, los muchachos se han alejado temporalmente de nuestro lado.

(15) De nuestro Padre, Crónica VII-60, p. 12.

(16) De nuestro Padre, Noticias I-58, p. 16.

(17) De nuestro Padre, Crónica VII-60, p. 12.

Escribió nuestro Padre: *como os he recordado con frecuencia, hijas e hijos queridísimos, nuestra obra de San Rafael es un remanso de trabajo generoso y de paz, aun en medio de todos los apasionamientos nacionales e internacionales* ¹⁸. Y añadía: *es el semillero del Opus Dei. Es el medio ordinario, con que cuenta la gracia de Dios —y descuidarlo sería tentar al Señor, obligarle a conceder gracias extraordinarias—, para preparar las futuras vocaciones* ¹⁹. Mucho insistió nuestro Fundador sobre esta labor, fundamental en el apostolado de la Obra. Hemos de velar con cuidado exquisito para realizarla tal y como el Señor quiere; en ella debemos gastar lo mejor de nuestro tiempo y de nuestras energías. *Haréis, pues, el proselitismo de modo especial con los chicos de San Rafael, que serán el objeto predilecto de vuestros desvelos y de vuestro celo, que pido al Señor que aumente en todos de día en día: porque de este modo, con mirada sobrenatural, vuestro afán apostólico agrandará su extensión sin perder intensidad, sirviéndoos —como instrumento— de esas mismas almas que formáis* ²⁰.

Esta dedicación a la obra de San Rafael —distinta según las circunstancias— que nuestro Padre pide a todos sus hijos, exige esfuerzo, oración, sacrificio personal. Y exige continuidad, para que, por descuido, no se pierda el fruto de todo un año de labor en pocos días. *Os he dicho muchas veces, hijas e hijos míos, sigue recordando nuestro Fundador, que para el apostolado no hay vacaciones: la obra de San Rafael se realiza con continuidad a lo largo de todas las épocas del año. Como es natural, la labor que se hace con los estudiantes durante sus vacaciones, tiene características distintas de la que desarrollamos durante el curso escolar. Pero no se interrumpe* ²¹. Siempre hay épocas en que es más difícil mantener contacto con los muchachos, sean estudiantes o no. *Para la gente joven, hay un tiempo que puede ser muy peligroso: los meses de verano, que casi necesariamente suponen un alejamiento de la mayoría de sus*

(18) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

(19) *Ibid.*

(20) *Ibid.*

(21) *Ibid.*

compañeros, que asisten con ellos a la tarea de la obra. Por eso, hay que procurar por los medios ordinarios que el verano no suponga un corte total en el trato ²²; que se mantenga firme la vida interior de los muchachos de San Rafael durante la temporada de ausencia.

Nuestro Padre insistía: *la perseverancia de nuestros chicos tiene un gran enemigo: el verano. Prevenidles, antes de que se marchen: sólo a quien persevera hasta el fin se le promete el cielo —quí... perseveraverit usque in finem, hic salvus erit (Matth. X, 22)* ²³. Las mismas palabras podrían aplicarse a la ausencia ocasionada por otros motivos: cambio de domicilio, de lugar de trabajo —tanto del muchacho de San Rafael como del de Casa que le trata—, viajes... En todos estos casos *es preciso que la relación con los chicos no pierda continuidad. Habéis de ayudarles a que sean fieles a las normas de piedad que han empezado a vivir, a que hagan algo de apostolado en el ambiente en el que pasen las vacaciones; a que empleen bien el tiempo, mejorando su formación cultural, estudiando un idioma, y también descansando: siempre he dicho a los chicos que el descanso —que no consiste en no hacer nada, sino en cambiar de ocupación— es importante, e incluso he querido que sea materia del examen de su retiro mensual* ²⁴.

Hay que procurar que, en ese tiempo, no se rompa la relación que los chicos mantienen con la Obra. Los medios para lograrlo serán diversos, según la razón del alejamiento y las circunstancias personales. Si han marchado definitivamente a otra ciudad o a otro país, lo más oportuno puede ser ponerlos en contacto con alguna labor de la Obra en su nuevo domicilio; si es el de Casa que le trataba quien cambia de residencia, el modo de no perder relación con la Obra será distinto. *Es forzoso que los Numerarios, por las exigencias de su formación y por las necesidades de la Obra, aunque se tienda a no moverlos, tengan que cambiar de ciudad —incluso en muchos casos más de una vez— durante sus estudios, pero no por esto deben quedar aban-*

(22) *Ibid.*

(23) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-I-1935.

(24) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

donados los chicos de San Rafael, a quienes trataban. Para evitarlo hay que procurar que esos muchachos estén de verdad en la obra de San Rafael y unidos no tan sólo a su amigo, sino a una casa y a varias personas de ese Centro ²⁵.

Cuando el alejamiento es temporal —con motivo de vacaciones, permisos en el trabajo, etc.—, para que no pierdan el contacto con la casa que frecuentan durante el curso, podréis organizar algunas excursiones que os den ocasión de verles; o ponerlos de acuerdo con varios de ellos, y así encontráros en un lugar más o menos equidistante, etc. Donde haya algunos que pasan el verano en lugares próximos, cada uno de ellos ha de tener empeño en no dejar de tratar a los otros. Y en todo caso, siempre es posible escribirles con frecuencia, o hacer que les escriban sus compañeros más maduros, colaborando con vosotros ²⁶.

Aquí cobra particular importancia el apostolado epistolar que nuestro Padre nos ha enseñado a vivir en la obra de San Rafael. No olvidéis, en cada casa —escribía en 1935—, que es preciso sostener correspondencia con los chicos, durante las vacaciones, exigiéndoles que escriban una vez al mes ²⁷. Personalmente, nuestro Padre ejercitaba entonces esta tarea. ¡Cuánto he practicado yo el apostolado epistolar con mis chicos de San Rafael, cuando no los tenía cerca! A veces, tres o cuatro cartas seguidas, antes de recibir contestación. Si no podía escribirles extensamente, les ponía unas pocas letras: algo que fuera una llamada, un estímulo, un recordatorio también para sus propósitos ²⁸.

Además de estas cartas personales, íntimas, nuestro Fundador usaba otros medios para mantener vivo el contacto con los muchachos ausentes: es preciso enviar a todos ellos —escribía hace muchos años— relación de las cartas recibidas —noticias—, acompañando estas noticias con unas líneas para cada uno ²⁹. Eran boletines periódicos que llevaban a los chicos el calor de familia necesario para que

(25) *Ibid.*

(26) *Ibid.*

(27) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-I-1935.

(28) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

(29) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-I-1935.

siguieran unidos a la obra de San Rafael, y que les ayudaba a mantener encendida su vida interior y su deseo de hacer apostolado.

El ejemplo de nuestro Padre nos ha de mover a no descuidar nunca el apostolado epistolar en la labor de San Rafael. Sus frutos difícilmente pueden medirse, pero son siempre importantes: impulsa la vida interior de los chicos, fomenta su deseo de hacer apostolado, les dispone para recibir la llamada del Señor a la Obra y para responder generosamente a la vocación. *“La carta me cogió en unos días tristes, sin motivo alguno, y me animó extraordinariamente su lectura, sintiendo cómo trabajan los demás”*. —Y otro: *“Me ayudan sus cartas y las noticias de mis hermanos, como un sueño feliz ante la realidad de todo lo que palpamos...”* —Y otro: *“¡Qué alegría recibir esas cartas y saberme amigo de esos amigos!”* —Y otro, y mil: *“Recibí carta de X. y me avergüenza pensar en mi falta de espíritu comparado con ellos”*.

*¿Verdad que es eficaz el “apostolado epistolar”?*³⁰.

La labor de San Rafael merece todos nuestros desvelos; no hay trabajos ni sacrificios grandes en comparación con la importancia de mantener su continuidad. *Que todos vosotros, hijas e hijos, los más jóvenes y los que ya no lo seáis tanto, tengáis siempre una preocupación muy viva por nuestra obra de San Rafael. La hemos de mirar con predilección —lo repito—, ha de ser la niña de nuestros ojos*³¹.

(30) *Camino*, n. 977.

(31) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

CAMINOS DE MAYO

Una mirada al mundo, una mirada al Pueblo de Dios (cfr. I Petr. II, 10), en este mes de mayo que comienza, nos hace contemplar el espectáculo de esa devoción mariana que se manifiesta en tantas costumbres, antiguas o nuevas, pero vividas con un mismo espíritu de amor.

Da alegría comprobar que la devoción a la Virgen está siempre viva, despertando en las almas cristianas el impulso sobrenatural para obrar como domestici fidei, como miembros de la familia de Dios (Ephes. II, 19).

Seguramente también vosotros, al ver en estos días a tantos cristianos que expresan de mil formas diversas su cariño a la Virgen Santa María, os sentís más dentro de la Iglesia, más hermanos de todos esos hermanos vuestros¹.

Muchas manifestaciones de piedad mariana, fruto de la devoción de los cristianos a la Madre de Dios, alegran el mes de mayo. Honrando a la Virgen se rinde honor a su Hijo, *porque María es siempre camino que conduce a Cristo. Todo encuentro con Ella no puede menos de terminar en un encuentro con Cristo mismo. ¿Y qué otra cosa significa el continuo recurso a María sino buscar entre sus brazos, en Ella, por Ella y*

(1) *Es Cristo que pasa*, n. 139.

con Ella a Cristo, Nuestro Salvador, a quien los hombres —en los desalientos y peligros de aquí abajo— tienen el deber y experimentan la necesidad de dirigirse como a puerto de salvación y fuente trascendente de la vida? ².

Como muchos otros cristianos, también nosotros —hijos de la Virgen, a la que amamos con toda nuestra alma— procuramos ofrecer a Nuestra Madre a lo largo del mes de mayo un cariño más delicado, atento a renovarse día a día, que se manifiesta en el esfuerzo por cumplir muy bien las Normas, especialmente las Normas marianas. Cada uno por su cuenta, según sus circunstancias particulares, procura ofrecer a la Virgen algún pequeño obsequio que exprese la realidad profunda de nuestra piedad. *¿Cómo se comportan un hijo o una hija normales con su madre? De mil maneras, pero siempre con cariño y con confianza. Con un cariño que discurrirá en cada caso por cauces determinados, nacidos de la vida misma, que no son nunca algo frío, sino costumbres entrañables de hogar, pequeños detalles diarios, que el hijo necesita tener con su madre y que la madre echa de menos si el hijo alguna vez los olvida: un beso o una caricia al salir o al volver a casa, un pequeño obsequio, unas palabras expresivas* ³.

Romerías marianas

Junto a estas devociones personales, el mes de mayo actualiza otra manifestación de la piedad mariana: la romería. Desde muy antiguo, ha gustado a los cristianos visitar —con motivo de alguna fiesta señalada— una ermita, un santuario renombrado, una imagen de la Virgen especialmente venerada. Son ocasiones de alegría, de oración, de sacrificio y de entrega.

(2) Pablo VI, Litt. enc. *Mense maio*, 29-IV-1965.

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 142.

En la vida de la Obra, también hemos sentido la necesidad de acudir a la Virgen en romería, pero sin necesidad de manifestaciones externas y públicas de penitencia o de devoción. Se trata sencillamente de un sentimiento de afecto filial, que quiere expresarse con el acto más sencillo y normal que el amor sugiere, sin reclamar la atención de la gente: una visita a Nuestra Madre, en la ciudad o en el campo, para hablar con Ella y decirle una vez más que la queremos.

Alguna vez nos habló nuestro Padre del nacimiento de esta Costumbre mariana, que surgió durante una visita, *a una ermita de la Virgen, en tierra castellana: a Sonsoles.*

No era una romería tal como se entiende habitualmente. No era ruidosa ni masiva: íbamos tres personas. Respeto y amo esas otras manifestaciones públicas de piedad, pero personalmente prefiero intentar ofrecer a María el mismo cariño y el mismo entusiasmo, con visitas personales, o en pequeños grupos, con sabor de intimidad ⁴.

La romería es una muestra de nuestro afecto a la Virgen, que tanto ha protegido y guiado a la Obra desde sus comienzos. Desde entonces, *en numerosas y habituales visitas a Santuarios de Nuestra Señora, he tenido ocasión de reflexionar y de meditar sobre esta realidad del cariño de tantos cristianos a la Madre de Jesús. Y he pensado siempre que ese cariño es una correspondencia de amor, una muestra de agradecimiento filial. Porque María está muy unida a esa manifestación máxima del amor de Dios: la Encarnación del Verbo, que se hizo hombre como nosotros y cargó con nuestras miserias y pecados. María, fiel a la misión divina para la que fue criada, se ha prodigado y se prodiga continuamente en servicio de los hombres, llamados todos a ser hermanos de su Hijo Jesús. Y la Madre de Dios es también realmente, ahora, la Madre de los hombres ⁵.*

Nuestra romería conserva plenamente los rasgos que han caracterizado esta costumbre a lo largo de los siglos: es una visita a la Virgen, impregnada de espíritu de oración y de mortificación

(4) *Ibid.*, n. 139.

(5) *Ibid.*, n. 140.

El rezo del Rosario

El rezo de los quince misterios del Rosario y de las letanías lauretanas encauza nuestro espíritu contemplativo durante la romería. Los gozos, los dolores y las glorias de la vida de María tejen una corona de alabanzas que repiten ininterrumpidamente los Angeles y los bienaventurados en el cielo. Los misterios que contemplamos en el Rosario son los puntos centrales de esa historia de misericordia y de salvación que Dios Nuestro Señor —mediante su encarnación, vida, muerte, resurrección y glorificación— ha querido realizar en la tierra. El Rosario es, por este motivo, una síntesis viva de nuestra fe católica, que tanto amamos; alimento de la piedad y ocasión propicia para penetrar de un modo personal en esa vida divina y humana del Hijo de Dios, que se nos hace asquible y se nos entrega por medio de su Madre.

Para comprender el papel que María desempeña en la vida cristiana, para sentirnos atraídos hacia Ella, para buscar su amable compañía con filial afecto, no hacen falta grandes disquisiciones, aunque el misterio de la Maternidad divina tiene una riqueza de contenido sobre el que nunca reflexionaremos bastante.

La fe católica ha sabido reconocer en María un signo privilegiado del amor de Dios: Dios nos llama ya ahora sus amigos, su gracia obra en nosotros, nos regenera del pecado, nos da las fuerzas para que, entre las debilidades propias de quien aún es polvo y miseria, podamos reflejar de algún modo el rostro de Cristo. No somos sólo naufragos a los que Dios ha prometido salvar, sino que esa salvación obra ya en nosotros. Nuestro trato con Dios no es el de un ciego que ansia la luz pero que gime entre las angustias de la oscuridad, sino el de un hijo que se sabe amado por su Padre.

De esa cordialidad, de esa confianza, de esa seguridad, nos habla María. Por eso su nombre llega tan derecho al corazón. La relación de cada uno de nosotros con nuestra propia madre, pue-

de servirnos de modelo y de pauta para nuestro trato con la Señora del Dulce Nombre, María. Hemos de amar a Dios con el mismo corazón con el que queremos a nuestros padres, a nuestros hermanos, a los otros miembros de nuestra familia, a nuestros amigos o amigas: no tenemos otro corazón. Y con ese mismo corazón hemos de tratar a María ⁶.

Con el rezo del Rosario, *en el que el alma no se cansa de decir siempre las mismas cosas, como no se cansan los enamorados cuando se quieren* ⁷, la romería se llena de intimidad con Nuestra Señora. Cada avemaria, cada saludo a la Virgen, es un nuevo latido de un corazón enamorado. Pero hay que procurar rezarlo bien, considerando esas oraciones que el Arcángel San Gabriel dirigió a Santa María de parte de Dios, y las palabras encendidas con que Isabel —inspirada por el Espíritu Santo— saludó a la Virgen. De esta manera, nuestra romería estará llena de Dios, será verdaderamente una manifestación elocuente de nuestra vida contemplativa, que en todo lugar y de cualquier modo procura abrirse cauce para mantener un diálogo con el Señor.

Con espíritu penitente y apostólico

También el espíritu de penitencia está presente a lo largo de la romería. Son pequeñas mortificaciones que ofrecemos gustosamente a la Virgen por las intenciones del Padre, por las necesidades de la Iglesia, por la vocación de nuestros amigos: hacer a pie el recorrido de la romería, o al menos la última parte del trayecto; aceptar con alegría las pequeñas incomodidades del camino o las inclemencias del tiempo; privarse del pequeño refrigerio o merienda, que sería normal en un paseo o en una excursión...; detalles que demuestran realmente el espíritu de penitencia que nos anima, tan recomendado por la Santísima Virgen en Fátima y en Lourdes, y tan alabado por la Iglesia.

(6) *Ibid.*, n. 142.

(7) *Ibid.*

Junto al espíritu de oración y de penitencia, una tercera característica: el afán apostólico. Nuestra vocación nos lleva a ver almas en todas las personas que pasan a nuestro lado: almas que hay que salvar, almas que es preciso acercar a Dios Nuestro Señor. *No podemos vivir de espaldas a la muchedumbre, encerrados en nuestro pequeño mundo. No fue así como vivió Jesús. Los Evangelios nos hablan muchas veces de su misericordia, de su capacidad de participar en el dolor y en las necesidades de los demás: se compadece de la viuda de Naím (cfr. Luc. VII, 11-17), llora por la muerte de Lázaro (cfr. Ioann. XI, 33), se preocupa de las multitudes que le siguen y que no tienen qué comer (cfr. Matth. XV, 32), se compadece también sobre todo de los pecadores, de los que caminan por el mundo sin conocer la luz ni la verdad: desembarcando vio Jesús una gran muchedumbre, y enterneciéronsele con tal vista las entrañas, porque andaban como ovejas sin pastor, y se puso a instruirlos en muchas cosas (Marc. VI, 34).*

Cuando somos de verdad hijos de María comprendemos esa actitud del Señor, de modo que se agranda nuestro corazón y tenemos entrañas de misericordia. Nos duelen entonces los sufrimientos, las miserias, las equivocaciones, la soledad, la angustia, el dolor de los otros hombres nuestros hermanos. Y sentimos la urgencia de ayudarles en sus necesidades, y de hablarles de Dios para que sepan tratarle como hijos y puedan conocer las delicadezas maternas de María ⁸.

En aquella romería de que os hablaba al principio, mientras caminábamos hacia la ermita de Sonsoles, pasamos junto a unos campos de trigo. Las mieses brillaban al sol, mecidas por el viento. Vino entonces a mi memoria un texto del Evangelio, unas palabras que el Señor dirigió al grupo de sus discípulos: ¿No decís vosotros: ea, dentro de cuatro meses estaremos ya en la siega? Pues ahora yo os digo: alzad vuestros ojos, tended la vista por los campos y ved ya las mieses blancas y a punto de segarse (Ioann. IV, 35). Pensé una vez más que el Señor quería meter en nuestros co-

(8) *Ibid.*, n. 146.

razones el mismo afán, el mismo fuego que dominaba el suyo. Y, apartándome un poco del camino, recogí unas espigas para que me sirvieran de recordatorio⁹.

Muchas veces, recordando aquellos campos de Castilla cercanos a Sonsoles, nos ha hablado el Padre de esas espigas grandes, cuajadas de granos que doblaban los tallos con su peso, como reclamando la llegada de los segadores. Y al corazón ha acudido entonces un ardiente afán proselitista.

Leía yo esta mañana —comentaba nuestro Fundador hace algunos años— *unos versos viejos, escritos hacia el año 1200, cuando las lenguas romances comenzaban a desarrollarse; leía aquellos cantos de segadores, y cantaban así los hombres que recogían la mies de los campos: ésta sí que es siega de vida / ésta sí que es siega de flor.*

Cuando pensamos, hijos míos, en las hambres de verdad que hay en el mundo; en la nobleza de tantos corazones que no tienen luz; en la flaqueza mía y en la vuestra, y en la de tantos que tenemos motivos para estar deslumbrados por la luz del Señor; cuando sentimos la necesidad de sembrar la luz de Cristo, para que se pueda hacer esa siega de vida, esa siega de flor, nos acordamos —y es cosa que hemos meditado muchas veces— de aquel andar de Cristo hambriento por los caminos de Palestina.

Por aquel tiempo —*escribe San Mateo*— pasó Jesús en día de sábado junto a unos sembrados; y teniendo hambre sus discípulos, comenzaron a coger espigas y a comer los granos (Matth. XII, 1). *También ellos, como nosotros ahora, considerarían la necesidad de difundir la Buena Nueva, mientras andaban por un trigal restregando entre las manos aquellas espigas cuajadas y comiendo los granos con hambre.*

Messis quidem multa. La mies, la muchedumbre de los hombres que entonces había y de los que habían de venir después, era mucha. Messis quidem multa, operarii autem pauci (Matth. IX, 37): la mies es mucha pero los obreros son pocos. ¿No es esto lo

(9) *Ibid.*

que os digo yo tantas veces, de mil formas diversas, cuando nos ponemos a considerar las necesidades de la Obra en esta Región o en aquella otra, cuando hay dificultades o la imposibilidad casi física de marchar a un nuevo país, o de iniciar una nueva labor porque —aun habiendo muchas— hacen falta más vocaciones? Os digo entonces que hay que dejar que pase el tiempo, hay que acudir al Señor: *rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam* (Matth. IX, 38), *rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies* ¹⁰.

Un aliado del proselitismo

Esta es una de las características principales de la romería: llevar con nosotros a nuestros amigos, a esas personas que tratamos de acercar a Dios, para que conozcan mejor a Nuestra Madre y se enamoren de Ella, para que la Virgen los tome a su cuidado, bajo su manto, y consiga para ellos la vocación. *Hemos de sentir la ilusión de no permanecer solos, debemos animar a otros a que contribuyan a esa misión divina de llevar el gozo y la paz a los corazones de los hombres. En la medida en que progresáis, atraed a los demás con vosotros, escribe San Gregorio Magno; desead tener compañeros en el camino hacia el Señor* (Hom. in Ev. 6, 6) ¹¹.

La romería es una ocasión excelente para meterse de lleno en la vida de los demás, para abrir horizontes, para despertar —en las almas que estén dispuestas— la llamada divina a santificar la vida ordinaria. Muchas nobles decisiones pueden surgir con ocasión de una visita a la Virgen en el mes de mayo: el Señor, su Iglesia y su Obra lo necesitan, para extender la luz de Cristo a todas las naciones, para hacer que brille —entre las tinieblas de desconcierto y de ignorancia que envuelven a

(10) De nuestro Padre, Meditación, 26-III-1964.

(11) *Es Cristo que pasa*, n. 147.

tantas almas— la verdad de Dios, que hemos de presentar accesible a todos con nuestra palabra y con el ejemplo de nuestra vida. *Actuando así daremos a quienes nos rodean el testimonio de una vida sencilla y normal, con las limitaciones y con los defectos propios de nuestra condición humana, pero coherente. Y, al vernos iguales a ellos en todas las cosas, se sentirán los demás invitados a preguntarnos: ¿cómo se explica vuestra alegría?, ¿de dónde sacáis las fuerzas para vencer el egoísmo y la comodidad?, ¿quién os enseña a vivir la comprensión, la limpia convivencia y la entrega, el servicio a los demás?*

*Es entonces el momento de descubrirles el secreto divino de la existencia cristiana: de hablarles de Dios, de Cristo, del Espíritu Santo, de María. El momento de procurar transmitir, a través de las pobres palabras nuestras, esa locura del amor de Dios que la gracia ha derramado en nuestros corazones*¹².

Hemos de ser audaces para invitar a la romería a aquellas personas difíciles, a aquellos amigos reacios o poco piadosos, sabiendo descubrirles la entraña humana y divina de esta costumbre cristiana. *Sed audaces, insiste nuestro Padre. Contáis con la ayuda de María, Regina Apostolorum. Y Nuestra Señora, sin dejar de comportarse como Madre, sabe colocar a sus hijos delante de sus precisas responsabilidades. María, a quienes se acercan a Ella y contemplan su vida, les hace siempre el inmenso favor de llevarlos a la Cruz, de ponerlos frente a frente al ejemplo del Hijo de Dios. Y en ese enfrentamiento, donde se decide la vida cristiana, María intercede para que nuestra conducta culmine con una reconciliación del hermano menor —tú y yo— con el Hijo primogénito del Padre*¹³. Tenemos experiencias sorprendentes, manifestaciones diáfanas de la voluntad salvadora de Dios, que —cuando se trata de honrar a su Madre— no deja de volcarse en las almas y concede su gracia a raudales. Para muchos amigos nuestros, la romería ha sido, no ya el fruto o la coronación de un proceso de mejoramiento comenzado anteriormente, sino el inicio

(12) *Ibid.*, n. 148.

(13) *Ibid.*, n. 149.

de un camino, la puesta en marcha hacia el Señor: una verdadera conversión. *Es necesario, pues, despertar a quienes hayan podido caer en ese mal sueño: recordarles que la vida no es cosa de juego, sino tesoro divino que hay que hacer fructificar* ¹⁴.

El afán proselitista nos empujará a hacer la romería con aquellos amigos *que podrían dar más, y no se deciden; que podrían entregarse del todo, viviendo todas las consecuencias de su vocación de hijos de Dios, pero se resisten a ser generosos (...). Es necesario también enseñar el camino, a quienes tienen buena voluntad y buenos deseos, pero no saben cómo llevarlos a la práctica. Cristo nos urge. Cada uno de vosotros ha de ser no sólo apóstol, sino apóstol de apóstoles, que arrastre a otros, que mueva a los demás para que también ellos den a conocer a Jesucristo* ¹⁵.

No nos faltará la ayuda de la Virgen. Si ponemos de nuestra parte todo el esfuerzo, si nos entregamos apasionadamente a la misión que su Hijo nos ha encomendado, si sazonomos el apostolado y el proselitismo con los ingredientes imprescindibles de la oración y la mortificación, el Señor dará a muchas almas la gracia de la vocación al Opus Dei, y otras muchas entrarán por caminos de fe, de amor y de esperanza.

En su Evangelio, San Juan narra una escena admirable: las bodas de Caná, donde María Santísima demostró su cariño de Madre al interceder por los hombres. Después de reclamar de su Hijo un prodigio de misericordia, dirigió a los sirvientes un consejo —*haced lo que El os dirá* ¹⁶—, que hizo posible la conversión del agua en vino. *De eso se trata: de llevar a las almas a que se sitúen frente a Jesús y le pregunten: Domine, quid me vis facere? (Act. IX, 6), Señor, ¿qué quieres que yo haga?* ¹⁷.

Por eso, procuraremos hacer la romería acompañados por algún amigo, de manera que esta costumbre mariana sea apostólica en la intención y en el modo; y, si es posible, visitaremos varias veces a Nuestra Madre, para que sean más las almas que ponemos especialmente bajo su

(14) *Ibid.*, n. 147.

(15) *Ibid.*

(16) *Ioann.* II, 5.

(17) *Ex Cristo que pasa*, n. 149.

protección. Sabemos bien — ¡lo hemos visto y experimentado tantas veces! — que *muchas conversiones, muchas decisiones de entrega al servicio de Dios han sido precedidas de un encuentro con María. Nuestra Señora ha fomentado los deseos de búsqueda, ha activado maternalmente las inquietudes del alma, ha hecho aspirar a un cambio, a una vida nueva. Y así el haced lo que El os dirá se ha convertido en realidades de amoroso entregamiento, en vocación cristiana que ilumina desde entonces toda nuestra vida personal* ¹⁸.

El Señor quiere de nosotros que no desaprovechemos la ocasión del mes de mayo para crecer en su amor a través del trato con su Madre. Que cada día sepamos tener con Ella esos detalles de hijos — cosas pequeñas, atenciones delicadas —, que se van haciendo grandes realidades de santidad personal y de apostolado, es decir, de empeño constante por contribuir a la salvación que Cristo ha venido a traer al mundo.

Saneta Maria, spes nostra, ancilla Domini, sedes sapientiae, ora pro nobis! Santa María, esperanza nuestra, esclava del Señor, asiento de la Sabiduría, ¡ruega por nosotros! ¹⁹.

(18) *Ibid.*

(19) *Ibid.*

FE OPERATIVA

De vuelta a Jerusalén, después de pasar la noche en Betania, los Apóstoles reparan en la higuera maldecida por Jesucristo la tarde anterior: *Maestro, mira como la higuera que maldijiste se ha secado*¹. Y comenta nuestro Padre: *aquellos primeros doce que han presenciado tantos milagros de Cristo, se pasan una vez más; su fe todavía no quemaba*².

El relato evangélico está lleno de pasajes en los que el Señor pide fe a los que se le acercan³; y con ocasión de los milagros, de las curaciones, de sus controversias con los fariseos, va metiendo en el corazón de los Apóstoles esta exigencia de su vida y de su misión. Cuando en una ocasión le preguntaron: *¿qué es lo que haremos para ejercitarnos en obras del agrado de Dios?*, Jesús les respondió: *la obra de Dios es que creáis en aquél que El os ha enviado*⁴. La fe es el primer fundamento de toda labor sobrenatural.

Básense todas tus obras en la fe —dice San Agustín—, *porque el justo vive de la fe y la fe obra por el amor. Que tus obras tengan por fundamento la fe, porque creyendo en Dios te harás fiel*⁵. La fe no ter-

(1) *Marc.* XI, 21.

(2) *Amigos de Dios*, n. 203.

(3) Cfr. *Matth.* VI, 30; IX, 22; XIV, 31; XV, 28; *Marc.* V, 34; X, 52; *Luc.* VII, 50; VIII, 25; XVII, 19; XVIII, 42.

(4) *Ioann.* VI, 28-29.

(5) San Agustín, *Enarrationes in Psalmos* 32, 4.

mina en una mera adhesión intelectual a las verdades que Dios nos ha revelado. Precisamente por ser esto —si se cree sinceramente en Dios, en su Omnipotencia, en su Voluntad salvífica manifestada en el acto supremo de la Encarnación y en la Pasión y Muerte de Cristo, en la venida del Espíritu Santo y en la misión de la Iglesia—, la fe está llena de consecuencias prácticas, se refleja en la conducta, informa la vida entera en todos sus detalles, se ven las cosas a su luz y se obra en consecuencia.

Esa es la fe que el Señor nos pide: una fe operativa, llena de frutos sobrenaturales. El grano *sembrado en buena tierra es el que oye la palabra de Dios, y la medita, y produce fruto, parte ciento por uno, parte sesenta, y parte treinta* ⁶.

Después de la Ascensión del Señor a los Cielos, serán los mismos Apóstoles quienes, guiados y fortalecidos por el Espíritu Santo, nos muestren con el ejemplo y con la palabra, ante la incredulidad de los paganos, ante la ceguera de los judíos o, en ocasiones, ante la fragilidad de las primeras comunidades cristianas, cuál es el secreto de su acción y de su eficacia: una fe que les hace superar con segura fortaleza las contradicciones, los obstáculos, la incomprensión, la persecución hasta la muerte. Una fe que hace clamar a Pedro y a Juan, ante las amenazas del Sanedrín: *nosotros no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído* ⁷. Porque, *¿qué aprovecha, hermanos míos, que uno diga que tiene fe, si no tiene obras? ¿Puede acaso la fe sola salvarle?* ⁸.

De dos modos se hacen apóstatas los hombres; porque uno se aparta de su Creador por la fe o porque se aparta por las obras. Así como es apóstata el que se aparta de la fe, así quien vuelve a las malas obras que dejó, sin duda alguna será tenido por Dios como apóstata, aunque parezca conservar la fe; pues lo uno sin lo otro no puede valer. Porque ni la fe sirve sin obras, ni las obras sin fe, a no ser que se hagan para alcanzar la fe, como Cornelio, que antes de ser creyente mereció ser oído por sus buenas obras ⁹.

Igualmente nosotros, para ser fieles a la vocación recibida, hemos

(6) *Matth.* XIII, 22.

(7) *Act.* IV, 20.

(8) *Jacob.* II, 14.

(9) San Gregorio Magno. *In Ezechielem homiliae* 1, 9, 6.

de llevar una vida de fe. Fe en Dios. *Flate enteramente de Dios, encomiéndate a El, descarga en su providencia todos tus cuidados, y El te sustentará, de modo que confiadamente puedas decir: “el Señor anda solícito por mí”* ¹⁰⁻¹¹. Fe en la Obra, que viene a cumplir su Voluntad: *no somos almas que se unen a otras almas, para hacer una cosa buena. Esto es mucho... pero es poco. Somos apóstoles que cumplimos un mandato imperativo de Cristo* ¹². Fe en nuestra personal vocación, porque Dios *antes de hacer el mundo* —nos recuerda nuestro Fundador—, *ya pensaba en mí, en nosotros, en cada uno, con amor de predilección. Porque es Padre, porque es Hermano, porque es el Espíritu que está en mi espíritu residiendo, y dándole posibilidad de realizar obras humanas y de hacer obras divinas* ¹³. Fe que se manifestará en la firmeza con que luchemos para alcanzar la santidad y hacer apostolado.

“Complejo de superioridad”

Vocación y misión van inseparablemente unidas. Con la vocación el Señor nos ha dado un espíritu y un modo apostólico propios, que nuestro Padre nos ha dejado esculpidos y que, a través de la formación, se nos van manifestando tal como Dios los ha querido. Nosotros hemos de acoger ese espíritu y ese modo apostólico con fe, porque es la fe la que nos permite verlos como medios divinos, capaces de dar frutos sobrenaturales.

Tener en las manos esos medios —con una divina promesa de eficacia— nos hace sentir, junto a nuestra personal debilidad, una fuerza sobrehumana, sobrenatural, infinitamente superior a todos los poderes de la tierra. **Debéis tener complejo de superioridad** —nos dice nuestro

(10) Ps. XXXIX, 18.

(11) San Bernardo, *In vigilia Nativitatis sermo* 5, 5.

(12) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-III-1934.

(13) De nuestro Padre, *Meditación*, 29-X-1967.

Padre—, *porque Dios os ha dado inteligencia, medios y vocación. Debéis reaccionar siempre como dice San Pablo: omnia possum in eo qui me confortat! Debéis meter a Cristo en las almas de los demás. ¡Solos, no! Pero, como tenéis la vocación a la Obra y los medios sobrenaturales, siempre podréis decir: omnia possum in eo qui me confortat! (Philip. IV, 13), ¡lo puedo todo con la gracia!*

Este complejo de superioridad nos hace sobrenaturalmente audaces en el apostolado, sabiendo que el mundo es bueno, porque ha salido de las manos de Dios. Luego todas las profesiones honestas pueden y deben ser santificadas. Luego las personas que tratáis están en condiciones —si vosotros sois sobrenaturales— de recibir la vocación al Opus Dei. Luego ninguno de vosotros, hijos míos, tiene derecho a decir: no puedo hacer apostolado, no puedo hacer proselitismo ¹⁴.

Ni la magnitud de la misión a la que estamos llamados, ni la consideración de la poca valía personal, ni los obstáculos que surjan en el camino son motivos suficientes para detener o frenar nuestra labor de apostolado, que no se fundamenta en simples posibilidades humanas.

El desánimo es posible porque las dificultades, a veces, son grandes; y para sobreponerse a ellas es menester la prudencia acompañada de una decidida disposición de audacia. Pero no una prudencia meramente humana, que muchas veces juzgará temerario seguir adelante; sino una prudencia sobrenatural, informada por la fe, que nos señala el camino, que nos recuerda la vocación, nos hace saber que somos instrumentos en las manos de Dios, que hacemos Su apostolado, que el Señor cuenta con nuestros defectos y nos proporciona los medios seguros, señalándonos el modo preciso de lanzarnos adelante, con audacia.

Muchas veces he meditado la respuesta de Pedro: in verbo autem tuo laxabo rete (Luc. V, 5). Hay un sentido de plena seguridad en Jesucristo: porque Tú lo dices, porque Tú lo quieres, haré esto y cualquier otra cosa que me mandes. Lo haré con confianza, sin miedo. Sin miedo, trabajaré, hablaré, me afanaré en lo que sea necesario. Con el Señor no hay posibilidad de temor, ni de res-

(14) De nuestro Padre.

petos humanos. El, por encima de todo, siempre, y en cualquier circunstancia ¹⁵.

Con esta seguridad que la fe en el Señor —en su nombre, en su palabra— nos proporciona, con este saber que *el cielo está empeñado en que se realice* ¹⁶ la Obra de Dios, afrontaremos el apostolado con una actitud de señorío, porque Dios lo quiere, porque El —dueño de todas las cosas— nos hace partícipes de su dominio al darnos la vocación, con tal de que se lo sepamos exigir con nuestra vida de fe: *hijo mío eres tú; hoy te he engendrado; pídemme y te daré las gentes por heredad* ¹⁷.

Creerse ante las dificultades

La fe nos hace unirnos a Jesucristo Redentor y a su potestad sobre todas las criaturas. *Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús* —nos recuerda San Pablo—, *pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, estáis revestidos de Cristo* ¹⁸. Fe que ha de ser operativa, que ha de movernos a procurar actuar con rectitud, seguros de que *los que se rigen por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios* ¹⁹.

Con este espíritu de filiación divina, que nuestro Padre nos ha enseñado a practicar, no nos arredraremos ante las dificultades, porque nos sentiremos protegidos por nuestro Padre Dios aun en los momentos más duros.

Si hay montes, obstáculos, incomprendiones, trapisondas, que Satanás quiere y el Señor permite, hemos de tener fe, fe con obras, fe con sacrificio, fe con humildad. Hijo mío: el que tiene fe sabe juzgar bien las cosas terrenas, es objetivo al pensar en su vocación, sabe que esto de aquí abajo es —en frase de la Madre

(15) De nuestro Padre.

(16) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-III-1934.

(17) Ps. II, 8.

(18) *Galat.* III, 26-27.

(19) *Rom.* VIII, 14.

Teresa— una mala noche en una mala posada. *No se olvida de que esto es tempus laboris et certaminis, tiempo de trabajo, y de pelea, tempus purgatorii ad solvenda iustitiae divinae debita, tiempo de purgatorio para saldar la deuda debida a la justicia divina* ²⁰.

Otras veces, las dificultades pueden nacer de nuestra falta de fe: de valorar excesivamente las circunstancias peculiares del ambiente en que nos movemos, de dar demasiada importancia a consideraciones de prudencia humana; pueden proceder de falta de rectitud de intención. *Nada hay, por fácil que sea, que nuestra tibieza no nos lo presente difícil y pesado; como nada hay tampoco tan difícil y penoso que no nos lo haga absolutamente fácil y llevadero nuestro fervor y determinación.*

Dime, por favor: ¿qué cosa más difícil podía haber que sufrir diariamente peligros de muerte? Y, no obstante, a eso llamaba cosa ligera el apóstol Pablo cuando decía: "porque las aflicciones, tan breves y tan ligeras de la vida presente, nos producen el eterno peso de una sublime e incomparable gloria" ²¹. *Pues si es cierto que a la naturaleza podía resultarle pesado, la esperanza de lo por venir lo convertía en ligero. Que es la causa que puso el mismo Apóstol, diciendo: "porque nosotros no miramos lo que se ve, sino lo que no se ve"* ²²⁻²³.

Al analizar los medios y las posibilidades de la labor apostólica hemos de contar ante todo con los medios sobrenaturales. *Hijos míos, la Obra ha salido adelante con oración y mortificación. En los comienzos no se podía contar con ningún medio humano. Sólo había juventud, alegría, decisión, seguridad perfecta —en cuanto lo permitía la humana fragilidad— de hacer la Voluntad de Dios: y todo eso, ungido con mucha oración y penitencia* ²⁴.

Este complejo de superioridad, fundamentado en la fe, que tiene como frutos la audacia y la seguridad, se manifiesta también en el empeño por atenernos rigurosamente al mandato recibido de Dios, en ser fie-

(20) De nuestro Padre, Meditación, 12-X-1947, en Crónica VII-63, pp. 57-58.

(21) II Cor. IV, 17.

(22) II Cor. IV, 18.

(23) San Juan Crisóstomo, *De compunctione* 1, 5.

(24) De nuestro Padre, Crónica XI-55, p. 4.

les a ese espíritu y a ese modo apostólico propios que se nos ha señalado.

Contamos con todo lo necesario para ser eficaces; pero si no ponemos esos medios —precisamente éstos y no otros— no lo seremos. El Señor nos retiraría su gracia —aunque intentásemos realizar cosas buenas—, porque ya no haríamos el Opus Dei sobre la tierra, no responderíamos a la llamada.

Dios tiene sobre nosotros, hijos suyos, un derecho especial: el derecho a que correspondamos a su amor, a pesar de los errores personales. Este convencimiento, al mismo tiempo que nos impone una responsabilidad, de la que no podemos escapar, nos da seguridad plena: somos instrumentos en las manos de Dios, con los que El cuenta diariamente, y por eso, diariamente, nos afanaremos para hacer el Opus Dei ²⁵. Sólo así seremos eficaces, sólo así llegaremos a ser *alter Christus, ipse Christus*, y por tanto, corredentores con El.

Si alguna vez los frutos tardan en aparecer, nuestra actitud ha de ser de fe y de humildad. Fe para no poner en duda la eficacia de esos medios: *sabéis que vuestro trabajo no quedará sin recompensa delante del Señor* ²⁶, nos dice San Pablo. Y, después de contar las dificultades que imposibilitaron su predicación en Tróade, continúa: *con todo, doy gracias a Dios, que nos hace triunfar en Cristo y por nosotros manifiesta en todo lugar el aroma de su conocimiento* ²⁷.

Humildad para examinar si hemos puesto bien todos los medios, rectificando lo que hayamos hecho mal, sin ceder a la tentación de emplear otros que se nos antojen mejores, o de acomodar el modo apostólico de la Obra, pensando que lo que tenemos entre manos es muy bueno, pero que tal situación o tal ambiente requieren otras medidas, ciertas concesiones...

No os dejéis seducir (...) —nos previene nuestro Padre—, *por falsas tácticas de apostolado, porque encontraréis gentes obcegadas, incluso por el mismo buen deseo de ganar almas, que —con la ex-*

(25) De nuestro Padre, Crónica, 1968, p. 1065.

(26) I Cor. XV, 58.

(27) II Cor. II, 14.

cosa de ir a buscar la oveja perdida— terminarán cayendo en las arenas movedizas del error que quieren combatir, engañados por compromisos, cedimientos o transigencias imprudentes ²⁸.

Atraverse

Hemos de meternos en la vida de las gentes sin titubeos, sin la actitud tímida de quien debe hacerse perdonar; hemos de entrar como en algo que nos pertenece, porque el Señor nos lo ha dado, enviándonos a trabajar, para que le saquemos fruto. Dondequiera que nos encontremos hemos de proclamar la verdad, sin cohibirnos por el ambiente, convencidos de que, con la autenticidad de nuestra vida y de nuestras palabras y con la gracia de Dios, que no nos ha de faltar, acabaremos por transformar las almas.

Es una actitud que exige abnegación, renuncia a miras particulares. *Hay personas que no atacan la fe, pero que tampoco la defienden. Se han metido en un escepticismo cómodo y egoísta, que bajo capa de respetar la opinión ajena se refugia en la indecisión y en la irresponsabilidad. Su actitud queda bien reflejada en aquellos versos, que alguno escribió en broma. Si los escribió en serio, debemos concluir que había entendido el Evangelio tan mal como la preceptiva literaria: en este mundo enemigo / no hay nadie de quien fiar. / Cada cual cuide de sígo, / yo de mígo, tú de tígo, / y procúrese salvar* ²⁹.

Hay que romper también, cuando sea necesario, la capa del egoísmo ajeno, metiéndonos sin miedo en la vida de los demás, como hicieron con nosotros. *Por eso el Padre nos dice: ¡atrevéos! Porque, para llevar otras almas hacia Dios, hemos de comprender y disculpar, convivir y perdonar, pero también hemos de decirles la verdad, para que bajen de su soberbia, de su mundanidad, de su confusionismo. Y*

(28) De nuestro Padre, Carta, 16-VII-1933.

(29) *Ibid.*

para eso, es especialmente necesario atreverse, porque, si cuesta salir del propio caparazón, de la propia torre de marfil, es mucho más duro decir la verdad, *veritatem facientes in caritate* (Ephes. IV, 15), haciendo caso omiso de que muchas veces decir la verdad, ante los hombres, crea odio: *veritas parit odium, decían los paganos. Para nosotros, hijos de Dios en la Obra, la verdad no puede producir sino frutos sobrenaturales*³⁰.

No está en nuestras manos ceder, cortar o variar nada de lo que al espíritu y organización de la Obra de Dios se refiera³¹. Quien no estuviese dispuesto a dar el espíritu de nuestro Padre en toda su integridad y del modo que nos ha señalado, no cabría en el Opus Dei: no haría más que estorbar. Si por cualquier motivo —por noble que fuese la intención— tratáramos de acomodar el espíritu y los modos apostólicos propios de la Obra a situaciones ajenas a lo que el Señor quiere de nosotros, no seríamos eficaces, ni vendrían vocaciones. Porque ofreciendo una imagen imperfecta de lo que la Obra es, la respuesta lógica en quienes tratemos será quedarse más bien con aquello a lo que procurásemos acomodar o comparar la Obra. Y si viniesen vocaciones, serían vocaciones falsas, atraídas por una vida que no es la nuestra.

Por el contrario, es nuestra vida de fe, nuestra autenticidad, lo que atraerá a las almas que Dios ha puesto a nuestro lado. Yo, hermanos míos —escribía San Pablo—, *cuando fui a vosotros a predicaros el testimonio de Cristo, no fui con sublimes discursos de sabiduría humana. Puesto que no me he preciado de saber otra cosa entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado*³².

En las manos de Dios

Omnia possum in eo qui me confortat (Philip. IV, 13). Con El no hay posibilidad de fracaso. De ahí el complejo de superioridad,

(30) Del Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, nota 140.

(31) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-III-1934.

(32) I Cor. II, 1-2.

de ahí que afrontemos las tareas con espíritu de vencedores, porque nos concede Dios su fortaleza.

¿Complejo de inferioridad? ¿Por qué? Yo no veo la razón. ¿Por qué vais a tener complejo de inferioridad en el Opus Dei? ¿Hay que tener complejo de superioridad! Padre, ¿pero esto no sería una manifestación de soberbia? ¡No, hijos! Es una consecuencia de la humildad: de una humildad que me hace decir: Señor, Tú eres el que eres. Yo soy la negación. Tú tienes todas las perfecciones: el poder, la fortaleza, el amor, la gloria, la sabiduría, el imperio, la dignidad. Si yo me uno a ti como un hijo cuando se pone en los brazos fuertes de su padre o en el regazo maravilloso de su madre, sentiré el calor de tu divinidad, sentiré las luces de tu sabiduría, sentiré correr por mi sangre la fortaleza ³³.

Ese complejo de superioridad que nuestro Fundador nos pide en la acción apostólica, responde a una profunda humildad personal: nace de saber que la eficacia viene de Dios y no de uno mismo; de renunciar a la sabiduría humana, para predicar sólo lo que hemos recibido de Dios; de superar la propia comodidad, para seguir los intereses de Cristo; de ser intransigente en todo lo que no es nuestro —porque es de Dios—, y de ceder en todo lo personal. Es la actitud opuesta a quienes, con falsa humildad e hipócrita *meaculpismo*, no tienen inconveniente en presentar lleno de arrugas el rostro santo de la Iglesia o en acomodar el Evangelio a los gustos de sus oyentes, para ser ellos así más fácilmente aceptados como justos.

La rectitud de intención que nos mueve, es la piedra de toque de la humildad verdadera, de que no nos buscamos ni nos apoyamos en nosotros mismos, sino en Dios. Complejo de superioridad, *porque estoy en las manos de Dios, y El es mi Padre*, et adorabunt eum omnes reges terrae; omnes gentes servient ei (Ps. LXXI, 9). *Le está sirviendo hasta Satanás. Hasta las criaturas condenadas por toda la eternidad están haciendo un servicio a Dios.* Complejo de superioridad, *porque potestas eius, potestas aeterna, quae non auferetur: et regnum eius, quod non corrumpetur* (Dan. VII, 14).

(33) De nuestro Padre, Meditación, 29-X-1967.

Luego hay que tomar conciencia de que Tú, Señor, lo puedes todo. Y rectificar la intención. Rectificar la intención como se rectifica el rumbo del barco en alta mar. Mirando a la estrella, mirando a María. Y tendré la seguridad de llegar a puerto siempre. Y señalaré los escollos. Tendré una santa desvergüenza para hacerlos ver: que a veces son pequeñas insidias; otras, descaradas ignorancias; otras, odiosas razones; y algunas, manifestaciones de la impotencia que tienen los hombres, que no pueden tolerar la fecundidad que Tú das a otros ³⁴.

Los Apóstoles que, llenos de audacia y de seguridad, se esparcieron por el mundo para predicar el Evangelio, lo hicieron en la certeza de que aquello no les llevaría a un éxito humano. *Su predicación había de ser nueva y sorprendente. Moisés y los profetas predicaban la tierra y los bienes de la tierra; los Apóstoles, el reino de los cielos y cuanto a él atañe (...). No se arredran ante su misión, ni vacilan como los antiguos.*

¿Dices que nada difícil se les manda? ¿No oyes hablar de cárceles, de conducción al suplicio, de guerras intestinas, del odio universal que había de seguirles, todo lo cual les anunció el Señor que había de acontecerles poco después? Porque a otros, sí, los enviaba como heraldos y mensajeros de bienes infinitos; pero a ellos sólo les predecía y profetizaba males insufribles ³⁵.

Nuestra ambición apostólica tiene que ir igualmente acompañada de una rectitud de intención tal, que estemos dispuestos —como Jesucristo lo estuvo a su Pasión y Muerte— a renunciar al éxito personal, al aplauso, a la estima y a la aprobación de los hombres.

De este modo, por nuestra fe en Dios, traducida en obras de fidelidad al espíritu y al modo apostólico propios de la Obra, sentiremos en nuestra vida toda la fortaleza de Dios; afrontaremos el apostolado con *moral de victoria*; nada habrá que pueda detenernos. *El amor de Dios consiste en que observemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son pesados. Así es que todo hijo de Dios, vence al mundo, y lo que nos hace alcanzar victoria sobre el mundo, es nuestra fe ³⁶.*

(34) De nuestro Padre, Meditación, 29-X-1967.

(35) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 32, 4.

(36) *1 Ioann.* V, 2-4.

Apud Collegii Romani Sanctae Crucis — 1982